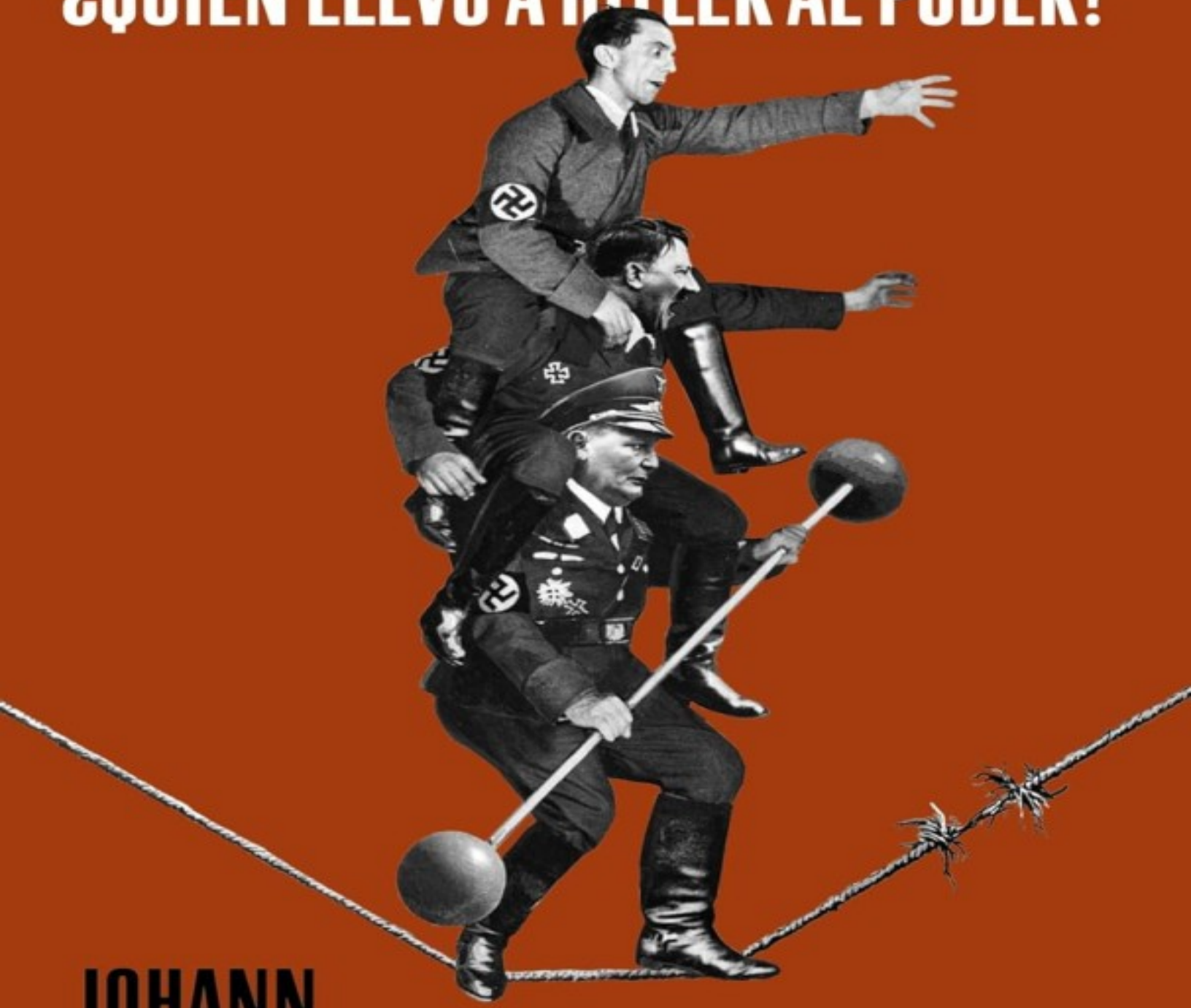
IRRESPONSABLES

¿QUIÉN LLEVÓ A HITLER AL PODER?



JOHANN CHAPOUTOT

Alianza editorial

Johann Chapoutot

IRRESPONSABLES

¿QUIÉN LLEVÓ A HITLER AL PODER?

Traducción de Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños

Alianza Editorial

ÍNDICE

Prólogo

Introducción

1. La austeridad en el poder: la sangría del DR. Brüning

2. Un régimen presidencial: hiperpersonalización y dominio de los círculos próximos al poder

3. El magnate de los medios y la unión de las derechas

4. Anatomía de una caída ministerial

5. Un gobierno fuera de la realidad: el «gabinete de los barones»

6. El «nuevo Estado» de los liberales autoritarios

7. «Pero ¿cómo piensan ustedes gobernar?»

8. Los enajenados: mantenerse en el poder a pesar de todo

9. Liberalismo autoritario, patronal, nazismo

10. Evitar a Hitler. La tentativa Schleicher

Epílogo

Créditos

A Marie-Thérèse Chapoutot,
minima apostolarum (1908-1924),
que traza sus carboncillos sobre la urdimbre del tiempo.

«Stella enim a stella differt in claritate […].
Absorpta est mors in victoria.
Ubi est mors victoria tua?»
I Ad Corinthios, 15

«Somos muchos los que tememos que este Gobierno haga tanto que no nos quede nada por hacer».
Dr. Joseph Goebbels,
22 de julio de 1932

«Papen ha hablado en la radio. Un discurso que viene de nuestras propias ideas, de la A a la Z».
Dr. Joseph Goebbels,
28 de agosto de 1932

«Papen me rogó que tuviera la amabilidad de exponer de nuevo mi visión de las cosas. De modo que repetí […] que había que dejarles a la derecha la puerta abierta a los nazis».
Johann Ludwig Graf Schwerin Von Krosigk,
ministro de Finanzas del Reich,
29 de noviembre de 1932

PRÓLOGO

Sábado, 7 de diciembre de 2019. El jefe de Gobierno Franz von Papen, retirado de la vida pública desde 1945, se presenta en Berlín con un grupo de jóvenes militantes de izquierda ante la sede del partido de la Unión Demócrata Cristiana de Alemania (CDU), para hablar con los conservadores y dar la voz de alarma: en un momento en que la tentación de aliarse con la extrema derecha es fuerte, el antiguo canciller que en enero de 1933 convenció al presidente del Reich, Paul von Hindenburg, para que llamara a Hitler al poder, se ve en la obligación de recordar las lecciones de la historia. ¡Él, que había trabajado y maniobrado para constituir un Gobierno de coalición entre la derecha y la extrema derecha, los conoce bien!

Sobre el papel, sin embargo, era un golpe maestro: el centro moderado burgués *(Bürgerliche Mitte),* muy debilitado tras una serie de elecciones desastrosas, se aseguraba la fuerza de choque —militante y política— de un partido nazi en declive, sí, pero lo bastante poderoso aún como para revitalizar a una derecha moribunda. Aquel 30 de enero de 1933, Papen estaba más que orgulloso de presentar su Gobierno a la prensa y al mundo: él solo era vicecanciller, porque Hitler había exigido ser el jefe, pero se felicitaba por lo que consideraba una proeza táctica. Hitler no era más que un aficionado, flanqueado por una cohorte de farsantes, alborotadores e incompetentes. Él, Papen —el bien nacido, el hombre de las élites y de los círculos de poder—, iba a domar *(zähmen)* al cabo austríaco y a llevar las riendas. A un Hindenburg todavía algo indeciso le había prometido que serían los hombres serios —los de la industria, el *lobby* agrario, la banca, el ejército y la aristocracia— quienes marcarían la pauta. Al tal Hitler, al que había

llegado a conocer en discretas comidas y cenas en casa del banquero Kurt von Schröder o del comerciante Joachim von Ribbentrop —un viejo amigo—, se lo zamparía de un bocado: «Lo voy a acorralar en un rincón hasta que se ponga a lloriquear»[1], decía Papen, que había reducido la participación ministerial nazi a la mínima expresión.

La derecha dominaba el gabinete de Hitler, que la comunicación gubernamental llamaba con razón el gabinete Hitler-Papen: ¡apenas tres nazis de doce miembros! Aparte del canciller, solo había un ministro sin cartera —el exaviador Hermann Goering, hombre de enlace entre el NSDAP (Partido Nacionalista Obrero Alemán), la burguesía empresarial y el gran capital— y un único ministro titular. Los nazis eran unos niños, y Papen se frotaba las manos.

Y, después de todo, la derecha estaba acostumbrada a gobernar con la extrema derecha en cinco *länder*. Por fortuna, en aquella época no había prevención, escrúpulo ni tabú alguno que se opusiera a la unión de las derechas: uno seguía siendo libre de forjar sus alianzas sin que lo acusaran de pertenecer a las SS. Por supuesto, las SS ya existían desde 1925, pero era una milicia política como cualquier otra (¡los socialdemócratas también tenían una!) y su función era proteger a los altos mandos del partido. Papen, además, había corregido una injusticia y anulado la prohibición de las fuerzas antidisturbios del NSDAP que había establecido su predecesor, el tristísimo y muy siniestro jansenista Brüning, obsesionado con el ahorro presupuestario y alérgico a la sonrisa. El doctor Brüning había llegado a la conclusión, tras dos años en el poder, de que las SA y las SS eran un peligro público. Pero Papen, al igual que Hindenburg, no veía diferencia alguna entre los matones de extrema derecha y las baladronadas socialdemócratas: si se prohibían las milicias nazis, ¡había que hacer lo mismo con las socialistas! Había que tratar a los extremos de la misma manera… Bueno, en realidad no del todo: era con los nazis con quienes se cenaba y con quienes se deseaba gobernar, no con el SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania).

En 2019, hacía tiempo que Franz von Papen había aprendido de sus errores. Se equivocó: no fue Hitler quien acabó lloriqueando, sino él. ¿Un solo ministro nazi en el Gobierno Hitler-Papen? Sí, pero no uno cualquiera: el Dr. Wilhelm Frick, jurista, que se hizo cargo de la cartera de Interior. Era, además, titular del mismo puesto en Turingia desde 1930, en el primer Gobierno de unión de derechas entre nazis, liberales, conservadores y nacionalistas. En todos los demás Gobiernos de coalición entre los nazis y la derecha, en Brunswick y en Oldenburgo, sucedió lo mismo: el NSDAP nunca pidió más que una cosa, el Ministerio del Interior, lo que significaba, por supuesto, el control de todo el aparato de inteligencia y represión, y también, en el sistema alemán, el control de la educación, desde el parvulario hasta la enseñanza superior. Una manía extraña, ¡pero les hacía tan felices! Mientras las carteras más importantes, las de economía y finanzas, siguiesen en buenas manos… Lo mismo ocurrió el 30 de enero de 1933, cuando se encomendó la economía al Dr. Alfred Hugenberg, conocido magnate de los medios de comunicación.

Papen y sus amigos, que se creían tan inteligentes, deberían haber mirado más de cerca lo que los nazis hacían en todas partes gracias a sus ministros del Interior. Y eso es lo que viene a decirle a la CDU en 2019, porque la historia se repite: acaban de celebrarse elecciones precisamente en Turingia, el *land* dominado por el Dr. Frick entre 1930 y 1933. Las elecciones del 27 de octubre de 2019 son un desastre para la derecha (la CDU pierde 12 puntos), mientras que la extrema derecha de Alternativa para Alemania (AfD) gana casi 13. Con lo cual, gracias a los avances de los liberales (FDP, Partido Democrático Libre), que suben 2,5 puntos y entran en el *Landtag*, existe la esperanza de arrebatarle el *Land* a la izquierda. Los cálculos se hacen rápidamente: 21,7 % de la CDU, 5 % del FDP y 23,4 % de la AfD, es decir, 50,1 %, mayoría absoluta; justa, es cierto, pero indiscutible. Es tentador: el *Land* de Turingia, en manos de la CDU desde la «reunificación»[2], está gobernado desde 2014 por una alianza que se considera insoportable entre Die Linke, el

equivalente alemán a Sumar o Podemos, el SPD (partido hermano del PSOE) y los Verdes. La derecha clamó contra la alianza antinatural, el compromiso inmoral, la traición al electorado. Con 46 diputados, esa alianza de todas las izquierdas se enfrentaba a 34 diputados de la CDU y 11 de la AfD, lo que daba un total de 45 escaños, ¡si al menos hubiera sido posible sumarlos! En 2019 se decidió no privarse de hacerlo: la unión de las derechas, con los 22 escaños de la AfD, suma 48 diputados, frente a los 42 de toda la izquierda. El acuerdo está cerrado: el 5 de febrero de 2020, el liberal Thomas Kemmerich (FDP) será elegido *Ministerpräsident* del *Land* de Turingia con los votos de su partido, la CDU y la extrema derecha. Björn Höcke, exprofesor de Historia de secundaria y líder de la AfD en Turingia, está exultante: el dique ha caído y el cordón sanitario, conocido en Alemania como *Brandmauer*, ya no existe.

Sin embargo, el viaje de Von Papen a Berlín no ha sido en vano. Su testimonio desgarrador hizo reflexionar a los dirigentes de la CDU, cuya derechización parecía no tener límites. Escucharon a Papen recordándoles que la derecha resultó devorada por los nazis: el *Superminister* de Economía, el poderosísimo Alfred Hugenberg, fue destruido en menos de seis meses. Se vio obligado a dimitir ya en junio y, en los meses siguientes, a renunciar a su fabuloso imperio mediático; el mismo que, desde los años veinte, había impuesto todos los temas, razonamientos y eslóganes de la extrema derecha a través de editoriales tendenciosos, reportajes adulterados y noticiarios sesgados.

Friedrich Merz y sus compinches escucharon con compasión al resucitado de Weimar relatar cómo había sido marginado, puesto bajo vigilancia por las SS, a las que él mismo legalizó en junio de 1932, y había escapado luego por los pelos a un asesinato en toda regla en la Noche de los Cuchillos Largos, dos años después de aquel decisivo espaldarazo a los nazis. Era Anquises en el inframundo, relatando su lamentable huida de Troya, pasto de las llamas. En aquella famosa noche, que había durado tres días, lo mismo que un saqueo, Papen había visto desaparecer, secuestrado

en su casa por un comando de hombres de negro, a uno de sus consejeros más cercanos, Edgar Jung, cuyo cuerpo nunca se encontró, así como a su sucesor en la cancillería, el general Kurt von Schleicher, acribillado a balazos en el salón de su casa por los hombres de Himmler, que, para no quedarse cortos, también abatieron a su mujer, Elisabeth. Una masacre. «Eso, mis jóvenes amigos, es la extrema derecha», les había dicho.

De manera que Merz, el hombre de BlackRock en Alemania, ordenó a sus huestes —con el alma destrozada— que retiraran su apoyo al presidente liberal de Turingia. Para evitar que una moción de censura lo destituyera, Thomas Kemmerich, elegido el 5 de febrero, dimitió el 8. La derecha tuvo que aceptar un Gobierno minoritario de izquierdas, presidido por el *Linker* Bodo Ramelow, que se sucedió de ese modo a sí mismo.

Papen, aliviado, pudo recorrer entonces los 700 kilómetros del camino de vuelta al cementerio de Wallerfangen. El hombre, que cumplía 140 años en 2019, prestó lo que sin duda sintió como un último servicio a su país. Solo que, en realidad, fue una lápida con el nombre de Franz Joseph Friedrich Hermann Michael Maria von Papen, nacido en 1879 y fallecido nonagenario en 1969, la que realizó aquel viaje, en compañía del Centro para la Belleza en la Política, un colectivo de activistas acostumbrado a este tipo de golpes de efecto[3]. La policía de Berlín recogió la piedra y abrió una investigación por «profanación de sepultura» y «perturbación de la paz de los difuntos» sobre la base del artículo 168, apartados 2 y 3, del Código Penal alemán[4]. El colectivo artístico indicó en su comunicado de prensa que el excanciller deseaba «debatir con la derecha los peligros que se corren cuando uno se compromete con los fascistas, y examinar si se puede domesticar, desenmascarar o dominar a los enemigos de la democracia asociándolos al poder». El colectivo también aprovechaba para denunciar que «quien hizo posible a Hitler» se hubiera librado «con cuatro años de cárcel», una pena muy indulgente para los «millones de muertos en toda

Europa», antes de dedicarse «a la buena vida en su castillo»: «Eso es lo que se llama "cultura de la memoria" en nuestro país»[5].

La *performance* político-artística del monumento funerario errante puso de relieve el hecho de que Franz von Papen es, literalmente, un resucitado. La losa de piedra que sella su sepultura no es, a todas luces, lo suficientemente pesada para impedir que su fantasma perviva en la vida política alemana. La historia no ha terminado: sus protagonistas aún siguen aquí. Cuando se celebraron las elecciones del 1 de septiembre de 2024, la AfD obtuvo en Turingia el 32,8 % de los votos, para satisfacción de Björn Höcke. Dos meses antes, el 1 de julio de 2024, el *Landgericht* de Halle le había impuesto una multa de 16 900 euros por haber gritado en un mitin uno de los lemas de la SA, «Alles für Deutschland». El *Oberstudienrat* de Historia, puesto docente que equivale a profesor titular, había alegado ignorancia, algo que no sirvió de mucho para convencer al tribunal. Era poco probable que un profesor de Historia, claramente interesado en el período del Tercer Reich, no supiera lo que estaba diciendo.

---

[1] Franz von Papen a su amigo agrarista Ewald von Kleist-Schmenzin (DNVP), en Ewald von Kleist-Schmenzin, «Die letzte Möglichkeit. Zur Ernennung Hitlers zum Reichskanzler am 30. Januar 1933. Januar 1933 (postum veröffentlicht)», en *Politische Studien*, 1959/10, S. 89-92, p. 92.

[2] El territorio alemán emanado de las actas constitucionales de 1990 nunca había existido antes, por lo que el término «reunificación» resulta inapropiado. Los historiadores alemanes no hablan de *Wiedervereinigung*, sino de *Übernahme* o *Anschluss*.

[3] «Symbolische Aktion - Grabstein Franz von Papens vor CDU Parteizentrale abgelegt», en *Saarbrücker Zeitung,* 7/12/2019.

[4] § 168-2 y 168-3 StGB, «Störung der Totenruhe».

[5] «Von Papens Totenruhe», en *Die Tageszeitung/taz,* 7/12/2019.

INTRODUCCIÓN

Weimar es una historia tan viva que resucita a los muertos y nunca deja de plantear interrogantes en Alemania, incluso en todas las democracias que, durante los años 1932 y 1933, con Von Papen y Hitler, y también con Schleicher, Hindenburg, Hugenberg y Thyssen, se enfrentan a su finitud. Si la Gran Guerra dejó claro que las civilizaciones son mortales, el final de la República de Weimar demostró que la democracia también es perecedera.

Weimar es un significante inagotable. Es, en primer lugar, la ciudad de los poetas y de los pensadores, de los mecenas y de los músicos, donde vivieron Lutero, Bach, Wieland, Goethe, Schiller, Liszt, Wagner, Nietzsche… por citar solo algunos. A principios de 1919, fue una de las tres razones por las que se eligió aquella pequeña ciudad de Turingia, con una población apenas superior a la de Fontainebleau y a trescientos kilómetros de Berlín, como sede de la Asamblea Constituyente salida de las urnas el 19 de enero por sufragio universal, por fin —masculino y femenino—. Los diputados se alojaban en hoteles, posadas y casas particulares; el Gobierno provisional, en cambio, se instaló en el castillo, a dos pasos de la biblioteca Anna-Amalia, ejemplo del esplendor rococó hoy declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, y del parque donde Goethe solía herborizar en su *Parkhaus,* segunda residencia situada a un kilómetro escaso de su casa de la ciudad, en la plaza Frauenplan. Alemania ponía así de manifiesto ante el mundo su otro rostro: el de la *Weltliteratur,* de las artes y de la filosofía, lejos de Berlín y Potsdam, de los cascos con punta y los cuarteles, la Alemania de la *Aufklärung* y de la *Weimarer Klassik,* no la del militarismo, la de los desfiles al son de los pífanos y de los cañones. En otras palabras, lejos de las fábricas y de los obreros. Berlín,

ciudad de izquierdas, estaba demasiado agitada, como vino a demostrar el levantamiento espartaquista — *Spartakusaufstand* o enero rojo de 1919— en el que perdieron la vida varios miles de insurgentes, entre ellos Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, asesinados a manos del consumado salvajismo y de la enorme cobardía de los reitres de los *Freikorps,* los cuerpos francos del general Groener y del ministro Noske, el «perro sanguinario», como le gustaba llamarse a sí mismo.

Podríamos dedicarle un libro entero a lo que Weimar representa[6]. Lo mejor de Alemania, con la inteligencia de las letras y de las artes, con esa Constitución votada el 31 de julio y esa República nacida el 11 de agosto de 1919, que nunca se separarán de este topónimo. Detestada por la extrema derecha, que asimilaba *Weimar* al *System,* que vituperaba la *Systemrepublik* de los socialdemócratas y el «bolchevismo cultural» —pánico moral de la época—, Weimar era también una ciudad burguesa y conservadora que, ya desde la década de 1920, otorgó mayorías a los nazis. Hitler, que sentía aprecio por la ciudad, organizó allí, como si quisiera lavar la mancha de la democracia y exorcizar aquella maldita Constitución, los primeros congresos del partido antes de decantarse por Nuremberg. Allí se alojaba a menudo, en el Hotel Elephant, reformado a su gusto en 1938 y que aún conserva el *Führerbalkon* en su nueva fachada neodórica. Ese mismo año, las SS inauguraban en el Ettersberg, lugar predilecto de Goethe —era donde tenía su roble—, el campo de concentración de Buchenwald, a tiro de piedra de librerías, museos y cafés.

Después de 1945, el inagotable significante se convirtió en un espectro que se cernía sobre la República Federal de Alemania. Por mucho que Turingia estuviera en la SBZ (zona de ocupación soviética) y luego en la RDA, Bonn seguía teniendo constantes pesadillas con Weimar. A menudo nos hemos preguntado, en Bonn y luego, tras la mudanza de 1999, en Berlín, si no estábamos reviviendo las «circunstancias de Weimar»[7], sobre todo a principios de los años ochenta, cuando la recesión y la estanflación agitaron el

espectro del desempleo masivo y «del fracaso de una democracia»[8]; después, a principios de la década de 2000, cuando Alemania se veía a sí misma como el enfermo de Europa; y, más recientemente, desde que, en 2014, tomó las calles el movimiento Pegida, los «patriotas contra la islamización de Occidente», y luego la AfD, Alternativa para Alemania, se hizo con las urnas.

Con el auge de la extrema derecha y también con sus victorias en Estados Unidos en 2016 y 2024, en Brasil en 2018, en Argentina en 2023, en Austria en 2000, en Hungría, en Polonia y en los Países Bajos, Weimar está aún más presente, igual que lo están, de manera más general, los años treinta —la actual situación política francesa en 2024, con la formación de un «nuevo Frente Popular», tampoco lo desmiente—.

Hay que decir que, más allá del carácter perecedero de nuestras democracias, Weimar nos plantea también interrogantes sobre el nazismo, la guerra y la Shoah. A la luz del final de la historia, la República de Weimar se ha convertido en algo así como la metonimia del período de entreguerras y sus traumas. Después de diciembre de 1932, todo salta por los aires en Europa Central y Oriental, y también en el Sur: Austria cae en 1933, con la instauración de una dictadura corporativista nacional-católica; luego España entre 1936 y 1939, a costa de una atroz guerra civil desencadenada por la extrema derecha y los militares contra la República del Frente Popular; y finalmente, en el contexto de la derrota, Francia, que renuncia a lo que Alfred Rosenberg llama «150 años de errores», y confía el poder a un viejo mariscal que, jugando a Juana de Arco y a salvador supremo, traiciona a su país en el momento en que se firma el armisticio, el 22 de junio de 1940, aceptando entregar a los nazis a quienes habían depositado su confianza en el país de los derechos humanos.

El final de la República de Weimar fue un acontecimiento-monstruo y, al mismo tiempo, un acontecimiento-mundo, con tendencia, por otra parte, a aplastar todo lo demás; en particular, la interpretación general de la historia alemana y su cronología a largo

plazo. Weimar y, más aún, las circunstancias dramáticas de su final, parecen ser el vórtice que todo lo succiona, un *terminus ad quem* que dicta toda lectura y toda hermenéutica de la historia de un país, reducida a no ser sino el prólogo del nazismo. Para comprender su fracaso, se ha teorizado un «camino particular» que, de Bismarck a Hitler, solo podía conducir a un país poco proclive al liberalismo y al universalismo hacia la peor de las dictaduras.

Por eso tenemos algún escrúpulo en volver a abordar «el final de la República de Weimar». Esa desafortunada democracia suele estar, en efecto, en el punto de mira del debate público por las circunstancias de su desmantelamiento, algo que siempre añade una pizca de sal a la herida abierta en la historia alemana o, más bien, a la forma de ver, leer, escribir y enseñar esa historia: la teleología, el finalismo. Todo estaría orientado hacia ese agujero negro de la historia del país, el año 1933.

Es algo metodológicamente erróneo e históricamente injusto, porque la República de Weimar, para los hombres y las mujeres que la crearon y la llevaron adelante, supo hacer que historia rimara con esperanza.

Desde hace unos veinte años, la atención historiográfica se centra en los «futuros de Weimar», ese universo de los posibles tan profusamente abierto por la Revolución de 1918-1919 y la redacción, en seis meses, de una Constitución liberal, democrática y parlamentaria, además de social que, setenta años después, cumplía por fin las promesas de 1848 y de la primavera de los pueblos. ¿El año 1919 como primavera del pueblo alemán? Sin duda, porque los contemporáneos conocen, por definición, la corriente ascendente y no la descendente, ese gran invierno de 1933 al que, lijando las perspectivas y mutilando puntos de vista, queda siempre reducida la historia de Alemania. ¿Victoria de la democracia alemana, de ese otro «camino particular» que relaciona a Kant y la Ilustración, las «guerras de liberación» de 1813-1815, la *Paulskirche* — la tan políticamente simbólica iglesia de San Pablo de Frankfurt—, la «Ley Fundamental» de 1949 y la «reunificación» de 1990? Una causa que

puede defenderse y ha dado lugar a relecturas y reinterpretaciones de un largo siglo XX alemán (1848-1990) que ha sido considerado, por obligación de las sensibilidades historiográficas, desde el punto de vista de los actores. De modo que el final de la Gran Guerra fue ese «tiempo de cometas»[9] que, en condiciones unánimemente desfavorables (guerra civil, guerra en Europa del Este, conferencia de Paz —cartaginesa— de Versalles, tratado de paz leonino, etc.), permitió, no obstante, la construcción de una socialdemocracia sin precedentes. Los historiadores han reconocido por fin que «Weimar», antes de ser una historia trágica, un síndrome o un trauma, fue una historia viva, abierta a un porvenir prometedor, casi un milagro; y el jubileo de 2009 y luego el de 2019, con motivo del centenario de la Asamblea Constituyente de 1919, fueron una ocasión para redescubrir las «posibilidades de una República»[10]. En la Universidad de Jena, cerca de la ciudad de Weimar, en un centro de investigación *ad hoc,* se interesaron por el modelo democrático de Weimar, hecho de alianzas democráticas y progresistas (1919-1920), de alternancias exitosas entre la derecha y la izquierda y de grandes coaliciones (1928-1930). En resumen, se interesaron por el «día a día de una República» y de una «normalidad» política asombrosa en un país que, en tiempo real, estaba aprendiendo el sufragio verdaderamente universal, la libertad y la socialdemocracia[11]. En contraste con el sombrío retrato de un edificio que se tambalea, que ha nacido casi muerto y está destinado al abismo, disponemos de obras que muestran la sutil dialéctica, en tiempos difíciles —nunca se insistirá lo suficiente en la impresionante sucesión de choques exógenos que, de Versalles a la Gran Depresión, pasando por la ocupación del Ruhr, conspiran para destruir el experimento de Weimar—, entre consenso y conflicto[12]. En un contexto en el que la violencia de la extrema derecha se expresa con toda crudeza al mismo tiempo que los comunistas, inspirados por la experiencia cercana de la revolución bolchevique, sueñan en voz alta con una Alemania soviética, la joven República consigue, no obstante, crear un espacio democrático pacificado

imponiendo su monopolio de la violencia legítima[13]. A poco que nos guardemos del efecto deprimente de la teleología, esa fuerza mortífera de la reflexión histórica que nos lleva a traducir la anodina *Weimar Culture* (1968) de Peter Gay con el título en francés de *Le suicide d'une République,* es posible, y recomendable, «repensar la República de Weimar»[14]. Repensarla para captar su apertura, su libertad y su esperanza, y comprender mejor que «Weimar» no llevaba en sus entrañas tanto el monstruo nazi como la «República de los marginados», los *outsiders* que, según Peter Gay[15], se convirtieron en los *insiders* de la *Szene* berlinesa, de los cabarets satíricos, de la noche homosexual, de la creatividad literaria y cinematográfica, de todo lo que, de Brecht a Marlene Dietrich, pasando por Fritz Lang, Alfred Döblin y los hermanos Mann, significa —también— Weimar.

En historia, la etiología —el cuestionamiento sobre las causas— nunca se confunde impunemente con la teleología. Dicho de otro modo, las causas nunca son causas finales. Más allá de ese principio de método, hay que alejarse del efecto deslumbrador, incluso alucinatorio, de la palabra «nazismo». En 1932, los nazis eran una de las dos grandes familias de la extrema derecha alemana, junto con el Partido Nacional Popular Alemán (DNVP), y una de las muchas ramificaciones de la extrema derecha europea, muy presente en democracias altamente cuestionadas, como Francia, Bélgica y el Reino Unido, y también en el poder en muchos países (Italia, Polonia, Hungría, Austria, Portugal, etc.). Son racistas y antisemitas, quieren regenerar la nación alemana y remedan un discurso de justicia social muy cómodo para ganar sufragios. Mantienen dos milicias políticas (SA y SS), como casi todos los demás partidos alemanes, y estiman que la violencia es la partera de la historia, al tiempo que prometen respeto y lealtad a la Constitución del país hasta el ejercicio del poder, que los nazis no ocultaban que sería violento[16]. Bien integrados en los círculos empresariales y financieros, en las élites patrimoniales, en la burguesía y la

aristocracia, llegando incluso hasta el príncipe heredero del Imperio, supieron ganarse el favor de los poderosos, de la policía y del ejército. Por supuesto, el DNVP los considera, además, socios de coalición perfectamente aceptables, y eso mismo entiende el Zentrum. El SPD, sin embargo, y especialmente a partir de 1930, considera que se les debe dar la oportunidad de ejercer el poder para comprobar así qué tal se desempeñan —mal, con toda probabilidad, lo que permitiría quitárselos de en medio—.

Ese relato impresionó profundamente al autor de estas líneas cuando lo descubrió como alumno de secundaria en una pequeña localidad del sur de Francia.

La historia de una República que se derrumba seguía estando presente en los manuales y en la enseñanza de los años noventa, cuando se reflexionaba, en tiempo real, sobre los advenimientos democráticos (el final del bloque del Este, la desintegración de la URSS y la veladura de las «democracias populares» en Europa Central y del Este) y sobre la fragilidad de ese tipo de construcción política, definida —según la acertada ocurrencia de Winston Churchill— como «el peor de los regímenes, a excepción de todos los demás». El peor, no solo por la paciencia y el tiempo que requieren las elecciones, la votación, la concertación, la coalición, sino también porque es prodigiosamente frágil.

Lo cierto es que aquel no era el momento para la meditación sobre la fragilidad de las civilizaciones. Muy al contrario, a finales del siglo XX y de la Guerra Fría revivíamos una escatología democrática comparable a la que habían vivido nuestros (bis)abuelos al finalizar la Gran Guerra. Sobre las ruinas de los Imperios (ruso, austrohúngaro, alemanes), tantas «cárceles populares» barridas por la ordalía de la historia dejaban paso a democracias liberales y parlamentarias que, todas ellas, se esforzaban por reproducir la Constitución estadounidense o las instituciones francesas y británicas. Los contemporáneos habían creído en la promesa de la «última de las últimas», porque todo el mundo, tras el horror de la

masacre, había querido creerlo, tanto más cuando la Sociedad de Naciones (SDN), esa República de los Estados, el Parlamento de las Naciones con sede en Ginebra hacía creíble la «paz perpetua». En lo que a nosotros se refiere, tuvimos el final del imperio soviético, las revoluciones democráticas y nacionales en mundovisión, la caída del Muro, la promesa de la «mundialización feliz» y del «fin de la historia»; esa historia de fuego, de acero y de sangre que había sido la historia del siglo XX, el advenimiento de las «terceras vías» socialdemócratas o socioliberales encarnadas por las sonrisas triunfantes de los Clinton, Blair y Schröder al celebrar los acuerdos del GATT.

Nuestros profesores y nuestros libros de texto, sin embargo, nos hablaban de Weimar, porque sabíamos que el «siglo de las tinieblas» en suelo europeo[17] había estado marcado por dos guerras atroces, la segunda de las cuales había tenido por pródromo el fin de una democracia, y no de una democracia cualquiera: una muy joven, nacida en 1919, pero en un país central desde el punto de vista geográfico y eminente desde el punto de vista cultural.

La presencia de «Weimar» en las clases y las conciencias de nuestros profesores se explicaba sin duda por el magisterio intelectual del materialismo histórico en las aulas de las universidades durante sus años de formación. Un profesor de secundaria de Martigues había tenido seguramente como maestros a Michel Vovelle o Maurice Agulhon en Aix, o a Emmanuel Le Roy Ladurie en Montpellier. Había recibido una formación en historia política acompañada de historia social, había aprendido la importancia de la economía y meditado sobre las consecuciones que, partiendo de la esfera financiera, socavan la esfera productiva, devastan el mundo social y terminan en desastres políticos. Ese mismo profesor había leído y reflexionado sobre la *ground zero* de la conciencia histórica y política de la izquierda europea, que todos los teóricos políticos, todos los filósofos y sociólogos y todos los historiadores habían abordado en algún momento, ya fueran comunistas o socialistas, estalinistas o trotskistas, de la

Confederación General del Trabajo o de la Confederación Francesa Democrática del Trabajo, estatistas o autogestionarios… Y es que, además de la escuela y la universidad, había otras escuelas y universidades: las de los movimientos políticos de izquierdas, donde, en las disertaciones sobre la Alemania de 1918-1919, se aprendían los matices entre consejismo y autogestión y se comentaban los intercambios amistosos entre «socialfascistas» y «hitlerotrotskistas».

La secuencia de 1929-1933/34 será de primera importancia en todas partes. Era ese trauma original que había visto a la izquierda más antigua, más poderosa y mejor estructurada del mundo, y también la más prestigiosa, porque era la izquierda de los teóricos y de los padres fundadores (Marx, Engels, Bebel, Bernstein…), la izquierda de las estrellas fugaces y de los genios (Rosa Luxemburgo), la izquierda de las conquistas sociales de 1918 (la jornada de ocho horas, los convenios de empresa, la representatividad sindical, el sufragio verdaderamente universal, con el voto femenino…), barrida en unas pocas semanas por la violencia metódica del movimiento nazi, que sabía golpear en las tripas y en la cabeza, combinar el desenfreno rabioso de sus esbirros, la gentuza de a pie de las SA con hambre y sed de comunistas, de socialistas y de judíos, con la planificación extremadamente precisa, estudiada, controlada y acrítica de sus juristas que, de decreto en decreto-ley, deconstruían escrupulosamente todo el edificio del Estado de derecho.

La historia trágica de aquella democracia destruida por sus enemigos internos (la derecha nacionalista, los grandes agraristas e industriales, los militares, la extrema derecha, categorías todas a las que se incriminaba sin escrúpulo, por lo mucho que representaban el atraso casi asiático de una Alemania de bosques y de fraguas, de servidumbre y de cañones) nos afectó a todos y cada uno de nosotros porque, más allá de la supuesta especificidad alemana, la del *Sonderweg,* había una forma de modelo y de parábola que llegaba a todos: a la izquierda, por supuesto, dado que había sido,

junto con la democracia, la primera víctima de los nazis, y también a los liberales y a la derecha en general.

Del mismo modo que un profesor de izquierdas podía extraer de la historia de Weimar una especie de modelo generalizable y predictivo, su colega de derechas veía en ella la lección liberal que imparte una crisis económica: la crisis engendra pobreza, que alimenta los «extremos», es decir, una izquierda comunista opuesta tanto a la democracia burguesa como a la extrema derecha, y un movimiento nazi que se impone para fundar una dictadura y fomentar la guerra. La transición con la posguerra estaba cantada: hacían falta instituciones internacionales y keynesianismo, mientras que los que cultivaban una sensibilidad de derechas alababan el liberalismo político y económico. El momento, tras la «caída del muro», era propicio para la venida del liberalismo y para François Furet, que, de una relectura de la Revolución Francesa a una reescritura del siglo XX, imponía —con el brío intelectual y retórico que sus detractores no le discutían— una revisión poderosa y muy discutible de la historia contemporánea, de la que no saldrían indemnes los programas de historia de la escuela y del instituto[18]. En el caso que nos ocupa, se trataba de vincular entre ellas las criminalidades de masas del siglo XX (estalinismo y nazismo en Europa) y referirlas a la matriz revolucionaria francesa —la de 1793 más que la de 1789, no obstante—.

De *Penser la Révolution française* (1978)[19] a la suma de autobiografía e historiografía que es *Le passé d'une illusion* (1995)[20], pasando por las polémicas con Michel Vovelle sobre las celebraciones del bicentenario de la Revolución Francesa (1989) y el diálogo fructífero y turbador con el historiador alemán Ernst Nolte[21], que veía el nazismo como una simple respuesta al «bolchevismo» y que pudo dar pie a la sospecha de relativización, o incluso de apología, del fenómeno nazi. François Furet, que había saldado sus cuentas con el dogmatismo estalinista de su juventud para, al parecer, abrazar mejor la doxa liberal de los años ochenta (Fundación Saint-Simon) y noventa («fin de la historia»), ejerció una

influencia decisiva en la pedagogía del siglo XX. Ni siquiera su temprana y trágica muerte interrumpió esta influencia, debido al halo que sus colegas y amigos supieron mantener en torno a su obra y a sus ideas, desde numerosas columnas y homenajes en obras epigónicas.

Durante mucho tiempo, el estudio —rápido, es verdad— del final de la democracia alemana figuró en lugar destacado en los manuales escolares franceses. Encontré no hace mucho unos apuntes que, siendo alumno de secundaria, redacté para preparar un examen sobre ese período. Haciendo un resumen de los libros de texto disponibles en la biblioteca de mi instituto, explicaba que «el miedo al bolchevismo lleva a los círculos empresariales a financiar el partido nazi» y que «fue bajo la presión de esos círculos que el mariscal presidente Von Hindenburg, elegido en 1925, llamó a Hitler a la Cancillería el 30 de enero de 1933», para «un Gobierno de coalición con partidos de la derecha». El libro de texto de la editorial Belin para alumnos de secundaria de 14-15 años (edición de 1989) dedica una doble página a la República de Weimar y afirma que, «bajo la presión de los medios capitalistas y conservadores, Von Hindenburg recurre a Hitler», que había propuesto «un programa tranquilizador» a los «industriales y financieros»[22]. Para ese mismo nivel de estudios, el libro de la editorial Magnard señala el «apoyo de los pudientes» al NSDAP y el «soporte financiero» prestado por los «industriales», por «miedo a los comunistas»[23], en otra doble página.

Para los alumnos de 16-17 años, el libro de texto de Delagrave de 1988 detalla la secuencia Papen-Schleicher-Hitler, señalando que Von Papen «contaba con el apoyo del mundo industrial» pero que, al perder las elecciones del 6 de noviembre de 1932, lo sustituyó el general Von Schleicher y su «avanzado programa social que preveía la fijación de un salario mínimo y el reparto de los grandes latifundios en quiebra». Ante esas intenciones, «los conservadores están tan preocupados como Hitler», cosa que es rigurosamente exacta. El manual menciona el discurso de Hitler en Düsseldorf el

«27 de enero de 1932»[24] ante «los magnates del Ruhr»: «Tranquilizados, estos decidieron apoyarlo contra el demasiado emprendedor Von Schleicher»[25]. Otro tanto cabe decir sobre el manual de Belin dirigido por Robert Frank, cuya lista de colaboradores resulta impresionante (además de Robert Frank, entre los autores figuran Jean-Jacques Becker, Francis Démier, Pascal Ory, Patrick Verley…): hay diez páginas dedicadas a la República de Weimar y una doble página sobre el final del régimen. Los autores señalan que, en efecto, fueron los «grandes patronos como Krupp, Thyssen, Siemens o el banquero Schröder quienes abogaron por llamar a Hitler a la Cancillería, para así formar una gran coalición capaz de restaurar en Alemania la estabilidad y el orden frente al bolchevismo». Con esa operación, «los medios conservadores y los medios de los negocios […] piensan dominar a Hitler»[26]. La página de documentos remata con el testimonio del banquero Schröder en Núremberg, así como las reacciones positivas de los conservadores, de los empresarios y del ejército tras la Noche de los Cuchillos Largos[27].

Las declaraciones de Kurt von Schröder ante los investigadores estadounidenses son bien conocidas y esclarecedoras. El banquero Schröder, enviado por Von Papen para organizar una reunión secreta con Hitler, explica: «Antes de dar ese paso, consulté a un gran número de dirigentes económicos y me informé sobre su estado de ánimo. De ahí se desprendía que querían un hombre fuerte, que pudiera formar un gobierno duradero. Cuando el NSDAP sufrió su primer revés, el 6 de noviembre de 1932, el apoyo por parte de la economía alemana se hizo urgente. El interés común del gran capital residía en el miedo al bolchevismo y en la esperanza de que los nazis, una vez en el poder, crearían en Alemania las condiciones para una política y una economía estables. Otro interés común era el deseo compartido de llevar a la práctica el programa económico de Hitler, uno de cuyos puntos clave era que la economía debía dirigirse por sí misma […]. Se esperaba asimismo una nueva coyuntura económica creada por pedidos muy importantes del Estado. No

olvidemos que Hitler planeaba aumentar el tamaño del Ejército alemán»[28], así como un ambicioso programa de infraestructuras y de desarrollo de las industrias mecánicas.

La palma se la lleva el libro de texto para alumnos de 16-17 años, escrito conjuntamente por Françoise Brunel y Anne-Marie Sohn, publicado por ediciones Bordas en 1980. Le dedica la friolera de dieciocho páginas a la República de Weimar[29] y una doble a su fracaso final. La información es abundante y los numerosos documentos —traducidos por la autora del capítulo— proceden de las mejores fuentes universitarias y literarias, de las publicaciones más recientes, incluidas revistas científicas como las *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*. Anne-Marie Sohn, joven profesora titular, es hija de un refugiado judío que huyó de los nazis, un ingeniero químico que encontró trabajo en la industria del perfume en Grasse, donde se casó con la hija de un antifascista italiano. No cabe ninguna duda de que, en ese hogar comunista, se hablaba mucho de Weimar y del nazismo, a lo que la joven licenciada de la Escuela Normal Superior dedicó su trabajo de fin de estudios[30].

La precisión y la riqueza de su contenido convierten esos manuales en obras por derecho propio, como demuestra el premio que le concedió la Academia Francesa (premio Broquette-Gonin, 1982). Las autoras, profesoras de liceo y de clases preparatorias por entonces, se matricularon para realizar el doctorado que las llevaría al mundo académico. La presencia de un gran número de profesores universitarios en los equipos de redacción de los manuales escolares es sistemática hasta la década de 2010.

Los alumnos de 14-15 años o los de 16-17 (o los de acceso a la universidad desde la reforma del plan de estudios de 2020 en Francia) ahora están muy lejos de leer ese tipo de documentos y de beneficiarse de capítulos tan detallados. La indigencia de los manuales es asombrosa. Por lo general, es objeto de quejas recurrentes, y viene a alimentar las interminables filípicas sobre la bajada de nivel de los manuales de estudio. En este caso obedece,

no obstante, a los movimientos tectónicos historiográficos y editoriales que han relegado el estudio de la República de Weimar y la etiología de su desaparición al limbo de la pedagogía y de la cultura general, así como del debate público, donde resulta habitual oír, desde los editoriales hasta los platós, que «los nazis llegaron al poder democráticamente» (falso), que «a Hitler lo eligieron los alemanes» (nunca), que «la crisis llevó a los nazis al poder» (falso), que «los extremos / los populismos / los extremistas acabaron con la democracia de Weimar» (falso) o incluso, para los más cazurros, que «la izquierda es responsable de la llegada de los nazis al poder», una afirmación pasmosa comparable a las que, en el verano de 2022, atribuían los megaincendios que devastaron la Gironda… a los ecologistas.

A los alumnos de hoy, simplemente, ya no se les pide que piensen en lo que pudo haber destruido una democracia en el corazón de Europa, a mediados del siglo XX, en un país cuya tasa de alfabetización, prestigio universitario y patrimonio literario, filosófico, artístico y científico provocaban la admiración de los países vecinos.

Un libro de texto bastante habitual para alumnos de 14-15 años subsume a la República de Weimar en una problemática que tiene poca relevancia, y cuya formulación («¿Cómo favorece la crisis las experiencias totalitarias y fragiliza las democracias?»)[31] viene dictada por el programa de estudios y sus mantras (los «totalitarismos», un concepto abandonado desde hace mucho tiempo por los historiadores del nazismo y del estalinismo). La cuestión, escasamente heurística cuando se trata de hablar de Italia y de Alemania, hace indescifrable un capítulo que habla también de Francia, así como de Rusia-URSS. ¿Qué habría podido entender yo si hubiera tenido que abordar esta historia con semejantes programas? Todo un misterio. La doble página dedicada al «auge del nazismo» sirve de ejemplo. La etiología, sencilla, aparece machacada: «La crisis económica provoca un aumento muy acusado del desempleo en Alemania. Hitler se aprovecha de las dificultades»[32]. Esa frase lapidaria, que prosigue, como era de esperar, afirmando que los

nazis alcanzan el poder «legalmente»[33], viene completada por un gráfico que se encuentra ya en todas partes, y que establece una correlación entre las estadísticas del paro y los resultados electorales del NSDAP. La progresión de ambos datos entre 1928, 1930 y 1932 es, en efecto, impresionante. Pero hay varias elecciones nacionales en 1932, y la curva no especifica que los nazis llegaron casi a un estancamiento entre abril y julio de 1932, antes de experimentar un marcado retroceso entre las elecciones legislativas del 31 de julio y las del 6 de noviembre. El cuadro ignora también el hecho de que el desempleo llevaba bajando desde el verano de 1932. La doble página dedicada al «régimen totalitario nazi» resuelve en cuatro líneas la cuestión de la llegada de los nazis al poder. Se habla, por supuesto, de la crisis, el desempleo y la progresión electoral. El manual señala que el NSDAP «se convierte en el primer partido de Alemania», lo cual es correcto, antes de mencionar el nombramiento de Hitler para la Cancillería[34], como si Hindenburg dejara así constancia del veredicto de las urnas, lo cual es del todo falso.

El testimonio del banquero Kurt von Schröder, tan pertinentemente presentado como un estudio documental en el manual de Belin, decía sin embargo lo esencial, todo lo que una abundante investigación ya había demostrado en los años setenta y ha venido a confirmar desde entonces: la llegada de los nazis al poder fue el resultado de una elección, de un cálculo y de una apuesta. Elección de las élites económicas (industriales, financieros, aseguradores) y patrimoniales (rentistas, accionistas, *Besitzbürgertum* —término con el que se designa a la burguesía pudiente—). Cálculo de una racionalidad fría: frente a los continuos avances del Partido Comunista, un partido revolucionario que ambicionaba la instauración, a corto o medio plazo, de una «Alemania soviética» *(Sowjetdeutschland),* la fuerza militante del NSDAP y las filas bien nutridas de sus milicias, los 400000 hombres de las SA y los 30000 miembros de las SS proporcionaban un contrapeso tranquilizador que había que poner a toda costa al servicio de una defensa resuelta del orden social y económico. Por

último, la apuesta: como a los nazis les faltaba experiencia, rodearlos de políticos curtidos y probados permitiría domesticarlos en el marco de un poder compartido, en un gobierno de coalición.

La atrofia de la cuestión de Weimar, de su florecimiento democrático y su final trágico —para los alemanes, para los europeos, para los judíos, para el mundo—, la disminución de su presencia en los programas y manuales escolares, la desaparición de una reflexión seria sobre el final de esa democracia mayor, ubicada en el corazón de Europa, en un país de cultura arraigada y de alfabetización antigua, una democracia cuyo propio nombre, entre la Ilustración y la *Weltliteratur,* redoblaba su significación universal para reflexionar sobre el vínculo entre inteligencia, cultura y ejercicio de la ciudadanía, plantea bastantes interrogantes.

En los contextos de decadencia e incluso de disolución de la democracia a los que asistimos en Europa y en el extremo occidente sur y norteamericano, nos ha parecido oportuno reabrir el expediente de ese «suicidio de una República» —que se asemeja mucho, en realidad, a un asesinato en toda regla— no tanto para alertar sobre una «vuelta» de los años treinta como para reflexionar y prevenir sobre lo que Michaël Fœssell llama una «recidiva»[35]. El contexto de la Francia de las décadas 2000-2020 está obviamente presente en el trasfondo, el del taller del investigador que extrae sus preguntas de la inquietud de la época y que sabe, como cualquiera que se dedique al estudio y la lectura de investigaciones históricas, que toda historia es contemporánea. La historia de los colapsos y las desapariciones de 1932-1933 (Alemania) y 1940 (Francia), cuya presencia es dolorosa y cuya comparación es tan fecunda[36], no deja de agudizar la mirada sobre los procesos de abrasión política a los que se ven sometidas las democracias por parte de aquellos a quienes hemos decidido llamar «irresponsables», en homenaje al escritor Hermann Broch[37], que se ocupó en su tiempo de los sepultureros de la democracia alemana[38], y a los que Jules Isaac, en 1942, había bautizado como los oligarcas[39]. Se trata, de hecho, de una pequeña oligarquía frívola, egoísta y corta de miras que eligió,

calculó y apostó por el asesinato de una democracia: liberales autoritarios que, convencidos de su legitimidad supraelectoral, convencidos de la solidez de su política de «reformas» (la palabra ya era omnipresente en 1932), infatuados de su genio, de su nacimiento y de sus círculos, decidieron fríamente que la única vía racional y razonable para mantenerse en el poder y evitar cualquier victoria de la izquierda era la alianza con los nazis. Hitler como vía de la razón, o cómo el extremo centro[40] llevó al poder a la extrema derecha: tal es el propósito de esta investigación, que pretende ser una instrucción, en todos los sentidos de la palabra, y que también podrá leerse como una acusación.

---

[6] Peter Merseburger, *Mythos Weimar. Zwischen Geist und Macht,* Berlín, Pantheon, 2013, y Reiner Schlichting, *Genius huius Loci*, Weimar, Stiftung Weimarer Klassik, 1992.

[7] Andreas Wirsching (dir.), *Weimarer Verhältnisse? Historische Lektionen für unsere Demokratie,* Leipzig, Reclam, 2018.

[8] Coloquio «Weimar. Vom Scheitern einer Demokratie», actas publicadas en Erdmann, Karl Dietrich, Hagen Schulze, *Weimar. Selbstpreisgabe einer Demokratie. Eine Bilanz heute,* Düsseldorf, Droste, 1980.

[9] Daniel Schönpflug, *Kometenjahre. 1918: die Welt im Aufbruch,* Frankfurt, Fischer, 2019.

[10] Justus Ulbricht (ed.), *Weimar 1919. Chancen einer Republik,* Colonia, Böhlau, 2009, y Johann Chapoutot, Justus Ulbricht, «Retour à Weimar», en *L'Histoire,* n.° 358, 2010, pp. 24-25.

[11] Andreas Braune, Michael Dreyer (dir.), *Republikanischer Alltag. Die Weimarer Demokratie und die Suche nach Weimarer* Normalität, Schriften zur Republik, Band 2, Stuttgart, Franz Steinert Verlag, 2017, p. 353.

[12] Sebastian Elsbach, Ronny Noak, Andreas Braune (dir.), *Konsens und Konflikt. Demokratische Transformation in der Weimarer und Bonner Republik,* Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2019.

[13] Michael Dreyer, Sebastian Elsbach, Andreas Braune (dir.), *Vom drohenden Bürgerkrieg zum demokratischen Gewaltmonopol (1918-1924),* Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2021.

[14] Anthony McElligott, *Rethinking the Weimar Republic. Authority and Authoritarianism, 1916-1936,* Londres, Bloomsbury, 2014.

[15] Peter Gay, *Weimar Culture: The Outsider as Insider,* 1968, traducido al alemán con el título *Die Republik der Außenseiter. Geist und Kultur in der Weimarer Zeit. 1918-1933,* Frankfurt, Fischer, 1968, y al francés con el título *Le suicide d'une République. Weimar, 1918-1933,* Calmann-Lévy, 1993, y Gallimard, 1995 [en castellano se publicó con el título más fiel de *La cultura de Weimar,* trad. del ing. de F. Martín, Paidós, Barcelona, 2011].

[16] Johann Chapoutot, *Le meurtre de Weimar,* París, PUF, 2010; reed. col. «Quadrige», 2015.

[17] Mark Mazower, *Le continent des ténèbres. Une histoire de l'Europe au xxe siècle,* Bruselas, Complexe-IHTP, 2005 *[La Europa negra: desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, trad. del fr. de G. Solana, Barlin, 2017].

[18] Le dedicamos extensos desarrollos en el *Livre du professeur* (pp. 91-112) que acompañaba al *Manuel d'Histoire des classes de 1re,* París, Nathan, col. «Guillaume Le Quintrec», 2011, cuyos caps. 7 («Totalitarismes et démocraties dans les années 1930», pp. 196-216) y 8 («Les régimes totalitaires dans l'entre-deux-guerres», pp. 170-194) redactamos.

[19] François Furet, *Penser la Révolution française,* París, Gallimard, col. «Bibliothèque des Histoires», 1978; reed. Folio histoire, n.° 3, 1985. [*Pensar la revolución francesa,* trad. del fr. de A. Firpo, Petrel, S.A. 1980].

[20] François Furet, *Le passé d'une illusion,* París, Calmann-Lévy y Robert Laffont, 1995; reed. Le Livre de Poche, 2003, así como *Penser le xxe siècle,* París, Robert Laffont, col. «Bouquins», 2007 [*El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx,* trad. del fr. de M. Utrilla, Fondo de Cultura Económica de España, 1995].

[21] François Furet y Ernst Nolte, *Fascisme et communisme,* París, Plon, 1998 [*Fascismo y comunismo,* trad. del fr. de E. Benítez y A. Parada, Alianza, 1999].

[22] Rémy Knafou (dir.), *Histoire Géographie 3e,* París, Belin, 1989, p. 54.

[23] *Histoire et Géographie 3e,* París, Magnard, 1989, p. 67.

[24] Error venial: el mencionado discurso se pronunció el 26 de enero de 1932.

[25] *Histoire Première. 1880-1945. Naissance du monde contemporain,* París, Delagrave, 1988, p. 226.

[26] Robert Frank (dir.), *Histoire 1re A/B/S,* París, Belin, 1988, p. 240.

[27] *Ibid.,* p. 241.

[28] Kurt Freiherr von Schröder, «Eidesstattliche Erklärung des Freiherrn Kurt von Schroeder vor der amerikanischen Untersuchungsbehörde des Internationalen Militärgerichtshofes in Nürnberg zu den Verhandlungen in seinem Hause in Köln mit Hitler am 4. Januar 1933», en Reinhard Kühnl, en *Der deutsche Faschismus in Quellen und Dokumenten,* Düsseldorf, Pahl-Rugenstein Verlag, 1977, pp. 172-175.

[29] Anne-Marie Sohn *et al., Histoire. Le monde contemporain, 1914-1945,* París, Bordas, 1980, pp. 110-128.

[30] Un trabajo sobre historia contemporánea dedicado al pedagogo nazi Ernst Krieck, dirigido por el profesor Jacques Droz, en la Sorbona. Conversación con la profesora Anne-Marie Sohn, 21 de julio de 2024.

[31] «Chapitre 2 — Expériences totalitaires et démocraties fragilisées», p. 48, en *Histoire-géographie-EMC, 3e*, París, Hatier, 2016.

[32] *Ibid.,* p. 50.

[33] *Ibid.*

[34] *Ibid.,* p. 54.

[35] Michaël Fœssel, *Récidive. 1938*, París, PUF, 2019; reed. Quadrige, 2021.

[36] Ivan Ermakoff, *Ruling Oneself Out. A Theory of Collective Abdications,* Durham, Duke University Press, 2008.

[37] Hermann Broch, *Les irresponsables,* París, Gallimard, 1961; col. «L'Imaginaire», 2001.

[38] Rüdiger Barth, Hauke Friederichs, *Die Totengräber. Der letzte Winter der Weimarer Republik,* Frankfurt, Fischer, 2018.

[39] Jules Isaac, *Les oligarques. Essai d'histoire partiale,* reed. París, Calmann-Lévy, 1994, p. 244, prólogo de Pascal Ory.

[40] Pierre Serna, *L'extrême centre ou le poison français, 1789-2019,* Ceyzérieu, Champ Vallon, 2019.

1
LA AUSTERIDAD EN EL PODER: LA SANGRÍA DEL DR. BRÜNING

La historia política tradicional se ha quedado con la idea de que el Gobierno de Gran Coalición dirigido por el canciller socialdemócrata Hermann Müller (1928-1930) tropezó con la cuestión de la crisis y de la respuesta presupuestaria y social que había que darle.

Las memorias de Heinrich Brüning, publicadas póstumamente en 1970, arrojan, no obstante, una luz diferente sobre las condiciones que rigieron su acceso a la Cancillería, luz que ha sido confirmada desde entonces gracias a investigaciones más recientes sobre los planes y objetivos del presidente del Reich y de su entorno, incluido el omnipresente y muy emprendedor Kurt von Schleicher, el arquetipo del *politischer General,* figura recurrente en la historia prusiano-alemana. Brüning relata que ya en la primavera de 1929, seis meses antes del comienzo de la crisis financiera internacional y un año antes de la dimisión del Gobierno de Müller, el general Kurt von Schleicher lo invita a «desayunar en su casa de la plaza de la iglesia de St. Matthäus»[41] en Berlín, para comunicarle que el presidente Von Hindenburg soporta mal a los socialdemócratas. En su juventud, Bismarck y el Kaiser los denunciaban como apátridas, encarnaciones de la antialemania, y ahora participan en el Gobierno. El presidente está por lo tanto «decidido [...] a poner los asuntos en orden antes de su muerte», sin «contravenir la Constitución», pero «enviando el Parlamento a casa durante un tiempo para gobernar, entre tanto, gracias al artículo 48»[42].

Lo que dice Schleicher no especifica si se trata de una disolución (el artículo 25 de la Constitución imponía por entonces un máximo

de sesenta días para organizar nuevas elecciones) o de un plazo de inactividad parlamentaria, que solo podía ser decidida por los propios grupos parlamentarios, cosa que de hecho va a producirse con regularidad entre 1930 y 1933. El *terminus ad quem* es más explícito: «No pretendemos restablecer la monarquía en un santiamén. Pero está claro que debemos preguntarnos qué haremos cuando muera el mariscal»[43].

Brüning se muestra de acuerdo, puesto que, responde, «la restauración de la monarquía no me preocupa nada», pero hay que pensar bien los tiempos, dado que «todas las reformas que tenemos que llevar a cabo en materia social y fiscal van a resultar tan impopulares que la monarquía no debe asociarse a ellas [...]. Debe venir después de las reformas»[44]. Esos pasajes explícitos sobre el objetivo político último de Brüning, un conservador monárquico que, al igual que Stresemann, se había resignado a convertirse en un «republicano de conveniencia» pero que nunca había aceptado realmente la revolución de 1918-1919 y sus consecuencias, llamaron la atención de periodistas e historiadores, y aseguraron el éxito de las memorias del antiguo canciller, que se presentaba habitualmente, sobre todo en los partidos herederos del Zentrum y el BVP, la CDU-CSU, entre los cristianodemócratas, por lo tanto, como «la última oportunidad de la República de Weimar», el hombre que lo había intentado todo, etc. En su texto, Brüning, impávido y riguroso, ofrecía sin embargo un testimonio póstumo totalmente diferente de su acción política, felicitándose en 1931 de que «la posición del jefe de Estado sea aún más fuerte que en la Constitución deseada por Bismarck. La continuidad de la acción política quedaba asegurada y faltaba sencillamente pensar en el momento oportuno para sustituir al presidente por un monarca»[45], una referencia más, entre muchas, a la restauración, tan presente en sus recuerdos como lo estuvo, con toda claridad, en sus actos.

Con ocasión de la reunión de 1929 con Schleicher, Brüning intercambia consideraciones tácticas sobre el uso del artículo 48, que

cree, con toda razón, que no puede servir para una reforma constitucional. Schleicher le replica que había encargado «un dictamen pericial a los mejores juristas del Ministerio de la Guerra, los cuales concluyen que, en una práctica evolutiva, puede hacerse perfectamente uso de ese artículo para tal fin»[46], juristas entre los que se encuentra en particular el profesor Carl Schmitt. El hábil e incisivo estudioso del pensamiento constitucional tenía al principio las mayores reservas sobre los poderes excepcionales y «la dictadura del mariscal del Reich en virtud del artículo 48 de la Constitución»[47]. Pero eso era en 1924, y un socialdemócrata estaba por entonces a la cabeza del Estado. Desde su marcha de Bonn a Berlín para estar lo más cerca posible del poder y desde que Von Hindenburg sustituyó a Ebert, Schmitt había cambiado de opinión, emitiendo un dictamen favorable a la utilización del 48-2 en materia de legislación financiera, una extensión desproporcionada del campo imaginado por los constituyentes[48].

La entrevista estuvo seguida de una primera reunión con Hindenburg, en diciembre de 1929, con ocasión de una recepción en casa del canciller del Reich, Hermann Müller, el mismo hombre al que se quiere sustituir, incluso derrocar. El mariscal se dirige a Brüning con la jovialidad paternalista y campechana del oficial («¡Ah! ¡Aquí está el que andaba yo buscando!»), indicio claro de «hasta qué punto Schleicher [...] había hostigado al mariscal»[49].

De modo que todo está preparado cuando dimite el gabinete Müller. Brüning, a quien ya se había sondeado desde hacía un año y que participaba en un plan concertado en el seno mismo de la camarilla[50] para cambiar la práctica de las instituciones, incluso la propia Constitución, es a quien convocan a la presidencia y se le encomienda la tarea de formar gobierno: «Pedí permiso para constituir un gabinete independiente de los partidos políticos y que se me confirieran los poderes del artículo 48»[51], lo cual se le concedió. De hecho, a mediados de enero de 1930, es decir, varios meses antes del final de la Gran Coalición, Hindenburg le confesó a

uno de sus amigos íntimos, el conde Kuno von Westarp, antiguo jefe del DNVP (1926-1928), que quería un gabinete plenamente «antimarxista» y «antiparlamentario»[52], es decir, «sin negociaciones de coalición ni acuerdo» y, sobre todo, sin socialdemócratas, cuya presencia en el poder le resulta intolerable. En cualquier caso, señala Westarp, «según Hindenburg, la economía y las finanzas requieren, al menos durante un tiempo, deshacerse de la influencia socialdemócrata». Los círculos empresariales llevan, en efecto, meses presionando para romper con el SPD, como demuestra un folleto explícito publicado en diciembre de 1929 por la poderosa federación de la patronal alemana, la Reichsverband der Deutschen Industrie (RDI), que profetiza el «colapso» en caso contrario[53].

El 1 de abril de 1930, el Dr. Heinrich Brüning hace una declaración de política general ante el Reichstag. En un texto sobrio, hasta sombrío, anuncia un «Gobierno que no estará vinculado a ninguna coalición», una especie de gabinete técnico, por lo tanto, cuya «acción rápida, exigida por los tiempos que vivimos», deberá ser tolerada, incluso aprobada «por esta Cámara Alta», so pena de disolución, ya que «será el último intento de encontrar soluciones con esta asamblea»[54]. «Nuestro objetivo es, y sigue siendo, una Alemania económicamente sana, políticamente libre y en pie de igualdad con las demás naciones», anuncia, refiriéndose a las negociaciones internacionales llevadas a cabo sobre las reparaciones y el rearme; eso requiere «un saneamiento de la situación financiera y de la tesorería», primera exigencia para garantizar la soberanía de Alemania. Brüning anuncia asimismo una «simplificación administrativa», se defiende de cualquier objetivo «antisocial» y pide al Parlamento una «actitud objetiva, imparcial y desapasionada con respecto al programa del Gobierno»[55], que expone con una profusión de términos y de detalles que manifiestan una verdadera querencia por la técnica de las finanzas públicas.

De hecho, Heinrich Brüning es economista de formación. Su tesis doctoral, dirigida por Heinrich Dietzel y defendida en 1915 en la

Universidad de Bonn, versaba sobre «la situación financiera, económica y jurídica de los ferrocarriles ingleses desde el punto de vista de su nacionalización»[56]. Su dominio de la lengua inglesa es una auténtica baza diplomática y mediática para quien, el 15 de junio de 1931, estará en la portada de la revista *Time,* que lo saluda como «Germany's New Iron Chancellor», o sea, nada menos que el nuevo Bismarck —testimonio elocuente del reconocimiento de los círculos empresariales estadounidenses y británicos—.

Brüning es un técnico de las finanzas públicas; lo único que sabe de economía es lo que se aprende en las facultades de derecho antes de 1914, en las que se enseña una concepción normativa, estática y prodigiosamente irreflexiva de la vida económica de un país, con claro predominio de la importancia otorgada al presupuesto del Estado y a su necesario equilibrio, dado que el responsable de los gastos, como todo buen padre de familia, siempre debe velar por desterrar la aventura del endeudamiento.

Esa confusión entre el presupuesto de un hogar y el del Estado, que únicamente se disiparía con el nacimiento de la macroeconomía contemporánea en torno a Keynes, es el marco, incluso la camisa de fuerza, de toda política económica, que, antes de la Segunda Guerra Mundial, se reduce, la mayoría de las veces, a una visión bastante elemental, cuando no primaria, de las finanzas públicas, insensible al carácter dinámico del déficit público y a su efecto multiplicador.

La reacción de Brüning ante la crisis financiera, económica y presupuestaria es la misma que la de la mayoría de sus homólogos extranjeros: ante la infección, hay que practicar una sangría; en este caso, mediante una política de deflación, lo que hoy se conoce como «austeridad», «reducción del déficit» o lo que se adorna con el nombre de «reformas». Recortando los sueldos de los funcionarios y los gastos sociales y subiendo los impuestos se pretende restablecer el equilibrio presupuestario, erigido como tótem. Por otra parte, la bajada de los salarios debe permitir reducir los costes de producción y, así, mejorar la competitividad de los productos alemanes para la exportación. Por último, la reducción de la masa monetaria en

circulación debe provocar una bajada de los tipos de interés de referencia del Reichsbank para fomentar las inversiones nacionales y extranjeras. La industria alemana apoya en un primer momento y sin reservas la política de Brüning, hecha a su medida, cosa que los agraristas, más circunspectos, comprendieron perfectamente.

En el Reichstag, la línea de Brüning choca con el escepticismo y la oposición de los socialdemócratas, que han visto claramente el carácter antisocial de la política de austeridad del Gobierno. Para no arriesgarse a que sea rechazado, Brüning convence al presidente Hindenburg de que transforme el proyecto de ley financiera y social en un «decreto de carácter urgente» *(Notverordnung)* en virtud del artículo 48-2, un texto destinado a «asegurar las finanzas y la economía» que se firma el 16 de julio de 1930. Se trata de un uso muy abusivo del artículo 48-2, que establece que «el orden público y la seguridad» deben verse «perturbados o en peligro» para que se autorice al presidente del Reich a «tomar las medidas necesarias» para el oportuno restablecimiento de la situación. A falta de un juez de paz, en forma de tribunal constitucional, que no existía como tal en Alemania en aquella época[57], la oposición puede acogerse al artículo 48-3, que estipula que «las medidas así adoptadas serán anuladas a petición del Reichstag». El SPD presenta una moción en ese sentido, que se aprueba el 18 de julio por 256 votos de un total de 491, lo que anula la orden presidencial y supone una grave derrota parlamentaria para el Gobierno, además de una auténtica bofetada al presidente. La reacción es que Hindenburg disuelve el Reichstag ese mismo día. Aprovechando un vacío legal, el 26 de julio el presidente del Reich, en virtud del artículo 48-2, firma igualmente la orden que acababa de anular el Parlamento, un acto ejecutivo abusivo al que el poder legislativo no puede oponerse puesto que la cuarta legislatura del Reichstag ya no existe. Un caso particular que no había sido previsto por los constituyentes: el mariscal del Reich hace uso de dos competencias propias (el derecho de disolución, previsto en el artículo 25, y la promulgación de una disposición vinculada a un estado de excepción, artículo 48-2) que habían sido

pensadas de otro modo por la Asamblea de Weimar, que no había previsto que el derecho de disolución se utilizara para forzar la aplicación del artículo 48-2 y eludir el artículo 48-3, salvaguardia del anterior. Todo ello sigue siendo legal desde el punto de vista de la letra de la Constitución, pero difícilmente legítimo desde el punto de vista de su espíritu, es decir, que con toda claridad se trata de una maniobra torticera. El texto de la Constitución queda manifiestamente tergiversado, y podemos fechar sin vacilación la introducción de un régimen presidencialista el 26 de julio de 1930. Los tiempos están por los decretos más que por la ley, o por un «gobierno a base de decretos», el *Dekretinismus* que fustigan la prensa satírica y ciertos juristas críticos.

La disolución es una apuesta arriesgada, cuando no temeraria, en aquel verano de 1930: el paro ha aumentado mucho y el programa del Gobierno, confirmado por la primera decisión de urgencia de julio, está abocado a la impopularidad, como bien sabe Brüning. Para el canciller, el cálculo consiste en esperar una erosión del SPD y avances del Zentrum y el DNVP, esperando al mismo tiempo que el NSDAP apenas progrese. Es equivocarse en todos los campos: Brüning acaricia la idea de poner de su lado a Alfred Hugenberg, presidente del DNVP, aunque haya emprendido una oposición radical al Gobierno y apueste por una estrategia maximalista y una alianza con los nazis. En cuanto a estos últimos, si bien todavía parecían inofensivos unos meses antes, acaban de obtener un resultado preocupante en las elecciones al Landtag sajón del 22 de junio de 1930: del 1,6 % de los votos en 1926 pasan al 14,5 %, confirmando su buen resultado del 8 de diciembre anterior en Turingia, donde, del 3,5 % de los votos en 1927 pasaron al 11,3 %, resultado confirmado por todos los avances obtenidos en las elecciones locales (municipales y cantonales). Los nazis hicieron el mejor uso de los medios y de la respetabilidad que les ofrecía Hugenberg, cuya prensa, además, divulga a diario por toda Alemania las palabras, los temas y las ideas de la extrema derecha.

Las elecciones del 14 de septiembre de 1930 suponen, sin sorpresa alguna, un fracaso para Brüning. Es cierto que los socialdemócratas salen debilitados (cinco puntos menos, un buen pinchazo), pero siguen siendo el primer partido de Alemania (24,5 % y 143 diputados). Su hundimiento, sobre todo, parece beneficiar a los comunistas: el KPD gana 2,5 puntos y, con el 13 % de los votos, envía setenta y siete diputados a Berlín, o sea, veintitrés más que en 1928. El partido del canciller, por su parte, pierde cuatrocientos mil votos y 0,3 puntos: con el 14,8 % y 68 diputados, el Zentrum no puede hacer mucho por el jefe de Gobierno, máxime cuando los demás partidos susceptibles de apoyarlo se hunden. La derecha nacionalconservadora del DNVP sufre una espectacular caída, pasando del 14 % al 7 %, al igual que el Partido Popular Alemán (DVP) y el Partido de la Economía (Wirtschaftspartei), que pierden cinco puntos.

Esas hemorragias de votos favorecen al partido nazi: el NSDAP es incuestionablemente el claro vencedor de las elecciones, con un espectacular aumento de 15,5 puntos. Al subir su porcentaje de votos del 2,8 % al 18,3 %, los nazis mandan 107 diputados al Reichstag que, el 12 de octubre, hacen una llamativa entrada vestidos con el uniforme pardo de las SA, una provocación calculada en un momento en que el Gobierno del *land* de Prusia ha decretado un *Uniformverbot* (prohibición de llevar uniforme) para las milicias políticas.

El Gobierno de Brüning estará, por lo tanto, en minoría en el Reichstag: la «coalición nacional» de la derecha liberal y conservadora en la que quería apoyarse el canciller representa, en el mejor de los casos, solo el 35 % de los votos (incluido el DNVP), frente a más del 50 % en la legislatura anterior si se cuenta el 14 % del DNVP, cosa que es metodológicamente discutible, dado que la línea política del nuevo jefe del partido, Hugenberg, se inclina desde 1928 más hacia los nazis que hacia Hindenburg. Conclusión: el Gobierno únicamente podrá legislar y mantenerse frente a las mociones de censura si —y solo si— cuenta con el apoyo de los

socialdemócratas. El SPD, al que Hindenburg y Schleicher querían eliminar de la vida política alemana, vuelve a encontrarse en el centro de todas las preocupaciones tácticas del canciller que ellos habían nombrado. Un fiasco en toda regla.

El SPD, por su parte, considera que dos enemigos mortales de la socialdemocracia y de la República, los nazis y los comunistas, están consiguiendo unos avances imponentes que inducen a temer que, en caso de nueva disolución y elección, podrían acercarse, entre los dos, a una mayoría negativa. Un análisis algo precipitado: los «extremos» son, entonces como ahora, un espantapájaros cómodo para centristas perezosos —que, a su vez, no siempre se inclinan por la moderación— y la posición del KPD no es tan hostil a la socialdemocracia. A pesar de la línea «clase contra clase» (re)inaugurada en 1928, una posición cuya fluctuación demuestra que tiene menos de dogma que de táctica coyuntural (fue abandonada entre 1925 y 1928), los comunistas saben practicar el «frente único en la base» y también en la cúspide, y tender la mano a los dirigentes socialdemócratas, a pesar de las vejaciones e incluso de las masacres puras y duras que estos últimos no dudan en perpetrar —el «mayo sangriento» del 1 de mayo de 1929 y sus treinta y tres muertos en Berlín no son sino un episodio más de la represión socialdemócrata continuada desde enero de 1919—.

Con todo, el SPD inaugura una «política de tolerancia» *(Tolerierungspolitik)* con respecto al canciller y a su programa de purga presupuestaria y social, alimentando la *Sozialfaschismusthese* defendida por los comunistas del KPD, que denuncian entre los socialdemócratas, apodados «socialfascistas», los apoyos objetivos del «fascismo» y los que, en cualquier caso, siempre hacen la política de la burguesía[58].

En otras palabras, después de haber votado en contra de las leyes de Brüning y de haber conseguido que triunfara una moción de censura contra la decisión de julio, el SPD se dispone a apoyar medidas fiscales y sociales mucho peores, no votando a favor de ellas, sino absteniéndose cada vez que se presenta una moción de

rechazo (artículo 48, párrafo 3) contra una disposición en virtud del artículo 48-2. Los socialdemócratas sostienen que Brüning es «el mal menor» *(das kleinere Übel)* comparado con los nazis. Van a «tolerar», sin embargo, una política económica y social que, agravando la crisis, alimenta como nunca el voto nazi. El 3 de octubre de 1930, el grupo parlamentario del SPD vota la resolución de «tolerancia» con el fin de «preservar la democracia, proteger la Constitución y la democracia parlamentaria» frente a los «círculos sociales reaccionarios que las amenazan»[59]. El SPD reafirma, es verdad, su oposición a «la reducción del poder adquisitivo de las masas y su apoyo a la creación de empleo», pero en la práctica se dispone a hacer lo contrario. Además, cuesta ver cómo «tolerar» la violación de la Constitución y no pasar por el Parlamento viene a ser lo mismo que proteger la democracia, y de qué modo las disposiciones de Brüning aumentan los presupuestos de los hogares… Y paso obligado, el comunicado denuncia, ya de paso, el «movimiento fascista de los nazis» y el «Partido Comunista, que se obstina en dividir a la clase obrera en esa situación contrarrevolucionaria, algo que dificulta aún más la lucha contra la reacción social y el fascismo». El conjunto, sin embargo, es barroco: la mezcla de tácticas timoratas y de proclamas marxistas hace que la prosa de los socialdemócratas resulte singularmente indigesta, cuando no incomprensible.

Hay que decir que, tras el resultado obtenido por los nazis en septiembre, muchos cargos electos y militantes del SPD entran en pánico. El excanciller Hermann Müller, en una carta a su amigo y ministro-presidente de Prusia, Otto Braun, del SPD, manifiesta su consternación por el hecho de que algunos dentro del partido estén sopesando que «habría que permitir que la derecha y la extrema derecha entraran en el Gobierno, incluidos los nazis, para que así puedan demostrar su incompetencia». Tal «razonamiento continúa ganando adeptos», a lo que Müller «se opone con todo vigor»[60].

Mientras algunos especulan con la posibilidad de permitir que gobierne una coalición de derecha y extrema derecha que, de hecho,

tendría mayoría de escaños, desde los nazis hasta el Zentrum, otros se plantean una «gran coalición» con Brüning (pero ¿para qué política económica y social?). Brüning se encarga de poner rápidamente al corriente a los jefes del SPD con ocasión de una reunión secreta que se celebra en casa del más alto funcionario de la Cancillería del Reich, Hermann Pünder, el 30 de septiembre de 1930, con los dirigentes del SPD Hermann Müller y Otto Wels: nada de ministros socialistas, sino «una conversación muy fructífera» alrededor de un café, una copa de vino y puros, al final de la cual «no puede excluirse que la socialdemocracia apoye al Gobierno Brüning para evitar una dictadura de derechas»[61].

Es, como hemos visto, lo que va a pasar: tras la fallida disolución y el fracaso en las elecciones legislativas de septiembre de 1930, Brüning se encuentra en la situación que quería evitar y que choca profundamente con la conciencia del hombre de derechas que es Hindenburg: el Gobierno presidencial puede legislar a base de decretos, es cierto, pero su supervivencia política y el mantenimiento de su legislación dependen únicamente de los amables favores del SPD. Brüning concede a ese partido, frente al que tenía, como todos los conservadores, los peores prejuicios, un visto bueno que, de haberse hecho público, habría sido un beso de Judas para la socialdemocracia: «El SPD había apoyado los peores sacrificios jamás exigidos a su pueblo por un gobierno alemán, todo ello en interés de la sociedad. Se había expuesto a una impopularidad sin precedentes dentro de sus propias filas. Se había convertido en un apoyo capital del Estado, más aún que con Ebert, en un momento en que su país pasaba por las mayores dificultades […]. Es un abismo que me separaba de la socialdemocracia. Pero, como Stresemann, muy a mi pesar, llegué a la constatación de que, cuando lo que está en juego es salvar al país de lo peor, conviene confiar más en el SPD que en la extrema derecha pangermanista a lo Hugenberg»[62]. Los socialdemócratas, convertidos en los mejores apoyos de la derecha y de una política de depuración y austeridad

sin precedentes: la República de Weimar es decididamente pionera, incluso un modelo.

Brüning mantiene igualmente conversaciones con la extrema derecha: con Hugenberg durante el verano y, tras el veredicto de las urnas, con Hitler, unos días después que con los socialistas, el 6 de octubre de 1930. Le expone al «Führer» un programa de gobierno definido por una política de austeridad, la lucha contra las reparaciones de guerra y la expectativa de un vuelco de la coyuntura que, según él, debería llegar en el verano de 1932 —de hecho, así será—. Brüning le pide que lo apoye «colaborando lealmente, en secreto y luego abiertamente», es decir, uniéndose al Gobierno, para «liberar al pueblo alemán, en dos o tres años, de las trabas del Tratado de Versalles». En su calidad de «veterano de la Gran Guerra» es como se dirige «al soldado del frente» que es Hitler. En vano: el austriaco parece «no haber entendido nada del plan de saneamiento de las finanzas públicas» y «responde lanzándome un discurso de una hora [...] en el que la palabra "exterminar" *(vernichten)* aparece con regularidad; primero a propósito de los socialistas, luego en referencia a los reaccionarios, y finalmente al hablar de Francia, enemigo hereditario, y de Rusia, matriz del bolchevismo»[63]. Es más, ¿por qué no entrar en el Gobierno «con tres ministros nazis»? Pero sin comprometerse con ningún programa que no fuera «el exterminio *(vernichtung)* de los comunistas, de los socialistas y de las fuerzas reaccionarias»[64], dice Hitler. Brüning concluye que la cooperación a nivel del Reich tendrá que esperar, pero propone empezar por los *länder:* «Para no cortar los hilos ya tejidos [...], me declaraba dispuesto a hacerlo de manera que el NSDAP y el Zentrum pudieran formar gobiernos conjuntos en los parlamentos de los *länder,* siempre que fuera aritméticamente posible, y eso ya desde esa primera fase de acercamiento entre nosotros. Evidentemente, eso le causó una impresión mucho mayor que todo lo que yo hubiera podido decir antes. Para él, el principio rector era: primero el poder, luego la política»[65].

Es comprensible que Hitler estuviera encantado con lo que proponía Brüning. Alemania son el Reich y los *länder,* en una configuración federal, herencia de una historia milenaria, la del Sacro Imperio, consagrada en las constituciones de 1866 y de 1871. La Constitución de Weimar, por su parte, amplió en 1919 la autonomía de los *länder:* cada uno de ellos tiene su propia constitución (que debe, no obstante, ser democrática y parlamentaria), su propio Gobierno y su propio Parlamento. Por tanto, las votaciones en los *länder* son importantes, ya que determinan la composición de los ejecutivos «regionales» (una denominación inadecuada) y el uso de los poderes y competencias reservados, que son clave: en virtud de la Constitución de 1919, los *länder,* junto con los municipios, ejercen lo esencial de las competencias policiales, puesto que no existe una policía nacional en Alemania hasta que Himmler crea la Deutsche Polizei en 1936. Tienen también competencias en materia de educación, desde la enseñanza primaria hasta la superior, con poderes de nombramiento muy amplios, sobre todo de los profesores universitarios.

Los nazis lo saben muy bien cuando, el 23 de enero de 1930, forman un Gobierno de coalición de derecha y extrema derecha en el *land* de Turingia, tras las elecciones del 8 de diciembre de 1929, que habían dado una mayoría de veintiocho de los cincuenta y tres diputados a una amplia unión de las derechas formada por la Thüringer Landbund (Federación Campesina de Turingia), un partido de extrema derecha rural[66], el NSDAP, el DNVP, así como el DVP y el WP, un partido liberal-populista de derechas. Por primera vez, dos nazis entran en un Gobierno; uno de ellos, el Dr. Wilhelm Frick, abogado y jurista, que pide y obtiene las carteras de Interior y Educación, es decir, la dirección de todos los servicios de inteligencia y de represión, de toda la administración pública y de las instituciones escolares y universitarias. En ese puesto, el Dr. Frick lleva a cabo una importante renovación de los mandos de la policía, así como nombramientos partidistas en puestos de profesores de la prestigiosa Universidad de Jena. Por decreto, nombra «Profesor der

Rassenkunde und Eugenik» al Dr. Hans Günther, ídolo de la extrema derecha *völkisch* e indiscutible especialista en la «ciencia de las razas» (*Rassenkunde),* que ilustra con tratados eruditos así como con obras populares que le valen el apodo de *Rassengünther*. El 15 de noviembre de 1930, la conferencia inaugural del profesor Dr. Günther sobre «La etiología de las mutaciones raciales del pueblo alemán desde la era de las grandes migraciones» constituye un gran acontecimiento político, mundano y mediático de primer orden, al que asiste lo más granado del partido nazi, con Hitler a la cabeza.

Aunque el Gobierno Baum-Frick cae por una moción de censura presentada por el SPD y aprobada por la mayoría del Landtag (lo sucede un Gobierno minoritario de derechas tolerado por el SPD), el 31 de julio de 1932 unas nuevas elecciones al Landtag, sincronizadas con las del Reich, dan veintiséis diputados al partido nazi únicamente, que forma entonces un Gobierno de coalición con la derecha (Thüringer Landbund)*,* bajo la dirección del *Gauleiter* nazi Fritz Sauckel.

El caso que Heinrich Brüning tenía en mente era el del *land* de Brunswick. Las elecciones al Landtag, celebradas al mismo tiempo que las parlamentarias del Reich, el 14 de septiembre de 1930, vieron cómo el NSDAP subía del 3,7 % al 22 %, mientras que el SPD, que gobernaba en solitario, perdía cinco puntos. El 30 de septiembre tomó posesión un Gobierno de coalición de derecha-extrema derecha (DNVP, DVP, Zentrum, WP —Wirtschaftspartei, Partido de la economía[67]— y NSDAP), gracias a la decisiva participación del Zentrum. Los acontecimientos electorales de Brunswick resultan decisivos, ya que esa primera experiencia de coalición entre el Zentrum y los nazis permite imaginar otras, sobre todo en Prusia, donde la hipótesis de un Gobierno centro-nazi se concreta en abril de 1932, e incluso en el Reich, donde tal coalición se contempla abiertamente en agosto de 1932. Por otra parte, en Brunswick, al igual que en Turingia, los nazis exigen y obtienen el Ministerio del Interior, ocupado por Anton Franzen y luego por Dietrich Klagges. Maestro de formación, luego profesor de

secundaria y subdirector, Klagges se apasiona por las cuestiones de pedagogía y define la «enseñanza de la historia» como «una educación nacional-política»[68]. Klagges, como Franzen antes que él, lleva a cabo una purga política radical en la administración, la policía, las escuelas y la *TH Braunschweig,* la universidad técnica *(Technische Hochschule)* del *land,* y multiplica las trabas a la libertad de expresión, de reunión y de manifestación de la izquierda. De forma igual de expeditiva, Dietrich Klagges permite la naturalización del ciudadano austriaco Adolf Hitler, que no adquiere la ciudadanía alemana hasta el 26 de febrero de 1932, fecha en que recibe el nombramiento de representante del *land* en el Reichsrat de Berlín. Hitler pide una excedencia sin sueldo en octubre de 1932, y no parece haber trabajado realmente para la administración que lo empleó brevemente. Su nombramiento como *Regierungsrat* habrá sido más fácil que la primera hipótesis prevista para su nacionalización: Klagges quería, en efecto, nombrarlo «profesor asociado de Sociología Política» en la *TH Braunschweig,* pero cuando la maniobra salió a la luz levantó un escándalo y sarcasmos, puesto que Hitler ni siquiera tenía lo equivalente al «diploma de enseñanza elemental» que se obtenía a los 13 o 14 años: su única cualificación era un certificado de estudios primarios.

En un tercer *land*, el de Oldemburgo, es donde, a raíz de las elecciones del 26 de mayo de 1932, el NSDAP obtiene por primera vez mayoría absoluta de escaños (52 % de los escaños, 48 % de los votos). Se forma un Gobierno exclusivamente nazi, también por primera vez, gracias a una mayoría absoluta de veintiséis diputados del NSDAP (de un total de cuarenta y ocho), más tres diputados de la derecha que se les unen.

En otros dos *länder,* los nazis llegan al poder en la primavera de 1932, una temporada nutrida en elecciones, en la que se renuevan varios parlamentos regionales. En Mecklemburgo-Strelitz, el NSDAP, que había obtenido el 24 % de los votos, forma un ejecutivo en coalición con el DNVP (30 %) el 8 de abril de 1932, al igual que en el Freistaat Anhalt (el Estado Libre de Anhalt) donde, el 21 de mayo,

el abogado nazi Alfred Freyberg se convierte en *Ministerpräsident,* pasando así a ser el primer jefe nazi de un ejecutivo durante la República de Weimar[69], tres semanas antes que el *Gauleiter* Carl Röver en Oldenburgo… Ya antes del verano de 1932, los nazis gobiernan cinco *länder* y encabezan dos Gobiernos, antes de un tercero, el de Fritz Sauckel en Turingia, a partir del 26 de agosto, tras la victoria nazi del 31 de julio.

Es una historia política decisiva, porque conduce a una habituación recíproca entre derecha y extrema derecha, y hace creíbles las combinaciones ideadas por los distintos estrategas políticos, ya sean dirigentes de partido (Mons. Ludwig Kaas del Zentrum, Hugenberg, Hitler…) o consejeros del mariscal (Schleicher): coalición de las derechas, bloque nacional-conservador en torno a un baricentro DNVP-NSDAP, coalición entre NSDAP y Zentrum… Todas esas opciones ya se habían probado en los laboratorios de los *länder,* a satisfacción de los partidos interesados.

La situación en el Reich, sin embargo, queda bloqueada, debido a la oposición frontal de los nazis al Gobierno Brüning y a la línea de extrema derecha del DNVP. Afortunadamente para el canciller, el SPD, con sus 143 diputados, se opone sistemáticamente a cualquier intento o perspectiva de censura: no solo el uso del artículo 48-3 y cada petición para aplicar una orden judicial previa presentada por el NSDAP, el DNVP o el KPD vienen a chocar con el voto negativo de los socialistas, sino que cualquier hipótesis de destitución del mariscal mediante un plebiscito (art. 43) o de llevar al jefe de Estado ante el Staatsgerichtshof (art. 59), que exige una mayoría de dos tercios del Reichstag, queda excluida, aun cuando los motivos jurídicos están perfectamente presentes, puesto que el recurso a las resoluciones de excepción se basa en una interpretación tan extensiva del artículo 48-2 que es, cuando menos, muy cuestionable.

Una serie de resoluciones continúa, de hecho, por la senda de la deflación. Cada texto legislativo añade su propia cuota de infortunio social: aumento de los impuestos indirectos a través de la subida de

las tasas sobre el consumo, bajadas de los salarios del sector, reducción de los sueldos de los funcionarios, drásticos recortes del gasto social a través de la disminución de las prestaciones sociales… La deflación de Brüning es la medicina administrada por los Diafoirus[70] de la economía que está minando la sociedad alemana. El efecto procíclico, en fase de recesión, es desastroso: con su política, el Gobierno alimenta la crisis golpeando el consumo popular, principal motor del circuito económico. Es cierto que Keynes aún no es muy conocido, puesto que no publicaría su *opus magnum* hasta 1936, pero sus primeros artículos de reflexión macroeconómica ya están disponibles, y es fácil leer sus propuestas sobre la «propensión al consumo» de los hogares pobres (es total, por lo que no tiene sentido recortar su presupuesto), sobre la diferencia entre las finanzas públicas y el presupuesto de un hogar, sobre el carácter positivo de un déficit presupuestario público cuando inyecta liquidez en el circuito económico creando puestos de trabajo (a través de grandes obras, por ejemplo, que son también gastos de inversión para el futuro), apoyando el consumo de los hogares (sobre todo, de los más pobres), recreando, por consiguiente, una actividad económica que será fuente de ingresos fiscales e, *in fine,* de vuelta al equilibrio presupuestario. Añadamos a ello un mejor acceso a las funciones básicas (alimentarse, recibir atención sanitaria, educarse, llevar una vida digna) para el mayor número posible de personas, fuente de bienestar y de reducción del gasto social. Ese círculo virtuoso se opone punto por punto al círculo vicioso de la deflación, pero Brüning no permite que le tomen el pelo ni que nada lo inquiete. El 11 de septiembre de 1931, durante un viaje del *Professor* Keynes a Alemania para dictar una serie de conferencias, Brüning «intenta convencerlo de que la propaganda a favor de una técnica esencialmente inflacionista hace imposible toda política financiera razonable»[71], lo que no parece haber intimidado ni mucho ni poco al *Professor* británico.

El campo de la razón sigue siendo gravemente irracional, y su política de deflación es un fracaso: si se trataba de mejorar la

competitividad alemana para la exportación bajando el precio de los productos del país, el fallo es total, porque la propia economía internacional está atrapada en una espiral deflacionista. Los socios comerciales de Alemania siguen la misma política al mismo tiempo y, lo que es aún peor, devalúan. El 21 de septiembre de 1931, el Reino Unido abandona la convertibilidad en oro de la libra esterlina y devalúa su moneda un 30 %. Keynes, que se había opuesto vehementemente a la vuelta al tipo de cambio anterior a la guerra impuesto por Churchill, canciller de la Hacienda en 1925, aplaude la medida en un artículo en el que se congratula de que los ortodoxos hayan tenido que rendirse ante la realidad, esos dogmáticos que «parecen geómetras euclidianos que, al encontrarse en un mundo no euclidiano y observar que, de hecho, las líneas rectas que parecen paralelas se cruzan con frecuencia, ¡les reprocharían a las líneas su falta de rectitud!»[72].

La devaluación británica conduce a un impresionante rosario de devaluaciones nacionales y a un aumento de la competitividad en las exportaciones que arruina los insensatos sacrificios impuestos por el hombre al que los alemanes apodaban el «canciller del Hambre» *(der Hungerkanzler)*. Con su tez blanquecina, sus labios fruncidos, sus gafas pequeñas y redondas, sus trajes negros y su perpetua ausencia de sonrisa, es fácil caricaturizar a Brüning como el sepulturero del país.

Su fracaso económico real apenas lo aparta del rumbo que se había marcado, pero sí irrita, y luego exaspera, a sus apoyos patronales. Descubrieron en Brüning a uno de esos dogmáticos a los que Keynes censura, incapaz de cambiar de rumbo. Quizá haya que buscar la racionalidad de Brüning en otra parte, si queremos dar sentido a su obsesión ortodoxa: sin duda, el canciller está menos preocupado a corto plazo por la mejora de la situación económica interna que por la abolición de las Reparaciones, que era su principal batalla en política exterior, cuando no su alfa y omega personal. En ese sentido, la degradación temporal de la coyuntura puede resultar beneficiosa —pero a qué precio—, demostrando la insolvencia de

Alemania y el carácter agravante de la carga de Versalles, revisada por los planes Dawes y Young. Es concederle un maquiavelismo verdadero a aquel técnico escrupuloso y, según el parecer de todos, tanto amigos como adversarios, honrado hasta el aburrimiento, pero lo cierto es que los acreedores e inversores extranjeros temen más que nada una economía alemana que se hunde, una sociedad en crisis terminal y el advenimiento del *Sowjetdeutschland* que reclama el KPD. Las principales cabezas económicas y políticas del mundo están ocupadas sobre todo en que no se rompa el juguete alemán.

Es muy posible que Brüning tenga sus razones, pero no faltan expertos económicos en Alemania para dar fe de que su política ha fracasado, como muy tarde en el verano de 1931, cuando quebraron algunos de los mayores bancos del país. A la degradación de la coyuntura se añade una crisis importante del sistema financiero centroeuropeo cuando, el 11 de mayo de 1931, el mayor banco austriaco, el Credit-Anstalt, se declara insolvente, lo que obliga al Gobierno vienés a intervenir con un rescate masivo para salvarlo. Ese mismo día, los grandes almacenes urbanos Konzern Karstadt, primer grupo europeo de venta, con treinta mil empleados, veintisiete fábricas y cerca de cien filiales, anuncian pérdidas récord, lo que no es de extrañar en un ciclo recesivo en el que el consumo se desploma. Los malos resultados de la aseguradora Nordstern, pocos días después, acaban de sembrar el pánico entre los inversores extranjeros, que ven ahora en Alemania una zona de riesgo, y entre los inversores y ahorradores, que toman al asalto las ventanillas de sus bancos en una espectacular *bank run (Bankansturm),* como en Berlín, donde, el 13 de julio de 1931, se toman al asalto las sucursales de la *Sparkasse*. Dos de los principales bancos alemanes, el Danat-Bank y el Dresdner Bank, se declaran en quiebra, mientras el Reichsbank pierde más de la mitad de sus reservas en oro y divisas. El Gobierno cierra las bolsas y los bancos los días 14 y 15 de julio y reduce por decreto la actividad financiera durante tres semanas, para dar tiempo a rescatar con

dinero público a los bancos en quiebra y reestructurar el sector, afectado además por un importante plan de despidos.

Aunque en la primavera de 1930 la mayoría de los universitarios, altos funcionarios y dirigentes empresariales alemanes eran partidarios de las medidas de austeridad y profesaban una fe ferviente en las fuerzas autorreguladoras del mercado (la crisis, en una gran depuración darwiniana, acabaría con los débiles y permitiría prosperar a los agentes más fuertes), muchos de ellos empezaron a insistir cada vez más en una clara inflexión de la línea ante la constatación de la degradación continua de la coyuntura, el agotamiento del mercado interior y, como colofón, la desaparición de las ganancias de competitividad por la deflación y la devaluación extranjeras. Tal es el caso de los pioneros alemanes en el estudio de la coyuntura, como el Prof. Gerhard Colm y el Dr. Hans Neisser, dos investigadores del Instituto de Economía Mundial de la Universidad de Kiel; de Hans Schäffer, secretario de Estado del Ministerio de Economía del Reich, que redacta unas «Reflexiones sobre la lucha contra la crisis» el 2 de septiembre de 1931; y de Wilhelm Lautenbach, alto funcionario del Ministerio de Economía, que redacta unas «Perspectivas para una revitalización activa de la coyuntura mediante la inversión y la flexibilización del crédito» el 9 de septiembre de 1931.

Schäffer transmite el plan de Lautenbach al presidente del Reichsbank, el Dr. Hans Luther, quien convoca a un grupo de expertos capacitados para debatirlo en la Friedrich-List-Gesellschaft, una sociedad de pensamiento económico conservador, los días 16 y 17 de septiembre de 1931. Se reúnen universitarios (Colm, Neisser, así como Wilhelm Röpke[73] y Walter Eucken, profesores en Friburgo y teóricos del neoliberalismo alemán), destacadas personalidades políticas (Rudolf Hilferding, antiguo ministro de Finanzas del Reich, Johann Ludwig Schwerin von Krosigk y Hermann Warmbold, futuros ministros de Finanzas y de Economía), los principales directivos del Reichsbank y altos funcionarios. Lautenbach propone, cierto es,

aplicar una política de deflación social y salarial para mantener bajos los tipos de interés y aliviar las cargas que soportan los empresarios y las finanzas públicas, pero defiende con firmeza una política de oferta que conceda créditos a bajo interés a las empresas, así como créditos fiscales y subvenciones directas a sus patronos. La presión sobre el gasto social debe permitir mantener el equilibrio de las finanzas públicas al mismo tiempo que se impulsa la actividad mediante un gasto de Estado dirigido a los emprendedores.

Por miedo a la inflación, Hans Luther no se atreve a flexibilizar el crédito bajando su tipo de interés director (5 % en aquel momento), y el Gobierno Brüning se contenta con tomar buena nota del Plan Lautenbach: los diversos servicios estudian cómo financiar las ayudas a las empresas, pero no se llega a tomar ninguna medida. La tendencia deflacionista se mantiene, y las principales disposiciones del Plan Lautenbach no las aplica el Gobierno de Von Papen («Papen-Plan») hasta casi un año después y luego, a partir de la primavera de 1933, Fritz Reinhardt, *Gauleiter* nazi de la Alta Baviera y posteriormente secretario de Estado del Ministerio de Hacienda («Reinhardt-Programm»).

El Gobierno Brüning mantiene el mismo rumbo: las «disposiciones de carácter urgente» se suceden en virtud del artículo 48-2 para seguir bajando aún más las prestaciones sociales, reduciendo los salarios y aumentando los impuestos, todo lo cual agrava automáticamente la crisis. Los círculos dirigentes de la economía están cada vez más preocupados. El canciller, fiel a su sistema, no oye nada, preocupado como está, sobre todo, por su tarea en la política exterior, que, a sus ojos, tiene prioridad: poner fin a las Reparaciones y obtener, si es posible, un cheque en blanco para el rearme alemán. Dedica mucho tiempo, energía y viajes a París, Londres, Washington, Ginebra y Lausana y logra su primer éxito rotundo: el 20 de junio de 1931, horrorizado por las crisis bancarias austriaca y alemana, el presidente de Estados Unidos, Herbert Hoover, declara que había que suspender el pago de las Reparaciones, para gran enfado de Francia pero intensa satisfacción

de los alemanes. Hoover, al unísono con todos los magnates de la economía estadounidense, estaba ansioso por no romperle los lomos al socio económico alemán. Alemania es la principal cabeza de puente industrial y financiera de los estadounidenses en Europa, y todo el mundo en Nueva York y Washington sabe que esos miles de millones de marcos oro entregados a franceses y belgas son una hemorragia que lastra la salud del país[74].

Brüning, como todos los dirigentes del mundo, comprendió que la «moratoria Hoover» anunciaba simple y llanamente el fin de las Reparaciones, que ahora ya era solo cuestión de tiempo. La moratoria entra en vigor el 6 de julio de 1931, después de dos semanas de intensas negociaciones con el primer ministro francés, Pierre Laval, furioso porque los estadounidenses no le habían consultado. Laval, partidario del juego limpio y a favor de una «colaboración leal» con el Reich, concede un crédito a Alemania y, acompañado por el ministro de Asuntos Exteriores, Aristide Briand, se desplaza en visita oficial a Berlín en septiembre, por primera vez desde 1878, lo que constituye un éxito para Brüning y para su homólogo francés, que encadena con una gira triunfal por Estados Unidos y el título de Hombre del Año de la revista *Time,* un honor que solo se concedió a dos franceses en el siglo XX: Laval y, más tarde, en 1958, De Gaulle.

Pero Brüning no puede disfrutar de esos éxitos durante mucho tiempo: el Gobierno alemán tiene que abandonar un proyecto que llevaba preparando desde 1930, de concierto con el Gobierno austriaco. Como los tratados de paz de 1919 (Versalles, 28 de junio, y Saint-Germain, 10 de septiembre) prohibían la adhesión de Austria a Alemania *(Anschluss),* el mundo de la economía había sugerido la creación de una unión aduanera entre ambos países, con el fin de crear un espacio comercial homogéneo a uno y otro lado de los Alpes y facilitar un acceso alemán a esas regiones, pasando por la economía austriaca, muy integrada en la de los Balcanes y el sudeste de Europa. Ese proyecto de *Zollunion* austroalemana choca con la firme oposición de la diplomacia francesa y, por consiguiente,

con la de los británicos, que no desean ninguna deflagración en el continente. En la primavera de 1931, la cuestión de la unión aduanera se plantea ante el Consejo de la Sociedad de Naciones, que la remite al Tribunal Permanente de Justicia Internacional de La Haya, el cual emite un dictamen consultivo sin ambigüedades el 5 de septiembre de 1931: el proyecto contraviene los tratados así como el Protocolo de Ginebra de 1922, que protege la independencia de Austria. Al mismo tiempo, Francia utiliza hábilmente la diplomacia financiera y condiciona la ayuda presupuestaria exigida por Viena a la renuncia a la unión aduanera: ya el 16 de julio, el Gobierno austriaco había capitulado, según confirma en Ginebra el 3 de septiembre su ministro de Asuntos Exteriores, conjuntamente con su homólogo alemán. Julius Curtius —que había sucedido a Stresemann y ocupaba el cargo desde la muerte de este en octubre de 1929—, un peso pesado del DVP y de la política alemana, antiguo ministro de Economía al que Hindenburg había llamado a la Cancillería en 1926, sin que consiguiese, no obstante, formar Gobierno, presenta su dimisión.

La marcha de Julius Curtius provoca la dimisión de todo el gabinete Brüning el 9 de octubre de 1931, en un contexto en el que está formándose en Bad Harzburg una unión de derechas muy crítica con su política. Hindenburg acepta la dimisión y desea un nuevo Gobierno depurado de todo cuanto le parece demasiado a la izquierda, lo que, para este anciano que tiende a la intransigencia, afecta también a los miembros del Zentrum, como el ministro del Interior, Joseph Wirth, a quien se agradecen los servicios prestados, y el ministro de Transportes, Theodor von Guerard, que también pierde su cartera. Añeja obsesión bismarckiana y guillermina del mariscal presidente: los católicos, con la excepción de su canciller, terminarían por resultarle casi tan insoportables como los socialdemócratas. La cuestión confesional era, como mínimo, un criterio para él: cuando Brüning va de visita al Este, el mariscal, siempre rápido para sospechar de chanchullos jesuíticos entre el Zentrum y la Iglesia, se impresiona por el tiempo (¡quince minutos!)

que su canciller pasa con el cardenal arzobispo de Breslavia, mientras que —torpeza lamentable— no visita al «superintendente general» de la Iglesia Luterana en Silesia, lo que desata contra él, como señala el canciller con un toque de ironía, un *furor protestanticus* de mil demonios[75].

Hindenburg lleva de nuevo a su canciller a encabezar un Gobierno compacto de derechas: Brüning toma Asuntos Exteriores de manos de Curtius (DVP); el general Groener une Interior de Wirth (Zentrum) a Defensa, *in Personalunion*. Economía, por otra parte, cartera que antes ocupaba Hermann Dietrich (DDP), queda asignada al profesor Dr. Hermann Warmbold, miembro de los consejos de administración de BASF y del IG Farben. El Dr. Warmbold es uno de los hombres más influyentes del capitalismo alemán, que permanecerá ya en ese puesto hasta enero de 1933 y ocupará esa cartera en los Gobiernos de Papen y Schleicher.

Como es absolutamente lógico, en su declaración de política general ante el Reichstag el 13 de octubre de 1931, Brüning presenta un Gobierno «aún más independiente de los partidos que el anterior» y que «no tendrá en cuenta ninguna línea de ningún partido»[76]. Se consolida la lógica de un gabinete presidencial de derechas, pero el canciller sigue dependiendo de la «política de tolerancia» del SPD. El principal asunto político de los meses siguientes, los preparativos de las elecciones presidenciales, acabará por demostrarlo, puesto que serán efectivamente los socialdemócratas quienes permitirán que el viejo mariscal vuelva a ocupar la jefatura del Estado.

---

[41] Heinrich Brüning, *Memoiren, 1918-1934,* Band I, Stuttgart, Deutsche Verlagsanstalt, 1970; reed. DVA, 1972, p. 153.

[42] *Ibid.*

[43] *Ibid*., p. 154.

[44] *Ibid.*

[45] *Ibid.,* p. 394.

[46] *Ibid.,* p. 154.

[47] Carl Schmitt, «Die Diktatur des Reichspräsidenten nach Artikel 48 der Reichsverfassung», en Gerhard Anschütz *et al., Der deutsche Föderalismus. Die Diktatur des Reichspräsidenten. Verhandlungen der Tagung der deutschen Staatsrechtslehrer zu Jena am 14. und 15. April 1924. Mit Eröffnungsansprache und einer Zusammenfassung der Diskussionsreden,* Berlín, De Gruyter, 1924, pp. 63-140.

[48] Carl Schmitt, «Verfassungsrechtliches Gutachten über die Frage, ob der Reichspräsident befugt ist, auf Grund des Art. 48 Abs. 2 RV finanzgesetzvertretende Verordnungen zu erlassen, 28. Juli 1930», citado en Wolfram Pyta, Gabriel Seibert, «Die Staatskrise der Weimarer Republik im Spiegel des Tagebuchs von Carl Schmitt», en *Der Staat*, 1999/3, pp. 423-448 (p. 429).

[49] Heinrich Brüning, *Memoiren, 1918-1934, op. cit.,* p. 156.

[50] En español en el original. *(N. de los TT.)*

[51] *Ibid.,* p. 170.

[52] Notas personales de Kuno Graf Westarp, 15 de enero de 1930, citadas en Gerhard Schulz (dir.), *Politik und Wirtschaft in der Krise, 1930-1932. Quellen zur Ära Brüning,* Düsseldorf, Droste, 1980, p. 18.

[53] *Aufstieg oder Niedergang? Deutsche Wirtschafts- und Finanzreform 1929,* Selbsverlag des Reichsverbandes der Deutschen Industrie, 1929.

[54] «Regierungserklärung von Reichskanzler Dr. Heinrich Brüning», en *Reichstagsprotokolle,* 1928, 30/5, 152. Reunión, martes 1 de abril de 1930, p. 4728.

[55] *Ibid.,* p. 4729.

[56] *Die finanzielle, wirtschaftliche und gesetzliche Lage der englischen Eisenbahn unter Berücksichtigung der Frage ihrer Verstaatlichung.*

[57] Aurore Gaillet, *La Cour constitutionnelle fédérale allemande. Reconstruire une démocratie par le droit (1945-1961),* París, La Mémoire du Droit, 2021.

[58] Heinrich-August Winkler, *Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik. Der Schein der Normalität. 1924-1930*, Berlín, Bonn, Dietz, 1985. Véase también Bert Hoppe, *In Stalins Gefolgschaft. Moskau und die KPD, 1928-1933*, Múnich, Oldemburgo, Studien zur Zeitgeschichte, Band 74, 2007.

[59] Resolution der SPD-Fraktion, 3/10/1930, en *Jahrbuch der deutschen Sozialdemokratie — Band 1930*, Berlín, Dietz, 1930.

[60] Citado por Otto Braun, *Von Weimar zu Hitler*, Nueva York, Europa Verlag, 1940, pp. 308-309.

[61] Hermann Pünder, *Politik in der Reichskanzlei. Aufzeichnungen aus den Jahren 1929-1932*, Dienstag, 30/09/1930, p. 62.

[62] Heinrich Brüning, *Memoiren, 1918-1934, op. cit.,* pp. 399-400.

[63] *Ibid.,* p. 218.

[64] *Ibid.*

[65] *Ibid.*

[66] Guido Dressel, *Der Thüringer Landbund. Agrarischer Berufsverband als politische Partei in Thüringen 1919-1933,* Weimar, Wartburg-Verlag, Schriften zur Geschichte des Parlamentarismus in Thüringen, Heft 12, 1998.

[67] La *Reichspartei*, después *Wirtschaftspartei des deutschen Mittelstandes* (Partido de la Economía y de las Clases Medias Alemanas), es uno de los *Splitterparteien* (pequeños partidos) de la República de Weimar, cuya existencia es posible gracias al sistema electoral proporcional de listas. En 1928 obtuvo hasta un 4,5 % de los votos, antes de caer al 0,3-0,4 % en 1932, en beneficio del NSDAP.

[68] Dietrich Klagges, *Geschichtsunterricht als nationalpolitische Erziehung*, Frankfurt, Moritz Diesterweg Verlag, 1937.

[69] Freyberg, que más tarde sería alcalde de Leipzig y *SS-Gruppenführer,* no soportó la derrota y se suicidó, con su mujer y su hija, al igual que su primer ayudante, Kurt Lisso (también con su mujer y su hija), el día antes de que entraran las tropas estadounidenses en la ciudad. La fotografía de Lisso y su familia, muertos en el despacho, tomada por la fotoperiodista Lee Miller, se hizo mundialmente famosa e ilustra la oleada de suicidios como modo de escape de la guerra, en la primavera de 1945.

[70] Thomas Diafoirus, médico caricaturesco creado por Molière en su comedia *El enfermo imaginario*. *(N. de los TT.)*

[71] Heinrich Brüning, *Memoiren, 1918-1934*, *op. cit.*, p. 506.

[72] John Maynard Keynes, *Théorie générale de l'emploi, de l'intérêt et de la monnaie*, 1936, trad. fr. J. de Largentaye, París, Payot, 1942, p. 265, p. 21 [*Teoría general de la ocupación, interés y el dinero,* trad. del ing. de E. Hornedo, Ciro, 2011].

[73] Jean Solchany, *Wilhelm Röpke, l'autre Hayek. Aux origines du néolibéralisme,* París, Publications de la Sorbonne, 2015.

[74] Adam Tooze, *Le déluge, 1916-1931. Un nouvel ordre mondial,* París, Les Belles Lettres, 2015 [*El diluvio: la Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial, 1916-1931*, trad. del ing. de J. Rabasseda y T. de Lozoya, Crítica, 2016].

[75] Heinrich Brüning, *Memoiren*, *1918-1934*, *op. cit.*, p. 247.

[76] Reichskanzler Dr. Heinrich Brüning, Regierungserklärung, *Verhandlungen des Reichstages*, 53. Reunión, 13 de octubre de 1931, pp. 2069-2074.

2
UN RÉGIMEN PRESIDENCIAL: HIPERPERSONALIZACIÓN Y DOMINIO DE LOS CÍRCULOS PRÓXIMOS AL PODER

Hindenburg, hombre fornido, con un rostro sacado directamente de un álbum de grabados de la Prusia eterna —párpados circunflejos, cejas fruncidas, cráneo macizo, pelo cortado a cepillo y bigote imperial—, parece la encarnación del caballero prusiano, un vestigio de la Orden Teutónica perdido en la era de las masas. Por eso lo eligieron como escaparate mediático del Ejército alemán en 1914. Hindenburg, al igual que Pétain, estaba retirado cuando comenzó la Gran Guerra y, como a muchos oficiales de la reserva, lo llamaron a filas cuando tuvo lugar la movilización general. Sin embargo, a diferencia de Pétain, ya era general y había luchado contra los austriacos en Sadová en 1866 y contra los franceses en 1870. Después tuvo una carrera larga, tranquila y aburrida, jalonada por los cambios de destino y los desfiles del «Día de Sedán» *(Sedantag),* celebraciones de la victoria sobre Francia que convertía cada 2 de septiembre en fiesta nacional en el Imperio alemán.

Hindenburg había sido un oficial joven y honorable sobre el terreno, pero solo había ejercido el mando en cuarteles y en maniobras. En 1914 demostró ser un excelente comunicador, capaz de encarnar la grandeza alemana y las virtudes prusianas, mientras su segundo al mando, el general Erich Ludendorff, era quien estaba realmente al frente. Fue Ludendorff quien ganó la batalla de Tannenberg contra los rusos y salvó a Alemania de una invasión zarista en agosto de 1914, pero la prensa habló sobre todo de Hindenburg. Ludendorff iba a pasar la guerra a la sombra de su

superior, aunque, en la práctica, era quien estaba al mando. A pesar de lo mucho que se prestó al juego, en 1919, después de la guerra, se emancipó del viejo mariscal consumido por el resentimiento hacia un superior que no dudó en dejarlo de lado en el otoño de 1918, minado por unos comprensibles celos del prestigio del *Generalfeldmarschall,* distinción que nunca se le otorgó a él.

Hindenburg se complacía dándoselas de estatua viviente, y se mostraba muy susceptible, presto a defender su honor, noción prusiana y militar donde las haya. Guardaba un profundo rencor a cualquiera que sacara a relucir sus tropelías y mentiras, que eran abundantes: fue Hindenburg quien empujó a Guillermo II al exilio; fue él quien mintió descaradamente ante una comisión parlamentaria de investigación en el otoño de 1919, negando que el Ejército alemán hubiera estado en dificultades en el verano de 1918, y dando pábulo a la fábula de la «puñalada por la espalda». Y fue él quien, a pesar de que solo tenía en los labios palabras de camaradería y lealtad, abandonaba a sus subordinados a la primera oportunidad, en cuanto dejaban de serle de utilidad o en cuanto eran una amenaza para sus intereses.

Todo esto se sabía en los círculos autorizados, hasta el punto de que, cuando Schleicher se acercó a Heinrich Brüning para interesarse por su nombramiento en la Cancillería, este preguntó abiertamente sobre la fiabilidad del «viejo» *(der Alte)* al general Wilhelm Groener. Groener había sido colaborador y luego sucesor de Hindenburg al frente del Ejército alemán, antes de convertirse en *Reichswehrminister* (ministro del Ejército) en siete ocasiones, el que más veces y más tiempo ocupó el cargo, en los años 1920-1923 y 1928-1932. Una «pregunta difícil», ciertamente, casi sacrílega, para quien tenía «la más larga experiencia personal con el mariscal del Reich»: «¿Es digno de confianza nuestro viejo jefe?»[77]. Fiel hasta la abnegación sacrificial, Groener, a quien todo el mundo atribuía erróneamente la huida de Guillermo II, error que Hindenburg nunca corrigió para evitar que su estatua sufriese la menor mella, tranquilizó a Brüning: «Digamos que los tiempos aún no están

maduros para contar públicamente los acontecimientos de 1918-1919 […]. Nuestro viejo superior no es responsable de la derrota militar […]. Me he comportado con él durante doce años de tal manera que lo único que puede hacer es seguir mis consejos; es humanamente imposible que sea de otra manera. Le doy mi palabra de oficial de que utilizaré esa influencia con él para apoyarlo a usted hasta el final»[78]. Diálogo conmovedor —Groener aún no sospechaba lo más mínimo que la «palabra de oficial» de Hindenburg no valía ni mucho menos lo mismo que la suya— y contestación instructiva —Groener le dijo a Brüning que sabía lo suficiente como para mantener a raya al «viejo»—. Aunque el general Groener iba a portarse como un ministro leal y fiel, en mayo de 1932 su «viejo jefe» lo dejaría tirado en campo abierto y le reprocharía mil cosas fermentadas en lo más profundo de su desabrida psique, en particular el hecho de que, después de haber enviudado, en 1926, Groener volviera a casarse en 1930 y que hubieran tenido un hijo poco después de la boda, mucho antes del plazo de nueve meses… Y lo que era peor, el *Generalleutnant* se había dejado ver por la ciudad empujando el cochecito de su bebé, tarea propia de una niñera o de una madre, de una mujer en cualquier caso, no de un general del Ejército prusiano.

El mariscal Hindenburg llevaba una vida de jubilado en una confortable casa burguesa de Hannover cuando partidos de derechas y asociaciones patrióticas unidos en un *Reichsblock* nacionalista vinieron a pedirle que presentara su candidatura a la presidencia del Reich. En la primera vuelta de las elecciones, el 29 de marzo de 1925, el candidato común, Karl Jarres (DVP), antiguo alcalde de Duisburgo, héroe de la resistencia pasiva de 1923 contra la ocupación francesa, varias veces ministro y vicecanciller del Reich, obtuvo el 38,8 % de los votos. Pero la derecha temía a la unión de la izquierda en torno a la candidatura del excanciller Wilhelm Marx (Zentrum). Este, aunque había quedado tercero, por detrás de Otto Braun, del SPD, fue elegido por los partidos de la «coalición de Weimar» (SPD, Zentrum, DVP), reunidos en un *Volksblock,* para ser

el candidato único de todos ellos en la segunda vuelta, beneficiándose así de la retirada de Braun y del candidato del DDP, Willy Hellpach. Con un total del 49,3 % de los votos entre los tres, el Zentrum, el SPD y el DDP, los partidos de la *Weimarer Koalition,* podían ganar las elecciones, siempre que el candidato comunista, Ernst Thälmann (7 %), se retirase o que una parte de sus votantes se pasase al candidato del *Volksblock*. El SPD debía justificar su retirada ante un electorado incrédulo, puesto que, en efecto, fue el candidato socialdemócrata Otto Braun quien quedó finalmente en segunda posición y quien adelantó a Marx con el doble de puntos (29 % frente a 14,5 %).

Una negociación de partidos supervisa esa retirada: Otto Braun quiere volver a ser ministro-presidente del *land* de Prusia y hace un pacto con el Zentrum que le permite tomar posesión de su cargo el 3 de abril. El SPD emite un comunicado para sus militantes y votantes que, como suele ocurrir, mezcla grandilocuencia y palabrería: «Hemos ganado la primera batalla. Ahora hay que terminar la campaña con una victoria. ¡Nuestro principal objetivo es preservar y salvaguardar la República! ¡Nuestra ley suprema es derrotar a los monárquicos! Por eso tenemos que unirnos para la segunda vuelta. Nuestra desunión daría la victoria a los monárquicos; nuestra unión será su derrota […]. Presentar un candidato socialdemócrata habría hecho más difícil reunir a todas las fuerzas republicanas […]. La necesidad política es lo que exige la unión de los tres partidos que juntos redactaron la Constitución de Weimar, por la que tantos mártires dieron su vida»[79]. La conmovedora evocación de los mártires impedía sin duda hablar de las verdaderas razones: el acuerdo por Prusia. En cuanto a vencer a los monárquicos… conviene no olvidar esa proclamación electoral del SPD y compararla con la de 1932, cuando, al final del mandato de siete años de Hindenburg, el SPD se aliará sin regateos a su candidatura, pertrechado sin duda de una gran tolerancia para con los mariscales, el ejército, la derecha, los grandes agraristas, la industria pesada y, por lo tanto, los monárquicos.

El llamamiento a resistir frente al «monarquismo» va dirigido de hecho a Paul von Hindenburg, que sigue considerándose servidor de los Hohenzollern —al menos, hasta su elección como jefe de Estado—. El retirado del Gran Cuartel General acepta ser candidato en la segunda vuelta sin haber participado en la primera, una curiosidad de la ley electoral del 4 de mayo de 1920, que dispone simplemente, en su artículo 4-2, que, en caso de segunda vuelta, «será elegido el candidato que haya obtenido el mayor número de votos válidos», sin más precisiones. En la exposición de motivos de esa ley electoral, publicada en el Boletín Oficial del Reich, el entonces ministro del Interior había explicado que esa interpretación tan libre de la ley era conforme a las intenciones del legislador[80].

El traspaso de votos resulta favorable a Hindenburg. A pesar de su vinculación con el Zentrum, el Partido Católico de Baviera (BVP), que ya había ido por libre en la primera vuelta presentando al ministro-presidente bávaro Heinrich Held, decide pedir el voto para Hindenburg y no para Marx, dado que el BVP, considerablemente más a la derecha que el Zentrum, se niega a elegir a un presidente con votos socialdemócratas, al igual que el ala derecha del Zentrum; entre estos últimos se encuentra el hombre de negocios y diputado prusiano Franz von Papen, que declara que «para poder seguir mañana una política antisocialista, no podemos elegir hoy a un representante del Zentrum con millones de votos del SPD»[81] y resucitar la «coalición de Weimar». El 3,7 % de Held resulta fatal para Wilhelm Marx, tanto más cuanto que los comunistas no retiran a su candidato. En la noche de la segunda vuelta, el 29 de abril de 1925, Hindenburg sale elegido con una mayoría relativa del 48,3 % de los votos, tres puntos por delante de Wilhelm Marx, con el 45,3 %. Marx probablemente habría sido elegido si una parte del centro-derecha no hubiera estado tan obsesionada por el peligro «socialista» que supuestamente representaba la unión de centro-izquierda, y si el KPD hubiera abandonado por un tiempo su línea de «clase contra clase» que lo había llevado a denunciar una elección fallida «entre el dictador civil Marx y el dictador militar Hindenburg»,

y a llamar a «una lucha de las masas contra los dictadores nacidos de la burguesía». «Todo trabajador con conciencia de clase vota contra Hindenburg y Marx, por Thälmann», había proclamado el KPD, que, junto con los católicos de derechas del BVP, permitió la elección de un militar monárquico. No obstante, Thälmann, con el 6,7 % de los votos, pero en una segunda vuelta marcada por un fuerte aumento de la participación (nueve puntos más, llegando al 77 %), se mostraba satisfecho: había cosechado medio millón más de votos.

Las condiciones y el resultado final de las elecciones presidenciales de 1925 son cruciales, porque es posible trazar una historia contrafactual convincente de la República de Weimar a partir de un punto de divergencia situado en la segunda vuelta de esas elecciones: un *Reichspräsident* Wilhelm Marx habría tenido una puesta en práctica de la Constitución muy diferente a la de Paul von Hindenburg. Ese hombre del centro católico, que había sido uno de los constituyentes de 1919, se habría cuidado de no malversar ni traicionar las disposiciones de la Constitución ni abusar de los poderes inherentes a su cargo. Por poner solo un ejemplo: el artículo 48-2 había sido activado a menudo por el mariscal Friedrich Ebert, quien, deseoso de respetar la Constitución, solo lo había utilizado en situaciones de peligro probado y de amenaza real para el orden público, nunca por conveniencia personal y nunca para legislar en contra de la mayoría del Reichstag[82]. En otras palabras, es factible, incluso muy probable, que Marx, que ciertamente no era un hombre de izquierdas, pero que era sin duda republicano, no hubiera vuelto la Constitución contra sí misma invocando el estado de excepción un día sí y un día no para aprobar un nuevo impuesto sobre la cerveza o el tabaco, como hará Hindenburg a partir de la primavera de 1930. Probablemente habría respetado el espíritu y la letra de las instituciones y no se habría atrevido a hacer lo que la estatua viviente de Hindenburg consideraba que podía hacer en nombre de su legitimidad histórica y de su poder carismático.

Hindenburg acepta el resultado y se traslada a Berlín, adonde llega entre vítores el 11 de mayo de 1925. El día 12, toma posesión de su cargo ante el presidente del Reichstag, el SPD Paul Löbe, jurando lealtad a una Constitución que acaba de descubrir, pero que se ha tomado el tiempo de leer con detenimiento. Valora positivamente los considerables poderes conferidos al mariscal del Reich, como el artículo 47, que le otorga el «mando supremo de las fuerzas armadas»; el artículo 45, que lo convierte en el representante del país en el extranjero y, por lo tanto, en el máximo responsable de la política exterior alemana; el artículo 53, que le otorga el poder de nombrar al canciller y a los ministros; y el artículo 25, que le permite disolver el Reichstag. Durante su concienzuda lectura del texto constitucional, Hindenburg subrayó en azul todo lo que correspondía al mariscal y en rojo todo lo que tenía que ver con el Reichstag. Un viejo hábito de oficial de Estado Mayor y un revelador código de colores: el lápiz rojo, en informes y mapas, se utiliza para anotar todo lo que tiene que ver con el enemigo, lo que dice mucho sobre el concepto que tiene de los poderes de la República y de sus relaciones[83]. No obstante, Hindenburg se toma muy en serio su juramento, en virtud del artículo 42. Su anterior juramento es de 1866, ante la persona del rey Guillermo de Prusia. Adorna su juramento de 1925 con dos fórmulas religiosas, de modo que el piadoso protestante pone a Dios por testigo de dos cosas: «consagrará sus fuerzas al bien del pueblo alemán, a su prosperidad y a su protección» y «preservará la Constitución y las leyes del Reich».

Quienes ven en él un caballo de Troya de la restauración monárquica no van a sacar nada en claro: Hindenburg, de hecho, no está ahí para romper un texto que ha jurado respetar; además, con el paso de los años, ha identificado demasiado su persona con su mito como para considerarse el mero trampolín de un Hohenzollern. El eterno servidor de la monarquía se ha convertido en jefe de Estado, pero no en emperador en su reino, sino de verdad en soberano en su República. Por otra parte, ese hombre siempre

atento a sus prerrogativas identificó claramente las numerosas potencialidades que ofrece una constitución que, al tiempo que crea una democracia parlamentaria y liberal, está —como la Constitución francesa de 1848— cargada de una ambivalencia que puede ser fatal. Al elegir por sufragio universal directo tanto al Reichstag como al presidente, se otorga a ambos una legitimidad democrática igual. Ese «poder legal», por utilizar la terminología weberiana, que emana del sufragio, se ve coronado, en el caso de Hindenburg, por una legitimidad carismática que prácticamente nadie discute y que otros grandes jefes militares sabrán invocar: en Francia en 1940 y 1958, en Estados Unidos en 1952… La legitimidad del sufragio y el carisma personal habían sido la base, en 1851, del golpe de Estado perpetrado por el presidente francés, elegido por sufragio universal (masculino) directo y con un apellido que a veces hacía que se confundiera a Luis Napoleón Bonaparte con su tío. Al nuevo presidente no se le ha escapado que la Constitución es lo suficientemente flexible y se puede moldear a conveniencia de una práctica presidencial, incluso presidencialista, de las instituciones, y que el artículo 48 oculta amplias posibilidades, una verdadera «constitución de reserva» *(Reserveverfassung*[84]*)* para un presidente considerado por la derecha como un *Ersatzkaiser*.

A partir de 1925, muchos conservadores no dejan de alabar una Constitución contra la que habían alimentado los peores prejuicios, y una institución presidencial que, en manos de un militar monárquico perfectamente decidido a hacer uso de todas sus prerrogativas, parece mejor encarnada que en la figura pequeñoburguesa del socialdemócrata Ebert. Como muestra de esa evolución, la posición inicial de Carl Schmitt sobre el artículo 48-2: muy reservada e incluso hostil bajo la presidencia de un socialista, se convierte en favorable de forma unilateral. Además, el célebre profesor le otorga al presidente una importancia insospechada en su *Teoría de la constitución,* obra capital, que es al mismo tiempo, un trabajo de investigación, un tratado erudito y un manual práctico, publicado en 1928. La *Verfassungslehre* le concede una importancia muy especial

al presidente del Reich, cuyo estatus y atribuciones se discuten al final de la obra, como para coronarla. Schmitt hace del presidente el único poder auténticamente legítimo, en virtud de la propia Constitución de 1919, que inclina la exégesis en un sentido plebiscitario y autoritario. Después de reconocer que los constituyentes concibieron la institución presidencial como un elemento de equilibrio «típicamente liberal» entre «el legislativo y el ejecutivo», Schmitt argumenta que, en contra de la democracia representativa, sobre la que él tiene grandes dudas, que aumentan con el tiempo, el presidente encarna en Alemania «la idea de una democracia directa»[85].

Por un lado, «lo elige el pueblo alemán en su conjunto» y, por otro, dispone de amplias prerrogativas constitucionales que le dan «la posibilidad de hacer un "llamamiento al pueblo" y de establecer una relación directa con el electorado *contra*[86] el Parlamento». «El "pueblo" es el tercio superior que zanja tanto frente al Parlamento como frente al Gobierno, y el *Reichspräsident* tiene contacto directo con el pueblo»: «aparece como un hombre que reúne en su persona la confianza de todo el pueblo, por encima de las anteojeras y de los límites de las organizaciones y de las burocracias de partido». Ahí lo tenemos: el presidente del Reich es el hombre de la totalidad, mientras que los partidos son los furrieles del fraccionamiento. La repulsión de Schmitt con respecto a la democracia representativa puede verse sin ambages aquí: «Una elección del *Reichspräsident*» significa «más que cualquiera de las muchas elecciones que nos encontramos en un Estado democrático» porque es «una aclamación grandiosa del pueblo alemán», un poco al modo en que Tácito describe el *Thing* de los bosques germánicos, que alza al jefe de la tribu sobre el escudo.

De esas premisas se desprende que el presidente no puede quedarse confinado en un papel meramente protocolario, en los discursos y los crisantemos: «Si la confianza de todo el pueblo confluye realmente en una persona, es algo que, con seguridad, no se hace para que se quede sin relevancia política, pronuncie

discursos de inauguración y cubra con su nombre las decisiones de los demás. Es, por lo tanto, verosímil y perfectamente acorde con la idea central del art. 41 RV»[87], que establece que «el presidente del Reich es elegido por todo el pueblo alemán», «que el *Reichspräsident* es un dirigente político». Con el «mando supremo del ejército», el «estado de emergencia, el derecho de indulto, etc.», el presidente dispone de amplios «poderes de gobierno».

Mejor aún, el presidente del Reich es, según Schmitt, el verdadero jefe, no solo del Estado, sino también el *jefe político* del país: «Por consiguiente, la Constitución de Weimar contempla dos líderes políticos: el canciller del Reich y el *Reichspräsident*. El primero marca las líneas maestras de la política, pero únicamente porque cuenta con la confianza del Reichstag, *es decir, de una coalición inestable y poco fiable*[88]. Por el contrario, el *Reichspräsident* tiene la confianza de todo el pueblo, no indirectamente, a través de un Parlamento desgarrado en partidos, sino directamente, en su persona»[89]. Palabras de gran peso, tanto en la evolución de la práctica institucional a principios de los años treinta como, más adelante, entre los constitucionalistas franceses de 1958, inspirados menos por el «discurso de Bayeux» que por las realidades alemanas de 1930-1933 y por haber leído a Carl Schmitt[90].

El hombre de 77 años que ocupa el cargo supremo del Reich tiene una cultura política de una simplicidad elemental y retroalimentadora, propia de un militar poco interesado en la lectura y la teoría: se limita a promover la unión del pueblo alemán, a ensalzar las virtudes prusianas (honor, deber, lealtad, sacrificio, etc.), a cultivar el recuerdo del «espíritu de 1914» y a exigir obediencia a sus subordinados, entre los que cuenta, cada vez más con el paso del tiempo, al canciller y a los miembros del Gobierno. Además, Hindenburg cultiva obsesiones de hombre de derechas y animadversiones de vejestorio: detesta a los socialdemócratas, en los que ve, como bajo el Imperio, «elementos antinacionales»

(vaterlandlose Gesellen); desconfía, por principio y por cultura a la vez protestante y bismarckiana, de los miembros del centro católico (Zentrum), con excepción de aquellos a los que decide distinguir y adoptar (Brüning, Papen…) en función de sus hojas de servicios militares y de su conservadurismo; abomina de los sindicatos y aborrece muy particularmente a los comunistas. Le repugnan todas las tendencias de la modernización propias de la sociedad de Weimar, desde la emancipación de la mujer hasta el éxodo rural, desde la nueva música hasta el cine, y alberga una desconfianza sorda contra los judíos y los polacos. Ni que decir tiene que manifiesta una indiferencia casi mineral por las cuestiones sociales: la familia y la parroquia deben proveer a la caridad privada y pública, y la noción misma de Estado del bienestar le es ajena. Es más, no acaba de entender por qué Bismarck se vio presa de una especie de prurito socialista en la década de 1880, cuando, en un terreno de Prusia Oriental, el amo y la solidaridad orgánica se encargan suficientemente de todo.

Sus sesgos políticos e ideológicos hacen que siempre vea con mejores ojos a un «nacional», aunque se muestre irrespetuoso, incluso insultante y amenazador con él, que a un socialdemócrata que se desviva para apoyarlo. Por encima de todo —tanto de él como de la monarquía— están Alemania y el pueblo alemán. El antiguo general, que cultiva el recuerdo emocionado y en gran medida fantasmático de la «solidaridad de las trincheras» —que, por cierto, habría tenido escasas posibilidades de experimentar, enclaustrado como estaba en el Gran Cuartel General—, tiene como objetivo político y personal crear una «comunidad del pueblo» *(Volksgemeinschaft).* La expresión política de esta comunidad, a sus ojos, es una unión de las derechas, un Gobierno de *nationale Konzentration* que nunca dejará de querer hacer realidad, un gabinete nacionalista y conservador del arco patriota, desde el Zentrum hasta los nazis.

Un fermento de discordia lo tiene enormemente preocupado: la crisis agrícola y la revuelta de los campesinos. La República de

Weimar tuvo que afrontar un movimiento de protesta rural y agrícola a gran escala que, a finales de los años veinte, tomó formas violentas en el norte de Alemania, en la región de Schleswig-Holstein, que en aquel momento no es un *land* autónomo, sino que forma parte de Prusia desde 1864-1866. El campesinado de la zona es protestante y contestatario, permanentemente opuesto a quien gobierna en Berlín, capital del Reich y de Prusia. En esa región es donde el SPD alcanza sus mejores resultados antes de 1914 (40 %), antes de que cambiara su orientación con la República: a la «coalición de Weimar», que gobierna el Reich (1919-1920) y Prusia a lo largo de los años veinte, se le atribuyen todas las desgracias de la época (Versalles, hiperinflación y posterior caída de los precios agrícolas)[91].

El mundo rural alemán se encuentra, por lo demás, en una crisis cultural desde la década de 1870: ya en 1881, el Reich alemán se convirtió en un país predominantemente urbano e industrial, o sea, cincuenta años antes que Francia. El mundo campesino pagó un alto precio por la Gran Guerra y padeció la hiperinflación, que destruyó sus ahorros. Y la guerra además congeló las inversiones familiares en maquinaria y productos químicos, que se habían utilizado ampliamente en Alemania, donde la agroquímica mecanizada estaba generalizada desde antes de 1914. Para agravar más la situación, a partir de 1925, una vez reintegrada en el concierto de las naciones, Alemania puede volver a firmar tratados de libre comercio que permiten la importación de productos agrícolas a bajo coste: el flujo de carne polaca, sobre todo de cerdo barato, golpea con especial dureza en las regiones ganaderas del norte de Alemania, donde se multiplican las quiebras fiscales y bancarias. Los campesinos, que a menudo habían contraído créditos importantes a corto plazo con bancos estadounidenses, no pueden reembolsarlos cuando esos bancos se presentan a reclamar lo que se les debe, en el otoño de 1929[92]. El movimiento agrícola *Landvolk* (pueblo del campo), nombre de un periódico local, nace contra los impuestos y, sobre todo, contra los embargos judiciales, que son objeto de una

oposición física directa que hace retroceder a alguaciles y policías. Ya el 28 de enero de 1928, 140000 personas se manifiestan en Schleswig-Holstein y el movimiento se radicaliza, con atentados a base de granadas y bombas contra las oficinas de Hacienda y los domicilios de los representantes elegidos, hasta llegar al Reichstag, objetivo de una «máquina infernal» el 1 de septiembre de 1929, cuyo temporizador, programado para las cuatro de la madrugada, evita que cause víctimas. El movimiento adopta una bandera inspirada en la Guerra de los Campesinos de 1524-1525, mezcla de legitimismo reaccionario —un arado blanco cruzado por una espada roja, sobre fondo negro, los colores de la Prusia monárquica— y de un nacionalismo antisemita. La configuración ideológica de las reivindicaciones campesinas corrió a cargo de agitadores de talento, entre ellos los hermanos Von Salomon, Bruno y Ernst, periodistas y escritores de extrema derecha, que vieron en el movimiento campesino la expresión de la parte más sana del país. Ernst von Salomon, antiguo *Freikorps,* terrorista y asesino de Walther Rathenau, puso la bomba del Reichstag y pudo, en la cárcel, terminar los tres libros que cimientan su reputación literaria: *Die Geächteten, Die Kadetten* y *Die Stadt,* que, como sus respectivos títulos no indican, tratan de la revuelta campesina[93]. Su hermano Bruno, por su parte, se atemoriza por la recuperación nazi y se convierte al comunismo, en cuyas filas lucha, primero en España como voluntario internacional, luego en la Francia ocupada, en las filas de la Resistencia…

En el plano político, la causa rural y campesina la defienden varios *Splitterparteien,* los pequeños partidos agraristas surgidos de sucesivas escisiones del DNVP, como el CNBL (Christlich-Nationale Bauernund Landvolkpartei), que, no obstante, pierde su electorado en favor del partido nazi entre 1928 y 1933[94]. En las elecciones legislativas anticipadas del 14 de septiembre de 1930, el NSDAP obtiene su mejor resultado en Schleswig-Holstein (27 % frente a la media de 18 % en el Reich), antes de alcanzar el 51 % de los votos en las elecciones del 31 de julio de 1932 (37 % en el Reich). Los

nazis se apropian de la causa campesina, con la ayuda activa del Reichslandbund, el sindicato de los grandes terratenientes[95], que opta abiertamente por el NSDAP a partir de 1930[96].

Si bien la región más afectada por la crisis coyuntural es efectivamente el norte de Alemania, la que sufre la depresión rural más estructural, agravada por la recesión agrícola de los años veinte, no es otra que Prusia Oriental —territorios diseminados, desde 1945, entre Polonia, Rusia y los Estados bálticos—.

Tradicionalmente poco poblada, víctima de un éxodo rural muy precoz provocado por las condiciones draconianas impuestas a los campesinos, que deseaban beneficiarse de la abolición de la servidumbre en 1810, Prusia Oriental se vio muy afectada por la Gran Guerra, que, entre la ocupación rusa y las batallas de reconquista, causó estragos en la región. El Tratado de Paz de Versalles aísla la región del resto del Reich, con el famoso Corredor de Danzig que, para facilitar a Polonia el acceso al mar, dificulta enormemente la circulación de bienes y personas —y, por lo tanto, de productos agrícolas— entre esas dos partes de Alemania.

Prusia Oriental es el coto de los grandes terratenientes, de los latifundistas surgidos de la conquista y la colonización medievales de esas tierras eslavas por una aristocracia germánica que instauró el sistema catastral señorial del *Gut* (literalmente: el bien, la propiedad), ese vasto latifundio poblado de siervos y dominado por el *Junker* local (abreviatura arcaica de *Junger Herr,* joven señor). La vida del *Gut* se rige por la dominación total, paternalista o violenta, del señor, flanqueado por el pastor o los pastores protestantes vinculados a las aldeas que lo componen. La literatura alemana, desde Fontane hasta Hesse, produjo edificantes descripciones de los hechos, que, a su vez, inspiraron el cine de Michael Haneke en su película *La cinta blanca (Das weisse Band)*.

El presidente del Reich, cuyo nombre exacto es Paul Ludwig von Beneckendorff und von Hindenburg, desciende de un linaje de *Junkers*. Su padre, Hans Robert Ludwig, nació en 1802 en las tierras familiares del *Gut Neudeck,* actual Ogrodzieniec, en el este de

Polonia. Cuando era comandante del Ejército prusiano y estaba destinado en Posen (actual Poznan), en 1847, nació su hijo Paul, que, como su padre y la mayoría de sus antepasados, se incorporó a la carrera militar y cedió la explotación de la finca a uno de sus hermanos, y luego a la viuda de este último, antes de que un banco embargara las tierras debido a las deudas contraídas. Para Paul von Hindenburg, mariscal de campo retirado del ejército, eso supuso una inmensa angustia: el pensionista reside en una confortable casa de clase media en Hannover, donde vive de 1919 a 1925, pero añora los recuerdos de su juventud y la vida aristocrática de gran terrateniente prusiano. Después de su nombramiento como presidente del Reich, los *Junker* locales comprenden lo mucho que podían ganar con el apego que le tenía a sus tierras.

Entre ellos, Elard von Oldenburg-Januschau, gran terrateniente de Prusia Oriental (cerca de 4000 hectáreas), militar de carrera y luego agricultor y político integrado en un *lobby* agrario. Ese derechista radical, diputado del Deutschkonservativ bajo el Imperio, es un habitual de los estallidos oratorios y de los insultos, reservados a los socialdemócratas, que a sus ojos y en su boca eran indefectiblemente «una panda de cerdos» *(ein Saupack)*. Monárquico acérrimo que pasó a la historia parlamentaria por haber pronunciado, durante el debate sobre el presupuesto militar de 1910, una frase dirigida a la izquierda y a los liberales que resume de modo ejemplar la mezcla de monarquismo, militarismo y brutalidad que constituye la caricatura del *Junker* prusiano: «El rey de Prusia y emperador de Alemania debe poder decirle a un teniente en cualquier momento: toma diez hombres y ciérrame el Reichstag»[97].

Después de la Gran Guerra, durante la cual volvió al servicio activo como comandante de un regimiento de infantería, Oldenburg-Januschau se acercó, por supuesto, al DNVP, aunque también a las organizaciones terroristas de extrema derecha y a los golpistas en torno a su amigo Wolfgang Kapp y al general Von Lüttwitz, que intentan dar un golpe de Estado contra el Gobierno del Reich y de

Prusia, dirigido por el SPD, en marzo de 1920. Resueltamente opuesto al régimen republicano, se hace amigo de Paul von Hindenburg, cuyas tierras patrimoniales colindan con las suyas. Se le ocurre la idea de organizar una campaña de recaudación de fondos entre agraristas, financieros, industriales y militares, para regalarle la propiedad —que en aquel momento estaba embargada por deudas con un banco— a Hindenburg el día de su 80 cumpleaños, en 1927. La «colecta Hindenburg» *(Hindenburgpfennig)* es un éxito, y Carl Duisberg, magnate de la química alemana, puede hacerle entrega del título de propiedad como «regalo del pueblo alemán» al mariscal presidente el 2 de octubre de 1927, en una fiesta celebrada en la propiedad de Oldenburg-Januschau.

Hindenburg queda profundamente complacido por lo que consideraba una restitución justa a su familia y una justicia hecha a su nombre. Por entonces vive entre Neudeck y Berlín, pero pasa todo el tiempo que puede en sus tierras, donde tienen lugar reuniones y conversaciones con sus consejeros, ministros y cancilleres, que serán fundamentales para el futuro político del Reich, en particular, el conciliábulo del 30 de agosto de 1932.

Sin embargo, ante notario y de cara a la administración tributaria, es a su hijo, el coronel Oskar von Hindenburg, que también era oficial ayudante y estrecho colaborador de su padre en la presidencia, a quien se declara propietario de la finca, zanjando así de antemano el problema del derecho de sucesiones que el heredero nunca tendrá que pagar. La maniobra es legal, desde luego, pero parecía un claro atentado contra el honor del oficial prusiano —el amor a la patria y la camaradería en el frente era lo que Hindenburg repetía una y otra vez— y contra el deber de dar ejemplo como primer magistrado del Estado, cuya mezquindad fiscal sorprende y va a escandalizar, sobre todo a partir de 1930, cuando el único objetivo de Brüning será ahorrar en todo y subir los impuestos.

No obstante, la maniobra de los agraristas fue todo un éxito: el anciano presidente regresa a la tierra de su juventud y toma partido por sus benefactores. Elard von Oldenburg-Januschau se convierte

en un íntimo de la presidencia, tanto en Berlín como en Prusia Oriental, y forma parte de la *Kamarilla*. En el seno de ese grupúsculo, impulsa la destrucción de la democracia por todos los medios posibles, aprueba que se evite el Parlamento recurriendo al artículo 48-2 y pone a Prusia —gobernada aún por los socialdemócratas— bajo tutela el 20 de julio de 1932.

La camarilla va a actuar como guardiana de los intereses de los agraristas. El instrumento de que disponen es una colección de textos normativos (decretos, leyes, además de disposiciones de carácter urgente) que, a partir de 1926, tras la llegada de Hindenburg a la presidencia del Reich, constituyen lo que se conoce como la *Osthilfe:* literalmente, las ayudas asignadas al este. El programa, que consiste en subvenciones directas y créditos fiscales, está concebido para apoyar la ruralidad y la agricultura en Prusia Oriental, aunque en beneficio de los grandes agraristas. La complejidad de los procedimientos es de tal calibre y el número de actores implicados (funcionarios del Reich y funcionarios locales) tan elevado que las irregularidades afectan a la distribución de los fondos, favoreciendo a personas próximas a Hindenburg, a Januschau y a Eberhard Graf von Kalkreuth, presidente del *Reichslandbund*. Los rumores de corrupción, de favoritismo, de prevaricación y de malversación de fondos empañan la *Osthilfe* con un tufillo lo suficientemente insalubre como para que la prensa se implique y el presidente, con su honor en entredicho, se encuentre en una situación embarazosa[98]. Los nazis sabrán explotar esos rumores para ejercer una suerte de chantaje sobre el anciano y su hijo, cuyos intereses patrimoniales resultan decisivos, en enero de 1933, para echar a Schleicher y nombrar canciller a Hitler.

No debería verse, sin embargo, a Hindenburg como un simple viejo militar garrulo, encasillado en sus prejuicios de oficial, con un entendimiento limitado, carcomido por una senilidad galopante, y de *Junker,* esos nobles prusianos de los que es una de las encarnaciones más claras. Como acabamos de ver, hay algo de verdad en esa caricatura; las capacidades físicas y cognitivas del

presidente, sin embargo, no declinan bruscamente hasta la primavera de 1933. Antes de ese momento, aunque ya no es un joven, tiene la tenacidad de un hombre orgulloso y su intención es hacer que se respeten su imagen y su poder.

Hindenburg está rodeado de un círculo muy estrecho de asesores: cercano a sus hijos y nietos, ha hecho de su hijo Oskar, militar de carrera, su oficial ejecutivo y su jefe del Estado Mayor particular *de facto*. Su presencia tranquiliza al presidente, que da a diario con él una vuelta para revisar todos los asuntos de Estado, desde los nombramientos civiles y militares hasta las cuestiones internacionales, sin olvidar las tácticas políticas. Se añaden al tándem formado por padre e hijo satélites institucionales, como el Dr. Otto Meissner, insustituible secretario general de la presidencia del Reich, que sirvió a las órdenes de Ebert. Hindenburg lo mantiene porque lo sabe todo sobre el Estado y la administración. También tiene a Kurt von Schleicher, que había sido cadete con Oskar y había servido en el mismo regimiento que él. Es un brillante oficial de Estado Mayor que hizo carrera en la administración del Ministerio de la Guerra, en el que ocupa una posición destacada desde que Groener lo nombrara jefe de los *Ministeramtes,* en febrero de 1929. Alrededor de ese centro nuclear gravitan hombres de derechas, grandes agraristas y militares que, en audiencias y mensajes, transmiten los deseos de la industria y de los *Junker*.

En 1932, al grupo inicial de lo que los contemporáneos llaman la camarilla se unirá un canciller, elegido por Schleicher, pero con el que el viejo se encapricha porque sabe adularlo: Franz von Papen. Este comprendía muy bien cómo trabajaba el antiguo militar: Hindenburg, a quien echaba para atrás el teléfono, instrumento moderno que no domina, se comunica con notas escritas en tarjetitas o en conversaciones cara a cara. El asunto no es baladí, va a tener un efecto determinante cuando Kurt von Schleicher, nombrado canciller para suceder a Papen en diciembre de 1932, sea el blanco de las intrigas de su predecesor. Schleicher rara vez llegará a enterarse de los tejemanejes de Papen, porque el general canciller,

que, abusando de los servicios de inteligencia militar, había intervenido los teléfonos de todos los que tenían peso en Berlín, nunca tendrá nada que escuchar de boca del presidente. Schleicher, además, vivía en el alojamiento oficial del Ministerio de las Fuerzas Armadas, en el Bendlerblock, a dos kilómetros de la residencia de Hindenburg. Peor aún, con el palacio presidencial en construcción, Hindenburg se instaló en la Cancillería, en los aposentos y las oficinas de Bismarck. Sin embargo, por cortesía, se le había permitido utilizar su residencia oficial al excanciller Papen, que así tenía acceso directo a la persona del presidente durante las decisivas semanas de diciembre de 1932 y enero de 1933, y no se abstendrá de acosarlo a diario con sus zalamerías.

El papel de los asesores, la importancia de los detalles psicológicos y topográficos, y el carácter decisivo del acceso a la persona y al favor del presidente son característicos de un régimen presidencialista y de una democracia en vías de disolución. Brüning, en sus memorias, relata con frialdad, más que molesto, que se ve obligado a engatusar a tal o cual persona y a parar los golpes bajos de la camarilla. Tuvo que prestar especial atención al hijo del presidente, Oskar von Hindenburg. Un personaje gris, que había tenido una carrera militar mediocre y vegetaba como comandante e instructor de caballería en Hannover, cerca de su padre, de modo que únicamente debía su salvación social al cargo de «primer ayudante del presidente» que le había atribuido su progenitor, ascendiéndolo al empleo de teniente coronel y luego, rápidamente, de coronel. Este «hijo de» gozaba de una centralidad insospechada en los asuntos del Estado, sin perder nunca de vista los de su familia y de su patrimonio. En septiembre de 1931, al canciller Brüning, desbordado por los asuntos bancarios y financieros del verano de ese mismo año, preocupado por los problemas presupuestarios del Reich, ininterrumpidamente en la brecha en materia internacional y, por añadidura, afectado por una infección dental y altas fiebres que lo tienen postrado en cama durante dos días, no le queda más remedio que invitar a cenar al coronel Von Hindenburg y al general

Von Schleicher para hablar del endeudamiento del *Gut Neudeck,* la propiedad del «viejo», y de los medios de reducirlo sin infringir demasiado la ley[99]. El canciller también descubre, atónito, que tienen intervenidas sus conversaciones y que lo están «espiando en su propia casa»[100]. No solo cada llamada telefónica termina con ruidos que lo llevan a pensar en una conexión paralela, sino que tiene que ir él mismo a inspeccionar el desván de la Cancillería, donde resuenan pasos cada vez que se sienta en un salón con algún interlocutor para mantener una conversación discreta[101]. Las escuchas son obra de Schleicher, que pone especial celo a la hora de mover a sus peones e imponer sus intereses, pero su poder está menos relacionado con su cargo, ciertamente eminente, en el Ministerio del Ejército que con su acceso privilegiado a Oskar, al que desprecia soberanamente y ante el que finge una amistad hipócrita.

Desde el final de la Gran Coalición, la formación del Gobierno Brüning y la instauración oficial de una nueva forma de poder a través de los recursos propios de la presidencia —desde que la República de Weimar, por tanto, se convirtió en un régimen presidencialista—, la personalización extrema del poder suscita esos fenómenos de degeneración típicos: halagos serviles, maniobras de antesala y conciliábulos de gabinete y la promoción de los mediocres. Buscar el favor del Príncipe conduce a todo tipo de envilecimientos y consagra naturalmente a los que antes abdican del respeto a sí mismos y del espíritu crítico. La competencia entre ese tipo de consejeros, que se granjean la buena voluntad del presidente mediante la adulación, la obsequiosidad y, por decirlo sin rodeos, la ausencia de consejos reales, acarrea el tipo de extravíos, errores de apreciación y franca insensatez característicos de todo gobierno de cortesanos. Para no disgustar, no se contradice la última ocurrencia, no se recoge el último capricho, no se informa de la verdad, que, por otra parte, se ignora, porque se abandonan los captadores sociales y el análisis político para dedicar toda la energía a las emulaciones mezquinas y a la carrera personal. Esta última depende de un anciano cuyos poderes, ahora ya desorbitados, y su estatus de

mito vivo alimentan su orgullo, su susceptibilidad y su importancia, que, todo hay que decirlo, es inversamente proporcional a sus cualidades intelectuales o a su sentido del interés general.

Todo gira en torno a lo que sale de la boca del presidente, y los tontainas que tiene a su alrededor se dedican a comentar y especular sobre la última comida (¿fue agradable de digerir?, ¿disfrutó el presidente del menú?), el paseo matutino (¿con quién?, ¿con Oskar?, ¿con Meissner?, ¿con el perro?), sus gustos y aversiones (¿le gusta Hitler?, ¿cómo se lleva con Hugenberg?), su agenda (¿se dirige a una reunión con Hugenberg?), lo que tiene programado (¿se va a Neudeck?, ¿a su lugar de vacaciones en Dietramszell?, ¿va a poder cazar a pesar del tiempo?). Resulta agotador seguir los cambios de humor del anciano, que, a veces, casi engatusa a su canciller, para después tratarlo con la máxima frialdad.

Las inclinaciones personales del jefe de Estado tienen importantes consecuencias políticas: durante mucho tiempo no soportó al «cabo austriaco» que Brüning quería que conociera, antes de que empezara a caerle bien. Asimismo, aunque no lo conocía, en junio de 1932 desarrolló un afecto paternal hacia Von Papen, inclinación que crecía en proporción a su animadversión hacia Schleicher, a quien apreciaba inicialmente y luego trataba con una desconfianza creciente, casi con odio. Una palabra, una entonación, un pestañeo dan pie a infinitas conjeturas sobre si alguien cae en gracia o en desgracia. En un régimen tan personalizado como una república presidencialista, esas consideraciones, terriblemente vacuas y totalmente desprovistas del menor interés, se convierten desafortunadamente en decisivas y son fuente de deleite para cronistas ávidos que pueden cotillear sobre la nada olvidando los verdaderos problemas políticos y las auténticas cuestiones sociales, económicas o geopolíticas. Un conglomerado de comentaristas de alcoba y pasillo que hace las veces de inteligencia política: el espíritu cortesano es, sin duda alguna, la muerte del espíritu.

Es difícil imaginar todo lo que acontecimientos tan cataclísmicos como la llegada de los nazis al poder y su carga de atroces consecuencias, desde la instauración de la dictadura nazi hasta la Segunda Guerra Mundial, deben a cuchicheos, venganzas personales e intrigas de trastienda, fomentadas por personajes serviles y sin interés, que jugaban a la política de altura, henchidos de sí mismos, hipnotizados por los oros y los espejos de sus despachos, apostando el destino de los demás y arriesgando la bancarrota muy seguros de no poner nunca en juego nada de ellos mismos, porque se mantenían arropados en su patrimonio, su grado y sus redes. En última instancia, el rencor de Von Papen, los asuntos familiares de Hindenburg y los desacertados consejos de su hijo propiciarán el nombramiento de Hitler para la Cancillería.

---

[77] Heinrich Brüning, *Memoiren*, *1918-1934*, *op. cit.*, p. 168

[78] *Ibid*., pp. 168-169.

[79] «Wahlaufruf der Vorstandes der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands», en Friedrich Purlitz, Sigfried Steinberg (dir.), *Deutscher Geschichtskalender. Sachlich geordnete Zusammenstellung der wichtigsten Vorgänge im Inund Ausland*, Jg. 41, vol. 1, enero-junio de 1925, Leipzig, 1925, p. 14.

[80] Reichsinnenminister Erich Koch-Weser, «Entwurf eines Gesetzes zur Wahl eines Reichspräsidenten, Begründung», en *Verfassungsgebende deutsche Nationalversammlung*, Aktenstück Nr. 2489, en *Reichstagsprotokolle*, 1919-1920, p. 2725.

[81] Citado en Wolfgang Ruge, *Hindenburg*, Berlín, Deutscher Verlag der Wissenschaften, 1980, p. 205.

[82] Cf. en particular sobre estos aspectos la monumental biografía de Ebert, obra de Walter Mühlhausen, *Friedrich Ebert, 1871-1925. Reichspräsident der Weimarer Republik*, Bonn, Dietz Verlag, 2006.

[83] Wolfram Pyta, *Hindenburg. Herrschaft zwischen Hohenzollern und Hitler*, Múnich, Siedler, 2007, p. 486.

[84] Hagen Schulze, «Das Scheitern der Weimarer Republik als Problem der Forschung», en Karl Dietrich Erdmann y Hagen Schulze, *Weimar. Selbstpreisgabe einer Demokratie. Eine Bilanz heute*, Düsseldorf, Droste, 1980, pp. 23-40, p. 25.

[85] Carl Schmitt, *Verfassungslehre,* 1928, trad. al fr., *Théorie de la Constitution*, París, PUF, 1993; reed. Quadrige, 2013, p. 497 [*Teoría de la constitución,* trad. del al. de F. Ayala, Alianza, 2017].

[86] El subrayado es del propio Carl Schmitt.

[87] Abreviatura de *Reichsverfassung*. En la literatura especializada también se encuentra el acrónimo WRV: *Weimarer Reichsverfassung.*

[88] El subrayado es nuestro.

[89] *Ibid,* p. 498.

[90] Cf. el epílogo de la presente obra.

[91] Gerhard Stoltenberg, *Politische Strömungen im schleswig-holsteinischen Landvolk 1918-1933. Ein Beitrag zur politischen Meinungsbildung in der Weimarer Republik,* Düsseldorf, Droste Verlag, 1962.

[92] La historiadora Susanne Heim dedicó a estas cuestiones sus primeros trabajos de investigación: Susanne Heim, *Die Landvolkbewegung* en *Schleswig-Holstein 1928/29. Eine Analyse ihrer sozialökonomischen Entstehungsbedingungen und politischen Aktionsformen,* Universidad de Hamburgo, Fachbereich Politische Wissenschaften, Diplomarbeit, 1980.

[93] Joachim Kuropka, «Ernst von Salomon, die Landvolkbewegung und die Neuordnung der deutschen Dinge», en *Acte Universitatis Lodziensis — Folia Germanica*, 11, 2015, pp. 147-155.

[94] Rudolf Heberle, *Landbevölkerung und Nationalsozialismus. Eine soziologische Untersuchung der politischen Willensbildung in schleswig-holstein 1918 bis 1932*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1963. Además de los trabajos pioneros de Rudolf Heberle, cuya habilitación, presentada en 1934, no llegó a publicarse y que, una vez nombrado profesor en Kiel en 1936, prefirió aceptar una cátedra en la Universidad de Luisiana, puede leerse a Alexander Otto-Morris, *Rebellion in the Province. The Landvolkbewegung and the Rise of National Socialism in Schleswig-Holstein,* Frankfurt, Peter Lang, 2013, así como «Bauer! Wahre Dein Recht!

Landvolkbewegung und Nationalsozialismus, 1928-1930», en *Informationen zur Schleswig-Holsteinischen Zeitgeschichte*, 2008/50, pp. 54-73.

[95] Dieter Gessner, *Agrarverbände in der Weimarer Republik. Wirtschaftliche und soziale Voraussetzungen agrarkonservativer Politik vor 1933*, Düsseldorf, Droste, 1976.

[96] Horst Gies, «NSDAP und landwirtschaftliche Organisationen in der Endphase der Weimarer Republik», en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 1967/4, pp. 341-376.

[97] *Reichstagsprotokolle*, 26, Reunión, sábado, 20 de enero de 1910, p. 898.

[98] Dieter Gessner, «Grüne Front oder Harzburger Front? Das Reichslandbund in der Endphase der Weimarer Republik», en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 1981/1, pp. 110-123.

[99] *Ibid*., p. 416.

[100] *Ibid*., p. 418 y ss.

[101] *Ibid*., p. 419.

3
EL MAGNATE DE LOS MEDIOS Y LA UNIÓN DE LAS DERECHAS

Según la descripción muy acertada de su biógrafo, Alfred Hugenberg es, sin lugar a dudas, el «Führer olvidado» de Alemania entre 1928 y 1933[102]. Con su actividad mediática, transformó paciente y obstinadamente la escena y el debate públicos alemanes en incubadoras de las ideas de extrema derecha a lo largo de la década de 1920. Emprendedor ideológico, ideólogo también, durante algún tiempo señor de la industria pesada, luego magnate de los medios de comunicación, es el precursor de figuras más contemporáneas como Rupert Murdoch, Silvio Berlusconi o Vincent Bolloré, grandes jefes de prensa y televisión que pusieron su fortuna al servicio de una ambición política o de un proyecto antidemocrático.

Hugenberg, sin embargo, se diferencia de sus avatares posteriores por su sólida formación intelectual. Nacido en 1865 en el seno de una familia nacionalista y conservadora, hijo de un alto funcionario de Hannover, Alfred Hugenberg creció en el joven Imperio alemán, el de Bismarck y Guillermo II, cuyo crecimiento económico, demográfico y territorial parecía no tener límites. Durante toda su vida conservó la nostalgia de una Alemania poderosa y temida, la Alemania del guillerminismo triunfante, del «a toda máquina» *(Mit Volldampf voraus)* y de «un lugar al sol».

Siendo estudiante de Derecho, se familiariza con la cultura racista, antisemita y socialdarwinista de las élites científicas, económicas y políticas de su época. En 1888, a los 33 años, bajo la dirección del profesor Georg-Friedrich Knapp, catedrático de Economía Nacional en la Universidad de Estrasburgo, en la Alsacia

alemana, defiende una tesis doctoral sólida y argumentada sobre «La colonización interior en el noroeste de Alemania»[103]. Las 531 páginas del trabajo impresionan, porque las tesis de aquella época a menudo parecían memorias de licenciatura de unas decenas de páginas, más que verdaderos doctorados. Hugenberg, por su parte, trabajó con una documentación abundante para hacer balance del estado en que se encontraba la planificación territorial del Reich y contrarrestar los diversos éxodos (emigración a Estados Unidos o Sudamérica, éxodo rural) que, según su director y él mismo, estaban minando la economía así como el *Volkskraft* alemanes. Para ocupar el territorio y mantener la sustancia biológica germánica en su suelo natal, es necesario fomentar la recuperación de los pantanos y humedales del noroeste *(Moorkolonisation),* así como la colonización campesina en el este, en las zonas eslavas y bálticas del Imperio *(Ostsiedlung).* No tarda en proponer la nacionalización de los latifundios orientales, agobiados por las deudas y los bajos rendimientos, en el marco de una reforma agraria que permitiría asignar explotaciones viables, a escala humana para familias sanas, un *Blut und Boden* («Sangre y tierra») en actos.

El Dr. Hugenberg ocupa inicialmente un puesto en la alta función pública y se convierte con rapidez en uno de los principales dirigentes de la «Comisión Prusiana y Real de Colonización», creada en 1886. Según relata el profesor Ludwig Bernhard, catedrático de la Universidad de Posen (Poznan) a la sazón y viejo amigo de Alfred Hugenberg, se trata de llevar a cabo la «colonización interna de las Marcas del Este *(Ostmark)»*[104]*,* así como «la lucha económica de los alemanes contra los polacos»[105] mediante la apropiación y el cultivo de tierras. En 1891, en paralelo, Hugenberg es uno de los miembros fundadores de la Liga Pangermanista (Alldeutscher Verband), uno de los lugares donde se elabora y se difunde la geopolítica *völkisch,* una concepción etnonacionalista de la historia de la humanidad y del mundo contemporáneo en la que la «lucha de razas» y la adquisición de un «espacio vital» capaz de fortalecer al pueblo biológico *(Volkstum)* marcan la pauta de la política. En ese «combate

de las nacionalidades»[106] los alemanes aparecen, en su opinión, como inferiores a los franceses y a los polacos, más chovinistas. Hay que emprender, por consiguiente, una propaganda nacionalista a la que Hugenberg va a dedicar gran parte de su vida, sin descuidar todos los artificios financieros que permiten apoderarse de las tierras, bosques y pastos de los polacos. En eso se inicia durante sus años en Poznan, cuando se pone al frente de la red financiera de los bancos cooperativos *Raiffeisen* para la región, una red que, siglo y medio después de su creación, sigue siendo un actor clave de las finanzas agrícolas. Su sucesor es Leo Wegener, doctor en economía política y alumno de Max Weber, con quien reflexiona sobre la construcción de un aparato mediático capaz de reforzar el espíritu nacionalista, y que sigue siendo durante toda su vida su amigo y compañero en los negocios. Es el primero, señala Ludwig Bernhard, que «en nuestro pequeño círculo» coincidía con Hugenberg en que «todos nuestros esfuerzos y proyectos quedarían reducidos a nada si no dispusiéramos de medios para influir en la opinión pública»[107].

Hugenberg abandona las cuestiones agrícolas y rurales, deja la función pública y se incorpora a la industria renana, convirtiéndose en 1909 en presidente de la junta directiva de la empresa Krupp. En nombre de la industria alemana, y en perfecta coherencia con sus ideas darwinistas y racistas en materia política y geopolítica, cofunda durante la guerra el comité Ucrania Libre (Freie Ukraine) que, entre 1915 y 1918, aboga por la independencia de la región, llamada a convertirse, una vez desvinculada de Rusia, en un protectorado económico del Reich. Con los industriales Emil Kirdorf y Hugo Stinnes, y con la asociación de empresarios alemanes (Bund der Industriellen) y agraristas (Bund der Landwirte), Hugenberg había formulado ya en 1914 gigantescos proyectos anexionistas que debían hacer las veces de objetivos bélicos alemanes, reiterados en una petición dirigida a Guillermo II en 1915. Sus deseos se cumplieron con la Paz de Brest-Litovsk, firmada el 3 de marzo de 1918, que ratifica la victoria alemana en el Este y otorga al Reich una hegemonía sin precedentes entre el Báltico y el mar Negro.

Para Hugenberg y sus amigos, la derrota alemana en el Oeste constituye una catástrofe inimaginable en todos los aspectos. La fantasía de Alemania como *Weltmacht* se evapora, en efecto, con todas las promesas del nacionalismo guillermino: poder, crecimiento, dominación, un *Weltreich* colonial y continental, hegemonía alemana sobre Occidente y la «raza blanca»… Más concretamente, Alemania pierde parte de su territorio, todas sus colonias y todas sus esperanzas de protectorado(s) en Europa central y oriental, donde, horror supremo, el comunismo bolchevique está echando raíces. Hugenberg se organiza políticamente cofundando el DNVP (Deutschnationale Volkspartei, Partido Popular Nacional Alemán) y la RDI (Reichsverband der deutschen Industrie, Federación de la Industria Alemana), que a lo largo de los años 1919-1933 es la más poderosa representante de los intereses patronales. Como diputado de la Asamblea Constituyente de Weimar en 1919, Hugenberg se opone con todas sus fuerzas al advenimiento de una república parlamentaria; después, reelegido diputado sin interrupción, lleva una política de oposición constante y sin concesiones a todo proyecto de inspiración democrática y social, así como una guerrilla permanente contra todo gobierno vagamente de izquierdas o de centro.

Hugenberg reorganiza asimismo sus negocios: aunque mantiene un pie en la industria pesada, renuncia a su puesto en Krupp para crear un imperio mediático sin precedentes en Alemania. Ya en 1913 compró varias agencias de prensa antes de adquirir en 1916, con el apoyo del Gobierno, el tercer grupo de prensa alemán, el de August Scherl, que, junto con Ullstein y Mosse, domina el panorama de la información en el Reich.

Con método y como industrial de probada eficacia, experimentado en finanzas, Hugenberg construye un *Konzern,* es decir, un grupo que asocia concentración horizontal (la compra de varios periódicos de la competencia, por ejemplo) e integración vertical (la asociación de empresas que intervienen en distintas fases de la fabricación de un mismo producto). Una decena de empresas y de bancos se

reúnen en un *holding* presidido por Hugenberg, que diseña la arquitectura general de un modo ejemplar. Reúne así una agencia de prensa, Telegraphen-Union (TU), que suministra noticias y también las vende a la competencia, una agencia de anuncios publicitarios (ALA, Allgemeine Anzeigengesellschaft), que centraliza las inserciones y los encartes en los periódicos y revistas del grupo, y el grupo de prensa propiamente dicho (AugustScherl-Verlag). Este cuenta con 26 diarios y semanarios nacionales y provinciales, algo impresionante, pero que todavía no es lo esencial.

Hugenberg, como buen industrial, pensó en la estandarización del proceso de producción de lo que hoy llamamos «contenidos», término que, para Hugenberg, ya significa desde luego que se trata de llenar un simple continente —el periódico— como se llena una lata de conservas.

El *Konzern* incluye, en efecto, una fábrica de textos, la WiPro (Wirtschaftsstelle für die Provinz): esa «Agencia económica para la provincia» es un equipo de redactores que prepara editoriales, artículos y reportajes listos ya para su utilización, comprimidos en matrices que el grupo envía a las cabeceras de prensa suscritas a ese servicio. Así, el *Konzern* Hugenberg mata dos pájaros de un tiro: gana dinero y distribuye los artículos que corresponden a su propia línea editorial, que es nacionalista, reaccionaria, racista y antisemita. Ahí es donde se percibe la verdadera fuerza de choque del grupo: más allá de las veintiséis cabeceras propias, mil seiscientos periódicos van pasándose el relevo de su mensaje. El nombre exacto del *holding* creado por Hugenberg, «Asociación Económica para la Promoción de las Fuerzas de la Recuperación Espiritual», expresa claramente su razón social: es, en todos los sentidos de la palabra, una empresa ideológica. Su control de lo que en Francia se conoce como PQR *(presse quotidienne régionale,* prensa diaria regional) es decisivo, porque la mayor parte de la lectura de periódicos se hace «a escala local»[108]. Para los historiadores de la prensa de Weimar, los diarios son, sin duda alguna, «actores políticos», vectores decididos y decisivos de una «incultura cívica»[109], impulsada por

una simplificación polémica indigna que aspira menos a informar que a «hacer política con las noticias»[110].

Pero eso no es todo. Hugenberg desarrolla su conglomerado mediático dirigido a las nuevas formas de comunicación. Así pues, adquiere en 1927 la mayor empresa alemana de producción cinematográfica, la UFA, creada por el ejército en 1917, desde donde, una vez en posesión de su amplio catálogo y sus estudios en Babelsberg, produce lo esencial de la ficción alemana. Compra asimismo la Deulig (Deutsche Lichtfilmgesellschaft, Sociedad Alemana de Cinematografía), especializada en la producción de noticiarios cinematográficos: el Deulig-Woche, que pasa a ser, con el cine sonoro, Deulig-Tonwoche, un noticiario que se emite en los cines alemanes antes de la proyección de la película que los espectadores han acudido a ver, una especie de ancestro de los espacios informativos diarios en televisión.

La temible maquinaria está insertada en un modelo retórico y gráfico que busca la eficacia, incluso la brutalidad: grandes titulares en negro subrayados en rojo, uso abusivo de los signos de exclamación y de los términos más tajantes, caricaturas grotescas… Una «técnica del sensacionalismo […], una técnica del *talking point»,* señala en 1928 Ludwig Bernhard, que saluda ese «arte de dirigir, por un día, toda la atención de una gran cantidad de población hacia un acontecimiento particular, todo ello con una fuerza magnética», es decir, más exactamente, «de elevar un hecho, una declaración o incluso una simple conjetura al rango de acontecimiento mundial por un día»[111]: «Un arte efímero, que no conoce y no debe conocer el ayer ni el mañana, porque debe dar al día en cuestión todo su color y todo su sentido»[112]. El objetivo, según Bernhard, es esencialmente económico: se trata de «atraer la atención de un público interesado, puesto que los ingresos publicitarios son la principal fuente de ganancias de los periódicos»[113], pero no sin segmentar al público y crear publicaciones diferentes para grupos de lectores social e intelectualmente diferenciados. Es decir, que haya «junto a los

tabloides impresos para la masa —los que más aportan—, un periódico más distinguido»[114] para los burgueses. Huelga decir que, para Hugenberg, el horizonte temporal no se limita al día a día: «La amplia difusión de sus múltiples publicaciones, la posibilidad de marcar la pauta cada día, de forma más o menos discreta, todo redunda en una influencia que es mucho más profunda y duradera de lo que permitiría suponer la superficialidad de los periódicos»[115], señala el profesor y amigo del magnate. Al trabajar la espuma de las noticias, lo que se hace en realidad es arar en las profundidades oceánicas de la psique nacional, en una dirección conservadora, incluso reaccionaria: unos pocos titulares bien calibrados sobre algún escándalo en el que haya judíos implicados reactivarán mil quinientos años de antisemitismo europeo.

El profesor de Ciencia Política se congratula así de que Alfred Hugenberg no se contente con comprar periódicos para vender su ferretería, como tienen por costumbre hacer los patronos alemanes. Que la prensa sea venal y tendenciosa es, al parecer, una ley sociológica a los ojos de Bernhard[116]. Pero los patronos no siempre lo hicieron bien, porque confundieron sistemáticamente prensa con publicidad, lo que hizo que sus periódicos fueran aburridos y terminaran siendo toneles de las danaides financieros que se mantenían a flote gracias a una permanente inyección de dinero industrial. Hugenberg no solo consiguió convertir sus periódicos en cabeceras rentables, sino que los puso al servicio de una causa más noble. En esa empresa, la verdad de los hechos pasó explícitamente por pérdidas y, sobre todo, beneficios: «Si pudiera demostrarse que las convicciones políticas defendidas por el periódico son verdaderas, o si pudiera demostrarse lo contrario, podría adoptarse un posicionamiento objetivo; pero una empresa política viva no puede calificarse de verdadera o de falsa, porque reposa sobre concepciones del futuro y porque la relación que establece entre el presente y el futuro se teje a partir de relaciones causales que no pueden asignarse a un examen lógico»[117]. Aunque no se esté del todo seguro de haber entendido lo que el autor intenta decir en ese

ejercicio de jesuitismo abstruso, se percibe que el relativismo de la prensa, e incluso de la relación con la realidad está intrínsecamente asumido. Ahí se da, sin duda, una de las primeras definiciones explícitas de lo que se denomina, desde 2016, la «posverdad», una era en la que ese tipo de prensa dejó impávidos a los alemanes.

El filósofo Oswald Spengler, uno de los amigos de Hugenberg y contribuidor ocasional del grupo, describió el funcionamiento de esa prensa en su obra *La decadencia de Occidente (1918-1923):*

> ¿Qué es la verdad? Para las masas, es lo que leen y lo que oyen […], hoy es lo que dice la prensa. Lo que es verdad es lo que quiere la prensa. Sus propietarios producen, transforman e intercambian verdades. Tres semanas de trabajo de prensa y el mundo entero está de acuerdo en una verdad. Durará mientras siga habiendo dinero para repetirla mañana, tarde y noche […]. Solo será refutada cuando un poder financiero se posicione en contra y esté en condiciones de insistir con más fuerza a ojos y oídos de todos. Entonces la aguja de la brújula cambiará de norte y orientará a la opinión pública en otra dirección. Todo el mundo está ahora convencido de la nueva verdad y se despierta de su error del día anterior[118].

La reflexión, cínica y pesimista, apoya, claro está, la crítica fundamental de la democracia que el autor, una de las glorias de la «revolución conservadora», desarrolla una y otra vez en sus textos. Se trata de mofarse ante la pretensión de los ciudadanos modernos de ejercer su «libertad de pensamiento», inexistente, según Spengler, que ve a los lectores de periódicos como meras bolas manipuladas en el ábaco del capital y del poder al que el capital ha decidido servir:

> Sin que el lector se dé cuenta, el diario cambia de dueño y el lector de amo. El dinero también triunfa en ese caso y hace que los espíritus libres entren a su servicio. Ningún domador controla mejor su manada […]. La prensa es hoy como un ejército, con sus diferentes pertrechos, con sus oficiales (los periodistas) y sus soldados (los lectores). Y, como en cualquier ejército, el soldado obedece ciegamente: los objetivos de guerra y los planes operativos cambian sin que él se dé cuenta. El lector no sabe en absoluto lo que quiere hacerse con él, no tiene por qué saberlo […]. No existe peor

> sátira de la libertad de pensamiento. Antes no se tenía derecho a pensar libremente. Hoy sí tenemos derecho a hacerlo, pero ya no podemos[119].

Hugenberg, por sus cualidades intelectuales, supera con creces a sus avatares contemporáneos, tanto más cuanto que no se contenta con ser un magnate de los medios de comunicación de extrema derecha. A diferencia de Berlusconi y de Murdoch, fue alto funcionario, especialista en temas agrícolas, banquero y luego magnate de la industria pesada. A diferencia de Murdoch y Bolloré, baja personalmente, como hemos visto, a la arena política, y a una edad muy temprana. Lejos de darse por satisfecho con su papel de diputado del DNVP, toma el control del partido en 1928, rompiendo con cualquier idea de participación gubernamental. Al sustituir al aristócrata Kuno Graf Westarp a la cabeza, derechiza y radicaliza la línea de esa agrupación nacional-conservadora, que pasa a ser abiertamente de extrema derecha. Ya no habrá ministro del DNVP, y la oposición frontal a la República no perdona al mariscal presidente.

Antes incluso de su crecimiento numérico, Hugenberg había identificado claramente la fuerza del NSDAP en materia de organización militante y de estructuración ideológica. Está tanto más inclinado a considerar a Hitler como un hermano pequeño capacitado cuanto que el discurso del DNVP no se diferencia prácticamente del de los nazis, salvo por un matiz táctico: bajo el impulso de Goebbels el aparato nazi imita en ocasiones a la oposición al capitalismo financiero, identificado con los judíos, mientras que el DNVP no se desvía un ápice de una línea inequívocamente proempresarial, lo que irrita al *Gauleiter* de Berlín y maestro de la propaganda, que lo clasifica como «reacción».

Hugenberg, no contento con nazificar la esfera pública a través de sus medios de comunicación y contribuir así a la labor propagandística del NSDAP, trabaja para integrarlo en la unión de las derechas que él propugna.

La primera oportunidad surge con la campaña nacional a favor de un plebiscito contra el Plan Young, firmado en París el 4 de mayo de 1929, que reduce el importe de las Reparaciones y programa nuevos

plazos para los pagos a lo largo de cincuenta y nueve años, es decir, hasta 1988. La reducción del importe y el plan de pago de esa deuda concreta son un éxito de la política exterior del Gobierno de Gran Coalición, de su canciller del SPD, Hermann Müller y de su ministro de Asuntos Exteriores, el ya legendario Gustav Stresemann, que, con su política de reconciliación francoalemana, reintegró al país en el concierto de naciones. Pero la derecha se subleva contra un acuerdo internacional que, de hecho, reconoce y legitima el principio de las reparaciones, cuyos plazos se extienden a partir de ese momento hasta finales del siglo XX.

La idea de Hugenberg era rechazar mediante plebiscito el texto de un acuerdo internacional que, a sus ojos y a los de toda la derecha alemana, era una humillación nacional suplementaria. De conformidad con el artículo 73 de la Constitución de 1919, el pueblo alemán puede adoptar directamente una ley si la aprueba el 50 % de los censados. En agosto de 1929, Hugenberg funda una «Comisión Nacional para el Plebiscito contra el Plan Young» que redacta un proyecto de *Freiheitsgesetz* («Ley de la Libertad»): anulación unilateral de las reparaciones, juicio por alta traición y penas de prisión incondicional para los firmantes del plan. La comisión reúne a Franz Seldte, jefe de la Stahlhelm*,* la mayor asociación —nacional-conservadora— de antiguos combatientes, y a Heinrich Class, el infatigable ideólogo y presidente —¡desde 1908!— de la Liga Pangermanista. Hugenberg les suma a Adolf Hitler, por el NSDAP, que puede así beneficiarse aún más de la financiación asignada por la patronal alemana y de las columnas de opinión, espacios radiofónicos y encartes en prensa comprados por la comisión para el plebiscito, así como, por supuesto, del apoyo del imperio mediático de Hugenberg. La votación, que tiene lugar el 22 de diciembre, atrae al 13,8 % de los sufragios y fracasa, porque la mayor parte del electorado alemán no acude a las urnas. No deja de ser un éxito para los nazis: aunque a nivel nacional siguen siendo un partido insignificante, con un máximo del 2,8 % de los votos en las elecciones legislativas de 1928, a pesar de sus doce diputados en el

Reichstag, consiguen elevar su perfil como nunca antes y aparecen ahora ya identificados como una fuerza militante y propagandística con la que hay que contar.

Hugenberg y el DNVP son los primeros en darse cuenta, a sus expensas. Unos meses más tarde, con ocasión de las elecciones anticipadas al Reichstag en septiembre de 1930, que siguen a la arriesgada disolución del parlamento buscada en julio por el canciller Brüning, el NSDAP hace campaña contra los nacionalalemanes y capta una parte importante de su electorado. Esas elecciones legislativas son una catástrofe para el DNVP, que reduce a la mitad su porcentaje de votos y pasa del 14 % al 7 %, mientras que el NSDAP salta del 2,8 % al 18 %. A pesar de esa sangría electoral y de la marcha de las grandes figuras del partido, como Kuno Graf Westarp, Gottfried Treviranus y Hans Schlange-Schöningen, que deciden apoyar al Gobierno liberal-conservador de Brüning e incluso convertirse en ministros, Hugenberg no renuncia a su línea y persiste en la idea de una unión de las derechas.

Por razones tácticas, Hitler mantiene a Hugenberg en esa esperanza, y sus fuerzas pueden unirse de nuevo, por invitación del Stahlhelm, que en 1930 propone un nuevo plebiscito popular para derrocar al Gobierno del Estado de Prusia, formado por los partidos de la «coalición de Weimar» (SPD, Zentrum, DDP), es decir, una unión de la izquierda y el centro, aborrecida por la derecha. Prusia, el estado más grande del Reich, se presenta como una fortaleza de la democracia de Weimar, una especie de Estado-SPD en el que todos los puestos clave del Gobierno, del Landtag y de la función pública están ocupados por demócratas de izquierda y de centro-izquierda. De conformidad con la Constitución prusiana, el ministro del Interior, del SPD, recibe la solicitud de plebiscito el 4 de marzo de 1930, y la votación se celebra el 9 de agosto.

Unos días antes de los comicios, el Gobierno prusiano denuncia la «unión antinatural de enemigos mortales», como son «los partidos de derechas, el Stahlhelm y los comunistas», ya que, de hecho, el KPD se había sumado al plebiscito y había votado con la derecha y la

extrema derecha a favor de disolver el Landtag y forzar nuevas elecciones al parlamento prusiano el 9 de julio. El Gobierno señala los objetivos moderadamente opuestos de «partidos que se enfrentan cada día en batallas cruentas y que de repente forman una alianza»: «Unos quieren una Prusia soviética […]; otros, la vieja Prusia antidemocrática, la del sufragio de las tres clases[120] o un régimen de violencia fascista». Una maniobra irresponsable, fuente de inestabilidad en un momento en que la crisis económica hace estragos y nada es más importante que «el orden público y la seguridad». Lo que «quieren nazis y comunistas es el caos […]. Los radicales de derecha y de izquierda no quieren otra cosa sino asaltar la última fortaleza, la ciudadela de la democracia y de la República en Alemania: Prusia»[121].

El resultado es negativo: el 37,1 % de los electores prusianos votaron «sí», o sea, menos del 50 % necesario. El Gobierno de coalición weimariana sigue en pie y las elecciones se celebrarán según el calendario electoral normal: el Landtag elegido en 1928 se presentará ante el electorado en mayo de 1932, cosa que, llegado el momento, dará lugar a otros acontecimientos de importancia nacional que expondremos en detalle.

Siguiendo la estela del plebiscito, y a pesar del desastre electoral sufrido por su partido en otoño de 1930, Alfred Hugenberg propone a las fuerzas de la derecha alemana que continúen su colaboración y constituyan un «frente nacional». A finales de agosto de 1931, convence a Hitler para que participe con sus SA, en una gran manifestación de la derecha nacionalista en Bad Harzburg, en el *land* de Braunschweig, gobernado desde 1930 por una alianza de derecha y extrema derecha y cuyo ministro del Interior, Dietrich Klagges, es un nazi convencido que pone sus fuerzas policiales y represivas al servicio de los organizadores. El momento está particularmente bien elegido, dado que el Gobierno de Brüning se encuentra debilitado por el fracaso cada vez más manifiesto de su política económica y por el abandono del proyecto de unión aduanera con Austria, bloqueado por los Aliados. Cuando el canciller del Zentrum intentó

una aproximación al DNVP y al NSDAP, estos se negaron a apoyar al Gobierno o a formar parte de él, de tal modo que el 9 de octubre de 1931 Brüning se ve obligado a constituir un nuevo gabinete minoritario, que únicamente puede gobernar mediante la firma presidencial y la promulgación de disposiciones de carácter urgente.

El 11 de octubre de 1931, son más de diez mil personas las que se reúnen para validar la formación del «Frente de Harzburgo». Un día de discursos y desfiles, cerveza y bandas de música, marcado por una proclamación que pedía «la dimisión inmediata del gabinete Brüning». El «Frente Nacional», denunciando «una castración *(sic)* económica y militar de Alemania», exige «un Gobierno verdaderamente patriota», capaz de erradicar todos los elementos de disolución de Alemania:

> Desde hace años la oposición nacional viene alertando sin éxito sobre el fracaso de los sucesivos Gobiernos y del aparato del Estado para hacer frente al terror sangriento ejercido por el marxismo, al avance del bolchevismo cultural y a la destrucción de la nación por la lucha de clases[122].

Los discursos que impactan más a los presentes son el de Hitler, que supera al panzón Hugenberg en inspiración oratoria y carisma político, y el del Dr. Hjalmar Schacht, el «mago de las finanzas», héroe de la reconstrucción monetaria alemana de 1923-1924, figura capital del *establishment* económico y financiero, aliado de Hitler y que, en Bad Harzburg, ataca duramente la política económica del Gobierno y del Reichsbank.

Dos días después, cuando el Parlamento reanuda sus tareas, el SPD denuncia una «reacción fascista» y autoriza a su organización militante, los Estandartes Negro-Rojo-Oro (Reichsbanner Schwarz-Rot-Gold), a formar con otras organizaciones de izquierda el «Frente de Hierro» *(Eiserne Front)* contra el «Frente de Harzburgo», una nueva señal de una polarización preocupante de la vida política alemana. Para salvar a la República de la «reacción» y del «fascismo», el SPD vota el 16 de octubre contra la moción de

reprobación presentada por la Unión de Derechas (DNVP y NSDAP), con el apoyo del KPD. Brüning no resulta derrocado gracias a la *Tolerierungspolitik* de los socialistas, obligados a apoyar como «mal menor», en su opinión, una política de austeridad antisocial, para que Brüning se mantenga en el cargo y una moción de censura no abra el camino a una alianza de derechas aún más dura.

Uno de los objetivos de la Unión de las Derechas es presentar un candidato común y único en las elecciones presidenciales de marzo de 1932. El mandato del presidente Hindenburg, elegido en 1925, no tardaría en llegar a su fin, y se especula sobre su avanzada edad y su estado de salud. Ya en 1929, en su primer encuentro con el jefe de Estado, que tenía por entonces 82 años, Brüning se había quedado «estremecido» por «su estado de gran fatiga y falta de agilidad»: «Parecía viejo, daba miedo»[123], lo delataban unos andares bastante mecánicos y una mirada a veces ausente. Sin embargo, su mejor biógrafo destaca su agilidad mental, su celo en el trabajo, que, según Brüning, solo va decayendo después de las cinco de la tarde, así como su voluntad de viejo soldado muy apegado a sus prerrogativas y tenaz en la defensa de su poder y de su honor. Dos años más tarde, no obstante, Hindenburg se presta aún más a las especulaciones, y hay candidatos de la derecha que se preparan para tomar el relevo. Las esperanzas de Hugenberg chocan con el egoísmo nazi: Hitler se comportó como un patán en Bad Harzburg, abandonando la tribuna al terminar el desfile de las SA, montándoles una escena horrible a los organizadores, porque quería marcharse antes del final… Una actitud que expresa a las claras la estima que tiene a sus «socios» en la *Nationale Opposition:* meros trampolines, cuyos recursos y redes pueden perfectamente aprovecharse, pero sin darles nunca nada de nada a cambio. Hugenberg sueña con ser el *Führer* de una unión de derechas, pero los jerarcas del partido nazi se ríen abiertamente de semejante pretensión[124].

Los círculos conservadores, incluidos el DNVP y el NSDAP, se las ven y se las desean para encontrar un candidato adecuado que los

represente, rebuscando hasta en los últimos restos de las antiguas familias reinantes, que se habían marchado precipitadamente en 1918: «Se pensaba […] en personalidades como el duque de Sajonia-Coburgo-Gotha o el duque Johann Albrecht von Mecklenburg»[125]. También se pensó en prolongar el mandato de Hindenburg, enmienda constitucional que requería el voto de dos tercios del Reichstag sobre un *quorum* de dos tercios de los elegidos, fuera del alcance en caso de desacuerdo del SPD, que difícilmente podría pensarse que consintiera una forma de prerrestauración monárquica. Incluso se habló de la instauración (pero ¿cómo?) de una regencia imperial, a la espera de que un nieto de Guillermo II pudiera alcanzar la mayoría de edad y elevar el nivel de los Hohenzollern, ya que los hijos del último monarca eran considerados en general como un hatajo de imbéciles.

Es el hijo mayor de Guillermo II, no obstante, príncipe heredero *(Kronprinz)* del reino de Prusia, quien emerge como posible mascarón de proa de una unión de las derechas. Guillermo, hijo del káiser Guillermo II, exiliado en Doorn (Países Bajos) desde 1918, se encuentra perfectamente integrado en los círculos empresariales, militares y políticos de la derecha nacional-conservadora, así como en los de la liberal-autoritaria. Al fin y al cabo, si según Schleicher y Brüning, se trata de —con el tiempo— restaurar la monarquía tras las indispensables «reformas» sociales y presupuestarias, ¿por qué no elegir *Unser Reichspräsident Kronprinz Wilhelm,* como proclama un llamamiento del periódico monárquico *Fridericus* el 20 de marzo de 1932[126]? La hipótesis existe desde que el *Kronprinz* la planteó por primera vez en 1928[127]. El partido nazi hizo suya la idea, como muy tarde en 1931, en previsión de las elecciones presidenciales de 1932: Hindenburg, demasiado viejo, podría no volver a presentarse, y Hitler podría abstenerse de ser candidato. Un *Reichspräsident Kronprinz Wilhelm* podría entonces nombrar el *Führer* para la Cancillería siguiendo una lógica de *ticket* a la americana. La candidatura de Hitler y Hindenburg no cambia nada en el fondo, puesto que, según la ley electoral vigente, es posible retirarse entre

la primera y la segunda vuelta, y un candidato que no se presenta en la primera vuelta tiene la posibilidad de presentarse para la segunda.

Un reducido grupo de conjurados, tres oficiales del Reichswehr, irrumpe en la habitación del *Kronprinz* que, a finales de marzo de 1932, se encuentra postrado en cama, en su castillo de Oels, con un terrible lumbago. El 1 de abril —día de los santos inocentes en Alemania—, fecha cuyo significado no escapa a la prensa de izquierda, resuena desde las profundidades de la historia y desde el lecho principesco el llamamiento a una candidatura unida de las derechas contra la del comunista Ernst Thälmann. Es, sin embargo, el propio Guillermo II quien, desde el exilio, formula *eine allerhöchste Ordre,* una «orden soberana de Su Majestad», una intervención solemne que llama a su hijo a cumplir con sus deberes: los Hohenzollern gozan de una «legitimidad» que permanece «inquebrantable» y que excluye «cualquier otro medio» de acceso al poder[128], en particular esas manías de pordioseros conocidas como elecciones. En una carta privada a «su querido hijo», el emperador depuesto censura sus «ideas mal digeridas, producto de un cerebro nublado» y de una «estupidez absoluta»[129], y aconseja a su hijo mayor «buscar calma y descanso en algún lugar del Sur o en una ciudad balneario cualquiera».

A pesar de la sonora bofetada que supuso aquella amonestación soberana y paternal, el *Kronprinz* permanece en el ánimo de quienes desean acabar con la República y, llegado el momento, asumir el papel de *Reichsverweser* (regente). Se mantiene activo sobre todo en los medios de comunicación, como agente de promoción de los nazis, de los que es muy cercano. En la segunda vuelta de las votaciones, posa para una fotografía junto a un cartel a favor de Hitler[130] después de haber llamado el 3 de abril a votar por él en lugar de Hindenburg. El príncipe se convierte en el abogado de un «frente nacional unido», desde el «espíritu del Frente de Harzburgo»[131]. Guillermo se mueve rodeado de un ambiente nazificado: su esposa, la princesa Cecilie zu Mecklemburg-Schwerin,

es una ferviente aduladora de Hitler, al igual que su tercer hermano, el príncipe Augusto-Guillermo de Prusia, apodado «Auwi», miembro del NSDAP desde el 1 de abril de 1930 y *SA-Obergruppenführer*. La concesión a Auwi de un carné de miembro con el número veinticuatro, como si se tratara de un «combatiente de los primeros momentos» *(alter Kämpfer,* título honorífico de los primeros miembros del NSDAP), y la concesión asimismo del grado más alto de las SA, muestran claramente la importancia que reviste la afiliación en términos de propaganda política.

Un príncipe heredero prusiano con uniforme de general de las SA es una extraordinaria operación de legitimación, esta vez con el beneplácito de Guillermo II. Para el antiguo emperador, cuyos racismo, antisemitismo y convicciones socialdarwinistas eran bien conocidos antes de 1914, Hitler es «el jefe de un movimiento nacional fuerte», y «poco importa en realidad que nos guste o nos disguste el NSDAP en este o aquel detalle», siempre que «sepa llevar a los alemanes hacia lo alto»[132]. Hacia lo alto: se queda uno maravillado ante la sagacidad política de Guillermo, que, cuando ocupaba el trono alemán, ya impactaba a toda Europa con sus golpes de efecto y sus destellos de brillantez. Los Hohenzollern, al vender públicamente su prestigio, resultan ser los «tontos útiles»[133] perfectos para el nazismo, comprometidos como estaban con una «colaboración»[134] degradante para ellos, pero cuyo beneficio para el NSDAP y Hitler es inestimable.

Después del episodio de la elección presidencial de la primavera de 1932, el príncipe heredero intenta influir en Hitler a fin de que acceda a las reiteradas peticiones de Von Papen, y luego de Schleicher, para formar parte de un Gobierno de unión de las derechas, ya sea aceptando ser nombrado ministro, junto con otros cuantos nazis, o autorizando a miembros del NSDAP a integrarse en el Gobierno. Le escribe una larga carta en septiembre de 1932[135], a la que Hitler contesta con un toque de humor; argumenta que un hombre del pueblo como él, trabajador manual empedernido, no se deja comprar por el primer cantamañanas que se le pone delante, y

afirma que el tiempo de las élites tradicionales tal vez haya pasado. Un desaire, por lo tanto, que Guillermo no llega a medir, puesto que, manifiestamente infatuado de su genio político, le manda la correspondencia a su padre, a la vez que una relación de sus últimas hazañas cinegéticas, cosa que termina de consternar a Guillermo II[136], cuya escasa estima por su hijo mayor disminuye aún más a raíz de sus iniciativas políticas de iluminado.

A partir de ese momento, Hitler y Goering van a dejar que fermenten las fantasías de restauración monárquica cultivadas por las verduleras, las silleras de iglesia y los linajes decadentes, para seguir sirviéndose del prestigio de la antigua familia reinante y de las redes de una aristocracia prusiana cuya ingenuidad no deja de sorprender. Tras la «toma del poder» en enero de 1933, los nazis supieron divertir a la familia real con invitaciones, títulos y algunas prebendas, algo en lo que sobresalen las SS, que crean una unidad de caballería al uso de la aristocracia: los desprecian, pero los necesitan para engatusar a todos aquellos que, en las grandes familias nobiliarias, aún pueden albergar ciertas reservas ante un movimiento que a veces se considera un punto plebeyo.

---

[102] Klaus Wernecke, *Der vergessene Führer. Alfred Hugenberg, Pressemacht und Nationalsozialismus*, Hamburgo, VSA, 1982.

[103] Alfred Hugenberg*, Innere Colonisation im Nordwesten Deutschlands*, Estrasburgo, K. J. Trübner, 1891.

[104] Ludwig Bernhard, *Der Hugenberg-Konzern. Psychologie und Technik einer Grossorganisation der Presse*, Berlín, Springer, 1928, p. 3.

[105] *Ibid*., p. 7.

[106] *Ibid*., p. 9.

[107] *Ibid*., p. 10.

[108] Karl-Christian Führer, «Politische Kultur und Journalismus. Tageszeitungen als politische Akteure in der Weimarer Republik, 1929-1933», en *Jahrbuch für Kommunikationsgeschichte*, 10 Band, 2008, pp. 26-51, p. 27.

[109] *Ibid*., p. 28.

[110] *Ibid*., p. 32.

[111] Ludwig Bernhard, *Der Hugenberg-Konzern, op. cit*., p. 70.

[112] *Ibid*.

[113] *Ibid*.

[114] *Ibid*., p. 71.

[115] *Ibid*.

[116] *Ibid*., p. 35.

[117] *Ibid*., p. 102.

[118] Oswald Spengler, *Der Untergang des Abendlandes*, Band II, Kapitel 4, pp. 225-226 [*La decadencia de Occidente* (tomos 1 y 2). Trad. del al. de M. García Morente, Espasa, 1989].

[119] *Ibid*., pp. 226-227.

[120] El «sufragio de las tres clases» (*Dreiklassenwahlrecht*) era un sufragio censitario que regía las elecciones al Landtag prusiano de 1849 a 1919. A pesar de la instauración del sufragio universal (masculino) en el Reich en 1871, el derecho de voto siguió siendo desigual en Prusia durante todo el Imperio. La nueva Constitución del *land* de Prusia (*Verfassung des Freistaats Preussen*), adoptada el 30 de noviembre de 1920, que, de conformidad con la Constitución de Weimar, debía ser democrática, liberal y parlamentaria (art. 13 y 17 WRV), puso remedio a esa herencia del antiguo Reino de Prusia.

[121] *Erklärung der Regierung Preussens*, 6/08/1930.

[122] «Die Hauptresolution der Bad Harzburger Tagung», en *Harzburger Zeitung*, 11/10/1931.

[123] Heinrich Brüning, *Memoiren*, 1918-1934, *op. cit.*, p. 156.

[124] Hermann Beck, «Konflikte zwischen Deutschnationalen und Nationalsozialisten während der Machtergreifungszeit», en *Historische Zeitschrift*, 292, Heft 3, 2011, pp. 645-680.

[125] *Ibid*., p. 397.

[126] Stephan Malinowski, *Die Hohenzollern und die Nazis. Geschichte einer Kollaboration*, Berlín, Ullstein, 2021, pp. 244-245.

[127] *Ibid*., p. 245.

[128] *Ibid*., p. 249.

[129] *Ibid*., p. 250.

[130] *Ibid*., p. 258.

[131] *Ibid*., p. 260.

[132] Katarina Urbach, «Nützliche Idioten. Die Hohenzollern und Hitler», en Thomas Biskup, Truc Vu Minh, Jürgen Luh (dir.), *Preußendämmerung. Die Abdankung der Hohenzollern und das Ende Preußens*, arthistoricum.net, Heidelberg, 2019, pp. 65-93, cita p. 75.

[133] Katarina Urbach, artículo citado.

[134] Stephan Malinowski, *Die Hohenzollern und die Nazis, op. cit*.

[135] *Ibid*., p. 272.

[136] *Ibid*.

4
ANATOMÍA DE UNA CAÍDA MINISTERIAL

Heinrich Brüning fue uno de los cancilleres más estables de la República de Weimar: el tercero después de Wilhelm Marx y Heinrich Müller. Esperaba, no obstante, mantenerse durante un tiempo más prolongado. A largo plazo, su objetivo era la restauración de la monarquía en Alemania, un proyecto con el que estaban de acuerdo muchos antidemócratas de las élites berlinesas, renanas y de Prusia Oriental, pero en el que nadie trabajaba tan seriamente como él. A medio plazo, prevé lo que dura una legislatura —es decir, cuatro años (1930-1934), contando desde la disolución de julio de 1930 y las elecciones anticipadas de septiembre de ese mismo año— para llevar a cabo un programa más que ambicioso: aplicar medidas de «saneamiento» de las finanzas públicas mediante «reformas» fiscales, sociales y administrativas, superar la crisis, que sospecha que alcanzaría su punto culminante en el verano de 1932, y completar la demolición de los aspectos más humillantes del Tratado de Versalles (fin de las Reparaciones e igualdad de derechos en materia de armamento).

El canciller dio muestras de una resistencia notable y se ganó la admiración de sus partidarios, impresionando a ministros como Wilhelm Groener, que no ahorran elogios sobre su inteligencia política, su agudeza psicológica y su resistencia física. Incluso algunos de sus adversarios, como el periodista socialdemócrata Friedrich Stampfer, se quitaban el sombrero ante él: «La situación parlamentaria en el Reich se mantiene estable desde las elecciones de septiembre de 1930 hasta la caída de Brüning, buscada por la camarilla, el 30 de mayo de 1932 […]. Esa estabilidad era un activo

inestimable en plena tormenta y habría podido durar aún más si no se hubiera visto interrumpida por intrigas extraparlamentarias»[137], una perífrasis cortés para referirse a la lamentable conjura urdida entre Schleicher, los nazis y el entorno presidencial. A pesar de la «fuerte oposición» de los nazis, los nacional-alemanes y los comunistas, su Gobierno siempre contó con el apoyo de «una mayoría más fuerte», aunque fuera negativa, es decir, materializada con la abstención o el rechazo cuando se trataba de repudiar una disposición de carácter urgente o de votar una moción de censura. Fue sobre todo el apoyo del SPD lo que le permitió al Gobierno resistir sin llegar en ningún momento a ser desalojado, e incluso aprobar leyes con mayorías que oscilaban entre treinta y treinta y ocho votos[138].

De hecho, ese apoyo del SPD es lo que el presidente Hindenburg le reprochó amargamente a su canciller. El viejo mariscal quería un gabinete de *nationale Konzentration,* pensaba y soñaba *national* y, a sus ojos, los socialdemócratas seguían siendo unos rojos, unos marxistas y unos internacionalistas.

No digirió —la palabra es adecuada, porque fue para él una carga física, una fuente de rumias saturnianas— las condiciones de su reelección a la presidencia del Reich. Había dado su conformidad a una candidatura, a condición de que reuniera a todos los partidos de derechas o, al menos, a los partidos y las asociaciones de antiguos combatientes que lo habían apoyado en 1925 y cuya lealtad creía merecer. El 15 de febrero de 1932, el comunicado de la presidencia precisaba, en efecto, que el presidente se mostraba «dispuesto a aceptar de nuevo el cargo» si su segundo mandato representaba «una necesidad patriótica», si su candidatura «no tropezaba con la resistencia de todas las derechas» y si «la reelección podía considerarse alcanzada ya desde la primera vuelta», nada menos. Terminó convencido, en última instancia, por el aria cargada de *pathos* soldadesco que le entonó el general Groener. Invocando los manes de todos los oficiales que se habían sacrificado por su honor y por su rey, Groener declaró con tono entrecortado que «nadie

debe poder reprochar a un mariscal de campo prusiano haber retrocedido en una batalla ciertamente difícil, pero importante para la patria»[139]. No cabe ninguna duda de que esas palabras tuvieron un efecto real.

Hindenburg, nacido en 1847, creció entre antepasados que habían nacido bajo el reinado de Federico el Grande, y ese superego militar y prusiano es parte integrante de su *ethos* tanto como de su *telos*. El hecho es que, como señala su mejor biógrafo *cum grano salis,* el mariscal presidente no es ajeno a los pequeños cálculos avariciosos ni a la aritmética patrimonial. La propiedad de Neudeck puede haber sido un regalo, pero su mantenimiento exige gastos considerables. Por otra parte, el *Familienmensch* Hindenburg sabe abrir la cartera para ayudar, cuando no mantener, a hijos y nietos, a quienes la consanguinidad no parece haber dotado de toda la vivacidad intelectual y profesional, como demuestra el ejemplo de su hijo Oskar. El «viejo» sabe contar y se da perfecta cuenta de que sus pensiones de oficial y de presidente no cubrirán sus numerosos compromisos[140]. Es difícil renunciar a un sueldo anual de 60000 marcos imperiales, es decir, el doble que el de canciller, más unos gastos de representación de 120000, teniendo además en cuenta que el alojamiento oficial, el personal de servicio y la intendencia general corren a cuenta del Reich[141]…

El hecho de que la mayor liga de veteranos, el Stahlhelm, y el DNVP propongan a Duesterberg como candidato fue una enorme vejación para el anciano, que también tuvo que encajar la candidatura de Adolf Hitler. Peor aún, ante el peligro de una victoria de Hitler, los partidos de la «coalición de Weimar» (SPD, Zentrum, DDP) decidieron no presentar a nadie y apoyar a Hindenburg ya en la primera vuelta, y fue, en efecto, esa *Weimarer Koalition* la que lo reeligió. Es en el caso del SPD donde tal decisión, impensable pocos años atrás, puede resultar más sorprendente. Un partido marxista, fundado por el yerno del propio Karl Marx, un partido cuyos miembros son, para la derecha, los «criminales de noviembre», incluso «el partido de los desertores», es el que va a hacer campaña

sin vacilar a favor de un vestigio fosilizado del Antiguo Régimen, encarnación caricaturesca del militarismo prusiano y de la más rancia aristocracia terrateniente. La imagen es terrible para el SPD, que ha quedado reducido a hacer de dique de contención ya en la primera vuelta frente a la extrema derecha.

El aparato y los militantes tuvieron que hacer gala de una gran abnegación y de coraje republicano para apoyar a un hombre que aborrecía a la izquierda. Como de costumbre, el SPD despliega una dialéctica a la vez sutil y sonora para justificar semejante renuncia y exhortar a sus huestes a librar la batalla electoral. El 26 de febrero de 1932, el partido publica un llamamiento titulado «Hay que derrotar a Hitler», que plantea el reto electoral en forma de una simple alternativa, aunque perfectamente deprimente para un socialdemócrata: «El próximo 13 de marzo, el pueblo alemán tiene que responder a la pregunta: ¿Hindenburg debe quedarse o debe sustituirlo Hitler?»[142]. Cabe reconocer en honor del presidente que «Hindenburg decepcionó a sus antiguos partidarios. Porque ha sido imparcial, porque pretende seguir siéndolo, porque nunca aprobará un golpe de Estado, quieren apartarlo». Se cuenta con la lealtad del presidente a su juramento, por su alto sentido de la moralidad política: ¡Hindenburg nunca ha violado la Constitución! Algo un tanto precipitado, si se tienen en cuenta las condiciones en las que se utilizan los poderes especiales del artículo 48 para firmar disposiciones que poco tienen que ver con ningún estado de urgencia o de excepción. Es también olvidar que, amparado con su firma, el canciller Brüning llevó a cabo una brutal política antisocial. Pero cuidado: «Hitler en lugar de Hindenburg significa la victoria del ala reaccionaria de la burguesía […], la supresión de todas las libertades fundamentales […], la explotación económica agravada, la esclavitud en el trabajo».

Interviene entonces la dialéctica para ponerse muy quisquillosos con lo sociológico, o más bien solo quisquillosos: los camaradas deben ser perfectamente conscientes de que «en las luchas internas de la clase dirigente, la socialdemocracia siempre ha tomado partido

por la fracción más progresista y más moderada de la burguesía y ha concentrado sus ataques contra los reaccionarios». Hindenburg y Brüning, encarnaciones de «la fracción más progresista y más moderada de la burguesía»: sorprendente. Ese llamamiento especialmente absurdo muestra hasta qué punto la socialdemocracia está, como se dice en alemán, *mit seinem Latein am Ende sein* («al límite de sus fuerzas»): le queda tan poco que decir o que aportar a la sociedad alemana, está tan asustada de su propia debilidad, que se ha visto reducida a abdicar en campo abierto ante la peor encarnación de una reacción a la que siempre dice combatir virilmente. La apuesta táctica es una victoria incontestable y sin segunda vuelta: «Poned toda vuestra fuerza en esta lucha, para que la decisión se alcance en la primera vuelta y, con una clara victoria, liberad al pueblo alemán del peligro del fascismo. ¡Venced a Hitler! ¡Votad a Hindenburg!».

De hecho, el viejo mariscal va a beneficiarse plenamente de la aportación de votos de la izquierda, cuya disciplina electoral es digna de admiración, ya que, en efecto, «el 100 % de su electorado —apunta el canciller— es lo que los socialistas llevan a las urnas por Hindenburg»[143]. Hindenburg, a quien rara vez preocupa la gratitud, refunfuña con rencor. No solo no tendrá una palabra de agradecimiento republicano hacia los antepasados de aquellos castores electorales a los que se invita regularmente a hacer de dique de contención en el camino de la extrema derecha, sino que no sentirá por ellos más que un desprecio molesto; y un encendido resentimiento hacia ese canciller incapaz de gobernar sin ser «tolerado» por la izquierda, o de salir elegido sin los marxistas.

En un momento en que se encuentra desbordado por los asuntos de Estado, desde las cuestiones de orden público (¿deben prohibirse las milicias políticas?) hasta los asuntos financieros, pasando por las cuestiones internacionales, Brüning tiene que soportar la actitud «fría y poco amistosa» del presidente, exasperado por no haber alcanzado mayoría a la primera y tener que pasar a una segunda vuelta contra Hitler, incapaz de darse cuenta de que, a pesar de ello,

su total de votos en la primera vuelta había sido superior al de la segunda vuelta de 1925. Pero resulta que al viejo irascible no se le escapa que Prusia Oriental, su biotopo, votó mayoritariamente a Hitler, y que su lugar favorito de vacaciones después de Gut Neudeck, el pequeño pueblo alpino de Dietramszell, también eligió al NSDAP. Brüning observa que los nazis, conscientes, como siempre, del símbolo, llevaron a cabo una campaña especialmente intensa entre los bávaros, que estaban deseosos de pagar a Oskar —que siempre se había mostrado cicatero y mezquino a la hora de las recaudaciones y muy avaro con las propinas— con la misma (y parca) moneda[144].

El talante hosco y la actitud descortés de un jefe de Estado susceptible y caprichoso, incapaz de alegrarse un solo instante por su reelección, se confirman tras la victoria. Está decidido a separarse de su jefe de Gobierno, pero no inmediatamente, porque las intrigas de Schleicher con los nazis aún no han dado lugar a una lista cerrada y definitiva de un nuevo equipo. Así que cuando el canciller, conforme a la tradición, le presenta la dimisión del gabinete, el anciano responde con arrogancia: «Sí, eso es lo que quería oír, es lo que estaba esperando. Bueno, vamos a poner en el comunicado que de momento no he aceptado la dimisión». Brüning se queda atónito ante semejante desenvoltura, más aún de lo que le duele la actitud de un jefe de Estado que, por desgracia, se muestra digno de las peores habladurías sobre sus limitaciones intelectuales y su ausencia total de lealtad o de humanidad. Le señala entonces respetuosamente que tal comunicado lo incapacitaría para continuar como negociador en la Conferencia de Lausana, con socios que lo verían tan solo como un cadáver político en tiempo de prórroga. Para preservar su credibilidad internacional, Brüning urde una formulación sibilina que tiene el mérito de no contrariar al presidente: el canciller ha trasladado «las felicitaciones del Gobierno y ha presentado su dimisión. El presidente del Reich no ha aceptado *esa*[145] dimisión»[146].

Entre bambalinas, el entorno y los asesores de Brüning se ponen a trabajar como termitas contra él. En ese nivel de secretismo, recursos y ambición, puede hablarse de una auténtica conjura contra el jefe de Gobierno. El principal organizador y la cabeza pensante es el general Kurt von Schleicher, quien, como ya hemos visto, no tiene ningún reparo en utilizar los recursos del Ministerio del Ejército para llevar a cabo sus maniobras —como las escuchas telefónicas que colocó al propio Brüning—.

Schleicher desea un giro de timón hacia la derecha por convicción personal y para complacer al presidente Hindenburg. En su condición de director de personal del Ejército, también piensa en la integración de las SA y las SS en el Reichswehr. Todo ello implica ser indulgente con los nazis y asociarlos al poder, dialogar con ellos y, en su opinión, darles garantías[147]. Los nazis, por su parte, ponen unas cuantas condiciones propias para el exclusivo interés de su partido. Es sorprendente que Schleicher, la presidencia y el nuevo equipo de Gobierno las aceptan todas.

El diario de Joseph Goebbels nos permite seguir casi día a día el desarrollo de esas conversaciones secretas. El 28 de abril, el *Gauleiter* de Berlín señala que «el *Führer* ha acudido a ver a Schleicher. La conversación ha ido bien». De nuevo el 8 de mayo de 1932: «Reunión decisiva con el general Schleicher, en presencia de varios caballeros del círculo íntimo del presidente del Reich. Todo bien. El *Führer* ha sabido hablarles de forma convincente». Goebbels hace referencia a un «plan» concertado, que da «la sensación afortunada de que nadie sospecha nada, empezando por el propio Brüning»: «El plan consiste en crear un gabinete presidencial. El Reichstag será disuelto; las leyes contra nosotros, abolidas; por tanto, quedaremos libres para dedicarnos a la agitación política y para llevar a cabo una obra maestra de propaganda»[148].

Se queda uno ciertamente pasmado ante la temeridad política y la incoherencia táctica de Schleicher y de la camarilla: ¿disolver el Reichstag en un momento en el que los nazis están en lo más alto? Después de los excelentes resultados de Hitler en la segunda vuelta

de las elecciones presidenciales, el NSDAP también acaba de ganar las elecciones en Prusia, en Hamburgo y en el *land* de Oldenburgo. Hay que ser un demente, un iluminado o un amateur —algo poco probable— para convocar a los ciudadanos del Reich a las urnas en semejantes condiciones, a menos que se esté dispuesto a aceptar un maremoto nazi, cosa que Schleicher difícilmente desearía: domesticar al NSDAP excluye que el partido suba demasiado. Queda la hipótesis de un acto de fe y una apuesta descabellada: disolverse para complacer a los nazis, y conjeturar que no saldrán demasiado reforzados de las legislativas. Con todo, el levantamiento de las restricciones prometido a los nazis (derogación de la prohibición de las SA y las SS, complacencia administrativa y policial ante los desfiles, reuniones y publicaciones nazis, etc.) le abre a Goebbels unas perspectivas apasionantes.

El 13 de mayo, el Dr. Goebbels acusa recibo de las «noticias que nos da el general Schleicher. La crisis continúa según el programa previsto». La conjura sigue su curso, aunque Goebbels se equivoca en dos días sobre la fecha prevista para la dimisión de Brüning, cuando escribe, el 24 de mayo: «El sábado es cuando Brüning debe largarse […]. La lista de ministros está más o menos acabada: Papen, canciller; Neurath, Asuntos Exteriores; y toda una retahíla de nombres desconocidos. Lo importante es que el Reichstag se disuelva. El resto vendrá luego». No es, de hecho, el sábado 28 cuando Brüning «se larga», sino el lunes 30. Lo cierto es que, dejando a un lado esa vacilación final, es efectivamente *programmgemäss* (según el programa previsto), así lo escribe, como se desarrolló la conspiración de Schleicher.

Son, sin lugar a duda, los intereses privados de la familia Hindenburg y la solidaridad de los grandes terratenientes los que asestan el golpe de gracia al canciller Brüning, antes de provocar la caída de otro canciller, en enero de 1933.

Entre 1930 y 1932, en una situación presupuestaria ajustada y en un momento en que el canciller Brüning busca todas las fuentes de ahorro posibles, la *Osthilfe* es objeto de varias críticas por parte del

Ministerio de Hacienda, que considera que esos créditos y subvenciones tienen menos el efecto de apoyar la agricultura y el empleo que el de engordar los patrimonios nobiliarios —la *Osthilfe* puede describirse, sin exagerar, no solo como el tonel de las danaides, un despilfarro sin fin, sino también como un gigantesco sistema de concusiones y de desvío de fondos públicos en beneficio de los latifundistas—. Cada vez que Brüning y su Gobierno fingen querer hacer frente a ese maná, se encuentran con que el presidente se interpone en su camino. Hindenburg defiende con obstinación los intereses de su grupo social, haciendo caso omiso tanto de la salud de las finanzas públicas como de las normas más elementales que rigen su uso.

Peor aún: ante sus ojos, Brüning, con sus ministros de Alimentación y Economía, y su comisario del Reich para el Este, el ministro sin cartera Hans Schlange-Schöningen, elabora un proyecto de reforma agraria que provoca el pánico y la cólera de los agraristas.

El principio es prístino: en lugar de financiar a fondo perdido las fincas insolventes, el Reich propone nacionalizar las tierras endeudadas y parcelarlas para colonos que van a establecerse en Prusia Oriental. Los beneficios esperados tienen tres direcciones: se poblará la zona, que se considera un frente pionero y un glacis contra el elemento eslavo (Polonia y la URSS); se dará una ocupación a los parados, que saldrán así de las estadísticas y de los programas de asistencia social; y se permitirá a los susodichos desempleados cubrir sus necesidades y alimentarse por sí mismos. El *Reichskommissar* Schlange —que fomentó la emigración de colonos alemanes a la zona agraria de Rolandia, en Brasil, donde se instaló su propio hijo— trabaja a fondo la hipótesis colonial. En cuanto a la colonización interior, fija las líneas maestras en un proyecto de disposición de carácter urgente en virtud del artículo 48-2, elaborado entre su gabinete, el del canciller y los de los ministros concernidos. La alarma la dio el barón Wilhelm von Gayl, representante de Prusia Oriental en el Reichsrat, en una carta

dirigida al «muy honorable y eminente *Generalfeldmarschall*» el 24 de mayo de 1932. A Von Gayl, presidente de la «Sociedad Alemana para la Colonización Interior», se le atraganta el proyecto de disposición, que adjunta a la carta, y que considera nada menos que un «giro hacia el socialismo de Estado», un «grave atentado» contra el principio de la «propiedad privada»[149], mientras que la *Reichslandbund,* por su parte, vitupera el «bolchevismo agrario» de Brüning.

A su regreso de Neudeck, donde permaneció del 14 al 28 de mayo, el presidente recibe a Von Gayl. La reunión tiene lugar en Berlín y Hindenburg confirma su decidida oposición a «la reforma jurídica bolchevique que contempla el proyecto de colonización»[150]. El destino de Brüning y de su Gobierno, ya incierto, estaba decidido: el canciller ya no gozaba de la confianza del presidente por razones obvias de interés personal y de solidaridad patrimonial y nobiliaria.

Brüning ofrece un relato escalofriante de los últimos momentos de sus funciones gubernamentales. El 23 de mayo se entera —por un mensaje dilatorio del Dr. Otto Meissner, secretario general de la presidencia del Reich[151]— de que el jefe de Estado ha estudiado complacido su último proyecto de disposición hasta la fecha y que no hay prisa por reunirse con él, a pesar de que el canciller está dispuesto a ir a Neudeck para aclarar la situación y asegurar el futuro de su Gobierno hasta el final de las negociaciones en curso en Lausana sobre las Reparaciones. En lugar de eso, Hindenburg, deseoso de evitarle un viaje de dos días en tren por su carga de trabajo, lo cita para el 29 de mayo a las once de la mañana, una vez que él haya regresado a Berlín. Sin embargo, «todos los días sale un mensajero de Schleicher hacia Neudeck» con mensajes confidenciales, y todas las noches las negociaciones continúan a buen ritmo entre los nazis y los más cercanos a Schleicher, con el consentimiento del hijo de Hindenburg. Y lo que es peor, Brüning se enteraría más tarde de que Schleicher «llamó a Oskar von Hindenburg», en cuanto se enteró de la intención del canciller[152], «para impedir» que este viajara a Neudeck. A las once de la mañana

del domingo 29 de mayo, el presidente recibe a Brüning y le comunica sin ningún tipo de miramiento que el Gobierno ya no puede contar con las disposiciones del artículo 48, que en lo sucesivo él se negará a firmar. ¿Puede Brüning gobernar con el Parlamento, con el apoyo sin participación del SPD? Ni siquiera se lo plantea: a él lo nombró Hindenburg, estuvo cortocircuitando al Reichstag durante dos años y, además, sigue siendo un oficial católico, conservador, monárquico, nombrado por un mariscal. El 30 de mayo, a las diez de la mañana, el Consejo de Ministros se reúne para oír el informe del canciller, con la ausencia, no obstante, de Schleicher; en el acta se hace constar que «no pudo llegar a tiempo» al Consejo, pero que después se mostró «completamente de acuerdo con el desarrollo de la reunión y con las opiniones de sus compañeros», es decir, con la dimisión del Gobierno. El vicecanciller y ministro de Finanzas, Hermann Dietrich, rinde homenaje al canciller y a su «dirección de los asuntos, perseverante, serena y profesional», garantía de un «trabajo colectivo armonioso en el seno del Gobierno del Reich»: «Pronto llegará el momento en que sus propios oponentes tendrán que reconocer el terrible error que se ha cometido al provocar la caída del Gobierno de este hombre en el momento que sabemos». La afirmación es dura y apunta al ministro tan oportunamente ausente, al que Brüning tampoco perdonó, no sin eufemismos, cuando dio cuenta de «la actual situación política, notoriamente muy tensa, debido, en particular, a los debates que están llevando a cabo personalidades que, según la Constitución, no están habilitadas para hacerlo»[153]. Bruning tiene una cita prevista con Hindenburg a primera hora de la tarde, después de que el presidente hubiera asistido a una ceremonia militar en memoria de la batalla de Jutlandia, pero se adelantó a las 11:55 horas, en el palacio presidencial: la reunión con Brüning dura solo tres minutos, puesto que la banda naval rinde honores a las doce en punto… Hindenburg resulta ser un monumento de ingratitud, sin una palabra de reconocimiento para su canciller, al que declara que ha tenido que cesar «para defender su propio honor y su nombre» —el colmo

para Brüning, que, atónito, replica que él también tiene un nombre y un honor que defender, y rechaza el puesto de ministro de Asuntos Exteriores que el jefe de Estado le ofrece cuando está saliendo por la puerta[154]—. Una escena irreal, muy reveladora del egocentrismo de un presidente que solo se preocupa de sí mismo y de una degradación monárquica y cortesana en la forma de llevar los asuntos de Estado.

La dimisión del gabinete Brüning pone de manifiesto un cambio de régimen, lo mismo que el uso irreflexivo y excesivo de lo dispuesto en el artículo 48. En este caso, es el artículo 53 de la Constitución («El canciller del Reich y, a propuesta suya, los ministros, serán nombrados y cesados por el presidente del Reich») el que prevalece, por encima de cualquier otra consideración, sobre el artículo 54, que establece que el Gobierno debe gozar de «la confianza del Reichstag» y dimitir si este le manifiesta su desconfianza. Para los constituyentes de 1919, el vínculo entre ambos artículos era claro: es el Reichstag el que decide la composición y la orientación política del Gobierno, mediante el voto de confianza o de reprobación, y el presidente nombra y revoca como notario de la voluntad del Parlamento, es decir, del pueblo soberano. Durante dos años, el artículo 48 había sido objeto de un uso abstracto, desvinculado de las condiciones políticas o incluso de las propias exigencias de la Constitución, un uso técnico que rayaba en la arbitrariedad, cuando no en el fraude descarado, alentado por consejeros poco republicanos y amparados por la prestigiosa estatura de Hindenburg. Ahora, el artículo 53 se desvinculaba del siguiente para fundar un régimen presidencial unilateral, ignorando al Parlamento. En ambos casos, es una lectura utilitarista y depredadora de la Constitución la que prevalece entre Hindenburg y su entorno: el presidente puede hacerlo, así que lo hace y ya se verán las reacciones, si es que las hay.

En concreto, el gabinete Brüning no dimite porque el Reichstag haya votado una moción de reprobación, sino porque lo ha decidido

el presidente. La justificación subyacente es que, elegido por sufragio universal directo, este último goza de una legitimidad equivalente a la del Reichstag e incluso, a ojos de sus turiferarios y de los juristas sensibles a la autoridad presidencial, superior. Profesores franceses de Derecho, atentos a lo que ocurre en Alemania y deseosos de encontrar respuestas a los interrogantes que se plantean al mismo tiempo en el régimen parlamentario francés, observan con interés esa mutación de la práctica institucional al otro lado del Rin —institucional y no constitucional, porque, en efecto, el texto de 1919 se mantiene inalterado—. Dicho de otro modo, se interesan por la manera en que, a parámetros normativos constantes, un hombre, un grupo, una voluntad, modifican el uso de un texto hasta el punto de cambiar la naturaleza misma del régimen —antes parlamentaria, ahora presidencialista—. Es el caso de René Capitant, joven titular de Derecho Público y profesor de la Universidad de Estrasburgo, quien, junto con su colega renano Raymond Carré de Malberg, siente malestar ante el parlamentarismo casi absoluto de la Tercera República y se maravilla de que una Constitución tan poco autoritaria como la de 1919 acabe permitiendo el advenimiento de la autoridad presidencial. En diciembre de 1932, René Capitant publica un artículo sobre «El papel político del presidente del Reich» en el que defiende la práctica presidencialista del poder de Hindenburg, en la línea de lo que Carré de Malberg había escrito sobre el tema y en la tradición de lo que los publicistas franceses (en particular, Maurice Hauriou en Toulouse) habían escrito sobre el poder ejecutivo. No huelga mencionarlo aquí, porque esas reflexiones sobre el poder presidencial en Alemania no dejan de tener consecuencias en la historia constitucional de la política francesa y en la práctica del poder en Francia desde 1958, como veremos en el epílogo.

En Alemania son asimismo juristas preocupados por el fortalecimiento del poder ejecutivo los que se interesan por la figura del presidente —Carl Schmitt en primer lugar, pero no exclusivamente—. Ya en 1929, Schmitt, que acaba de aceptar, para

sorpresa general, un puesto en la Escuela de Comercio de Berlín, infinitamente menos prestigioso que su cátedra universitaria de Bonn, pero más próximo a los círculos de poder, publica un largo artículo de doctrina titulado «El garante de la Constitución» (literalmente «El custodio de la Constitución»[155]). Lo que se plantea es determinar cuál es la institución que da protección al texto constitucional. Según Hans Kelsen y sus colegas, se trata de un órgano jurisdiccional, el Tribunal Constitucional, que vela por la conformidad de todas las normas (reglamentarias y legislativas) con la norma suprema. En Alemania, la Constitución de 1919 no estableció un tribunal de esa índole, y el control de la constitucionalidad de las normas resulta complejo y parcial, imperfectamente confiado a los distintos órganos que componen el *Reichsgericht* (Tribunal del Reich) de Leipzig. Poco importa, según Schmitt, que considera que el *Hüter der Verfassung* no es otro sino el presidente del Reich. Algo que resulta sorprendente, porque el propio presidente dispone de un poder normativo en virtud del artículo 48 y las normas que promulga pueden resultar inconstitucionales. Su uso de la Constitución puede ser asimismo no conforme. Esa era, por lo demás, la opinión del profesor Schmitt, quien, con ocasión de la gran conferencia anual de juristas alemanes *(Juristentag)* de 1924, advirtió contra una utilización prolongada o incluso permanente del artículo 48 de la Constitución. Como teórico de la dictadura en tanto que institución republicana que, desde Roma, consistía en una delegación de poder por un tiempo determinado y con un fin concreto (salvar la República, fortalecer la legalidad), Schmitt era muy consciente de que la definición *comisarial (kommissarich)* de la dictadura excluía su desvío *usurpatorio (usurpatorisch)* —el dictador estaba *comisionado* para una tarea, para una misión, y no debía disfrutar de plenos poderes por sí mismo—. Evidentemente, Schmitt había evolucionado, bajo la influencia de la política italiana (lee italiano y admira el fascismo), y también de la política alemana (el conservador autoritario que había en él estaba harto del parlamentarismo) y de sus ambiciones

personales (Schmitt, ya en la cima del pensamiento jurídico alemán, no oculta su deseo de influencia e incluso de poder en la política). En 1929, Schmitt hace que confluya toda la reflexión desarrollada a lo largo de los años veinte sobre el pluralismo parlamentario —nefasto a sus ojos— para contraponerlo a la figura del presidente, encarnación, por vía de sufragio, de todo el pueblo. El binomio pluralidad/totalidad es la piedra angular de su justificación del poder presidencial. Según la Constitución, el presidente está dotado de «estatismo y de permanencia (elegido por siete años, difícilmente destituible, independiente de las cambiantes mayorías parlamentarias)»[156], características de permanencia específicas del propio Estado *(status,* por lo tanto, estático, permanente). Es también «el elegido de todo el pueblo»[157], de ahí que sea a la vez su representante y su encarnación, mientras que un miembro del Reichstag solo es depositario de 1/600 parte de la soberanía popular…

La argumentación desarrollada por Schmitt en las últimas páginas de su artículo de 1929 proporciona a los presidencialistas todo el marco teórico, en términos de filosofía política y jurídica, para su golpe de Estado progresivo, por uso inmoderado del artículo 48, por la descorrelación de los artículos 53 y 54 (aunque fueron concebidos como complementarios) y luego, poco a poco, según veremos, por una interpretación abusiva del artículo 42 (juramento de toma de posesión del cargo), que supuestamente autoriza la violación pura y simple del artículo 25 (derecho de disolución y convocatoria obligatoria del electorado en un plazo máximo de sesenta días). Schmitt, que sienta las bases de una verdadera mística presidencialista, fatal para la República de Weimar, constata y deplora «la fragmentación política de los partidos, en razón principalmente del sistema de voto proporcional», que ha convertido al Parlamento en «un espejo de los intereses sociales y económicos y de sus contradicciones»: «Esas contradicciones se yuxtaponen de tal manera que el Parlamento se convierte en una matriz de

desintegración que permite el pleno y completo florecimiento del pluralismo de los grupos de interés económicos y sociales»[158].

Para Schmitt se da una contradicción en los términos: se supone que el Estado debe garantizar la unidad de un pueblo en un territorio determinado; sin embargo, en este caso la organización de los poderes dentro de ese Estado conduce al fraccionamiento sin fin de ese pueblo y no permite una toma de decisión unitaria y unificada. El autor se adentra entonces en una exégesis de las intenciones de los Constituyentes de 1919 que el aparato crítico de su texto no corrobora: «Por el contrario, en las disposiciones relativas al presidente del Reich, la Constitución de Weimar intentó oponer al Parlamento, como representación de todo el pueblo alemán, otra representación de esa misma totalidad, elegida también por todo el pueblo alemán. Eso corresponde al principio democrático y reviste el siguiente significado en derecho constitucional: salvar la unidad política del pueblo en su conjunto de un Parlamento que se ha convertido en instrumento de tendencias pluralistas»[159].

El razonamiento es vertiginoso y procede de una desconfianza radical con respecto al «principio democrático» que, sin embargo, aquí se invoca: el parlamento de Schmitt no se diferencia apenas del *Schwatzbude,* el tenderete de los antiparlamentarios clásicos, que solo ven en el *Reichstag* una arena anárquica donde se contradicen y enzarzan los parleros del *Parla, Parla, Parlamento,* no un lugar de debate racional donde, de la confrontación de los argumentos, emerge la expresión racional y óptima de la voluntad general. La crítica de Schmitt es, en el fondo, ontológica y hunde sus raíces en un catolicismo muy estructurante en ese hombre, a la vez ferviente creyente y excelente conocedor de las Escrituras, de la teología, de la historia de la Iglesia y de la Tradición dogmática, y muy versado en metafísica. El Parlamento lleva a que coexistan los opuestos, es un lugar de antagonismos y de agonística, en las antípodas de la deseada unidad del pueblo alemán soberano y de la solidez del Estado. Al fin y al cabo, ¿por qué no? Pero ¿qué hacer y qué

preconizar? La vuelta a la monarquía no parece deseable, dado que la historia ha dictado sentencia. En un contexto democrático, por consiguiente, es necesario promover la figura de aquel que ha sido elegido por la totalidad del pueblo y que encarna esa totalidad, tanto por sus cualidades como *ex officio*, según Schmitt. Sucede que se da un salto lógico muy temerario y se le concede una confianza bastante ciega al presidente elegido: un hombre designado por el 53 % de los votantes (resultado de Hindenburg en la segunda vuelta de 1932) encarnaría así al conjunto del pueblo y sería por naturaleza el garante y el protector de la Constitución, el «salvador» de la unidad y de la totalidad…

Schmitt no es ningún ingenuo y, por su sagacidad y su conocimiento de los arcanos berlineses, está bien situado para dudar de que el presidente encarne una virtud inmaculada. A su juicio, la Constitución de 1919 intentó, a través de la institución presidencial, «preservar la unidad del pueblo como un todo político y proteger el orden constitucional contra los abusos de los partidos». La ciencia del derecho debe respetar ese intento, aunque cabe dudar de que sea posible, a largo plazo, apartar al presidente de los partidos políticos y mantenerlo en una posición de poder neutral»[160]. No deja de ser cierto que, en las cosas humanas, tan imperfectas, y en un contexto democrático tan inestable, es necesario fijar una posición y formular una decisión. La institución presidencial «opone, sobre la base del principio democrático, la unidad del pueblo en su conjunto al pluralismo de los partidos y sus compromisos, y trata así de preservar la unidad del Estado y de la Constitución frente a una disolución en un sistema de compromisos», es decir, «una posibilidad real de proteger la Constitución frente a los peligros que entrañan hoy unas mayorías parlamentarias cambiantes»[161].

El profesor Schmitt entrega así carta blanca y un vademécum. Carta blanca, porque hay que formular ese acto de fe y concederle un voto de confianza al presidente elegido. De momento, los alemanes no han tenido que lamentarlo, sino todo lo contrario. Schmitt, aunque hombre de derechas, católico y partidario de la

autoridad, poco interesado en el marxismo, no deja de recordar que el presidente Ebert fue irreprochable en el uso que hizo de todo el abanico de poderes que le otorgaba la Constitución: disolución, nombramiento, destitución, designación de cancilleres, poderes excepcionales, consulta y mediación… De hecho, los historiadores y biógrafos de ese auténtico republicano, que fue fiel en todo al juramento que prestó a la Constitución, son unánimes en constatar y defender esa misma opinión[162]. Y ¿qué hay de Hindenburg? ¿Pueden confiarse sin riesgo tales poderes a una personalidad menos digna de confianza? Si bien los historiadores de la época constatan que el mariscal fue irreprochable durante los cinco primeros años de su mandato, los dos últimos, de 1930 a 1932, son, como hemos visto, más discutibles. Echar a Brüning, una vez alcanzada la reelección a la presidencia, parece indicar que el viejo presidente está tomándose libertades, no tanto con la Constitución, como veremos, sino con sus principios fundacionales. En ese punto es donde autoridades universitarias e intelectuales como Schmitt desempeñan un papel decisivo que el nuevo Gobierno, el de Franz von Papen, no pretende obviar: Schmitt ofrece al poder ejecutivo un vademécum argumentativo formidable de jesuitismo y de solidez, y señala así su disponibilidad para ser el *Kronjurist,* el jurista de la corte, de los liberales autoritarios.

---

137 Friedrich Stampfer, *Die vierzehn Jahre der ersten deutschen Republik*, Offenbach-Main, Bollwerk Verlag, 1947, p. 629.

138 *Ibid*.

139 Wolfram Pyta, *Hindenburg, op. cit.,* p. 518.

140 *Ibid*., pp. 646-648.

141 *Ibid*., p. 647.

[142] «Und jetzt in den Kampf! Schlagt Hitler! Wählt Hindenburg!», en *Sozialdemokratischer Pressedienst*, Berlín, Selbstverlag, 26/02/1932.

[143] Heinrich Brüning, *Memoiren, 1918-1934, op. cit.*, p. 533.

[144] *Ibid*., p. 533.

[145] El subrayado es de Brüning en sus *Memorias*; por supuesto, no aparece en el comunicado.

[146] Heinrich Brüning, *Memoiren, 1918-1934, op. cit*., pp. 541-542.

[147] Larry Eugene Jones, «Taming the Nazi Beast. Kurt von Schleicher and the End of the Weimar Republic», en Hermann Beck, Larry Eugene Jones (dir.), *From Weimar to Hitler. Studies in the Dissolution of the Weimar Republic and the Establishment of the Third Reich, 1932-1934*, Nueva York, Oxford, Berghahn Books, 2019, pp. 23-52.

[148] Joseph Goebbels, *Tagebücher*, Múnich, Piper, 1999, 2 vols., 8 de mayo de 1932, p. 652 [*Diario*, trad. del al. de E. de Guzmán Espinosa, Plaza & Janés, 1979].

[149] Wilhelm Freiherr von Gayl y Reichspräsident von Hindenburg, manuscrito, reproducido en Bracher, Karl-Dietrich; Matthias, Erich; y Morsey, Rudolf (eds.), *Quellen zur Geschichte des Parlamentarismus und der politischen Parteien Dritte Reihe — Die Weimarer Republik — Band 4/II, Politik und Wirtschaft in der Krise, 1930-1932*, Düsseldorf, Droste, 1980, p. 1486 y ss.

[150] Informe de von Gayl, citado en Karl-Dietrich Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik, op. cit*., p. 454.

[151] El título de Meissner es *Leiter des Büros des Reichspräsidenten,* con el rango de *Staatssekretär.*

[152] Heinrich Brüning, *Memoiren, 1918-1934, op. cit.,* p. 594.

[153] «Niederschrift des Staatssekretärs Dr. Pünder über die letzte Ministerbesprechung der Reichsregierung Dr. Brüning, 30.05.1932», 10.00, BArch, R 43/I/1456, f ° 273-276.

[154] Heinrich Brüning, *Memoiren, 1918-1934, op. cit*., pp. 601-602.

[155] Carl Schmitt, «Der Hüter der Verfassung», en *Archiv des öffentlichen Rechts*, 1929/2, vol. 55, pp. 161-237.

[156] Carl Schmitt, «Der Hüter der Verfassung», en *Archiv des Öffentlichen Rechts*, 1929, vol. 55, 1929/2, pp. 161-237, p. 233.

[157] *Ibid*., p. 234.

[158] *Ibid*., p. 235.

[159] *Ibid*.

[160] *Ibid*., p. 234.

[161] *Ibid*., pp. 236-237.

[162] Véase la monumental biografía de referencia de Walter Mühlhausen, *Friedrich Ebert 1871-1925. Reichspräsident der Weimarer Republik*, Bonn, Dietz Verlag, 2006.

5
UN GOBIERNO FUERA DE LA REALIDAD: EL «GABINETE DE LOS BARONES»

La caída de Brüning y el nombramiento de Papen, así como la rápida formación de su Gobierno, fueron producto de una conjura cuya realidad no escapó a ningún coetáneo. El 1 de junio de 1932, el grupo del SPD en el Reichstag lo denunció en términos que apuntaban a la responsabilidad desastrosa de las camarillas: «La caída del Gobierno Brüning» ha sido orquestada «fuera de la sede del Parlamento por consejeros irresponsables, adjuntos al presidente del Reich», y anuncia una política «social-reaccionaria» y «ataques a la Constitución y a la democracia». Es exactamente eso. Sin embargo, el SPD se equivoca en un único punto cuando denuncia las consecuencias en materia de «política exterior»: la obra de Brüning quedará completada sin solución de continuidad por Franz von Papen, cuya poliglotía y excelentes modales harán maravillas en el hotel Beau Rivage de Lausana, en julio de 1932. En efecto, Brüning había descabalgado «cien metros antes de la línea de llegada *(hundert Meter vor dem Ziel)*»[163], pero el jinete Papen fue quien rompió la cinta.

El SPD se encuentra, con Papen, muy mal pagado por sus esfuerzos: después de haber permitido a Brüning gobernar en contra de los intereses de sus electores y de los principios del partido, después de haber conseguido que se reeligiera a Hindenburg, los socialdemócratas comprenden claramente que, con semejante Gobierno, esa forma de ficción parlamentaria está acabada y el tiempo del Reichstag, ya bastante intermitente desde hace dos años, está definitivamente finiquitado. El partido expresa así «su mayor

desconfianza» y anuncia que «sacará todas las consecuencias parlamentarias»[164]. Ese mismo día, una proclama del partido denuncia, con toda razón, que la «reacción» está en el poder: «Este gabinete de "concentración nacional" es el primer Gobierno desde 1918 en el que las organizaciones de los trabajadores y empleados, los sindicatos de los trabajadores del sector primario, del terciario y de la función pública no tienen representación»[165]. A partir de ese punto, el partido «entra en una oposición sin concesiones, en un momento en que la reacción demagógica aparece sin careta».

Decir que, para un votante de izquierdas, de centro-izquierda o incluso vagamente republicano, el Gobierno de Papen es un museo de los horrores es quedarse corto. Lo que el *Vorwärts,* periódico del SPD, bautiza de inmediato y con acierto como «el gabinete de los barones» era en realidad un conglomerado, sin precedentes desde 1918, de todo lo que las élites patrimoniales del capital industrial, bancario, agrarista, aristocrático y militar tienen de caricaturesco. En la Francia de hoy, estaríamos hablando de un Gobierno fuera de la realidad, de un Gobierno de millonarios, de ministros desconectados y desprovistos de toda legitimidad. En el caso que nos ocupa, y *mutatis mutandis*[166]*,* es en efecto lo equivalente lo que se presenta a Alemania en junio de 1932: un gabinete de ricachones cuyas carteras y cuyos patronímicos dejan claro al país que, de hecho, lo que va a llevarse a la práctica es la más brutal política de clases y de clanes. El periódico satírico *Simplicissimus* no se equivoca cuando, en una famosa caricatura, muestra a financieros con monóculo, burguesas en flor y generales envarados formulando, alrededor de un cóctel, una «posición superior»: «¡Esos eslóganes políticos son ridículos! ¡El enemigo está a la derecha! ¡El enemigo está a la izquierda! ¡Vamos, vamos! Para un Gobierno aristocrático por encima de los partidos, solo hay una verdad: el enemigo está abajo»[167].

Los ministros son en gran medida desconocidos para el público: se promociona a altos funcionarios, hombres influyentes y asesores. Kurt von Schleicher sale finalmente de las sombras y sucede como ministro del Reichswehr a su protector de toda la vida, el general

Groener, a quien ha traicionado de forma metódica. Groener, que sentía un afecto paternal por aquel joven brillante, nunca quiso ver ni comprender que su favorito trabajaba obstinadamente para su perdición, desviando los recursos del Ministerio hacia fines propios, intrigando a sus espaldas y acelerando su caída.

Para las finanzas, se nombra a un director de la administración central del Ministerio responsable del presupuesto: el conde Johann Ludwig Schwerin von Krosigk, conocido como Lutz Graf Schwerin von Krosigk. Johann Ludwig, nacido en 1887, hijo de un noble silesio, chambelán de Prusia y presidente del Landtag de Anhalt, estudió Derecho a lo largo de un *grand tour* pasando por Halle, Lausana y Oxford, que lo lleva al *Referendariat* (nivel M2) sin llegar al doctorado. Antiguo combatiente condecorado en la Gran Guerra, que terminó con el empleo de teniente y la Cruz de Hierro de primera clase, este padre de familia con nueve hijos inicia su carrera de alto funcionario local en Silesia, y luego, a nivel nacional, pasando por todas las etapas del *cursus honorum* prusiano *(Assessor, Landrat, Regierungsrat, Oberregierungsrat, Ministerialrat* y luego *Ministerialdirektor)* hasta su nombramiento como Director del Presupuesto en el Ministerio de Finanzas del Reich en 1929, que compaginó en 1931 con el cargo de Director de Reparaciones, un puesto técnico y diplomático para el que su dominio de idiomas y su perfecta educación lo hacían idóneo, y una doble responsabilidad que lo convierte en uno de los principales altos funcionarios del Reich. Como puede verse, será un técnico de las finanzas con fuertes raíces derechistas el encargado de velar por el equilibrio presupuestario en una ecuación modificada por Papen y su entorno, así como por todos aquellos que, como él, creen que la austeridad dogmática de Brüning es un fracaso. Hay que reabrir el gasto público, sobre todo el destinado a las empresas, y buscar con mayor ahínco el ahorro en el ámbito social. Lutz Schwerin von Krosigk va a acometer la tarea con tanto talento que no abandonará ya su puesto de ministro hasta 1945, siendo ministro de Finanzas con Papen, luego con Schleicher y finalmente en el gabinete Hitler-Papen y, a

continuación, en el «Tercer Reich». Ascenso definitivo: tras el suicidio de Hitler, cuando el gran almirante Karl Dönitz se convirtió en presidente del Reich, Johann Ludwig Graf Schwerin von Krosigk fue nombrado jefe de Gobierno por Dönitz, sucediendo a Hitler y seguidamente a Goebbels, que había sido *Reichskanzler* durante unas horas, antes de suicidarse a su vez. De modo que es Schwerin quien se convierte en el último canciller del Reich, con el título de *Leitender Minister,* a partir del 2 de mayo de 1945, y quien anuncia al *Reichssender* la rendición incondicional de todos los Ejércitos alemanes a las 12:00 del día 7 de mayo[168]. Detenido el 23 de mayo por los Aliados, gobierna durante tres semanas el Reich, al menos los territorios aún no totalmente controlados por los vencedores, y aquellos que administran conjuntamente los británicos y estadounidenses del «Consejo de Control Aliado ante el *Oberkommando der Wehrmacht*» con su Gobierno. Su Gobierno, formado por él mismo (Cancillería, Finanzas y Asuntos Exteriores), el profesor Albert Speer (Economía), el *SS-Gruppenführer* Dr. Wilhelm Stuckart (Interior), el Dr. Otto Georg Thierack (Justicia), el *SS-Gruppenführer* Dr. Herbert Backe (Agricultura y Alimentación) y el *Generalfeldmarschall* Wilhelm Keitel (OKH)[169], tiene su sede en el edificio de educación física de la Academia Naval de Flensburgo, lugar elegido por el almirante Dönitz y protegido por los hombres del *SS-Reichsführer* Himmler, que continúan impasibles la masacre de los «desertores». Schwerin encubre esos crímenes, aunque, a pesar de ello, en Nuremberg en 1949 solo será condenado a diez años de prisión, de los que cumplirá dos, puesto que se beneficiará de la ley de amnistía de 1951. Lo recluta la organización Gehlen y se irá a Essen a vivir de sus rentas y de su pluma, publicando sus recuerdos y un ensayo biográfico sobre su tía abuela Jenny von Westphalen, la joven aristócrata que se había casado con un tal Karl Marx. Una larga vida de jubilado, protegido por su patrimonio y sus redes, hasta una muerte apacible en 1977[170].

El joven Schwerin von Krosigk de 1932, alto funcionario de 45 años, aún no está en esas: con la cartera en el Gobierno Papen, se

encuentra en la cima de su carrera, al igual que sus colegas, aristócratas y altos funcionarios ascendidos repentinamente a ministros en un gabinete que manifiesta abiertamente su desprecio por el Parlamento. Los asuntos exteriores del nuevo ministerio le caen a un barón, Konstantin Freiherr von Neurath, diplomático de carrera al servicio del rey de Wurtemberg antes de 1918; luego varias veces embajador (Italia, Reino Unido), muy estimado en la «casa del presidente», que deseaba nombrarlo ministro desde 1925.

Nacido en 1873 en la propiedad familiar cerca de Stuttgart, él también hijo de un chambelán (del rey de Wurtemberg) y diputado del Reichstag (por el Deutsche Reichspartei, ultraconservador y ultranacionalista), Neurath estudió un curso de Derecho en Tubinga, donde se involucró en un gremio estudiantil de derecha dura (Corps Suevia). Llega al *Referendariat,* inicia una carrera judicial y se inclina luego por la diplomacia. Su larguísima estancia como representante de Alemania en Roma (1921-1930) le permitió observar de cerca el ascenso de los fascistas y la instauración de un régimen nuevo, cuyo carácter antidemocrático era de su agrado. Llega a ministro en 1932 y permanece en el cargo hasta 1938, en los Gobiernos de Papen, Schleicher, Hitler-Papen y Hitler. Ofrece al «Tercer Reich» su excelente reputación internacional y su dominio de la administración diplomática, algo que resulta crucial para los nazis[171].

Mimado por Hitler, recibió la «insignia de oro del partido» y el rango de *SS-Gruppenführer* en 1937, antes de ceder el cargo a Joachim von Ribbentrop en 1938. Tras la destrucción y anexión de Checoslovaquia, se convierte en procónsul colonial de los territorios que no habían sido anexionados directamente por el Reich: al *Reichsprotektor* del Protectorado de Bohemia-Moravia lo sustituye, en 1941, el jefe de la RSHA, Reinhard Heydrich, porque Hitler considera a Neurath demasiado blando con la resistencia checa. Al cumplir 70 años, recibe de Hitler una dotación de 250000 marcos del Reich, así como el grado de *SS-Obergruppenführer*. Condenado a 15 años de prisión en el primer proceso de Nuremberg, Neurath quedó en libertad al cabo de nueve años, ante la insistencia del Vaticano,

que interviene para defender a un católico más o menos ferviente. Pasa los dos últimos años de su vida en la propiedad familiar y muere a los 83 en su lugar de nacimiento[172].

En agricultura queda nombrado otro barón, a la vez *Reichsminister für Landwirtschaft und Nahrungsmittel* (ministro de Agricultura y Alimentación del Reich) y *Reichskommissar für die Osthilfe* (comisario del Reich para la Ayuda a los Territorios del Este). Magnus Freiherr von Braun, nacido también en la propiedad familiar de Prusia Oriental, en 1878, era hijo de un gran terrateniente. Abogado formado en Gotinga y Königsberg y miembro de los gremios estudiantiles (Corps Saxonia), hizo carrera en el Ministerio de Comercio; después como alto funcionario territorial en el Este y en la Cancillería del Reich. Fue durante un tiempo administrador civil en las zonas ocupadas por el ejército durante la Gran Guerra y luego prefecto de policía en Stettin y alto funcionario del Ministerio del Interior prusiano. Lo apartaron de los altos cargos por sus simpatías con los golpistas Kapp y Lüttwitz, que fomentaron una insurrección contra el Gobierno de la República de Weimar en 1920. Pasó unos diez años en las estructuras representativas de las cooperativas agrícolas, llegando a ser dirigente de las cooperativas Raiffeisen en el Este y luego en los órganos nacionales. Magnus von Braun representa los intereses de los agraristas, tanto por herencia como por profesión, y los defenderá sin pestañear. Es asimismo padre de dos celebridades que abandonaron los campos de trigo por la química y la mecánica. Mientras su hijo mayor, Sigismund, se dedicó a la diplomacia, primero para el Tercer Reich y luego y para la RFA, los dos hijos menores se inclinan hacia la ciencia y la técnica. El hijo de Magnus von Braun se hace *Diplom-Ingenieur* en química, además de aviador, antes de que lo reclutara su hermano, el *SS-Sturmbannführer* Dr. Wernher von Braun, creador de los cohetes V2. Los dos hermanos se expatriaron a Estados Unidos en 1945, donde Wernher se convierte en el padre del programa espacial estadounidense y Magnus en un alto directivo de Chrysler, luego director general de Chrysler Europa, en Londres. El padre deja el

Ministerio de Agricultura el 28 de enero de 1933 y se retira a una de sus propiedades en Silesia, antes de seguir a sus hijos a Estados Unidos en 1947 y regresar luego a Baviera, para vivir en otra de sus propiedades, donde fallece a los 94 años, en 1972[173].

Se nombra a un tercer barón para Transportes y Correos: alto funcionario de la Deutsche Reichsbahn y apasionado técnico ferroviario, Peter Paul Freiherr und Edler Herr von und zu Eltz-Rübenach, más conocido simplemente como Paul Freiherr von Eltz-Rübenach. Permanecería en su puesto con Schleicher y luego con Hitler hasta 1937, cuando sus críticas a la política nazi respecto a la Iglesia católica lo obligarían a dimitir[174].

Cuarto barón: Wilhelm Freiherr von Gayl. Nacido en 1879 en Königsberg (Prusia Oriental), hijo de un general, estudió Derecho y Administración en las universidades de Bonn, Gotinga y Berlín, y también fue miembro de corporaciones nacionalistas (Corps Saxonia y Borussia Bonn) antes de convertirse en alto funcionario del Estado prusiano. Ese gran terrateniente de Prusia Oriental, próximo a Alfred Hugenberg y al círculo de los amigos nacionalistas y colonizadores descrito por Ludwig Bernhard, llega a ser director de la «Sociedad Agrícola» destinada a colonizar la región *(Ostpreussische Landgesellschaft)* y luego, después de la guerra, de la «Sociedad para el Fomento de la Colonización Interior» *(Gesellschaft zur Förderung der inneren Kolonisation)*. Durante la Gran Guerra, dirige la sección política de la administración militar de los territorios ocupados en el Este *(Ober Ost)* y asesora a Ludendorff y Hindenburg en la limpieza étnica de esas regiones, entre el Báltico y Bielorrusia, mediante la confiscación de los bienes y la expulsión de polacos, rusos y judíos[175].

Este aristócrata latifundista, *deutschnational* y rigurosamente antisemita, es el hombre de los *lobbies* agraristas y, en calidad de tal, es quien interviene ante el presidente Hindenburg en mayo de 1932 para trasladarle los detalles del plan de reforma agraria elaborado por el Gobierno Brüning. Deseoso de preparar el relevo para la guerra, preside la asociación «para el entrenamiento de la

juventud» y goza del favor de Hindenburg, a quien conoce desde 1916. Lo nombran ministro del Interior el 1 de junio de 1932, con unas cuantas ideas bien definidas sobre los temas que más le interesan, como la comunicación gubernamental, las relaciones entre Prusia y el Reich o el derecho a la nacionalidad, ámbitos todos ellos en los que, de acuerdo con Papen, actuaría en un sentido no precisamente favorable a la Constitución y a las libertades públicas.

Al frente de la economía vuelve a nombrarse al lobista patronal y *Professor* Dr. Hermann Warmbold, miembro del consejo de administración de IG Farben, puesto que ya ocupaba con Brüning desde octubre de 1931, pero del que dimite a finales de abril de 1932 en oposición a la política de austeridad del canciller. La justicia se confía al ministro bávaro del ramo, el Dr. Franz Gürtner. Es él quien se asegura de que la pena de prisión impuesta a Adolf Hitler en 1924 sea la más leve e indulgente posible… y también la más corta, ya que Hitler solo cumplió un año de los cinco de un veredicto ya de por sí más que clemente. Gürtner será nombrado de nuevo bajo Schleicher y, por supuesto, bajo Hitler hasta su muerte, a finales de 1941[176]. Su nombramiento es una señal amistosa enviada a los nazis por Schleicher en el marco de su política de «domesticación» *(Zähmung)* del NSDAP.

La constitución del Gobierno, meticulosamente preparada por un militar, alto funcionario del Ministerio del Ejército y estrecho asesor del presidente, es una sorpresa para todos en Alemania. Como ya hemos dicho, los ministros son unos grandes desconocidos para el público general, hasta para el canciller. Su falta de representatividad social alcanza un nivel caricaturesco: la República de Weimar nace con el hijo de un talabartero de Heidelberg al frente. Trece años después, son dos herederos con apellidos larguísimos quienes la dirigen, flanqueados por un gabinete formado por residuos del *Kaiserreich* y del Sacro Imperio Romano Germánico. Entre sus ocho miembros hay seis nobles, de los cuales cuatro son representantes de la nobleza con título —tres barones y un conde—. Y los plebeyos, por otra parte, son grandes burgueses: uno de ellos vinculado a la

industria química y a los agraristas; el otro, a los nazis; en cualquier caso, ambos con el título de doctor.

El nuevo canciller publica una proclama que sirve de declaración de política general a falta de un discurso ante el Reichstag, que queda disuelto ese mismo día por decreto presidencial —un primer movimiento que dice mucho del respeto a la naturaleza parlamentaria del régimen—.

La declaración del 4 de junio deja pocas dudas sobre las inspiraciones y las intenciones del gabinete, que constata que «el pueblo alemán se encuentra en una crisis moral y material sin precedentes» —«en tiempos de paz», habría podido añadirse para evitar la exageración retórica—. Se le exigen «sacrificios abominables» para recorrer el «vía crucis» *(sic)* hacia la «libertad interior y exterior». Esto requiere una «concentración […] de todas las fuerzas nacionales» que no consiguió el anterior canciller. Se rinde homenaje al «valor» del *Reichskanzler* Dr. Brüning, pero no desaparecen el «desbarajuste de la democracia parlamentaria» ni el «socavamiento de las finanzas del Reich»: «Ninguna de las reformas necesarias para una convalecencia con éxito —reforma administrativa y financiera, adaptación del modo de vida del Estado a la pobreza de nuestra nación— llegó a superar el estadio de reflexión».

Los «seguros sociales», en particular, «están al borde de la quiebra», porque «los Gobiernos de posguerra» han practicado nada menos que «un socialismo estatista», convirtiendo el Estado en «una especie de oficina de beneficencia». Ese asistencialismo es constitutivo de un fenómeno más amplio que «debilita las fuerzas morales de la nación». Hay que combatir el «bolchevismo cultural», «veneno que amenaza con destruir los cimientos morales» del país, porque «las fuerzas cristianas del país se han mostrado demasiado proclives a llegar a compromisos» con el «marxismo ateo».

La pauta queda ya marcada: «reformas» combinadas con una cruzada cultural, una reconquista cristiana y moral del país contra el

espantajo marxista (SPD, KPD, sindicatos) y la falsa doctrina de la «lucha de clases», que no existe en un país «cristiano». Si a ello se le añade el toque de pragmatismo y de voluntarismo del Gobierno de resultados «que no hace promesas, que quiere actuar y que quiere que lo juzguen únicamente por su acción», se obtiene una cantinela más bien familiar para los oídos coetáneos, tanto más cuanto que Papen desea «clarificación en política interior»[177].

El mismo día, *programmgemäss,* Hindenburg recurre al artículo 25 y disuelve el Reichstag. La fecha de las elecciones legislativas queda fijada para el 31 de julio de 1932. La campaña electoral de siete semanas comienza bajo los peores auspicios, puesto que el 14 de junio, de conformidad con otra promesa que Schleicher le había hecho a Hitler, las SA y las SS —prohibidas unas semanas antes por el general Groener, ministro de las Fuerzas Armadas y ministro del Interior de Brüning— quedan de nuevo autorizadas. En las calles de las ciudades alemanas se desata una violencia política nunca vista, escenario de una «casi guerra civil» o de una «guerra civil latente»[178].

La decisión de disolver el Reichstag, elemento de peso del discreto acuerdo alcanzado con los nazis, se toma en el peor momento posible, dado que el NSDAP está en racha electoral, según demuestran las grandes elecciones que se celebran en los *Länder* desde hace un año. En mayo de 1931, los nazis obtuvieron el 27 % de los votos en Schaumburgo-Lippe, convirtiéndose en el segundo grupo parlamentario, por detrás del SPD. El 15 de noviembre de 1931, en el *Land* de Hesse, los nazis obtienen un resultado sin precedentes (37 %), muy por delante del SPD, que pierde la mayoría pero sigue administrando los asuntos corrientes, dado que de esos comicios no emerge ninguna nueva mayoría de Gobierno. La serie parda continúa con ocasión de las fechas electorales de 1932. El 13 de marzo se celebran elecciones en Mecklenburgo-Strelitz, que otorgan un claro ascenso al NSDAP con el 24 %, aunque por detrás del SPD (27 %) y el DNVP (31 %). El 8 de abril, la alianza de las derechas conduce a la investidura de un Gobierno de coalición

DNVP-NSDAP, un *Staatsministerium* compuesto por dos miembros, el Dr. Heinrich von Michael (DNVP) y el Dr. Fritz Stichtenoth (NSDAP).

El 24 de abril de 1932 se da lo que se conoce en Alemania como un *Superwahltag* (día de votaciones múltiples), ya que se renuevan nada más y nada menos que los parlamentos de Prusia, Baviera, Wurtemberg, Hamburgo y Anhalt. Los resultados son alarmantes: los nazis se imponen en todas partes, excepto en Baviera, donde el BVP (Partido Nacional Católico) mantiene una ventaja ínfima de tres centésimas (32,55 % contra 32,52 %). Unos pocos centenares de votos marcan la diferencia en el gran Estado del sur, segundo *land* del Reich, donde Heinrich Held (BVP) puede mantener su Gobierno, con un gabinete minoritario, apoyado por 57 diputados (de 128) y tolerado por el SPD (con 20 diputados), que adopta en Baviera la misma línea que en el conjunto del Reich: ante el peligro que representan los nazis, que han ganado 26,4 puntos desde 1928 (6 % en ese momento), más vale apoyar el gabinete nacional-conservador de Held (coalición BVP-Bauernbund-DNVP), aunque incluye también al Dr. Franz Gürtner, cercano al NSDAP.

En el *land* de Anhalt, el NSDAP se convierte en el primer partido en número de votos (41 %) y en escaños (quince). El 21 de mayo forma un Gobierno de coalición NSDAP-DNVP, un gabinete de extrema derecha que sucede al Gobierno de centro-izquierda SPD-DDP, hasta ese momento en el poder. En Hamburgo, ciudad obrera regida por una coalición de centro-izquierda en la que el SPD lleva la batuta, los nazis ya habían logrado avances espectaculares entre 1926 y octubre de 1931 (más de veinticuatro puntos). Dado que las elecciones al *Bürgerschaft* (denominación del Parlamento de esa Ciudad Libre) arrojan una mayoría de bloqueo (26 % para el NSDAP, 5,6 % para el DNVP y 22 % para el KPD), se convocan nuevas elecciones en abril de 1932. El NSDAP confirma su avance y gana cinco puntos en seis meses (31,2 %). Se convierte así en el primer partido de Hamburgo, pero el SPD, que gana 2,5 puntos (con el 30,2 %), al igual que su aliado el DDP (con el 11,2 %), se considera

legitimado para administrar los asuntos corrientes con el Gobierno *(Senat)* en funciones desde 1928. La situación está bloqueada.

En el tercer *land* de Alemania, en Wurtemberg, los nazis ganan cerca de veinticinco puntos respecto a 1928, con un 26,4 % y veintitrés escaños de un total de ochenta. El antiguo partido líder, el SPD, cae del 23 % al 16 %. Sin mayoría emergente, el Gobierno de derecha y centro-derecha debe limitarse a los asuntos corrientes, puesto que, también en este caso, el Parlamento se encuentra bloqueado.

Lo mismo ocurre en el *land* más grande del país, Prusia, que representa casi dos tercios del Reich; es decir, por comparar, casi el 66,6 % frente al segundo *land* en tamaño, Baviera, que representa el 11 %. Prusia también renueva su Landtag el 24 de abril. Lo que está en juego es tanto que la participación da un salto de seis puntos con respecto a 1928: del 76 % al 82 %. Desde 1925, el Dr. Otto Braun (SPD) dirige un Gobierno de coalición SPD-Zentrum-DDP —o sea, los partidos de la «coalición de Weimar», en el poder en Prusia casi sin interrupción desde 1919—. Prusia, símbolo de la democracia y de la viabilidad de la República para los demócratas, aparece para la derecha como un gigantesco absceso que hay que reventar. El 9 de agosto de 1931, la derecha nacionalista y la extrema derecha habían organizado un plebiscito para disolver el Landtag y provocar elecciones anticipadas propias que, según creían, harían caer el Gobierno de Braun. La votación fracasó y las elecciones se celebraron con normalidad al final de la legislatura de cuatro años. Los resultados son preocupantes: el NSDAP da un salto sin precedentes de casi treinta y cinco puntos. No representaba prácticamente nada en 1928 (1,84 %), pero llega en esa ocasión al 36,3 % de los votos y 162 escaños (de 423). El SPD pierde ocho puntos (del 29 % al 21,19 %, es decir, pasa de 137 escaños a noventa y cuatro); el DDP cae tres puntos, hasta el 1,5 % (de veintiún escaños a dos); el inmarcesible Zentrum, en cambio, se mantiene firme, ganando incluso cinco centésimas de punto (de 15,23 % a 15,28 %), aunque pierde cuatro escaños (de setenta y

uno a sesenta y siete). El DNVP, por su parte, acusa un fuerte retroceso: la estrategia de extrema derecha del líder del partido y de su prensa favoreció a los nazis, no al partido nacionalista-conservador, o incluso nacionalista-reaccionario, que, al nazificar su discurso y el espacio público mediante la fuerza de ataque del imperio mediático de Hugenberg, perdió su alma y sus votantes en Prusia, cayendo del 17,4 % al 6,9 %, un descenso de más de diez puntos que repercute en el número de diputados: pasa de ochenta y dos a treinta y uno. Por su parte, el DVP (Deutsche Volkspartei), que representa a la derecha nacional-conservadora, pierde siete puntos, que van a parar al NSDAP.

Los resultados de las elecciones legislativas prusianas son un auténtico golpe para quienes habían identificado claramente el peligro que representa la extrema derecha. Los nazis se encuentran en situación de tomar el poder en ese inmenso *land* y de nombrar funcionarios, prefectos y comisarios de policía, así como maestros, enseñantes y profesores de las universidades más importantes del país (Berlín, Frankfurt del Óder, Königsberg, etc.), si consiguen formar una coalición parlamentaria. La elección se impone: el mejor socio de coalición para el NSDAP no es el DNVP, que, a partir del momento en que ha perdido cincuenta y un diputados, no puede formar mayoría con él, sino el Zentrum, cuyos sesenta y siete escaños en el Landtag asegurarían una amplia mayoría a esa coalición *braunschwarz* (parda-negra), según los colores atribuidos a los dos partidos que, con doscientos veintinueve diputados, estarían cómodos en un parlamento de 423 miembros (mayoría absoluta: doscientos doce).

La impresionante lista de resultados, que podría completarse con las elecciones municipales y cantonales en toda Alemania, revela una dinámica tan favorable para el NSDAP que la disolución del Reichstag el 4 de junio no tiene ningún sentido. Recordemos que la anterior disolución, arriesgada, se saldó con un avance nazi que asentó al partido en el país. Brüning, al menos, tenía un plan. Tenía previsto que el mandato fuera corriendo hasta el final, en 1934: los expertos

económicos del Gobierno anticipaban un vuelco de la coyuntura y la vuelta al crecimiento hacia el verano de 1932. Por ello, las mejores mentes políticas del Reich descartaban tocar el Reichstag, dado que el calendario electoral, desde la disolución de 1930, permitía ese balón de oxígeno. Únicamente los nazis clamaban con todas sus fuerzas por volver a las urnas; y tan solo los tontos útiles de la derecha y del centro estuvieron en condiciones de facilitárselas.

La situación en Prusia se encuentra bloqueada como consecuencia de las elecciones del 24 de abril de 1932. La coalición de Weimar (SPD, Zentrum, DDP), en el poder en Prusia casi sin interrupción desde 1918 *(Preussenkoalition),* ya no tiene mayoría. En vista de unos resultados electorales que se preveían catastróficos para el campo democrático, y ante la perspectiva de una mayoría de extrema derecha, el 12 de abril de 1932 —doce días antes de las elecciones legislativas— el grupo del SPD en el Landtag prusiano somete a votación la modificación del reglamento parlamentario para que, a partir de ese momento, la elección del ministro-presidente de Prusia se haga por mayoría absoluta y no relativa. El resultado es que los nazis no consiguen elegir a uno de los suyos como jefe de Gobierno y se entablan negociaciones discretas con el Zentrum para una coalición pardo-negra. Se elige a un diputado del NSDAP, Hanns Kerrl, como presidente del Parlamento, pero el Gobierno de Otto Braun sigue en funciones para atender los asuntos corrientes, situación que afecta a otros cinco *Länder* (Baviera, Sajonia, Hesse, Wurtemberg y Hamburgo) sin que el Gobierno del Reich encuentre nada que decir al respecto.

El caso de Prusia es, no obstante, diferente: el mayor estado del Reich es un estado «rojo», o al menos un símbolo de la democracia weimariana. Con un tamaño y una población enormes, dispone de una fuerza policial de noventa mil hombres, lo equivalente casi a los efectivos oficiales del Reichswehr. Por último, en prácticamente catorce años en el poder, los socialdemócratas han instalado al frente de los departamentos gubernamentales a funcionarios

claramente opuestos a la política de derecha dura del Gobierno central. Ya el 11 de junio, Papen, que convocó a representantes de los *Länder* a la Cancillería, evoca la posibilidad de que se nombre un comisario del Reich en Prusia si el Landtag sigue sin designar ningún Gobierno. Presiona al Zentrum entre bastidores para que las negociaciones culminen en una coalición con los nazis, pero sin éxito: ante la perspectiva de las elecciones legislativas del 31 de julio, los nazis no tienen ninguna prisa por negociar con un partido del *System*. La hipótesis de que el Gobierno de Prusia podría ser depuesto por orden presidencial en virtud del artículo 48-1 se propaga por Berlín. Esa disposición ya está firmada por Hindenburg en Neudeck el 14 de julio de 1932, durante una visita de Papen y Gayl[179] —una disposición en blanco, a la que solo hay que añadir los motivos y la fecha—. Poco antes, Carl Severing, ministro prusiano del Interior, se había reunido con Gayl con ocasión de una conferencia de ministros del Interior de los *Länder* y del Reich, el 22 de junio; y luego, en privado, unos días más tarde, para hablar de la *Reichsreform* y de las violencias políticas de la campaña electoral. Severing, que sabe que Prusia se encuentra amenazada por el Reich, propone una «unión personal de los ministros competentes del Reich y de Prusia» para poner las imponentes fuerzas policiales del mayor de los *Länder* bajo el control del Estado central —una propuesta sorprendente, incluso pasmosa, del ministro supuestamente más poderoso del mayor Estado alemán, y de un socialdemócrata comprometido con la Constitución y el principio federal—. Gayl asiste así a una capitulación del Gobierno prusiano en campo abierto, antes incluso de combate alguno, algo que sin duda contribuye a convencerlo de que era el momento adecuado para una acción del Reich contra Prusia[180].

El pretexto para la intervención del Reich en los asuntos del *land* es evidente: la autorización concedida a las SA y las SS para reunirse, manifestarse y expresarse, apenas dos meses después de la prohibición impuesta por el Gobierno anterior, desencadena una explosión de violencia que recuerda los primeros tiempos de la

República de Weimar, marcados por un inquietante número de asesinatos políticos. Julio de 1932 fue un punto álgido de la violencia política en Alemania, con cerca de cien muertos y más de mil heridos graves. Varios episodios dejan huella en los periodistas y en la opinión pública, como los «incidentes de Ohlau», en Silesia, el 11 de julio, cuando dos soldados de las SA mueren y varias decenas resultan heridos de bala en enfrentamientos provocados por los *Reichsbanner* del SPD y el *Eiserne Front* antifascista (SPD y KPD). El drama permite a los nazis desplegar su retórica de asedio y victimismo. El NSDAP presenta siempre su violencia como una legítima defensa frente a una agresión insoportable y cobarde, en contra de la evidencia estadística, que demuestra que, por el contrario, dos tercios de las muertes se debieron a la violencia de las SA[181]. Seis días después, en el otro extremo de Prusia, en los suburbios de Hamburgo, tiene lugar el «Domingo Sangriento de Altona». Para afirmar su conquista y su control del territorio, varios miles de SA desfilan por ese barrio obrero predominantemente socialista y comunista. La marcha se ve salpicada por altercados verbales y físicos, seguidos de disparos de ambos bandos, en los que dos SA resultan mortalmente heridos. La intervención de la policía de Hamburgo, que abre fuego, causa 16 muertos en las filas de los habitantes, bajo las órdenes del *Polizeioberleutnant* Franz Kosa, un policía comprometido con la extrema derecha desde principios de los años veinte, simpatizante de los nazis, que supo reunir y organizar a su alrededor un comando a su medida que, a partir de 1933, se dedicará a la caza de comunistas[182].

La espantosa masacre de Altona proporciona al Gobierno la excusa soñada. Como hemos visto más arriba, este último dispone de carta blanca concedida por el presidente; se trata de una disposición en blanco que basta con rellenar y fechar. Y eso es lo que se hace el 20 de julio: los principales ministros prusianos quedan convocados a la Cancillería a las diez de la mañana, para trasladarles la resolución de cese de todos ellos. En realidad, Papen emitió dos textos ese mismo día: el primero es la «Ordenanza del

presidente del Reich para la seguridad pública y el orden en el territorio del *land* de Prusia», firmada en «Neudeck und Berlin»[183]; tomada sobre la base de los artículos 48-1 y 48-2 de la Constitución, nombra a Franz von Papen «comisario del Reich para el *land* de Prusia», lo autoriza a «relevar a los ministros prusianos de sus funciones» y a nombrar comisarios del Reich para llevar a cabo tales funciones. Concretamente, se comunica a los ministros que ya no pueden acceder a sus despachos y se nombra al alcalde de Essen, el magistrado y antiguo fiscal Franz Bracht (Zentrum y posteriormente, desde 1930, sin adscripción política), comisario del Reich para Interior.

Esa misma mañana se emite una segunda resolución, dirigida no a las instituciones prusianas, sino a la población de la metrópoli del Gran Berlín y la provincia circundante de Brandeburgo[184]. De conformidad con el artículo 48-2, los derechos y libertades fundamentales de los ciudadanos quedan suspendidos «hasta nueva orden» y «en consecuencia, quedan autorizadas las restricciones a la libertad personal, a la libre expresión, incluso a través de la prensa, a la libertad de asociación y de reunión, así como la violación del secreto de la correspondencia postal, telegráfica y telefónica, los registros y las requisas de bienes individuales fuera de todo marco legal». El texto es, a la vez, clásico, por su enumeración de los artículos de la Constitución que suspende, y asombroso, no solo por las aclaraciones que aporta sino también por el contexto al que se dirige: tales medidas ya habían sido promulgadas en 1923 por el presidente Ebert, pero en unas circunstancias casi de guerra civil y de insurrección armada. En este caso, nada: el Gobierno del Reich utiliza artillería legal masiva para dispersar fantasmas. Peor aún, la ejecución de la segunda resolución para Berlín y Brandeburgo queda encomendada al «ministro del Ejército», Von Schleicher, con «poder ejecutivo» y habilitación para encomendarla a «un comandante militar». En otras palabras, se proclama la ley marcial en la capital y sus alrededores, puesto que el ejército toma el control de las fuerzas policiales[185]. Para ello, Schleicher nombra al *Generalleutnant* Gerd

von Rundstedt comandante de la 3.ª región militar, «comandante en jefe» del Gross-Berlin y de Brandeburgo. Una reducida unidad del Reichswehr al mando del capitán Vincenz Müller, llamada en secreto desde su cuartel bávaro en Berlín y alegando estar de permiso, se dirige a la Jefatura de Policía de Berlín y pone bajo arresto a los altos funcionarios prusianos Albert Grzesinski (prefecto de policía), Bernhard Weiss (subprefecto de policía) y Magnus Heimannsberg (jefe de la policía berlinesa), antes de llevarlos a la prisión de Berlín-Moabit. La toma del control de las administraciones y de las policías se produce en toda Prusia de forma sincronizada, con oficiales que llegan secretamente a la zona con varios días de antelación, en un ballet conspirativo perfectamente orquestado por los servicios de Von Schleicher, lo que lleva a los historiadores de la secuencia a hablar de golpe de Estado[186].

Los altos funcionarios detenidos quedan en libertad esa misma noche, previo compromiso escrito de no interferir en los asuntos de la administración. En cuanto a los ministros, Severing cuestiona enérgicamente la legalidad de la decisión presidencial, argumentando que Prusia no había faltado a su deber de garantizar la seguridad y el orden público y asegurándole a Papen que «solo cedería ante la violencia», porque «quien siembra vientos recoge tempestades»[187]. Ante tales protestas viriles, Papen invoca la «razón de Estado» e invita al ministro a llevar el asunto ante el Tribunal del Estado de Leipzig. Severing sostiene que no se cumplen las condiciones previstas en los artículos 48-1 y 2, recusa la constitucionalidad del acto, censura la duplicidad del ministro del Interior Gayl y se sorprende de que no se haya activado el artículo 15 de la Constitución, que permite al Reich dar instrucciones a los *Länder* y enviar comisarios del Reich para velar por la aplicación de las leyes federales: una argumentación impecable que choca frontalmente contra el muro del golpe de Estado. Severing repite que solo se inclinará ante la «fuerza física bruta» *(Brachialgewalt),* lo que lleva al canciller a preguntarle qué quiere decir con eso: «El ministro Dr. *honoris causa* Severing comunica

entonces que tenía intención de ir a su despacho y explicarle al comisario del Reich que solo lo abandonaría en caso de ser arrestado»[188], como si estuviera tomando forma un guion que permitiera a todos mantener el tipo. Y así fue.

En su diario, Goebbels no oculta su satisfacción. Con el «golpe de Prusia», la izquierda queda destrozada y el Gobierno de Papen acaba de demostrar su servilismo con respecto al partido nazi: «Todo va según lo previsto *(programmässig)*». Bracht fue nombrado comisario del Reich. Severing afirma que solo cederá ante la fuerza de las bayonetas. Basta con una ligera presión de la mano», porque todo el mundo «se escabulle con cobardía». «A los rojos, basta con enseñarles los dientes y se rinden. Los socialistas y los sindicatos no mueven un dedo […]. Nos reunimos en un círculo reducido y anotamos en un trozo de papel —¡nuestra lista de la compra!— todo lo que Bracht tiene que hacer a partir de ahora»[189]. Al día siguiente, Goebbels pronuncia su veredicto terrible: «A los rojos se les ha pasado la hora. Una hora que ya nunca volverá»[190]. En un tono más ligero, la calle berlinesa traduce los acontecimientos en juegos de palabras, como *Bracht bricht Brecht* (el comisario del Reich Bracht vence al Dr. Arnold Brecht, el hombre fuerte de la administración prusiana) o *Brecht hat das Recht, Bracht hat die Macht* (Brecht tiene el derecho de su parte, pero Bracht tiene la fuerza de la suya).

El 20 de julio por la noche, el canciller Von Papen pronuncia un discurso en todas las ondas de radio alemanas, en el que explica la «situación política en Prusia» y anuncia su nombramiento como comisario del Reich. En esa antesala de las elecciones legislativas, previstas para once días después, el argumentario del Gobierno aparece como una carga unilateral contra los comunistas y un alegato a favor de una actitud razonable y abierta respecto a los nazis.

El Gobierno prusiano en el poder, explica Papen, «depende de la posición táctica del Partido Comunista, puesto que, según las elecciones al Parlamento prusiano, el 47 % de los votos emitidos fue para el NSDAP y el DNVP[191]; el 37 %, para los demás partidos; y el

16 % restante, para el Partido Comunista. No quiero discutir aquí si podemos seguir hablando de circunstancias parlamentarias normales cuando se atribuye al Partido Comunista una posición clave por la actitud de ciertos partidos»[192].

El enemigo es el comunismo: Papen recuerda la estrategia abiertamente revolucionaria del KPD, dirigida contra el Estado y sus instituciones de represión (policía y ejército), y, por táctica retórica, añade hipérboles y mentiras. El objetivo de los comunistas es nada menos que «la destrucción de los fundamentos religiosos, morales y culturales de nuestro pueblo. Y es, desde luego, el Partido Comunista el que, por medio de sus grupos de terror ilegales, sembró la muerte y el asesinato en nuestra vida política» —algo que es factualmente falso, dado que dos tercios de la violencia y las muertes se deben a las actividades de las SA y de las SS—. Al llevar a cabo «un combate permanente contra los fundamentos vitales del Estado, de la familia y de la Iglesia», el KPD es el único «extremo» que hay que erradicar:

> No dudo en decir alto y claro que es deber moral de todo Gobierno diferenciar con claridad los enemigos del Estado, es decir, los que destruyen nuestra cultura, de los que luchan por el bien común de nuestro pueblo […]. Se creó ese frente republicano artificial que ha unido a las fuerzas comunistas, hostiles al Estado, en un frente común contra el movimiento ascendente del partido nazi, porque no se supo abandonar, en los círculos políticos que cuentan, el signo de igualdad que, en materia política y moral, se traza entre los comunistas y los nazis. El Gobierno del Reich no se reconoce en ningún partido, pero reconoce el deber moral de constatar que reclutar tales elementos [de izquierdas] para el combate político pone en grave peligro los cimientos del Estado[193].

El discurso de Papen está en la línea de su política, esbozada por Brüning y desarrollada luego por Schleicher: el enemigo ya no está en la derecha, como había declarado el canciller Joseph Wirth (Zentrum) tras el asesinato del ministro Walther Rathenau por la extrema derecha en el verano de 1922. Diez años después, el enemigo está en la izquierda (el KPD, por supuesto, pero también el

SPD, desposeído de su poder en Prusia). La extrema derecha aparece como un agregado de ciudadanos razonables, animados por la legítima preocupación por el bien común, injustamente privados de su victoria en Prusia por los tejemanejes de los partidos caídos, que solo sobreviven gracias al apoyo de los comunistas. Palabras alucinantes en boca de un jefe de Gobierno. Si bien está justificado señalar que el KPD no se aparta de su línea revolucionaria, Papen miente abiertamente cuando atribuye la violencia política que arrasa el país únicamente a los comunistas. Aunque puede censurar el objetivo comunista, que es un «derrocamiento violento del orden constitucional», no dice que el NSDAP es un partido golpista que admite haber revisado su posición por razones puramente tácticas y que, por confesión del propio Hitler, aunque pretende respetar la Constitución para llegar al poder, en su opinión, esta establece las reglas del juego, no los objetivos del juego.

Esas declaraciones tuvieron lugar en febrero de 1932, durante una agitada sesión del Reichstag; son de Joseph Goebbels, cuyos discursos particularmente virulentos no hacían sino repetir lo que Hitler había dicho ante un tribunal de Leipzig el 25 de septiembre de 1930, en defensa de dos oficiales del Reichswehr acusados de hacer propaganda política nazi. «Rodarán cabezas en la arena», había declarado Hitler en un testimonio percibido como un «juramento de legalidad», cuya violencia era más que subyacente y que el tribunal habría podido perseguir fácilmente en virtud del artículo 86 del Código Penal de 1871, que reprimía cualquier preparación para llevar a cabo una empresa de alta traición. Dicho de otro modo, los nazis no ocultaban, ni siquiera en sede judicial, que pretendían subvertir el orden constitucional mediante la violencia, aunque dijeran que querían respetarlo para alcanzar el poder. Es más, las actuaciones de las tropas de matones nazis contradecían a diario las declaraciones moderadamente apaciguadoras de sus jefes, sobre todo en el verano de 1932, marcado por una auténtica explosión de violencia de las SA y las SS en las calles.

La amenaza roja es muy pequeña. Las reacciones al «golpe de Prusia» son nulas: los ministros se dejan relevar de sus funciones, los altos cargos de la policía berlinesa quedan en libertad tras autoinculparse… Las organizaciones (SPD, KPD, sindicatos), por su parte, no se mueven, al contrario de lo que ocurrió en marzo de 1920. Cuando tiene lugar la intentona de golpe de Estado de un grupo de militares y paramilitares de extrema derecha, una huelga general lo llevó al traste inmediatamente. De hecho, ante la ausencia total de amenaza, la segunda resolución, del 20 de julio, queda ya anulada por otra resolución el 26 de julio.

El general Von Rundstedt, que había prestado grandes servicios al Gobierno, fue ascendido a *General der Infanterie* y comandante en jefe del Grupo de Ejércitos I en Berlín. Más adelante, sus méritos militares (conquista —en realidad, destrucción— de Varsovia en 1939 e invasión de Francia) le granjean el rango de mariscal del Reich. El levantamiento del estado de sitio devuelve la policía a los comisarios del Reich nombrados por Papen y Bracht, restablece las libertades constitucionales y evita por muy poco la modificación del Código Penal y la instauración de los «tribunales especiales» previstos en la resolución[194]. Hay que leer la letra pequeña, pues la resolución del 26 de julio especifica que «las prohibiciones de publicaciones periódicas impresas» dictadas por el comandante militar «no se ven afectadas por estas decisiones»[195]. Es evidente que sigue habiendo algo de las disposiciones de excepción en el derecho común, un nebuloso efecto de arrastre, un efecto de inercia, que es el de un poder ejecutivo que siempre tiende a abusar de sí mismo, por conveniencia o por propósito.

Las elecciones legislativas se celebran el 31 de julio de 1932, en un clima de violencia que no se había vivido nunca. Por decirlo en los términos mesurados y amables del profesor Ernst-Rudolf Huber —alumno de Carl Schmitt y, a través de su director de tesis, estrecho colaborador del Gobierno en la causa que lo opone al Gobierno de Prusia—, cuesta entender qué esperaban Papen, Hindenburg y su

entorno de una disolución pronunciada en pleno ascenso nazi[196]. En las elecciones al Landtag de Prusia del 24 de abril de 1932, el NSDAP había alcanzado el 36 % —una especie de sondeo casi a escala, en un *land* que representaba dos tercios del Reich—. El 31 de julio, los nazis obtienen el 37,3 % de los votos, es decir, 19 puntos más que en el anterior escrutinio, de septiembre de 1930, duplicando su resultado y su número de escaños, que pasa de 107 a 230: eso convierte al NSDAP en el mayor grupo parlamentario, muy por delante del SPD, que queda en segundo lugar con 133 diputados y el 21,6 % de los votos.

Las legislativas constituyen una terrible derrota para el Gobierno de Papen. La izquierda «marxista» se mantiene firme (el SPD pierde 2,9 puntos, el KPD gana 1,2); igual que el Zentrum, cuyo aumento (casi un punto, hasta el 15,7 %) no es en absoluto una muestra de amistad hacia Papen, a quien el partido vilipendia desde que sustituyó a Brüning, dado que Papen prefirió entregar su acta antes de verse excluido como un canalla. ¿Cuál es la base electoral y, por consiguiente, democrática del Gobierno? ¿Con qué partidos puede contar en el Reichstag? Si se suman el DNVP, el DVP (nacional-liberal) y el DDP (centro-izquierda), se llega al 9 % y a unos cincuenta escaños, con micropartidos como el Partido de la Economía y el Partido de los Campesinos… Los partidos de la derecha burguesa o del centro burgués *(Bürgerliche Mitte),* que representaban alrededor del 50 % de los votos en 1928 (contando el Zentrum y el BVP), y luego el 38 % en 1930, cayeron a casi nada, por debajo del 25 % si se incluye, generosamente, al Zentrum y al BVP.

En tan desastrosas condiciones aritméticas, había que continuar valientemente en el surco que había ido cavándose durante meses: la alianza con los nazis, hacia los que se había dirigido toda señal de consideración y buena voluntad, desde la autorización de las SA y las SS (con las consecuencias asesinas que conocemos) hasta la disolución del Reichstag, pasando por la revocación del Gobierno SPD-Zentrum en Prusia, todo en un contexto de permanentes

conciliábulos y concertaciones secretas. Schleicher y Papen fueron, no obstante, meticulosamente engañados por los nazis, que no tenían la menor intención de cumplir los términos de ningún acuerdo, por tácito que fuera. Su perspectiva es puramente utilitarista: aceptan todo lo que los tontos útiles de la derecha y del centro puedan ofrecerles, aunque sea prometiendo tal o cual cosa o comprometiéndose a tal o cual otra, con la constante reserva mental de que no se sienten obligados por nada que no sea su sed de poder personal.

---

163 «Rede des Reichskanzlers Dr. Brüning, gehalten vor dem Auswärtigen Ausschuss des Reichtstags am 24. Mai 1932», en Wilhelm Vernekohl, Rudolf Morsey (ed.), *Heinrich Brüning. Reden und Aufsätze eines deutschen Staatsmanns*, Münster, Verlag Regensberg, 1968, p. 164.

164 Franz Osterroth, Dieter Schuster, «Stichtag 1. Juni 1932», en *Chronik der deutschen Sozialdemokratie, Vom Beginn der Weimarer Republik bis zum Ende des Zweiten Weltkrieges,* 3. Aufl., 1980, Bonn, Berlín, Heidelberg, Friedrich Ebert-Stiftung Library, 2001.

165 *Ibid*.

166 Las mutaciones en cuestión proceden de los cambios en los actores de la dominación financiera y social: en la Alemania de 1932, la aristocracia de los grandes agraristas, de los militares reaccionarios y de los magnates de la industria pesada; en la Francia de 2024, las profesiones de la comunicación, las finanzas y los adinerados por herencia.

167 *Simplicissimus*, 18 de septiembre de 1932, p. 298.

168 Volker Ullrich, *Acht Tage im Mai. Die letzte Woche des dritten Reiches*, Múnich, Beck, 2020 [*Ocho días de mayo: de la muerte de Hitler al final del Tercer Reich,* trad. del al. de J. Rabasseda y T. de Lozoya, Taurus, 2023].

169 En el Gobierno de Flensburgo también figuraba el jefe del Stahlhelm, Franz Seldte, en Trabajo, así como Julius Dorpmüller, director general de la Deutsche Reichsbahn de 1926 a 1945 y ministro de Transportes desde 1937. También fue director general de Correos en el gabinete de Schwerin.

[170] Klaus Goehrke, *In den Fesseln der Pflicht. Der Weg des Reichsfinanzministers Lutz Graf Schwerin v. Krosigk,* Coolonia, Verlag Wissenschaft und Politik, 1995.

[171] Norbert Frei *et al*., *Das Amt und die Vergangenheit. Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik,* Múnich, Karl Blessing Verlag, 2010.

[172] Lars Lüdicke, *Constantin von Neurath. Eine politische Biographie,* Paderborn, Schöningh, 2014.

[173] Christina von Braun, *Stille Post. Eine andere Familiengeschichte,* Berlín, Propyläen, 2007.

[174] Andreas von Mettenheim, *Paul Freiherr von Eltz-Rübenach. Technokrat, Katholik und Politiker im Kabinett Hitlers*, Berlín, Duncker & Humblot, 2023.

[175] Vejas Gabriel Liulevicius, *Kriegsland im Osten. Eroberung, Kolonisierung und Militärherrschaft im Ersten Weltkrieg*, Hamburgo, Hamburger Edition, 2002, y Abba Strazhas, *Deutsche Ostpolitik im Ersten Weltkrieg. Der Fall Ober Ost 1915-1917,* Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 1993.

[176] Lothar Gruchmann, *Justiz im Dritten Reich*. *Die Ära Gürtner, 1933-1940*, Múnich, Oldenbourg, 2001.

[177] Regierungserklärung, 4. Juni 1932, Akten der Reichskanzlei, BArch R 43 I/1456, f ° 289.

[178] Dirk Blasius, *Weimars Ende. Bürgerkrieg und Politik 1930-1933*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 2005.

[179] Wolfram Pyta, *Hindenburg*, *op. cit*., p. 712.

[180] Carl Severing, *Mein Lebensweg*, Colonia, Greven, 1950, Band 2, p. 340.

[181] Sven Reichardt, *Faschistische Kampfbünde. Gewalt und Gemeinschaft im italienischen Squadrismus und in der deutschen SA*, Colonia, Böhlau, 2002, y «Totalitäre Gewaltpolitik? Überlegungen zum Verhältnis von nationalsozialistischer und kommunistischer Gewalt in der Weimarer Republik», en Wolfgang Hardtwig (dir.), *Ordnungen in der Krise. Zur politischen Kulturgeschichte Deutschlands 1900-1933*, Múnich, Oldenbourg, 2007, pp. 377-402. Véase asimismo Andreas Wirsching, *Vom Weltkrieg zum Bürgerkrieg? Politischer Extremismus in Deutschland und Frankreich, 1918-1933/39. Paris und Berlin im Vergleich,* Múnich, Oldenbourg, 1999.

[182] Léon Schirmann, *Justizmanipulationen. Der Altonaer Blutsonntag und die Altonaer bzw. Hamburger Justiz 1932-1994*, Berlín, Typographica Mitte, 1995, p. 28.

[183] «Verordnung des Reichspräsidenten, betreffend die Wiederherstellung der öffentlichen Sicherheit und Ordnung im Gebiet des Landes Preussen», en *Reichsgesetzblatt*, Teil I, Nr. 48, 20. Juli 1932, p. 377.

[184] «Verordnung des Reichspräsidenten, betreffend die Wiederherstellung der öffentlichen Sicherheit und Ordnung in Gross-Berlin und Provinz Brandenburg», en *Reichsgesetzblatt*, Teil I, Nr. 48, 20. Juli 1932, pp. 377-378.

[185] *Ibid*., § 2, frase 2.

[186] Para lo que se refiere al desarrollo conspirativo, véase Heinrich-August Winkler, *Weimar, 1918-1933. Die Geschichte der ersten deutschen Demokratie*, Múnich, Beck, 1993, p. 503 y ss.

[187] «Besprechung mit den preußischen Staatsministern Hirtsiefer, Severing und Klepper am 20. Juli 1932, 10 Uhr», BArch, R 43 I/2280, f ° 119-122.

[188] *Ibid*.

[189] Joseph Goebbels, *Tagebücher*, 20 de julio de 1932, p. 675.

[190] *Ibid*., 21 de julio de 1932, p. 676.

[191] Papen infla las cifras: 43,2 % en total para el NSDAP y el DNVP, a lo que sin duda añade los porcentajes obtenidos por una serie de micropartidos de extrema derecha y por el DVP.

[192] «Rede Reichskanzler Franz von Papen, 20. Juli 1932».

[193] «Rundfunkansprache Reichskanzler Franz von Papen, 20. Juli 1932», en *Die Reichskanzler der Weimarer Republik in Originaltonaufnahmen,* Deutsches Rundfunkarchiv — Stiftung von ARD und Deutschlandradio, 2007, CD, pista 20, 3'46".

[194] «Verordnung…», texto citado, § 4 y § 5, en *Reichsgesetzblatt*, *op. cit*., p. 378.

[195] «Verordnung des Reichspräsidenten, betreffend die Aufhebung der Verordnung über die Wiederherstellung der öffentlichen Sicherheit und Ordnung in Gross-Berlin

und Provinz Brandenburg, 26. Juli 1932», en *Reichsgesetzblatt*, Teil I, Nr. 51, 26 de julio de 1932, p. 387.

196 Ernst-Rudolf Huber, *Deutsche Verfassungsgeschichte seit 1789. Die Weimarer Reichsverfassung*, Stuttgart, Kohlhammer, 1981, p. 273.

6
EL «NUEVO ESTADO» DE LOS LIBERALES AUTORITARIOS

Los que esperaban de Franz von Papen que fuera un hombre de paja no tardaron en percatarse de que perdían el tiempo. Por sociología y por carácter, muy seguro de su valía y de su destino, Papen se encarga de desmentir rápidamente a quien lo convirtió en canciller. Kurt von Schleicher, en efecto, tenía la costumbre de tratar con condescendencia paternalista al que llamaba Fränzchen y de quien, aún con más desdén, decía que, desde luego, no tenía «gran cosa en la cabeza», pero sí que era «Satanás con sombrero de copa»[197]. La «cabeza», a decir verdad, le importaba un bledo, porque él era el verdadero cerebro de todas las intrigas políticas de aquel final de reinado presidencial.

A los que piensan que el Gobierno de Papen solo existe para ir preparando el terreno —como los nazis—, les responde uno de los asesores más cercanos del nuevo canciller: «¿Un gobierno de transición? Esa no es precisamente la idea que tiene el gabinete»[198]. En realidad, la respuesta se plantea en forma de un trabajo de casi cien páginas, publicado en julio de 1932, en el que se exponen con más detalle las ideas de Papen y las ambiciones del Gabinete Papen-Schleicher-Gayl[199] en previsión de las elecciones parlamentarias del 31 de julio, trabajo redactado por Walther Schotte, periodista que, en los años veinte, se convirtió en uno de los pensadores de la «revolución conservadora» y en una figura clave de la estructuración de los círculos conservadores y reaccionarios. Como doctor en Historia, autor de una importante obra sobre las relaciones entre el poder y la sociedad en la Marca de Brandeburgo, antecesora del

Reino de Prusia, fue cofundador del *Herrenklub:* club de Caballeros, Patronos y Señores que, al igual que otros círculos sociales de las élites patrimoniales, se fundó entre 1918 y 1920, en un momento en que estas entraban en pánico y deseaban organizarse ante la amenaza revolucionaria. Se mantiene un tiempo cercano al DDP, pero va evolucionando hacia una derecha nacional-conservadora, según demuestran sus publicaciones en defensa de la germanidad en el Este, aunque también muy favorable al mundo de los negocios, del que es orgánicamente cercano. Walther Schotte es, con Edgar Jung, una de las dos plumas del canciller y, con él, uno de los que quieren dotar al Gobierno de Von Papen de un armazón teórico —histórico, político y económico—. Como las elecciones del 31 de julio no resultan precisamente favorables al poder, Walther Schotte, con ocasión de la campaña para las nuevas elecciones del 6 de noviembre, publica otra obra más extensa (165 páginas) con un título mucho más ambicioso: *Der neue Staat* (El nuevo Estado). Nada menos que un «nuevo Estado» es lo que querían instaurar Papen, sus ministros y su entorno, y que Schotte resume como «una economía revitalizada, seguridad jurídica, orden, paz pública y libertad»[200], todo ello servido por el voluntarismo y por el pragmatismo del Gobierno, ya que, como señala Papen en su prólogo: «Regreso a la realidad, espíritu de responsabilidad y acción: tales son las consignas de 1932»[201]…

El *neuer Staat* se basa en una voluntad de «reforma» —palabra más que recurrente— del Estado en materia presupuestaria, administrativa y constitucional. Como portador de una política, también es solidario de una geopolítica que solo se esboza, pero que es digna de interés: si no es original, es mística como poco; ya lo veremos más adelante. Esos dos aspectos son destilaciones de la «revolución conservadora», que es, si no la filosofía oficial del nuevo poder, sí al menos su baño cultural. Para Papen y sus seguidores, sin embargo, lo que importa antes que nada es la economía, sin duda porque esta dicta lo esencial de la realidad política y social alemana desde 1929, y porque los nuevos ministros aparecen, en muchos

aspectos, como los apoderados del capitalismo alemán, a los que están personal, profesional e íntimamente ligados.

En materia económica y social, Papen y su entorno se muestran liberales o, en términos más contemporáneos pero no necesariamente anacrónicos, decididamente *probusiness*. Les gusta la empresa y no lo ocultan, en la misma medida en que condenan el principio mismo del Estado del bienestar. Su doctrina es, casi literalmente, la doctrina de la *Reichsverband der Deutschen Industrie* y de los patronos que frecuentan los clubes de influencia de la derecha en sus dos matices principales: liberal-autoritario y nacional-conservador.

La obra *Der neue Staat* es una profesión de fe económica sin ambigüedades: «El Gobierno se ha pronunciado claramente a favor de la economía abierta, del libre comercio exterior [...], de la economía privada, del capitalismo, del individualismo o, en palabras del propio canciller, "de la iniciativa privada y la libre actividad de todos los actores de la economía"»[202]. En una entrevista en el marco de ese libro, Papen confirma y precisa que «la iniciativa económica privada y el libre ejercicio de los derechos y deberes de la propiedad privada son indispensables para un desarrollo económico sano»[203].

Siguiendo la estela de Carl Schmitt, que denunció una mutación nefasta del Estado desde finales del siglo XIX y, sobre todo, desde la Gran Guerra, Papen considera que hay que revisar «la estatización de la economía»: «Hay que dar marcha atrás y volver al capitalismo, a la economía privada, a la libre iniciativa del individuo»[204], tan fuertemente cuestionados por el dirigismo de los estados mayores y por la economía de guerra. Eso es, en esencia, lo que Carl Schmitt expone en ese mismo momento ante la patronal reunida en el Club de la Industria de Düsseldorf (véase *infra)*.

Desestatizar la vida económica significa, contra toda tentación socializante, reafirmar, como hace Papen, que hay que suprimir sin vacilar todos los obstáculos al libre despliegue de las fuerzas vivas

de la economía. Según diremos más abajo, en un contexto neoliberal, es necesario someter todos los códigos, en particular el código del trabajo, a una severa cura de adelgazamiento y proceder a una terapia de choque simplificadora: «Hay que evitar que nuevas construcciones abstractas vengan a obstaculizar la libre circulación en la economía. Todo lo contrario: hay que flexibilizar y desreglamentar todo cuanto podamos»[205].

El alegato *probusiness* parece tan sacado de un folleto del RDI que al propio autor se le plantea una cuestión de índole filosófica. ¿Hasta qué punto estos enamorados de la empresa, de la desregulación generalizada y del beneficio pueden seguir manteniendo que son conservadores? ¿Hasta qué punto el «programa económico del Gobierno del Reich»[206] es fiel a esa venerable tradición política, cuando los principios proclamados parecen más bien próximos al liberalismo puro y duro?

La respuesta está en el vínculo conceptual, incluso ontológico, que existe entre libertad, responsabilidad y conservadurismo: «El conservadurismo como visión del mundo se basa en la libertad del individuo, porque sin libertad el hombre no puede ser responsable. Y toda política conservadora procede de la responsabilidad del individuo»[207].

El asalto contra el dirigismo va acompañado de un ataque aún más feroz contra el principio mismo de las garantías sociales y, en realidad, del Estado del bienestar. El Estado consideró oportuno intervenir en la vida económica apoyando a los débiles, los fracasados y los enfermos que, tanto individuos como empresas, estaban llamados a desaparecer y a morir, por ley de vida:

> Los Gobiernos de posguerra creyeron que podrían aliviar a empresarios y empleados de todas sus preocupaciones materiales fomentando una especie de socialismo de Estado, convirtiendo al Estado en una especie de oficina de asistencia social, lo que tuvo como consecuencia el debilitamiento de las fuerzas morales de la nación. Le impusieron tareas ajenas a su misión. El resultado fue un aumento del desempleo, lo cual acentuó el

> debilitamiento moral de la nación, agravado aún más por esa desafortunada lucha de clases, tan hostil a la comunidad del pueblo y alimentada por el bolchevismo cultural que carcomió los cimientos morales de Alemania[208].

El «bolchevismo cultural», incesantemente denunciado, es también eso: una empresa de debilitamiento y afeminamiento de la nación, desvirilizada por los constantes mimos de un Estado maternal que, en lugar de educar para la lucha por la vida, no cesa de vendar, cuidar y acunar a una población acostumbrada no a luchar, sino a que le metan directamente en el buche las subvenciones. Esa idea, típica del darwinismo social más radical y, por otra parte, defendida con vigor y constancia por los propios nazis, es el meollo mismo de la filosofía social de los defensores del «nuevo Estado», un Estado que abdica de toda pretensión reguladora, redistributiva y correctora de las desigualdades sociales: «El Estado no puede compensar el destino y no puede detener la lucha por la vida previniendo todos los riesgos; no puede dirigir las fuerzas vitales, porque se pondrían en manos del Estado, dejarían de luchar»[209].

Esa crítica de principio, de orden filosófico, se dirige en particular, de un modo más político y concreto, al seguro de desempleo. Para los nuevos amos de Alemania, que se convierten así en los portavoces de la patronal, «ya nadie puede seguir queriendo defender el principio de un seguro de desempleo […]. El seguro de desempleo ha sido un sinsentido absoluto»[210]. Se repudia sobre la base de una argumentación a la vez especiosa y burda, contraria a todas las reflexiones que, desde finales del siglo XIX, han venido velando por la instauración de un Estado del bienestar. Puede resumirse así: cada uno es responsable de sí mismo, el desempleo es culpa del individuo y no de un sistema económico, y se anima encarecidamente al desempleado a apañárselas por sí solo.

La indigencia del discurso, más áspero que sólido, culmina en un panegírico asombroso del trabajo en negro: «El desempleo […] no es una fatalidad, ¡no es un destino! La abundante oferta de trabajo

en negro lo demuestra suficientemente. El parado sabe perfectamente cómo arreglárselas por su cuenta. El trabajo es una mercancía que se negocia a un precio mayor o menor en función de cómo esté el mercado»[211]. El Estado no tiene nada que ver con el libre funcionamiento de ese mercado en el que el «material humano» (equivalente entonces a «recursos humanos») se intercambia por dinero. Si el paro pasa a ser masivo y se extiende de forma exagerada (pero ¿por qué? Misterio: no se propone ninguna reflexión sistémica ni, menos aún, crítica sobre el capitalismo), entonces «el Estado debe intentar ayudar en lo que pueda», aunque, «a decir verdad, es más bien la caridad privada, es el individuo, quien debe entonces ayudar».

No hay nada que hacer: «Hablar de seguros sociales es obligar al Estado a asumir el riesgo inherente a toda vida»[212], que, como sabemos, no es sino lucha, competencia y consagración del rendimiento individual, de tal modo que, afirma Papen, «debemos restablecer en todas partes el principio de responsabilidad individual»[213]. Que nadie se equivoque: «La protección del Estado no puede eliminar el riesgo inherente a la lucha por la vida»[214], y «solo el rendimiento importa» para definir el rango y el lugar de cada uno en la «comunidad del pueblo», que lo único que tiene de «común» es, en realidad, una etimología bastante remota… Esa comunidad no es, en modo alguno, una entidad política basada en la solidaridad y los derechos, sino un grupo humano cuya definición es esencialmente negativa, hecha de esfuerzos y de deberes, porque «si existe un derecho al trabajo, entonces existe un deber de trabajar»[215], de ahí la idea de un «servicio de trabajo […] que no sería solamente voluntario»[216] y que imaginamos que estaría remunerado con el mínimo vital.

En un mundo tan individualista, en el que lo público pierde terreno frente a lo privado, se invita a recurrir a la caridad privada: «Es el individuo el que tiene que arreglárselas solo o beneficiarse de la ayuda mutua entre individuos» invocando a «la familia, al círculo

de amigos». ¡Ánimo, hatajo de vagos! Los liberales autoritarios recurren, antes de tiempo, a los acentos del desarrollo personal: «El paro no es una fatalidad. ¡Hay que combatirlo!»[217], que todo el mundo lo sepa.

En una entrevista, Franz von Papen señala que esta política viene a ser, de hecho, la política social por excelencia, porque, como es bien sabido, la mejor política social es la política del empleo. En un silogismo perfecto, el canciller defiende que una política de desregulación y de subvenciones masivas a las empresas es la mejor política social, al contrario que una práctica de ayudas sociales, que debilita y extingue las fuerzas vivas del país. «El Estado social es el Estado que crea trabajo, pero seamos más exactos: la única política social del Estado es crear trabajo que aporte dinero. Un Estado social es un Estado que vuelve a hacer posible el trabajo rentable, en todas partes, en todas y cada una de las empresas privadas. De modo que el único Estado realmente social es el Estado que hace que el trabajo sea rentable»[218]. *Quod erat demonstrandum,* podría pensarse, pero qué curiosa retórica argumentativa, donde el silogismo da paso a la anadiplosis: para llegar a la conclusión de que el Estado social es el Estado antisocial (un Estado que destruye el derecho al trabajo para hacerlo «rentable»), se sacrifica el razonamiento más que la canción infantil francesa de los *Trois p'tits chats*[219].

Papen expone lo mismo ante un círculo patronal cuando, durante la campaña de las legislativas del 6 de noviembre de 1932, defiende la política de su Gobierno con una autocomplacencia descarada:

> El programa económico del Gobierno del Reich es […] una llamada a la asunción entusiasta de responsabilidad por parte de los empresarios, una llamada a la iniciativa privada. Sin temor a exagerar, creo que puedo afirmar que ningún programa económico de la posguerra ha encontrado tanta aprobación en los círculos económicos […].
>
> El principio del programa económico del Gobierno es crear confianza, apartar cualquier desconfianza o cualquier pesimismo que pueda cortar de raíz el deseo de emprender […]. Aunque entrando en el detalle pueda

> criticarse, este programa económico [...] ha conseguido revitalizar la asunción de riesgos económicos y ha creado trabajo y crecimiento [...][220].

Como cabía esperar, esa política de ayuda a las empresas mediante subvenciones directas o mediante créditos fiscales se presenta una vez más como la política social por excelencia. Al adelantarse a las críticas de sus oponentes de izquierdas, Papen se defiende de ser el canciller de los patronos:

> Una crítica especialmente dura contra el programa del Gobierno se refiere a sus aspectos sociales. ¡Se ha llegado incluso a afirmar que el Gobierno del Reich era hostil a los asalariados! Yo, por mi parte, creo que los trabajadores a los que se les haya mantenido el empleo y la subsistencia, según las estadísticas de septiembre que evocaba hace un momento, no se sentirán inclinados a formular esa crítica. ¡No estamos repartiendo «miles de millones a las empresas»! Nuestro objetivo es único: hacer llegar oportunidades de empleo al mayor número posible de trabajadores. Creo que el éxito que ha alcanzado nuestro programa económico nos da la razón. Todo lo que refuerza el espíritu de empresa en este país, todo lo que conduce a una estimulación de la actividad económica y a un aumento del volumen de negocios, constituye la mejor política social que pueda existir[221].

Para Papen y su entorno, y esto es algo bastante inaudito viniendo de la pluma y de la boca de políticos que se proclaman «nacionales» y «conservadores», lo político parece estar subordinado a lo económico —criterio decisivo que permite calificarlos de liberales—. En su discurso del 12 de octubre de 1932 ante la patronal bávara, Franz von Papen afirmó que «la condición indispensable para una recuperación estable de la economía» era «la reforma de la Constitución del Reich alemán» y que, por consiguiente, la inflexión autoritaria (centralizadora, en este caso) del poder de Berlín solo tenía sentido como medio con vistas a alcanzar un fin, el libre desarrollo de la actividad económica privada:

> Sin un entorno político estable, el comercio y la actividad de nuestro pueblo no pueden prosperar. Durante trece años, la Constitución de Weimar demostró que no era capaz de crear esa estabilidad. Todos sabemos ya que

> ha llegado la hora de la reforma constitucional […]. El tiempo de una legislación obtenida exclusivamente por el artículo 48 ya acabó […]. Lo que nosotros queremos es crear un Estado poderoso y por encima de los partidos, que no sea objeto de las fuerzas políticas y sociales, que no se lance de unas a otras como una pelota, sino que esté entronizado por encima de ellas, inquebrantable […].

Dicho de otro modo, la utilización sistemática de un expediente como el artículo 48-2 debe dar paso a un régimen estructuralmente autoritario y ya no coyunturalmente antiparlamentario, a merced de los caprichos del ejecutivo contra el Parlamento. Los agentes económicos necesitan una seguridad jurídica y una visibilidad a varios meses, incluso a varios años vista, una previsibilidad política y una tranquilidad pública, sin enfrentamientos callejeros, rumores de insurrección o amenazas de golpe de Estado. Papen no se cansa de explicarlo en términos desprovistos de toda ambigüedad: «Por la nación y también por la economía es por lo que quiero un Estado fuerte […]. El orden y la paz civil, y de nuevo el orden […] son los presupuestos de toda vida económica que descansa en la libre iniciativa de la empresa privada»[222].

Para el nuevo canciller, es el momento de levantar acta de la mutación autoritaria y antiparlamentaria de la Constitución de 1919, cuya naturaleza cambió por la práctica presidencialista a partir de 1919. En lugar de ir dando bordadas al hilo de los decretos presidenciales, mejor será fijar un nuevo rumbo mediante una reforma constitucional:

> En adelante, el Gobierno del Reich debe ser independiente de los partidos, y su permanencia no debe estar expuesta a mayorías aleatorias. Las relaciones entre Gobierno y representación nacional deben definirse de tal manera que sea efectivamente el Gobierno, y no el parlamento, quien ejerza el poder del Estado. Como contrapeso frente a las decisiones unilaterales dictadas por los intereses de determinados partidos, Alemania necesita una Cámara Alta dotada de derechos precisos y que pueda intervenir con fuerza en la tarea legislativa del Parlamento. En el momento actual, el único remedio que existe contra un sistema parlamentario

> excesivo y contra la incompetencia del Reichstag es el poder reglamentario ejercido por el presidente del Reich sobre la base del artículo 48 de la Constitución. No obstante, a partir del momento en que se den condiciones normales y estables dejará de existir razón alguna para utilizar el artículo 48 en la forma que sabemos[223].

De hecho, lo que está en el punto de mira del Gobierno de Papen y de los consejeros del canciller es un cambio de régimen político. En virtud de su cargo, así como de su interés por el tema, el ministro del Interior, Wilhelm Freiherr von Gayl, es quien queda al frente, en estrecha colaboración con el Gabinete del Jefe de Gobierno. El barón Von Gayl pronuncia un extenso discurso programático sobre el tema de la «reforma general» *(Gesamtreform)* del Reich y del Estado con ocasión de la cena anual de la prensa berlinesa, el 28 de octubre de 1932[224]. El ministro anuncia menos una «renovación del Estado» *(Neubau)* que un «fortalecimiento» *(Ausbau)* apto para «hacerlo más capaz de afrontar los retos de nuestro tiempo»: «Todo el mundo es consciente de que la situación en Alemania exige reformas, y no es necesario insistir en ello. Consideramos, por referirnos tan solo a puntos esenciales, que deben remediarse determinados defectos en las relaciones entre el Reich y los *Länder*, en la administración del Reich, en materia financiera y en la Constitución del Reich». A título personal, el ministro confiesa: «Soy fundamentalmente partidario de la idea monárquica». Asombroso: el ministro del Interior de la República, encargado de oficio de proteger la Constitución, no oculta que desea otra forma de gobierno, al tiempo que aclara que se niega virtuosamente a «insinuar siquiera un cambio en la forma del Estado» —una sutil preterición, puesto que eso es precisamente lo que acaba de hacer—.

La cuestión del federalismo alemán está candente en aquel otoño de 1932, porque el Gobierno del Reich ha sometido a Prusia —el más grande de los *Länder*— a lo que, desde el Sacro Imperio Romano Germánico, se conoce como una *Reichsexekution,* es decir, medidas ejecutivas de carácter obligatorio por parte del Estado federal contra un Estado federado, ya sean tales medidas de

carácter administrativo, policial o militar —en cualquier caso, una clara violación de la autonomía política de un *land,* por razones de unidad y de seguridad nacional; en el caso que nos ocupa, sobre la base del artículo 48-1 de la Constitución de 1919—.

El *Preussenschlag,* el «golpe de Prusia», se vivió como un golpe de Estado por parte de la izquierda, la mayoría de los demócratas y los Gobiernos de algunos *Länder,* que llevaron al Gobierno del Reich ante el Tribunal del Reich en Leipzig[225] bajo la acusación de violar la Constitución. El ministro les dirige un mensaje de tranquilidad. Por supuesto, el «Estado unitario» tiene sus virtudes, pero quienquiera que «profundice seriamente en la historia de nuestro pueblo» no puede sino «profesar su fe en el Estado federal»: «Ningún Estado alemán puede verse privado de su autonomía contra su voluntad, ni puede ser anexionado por la fuerza a una entidad mayor»[226]. Aunque el mapa del Reich está salpicado de particularismos heredados de la historia, con múltiples enclaves y exclaves que dan lugar a territorios prusianos en Turingia y Wurtemberg; aunque la inmensa Prusia parece apolillada por la mera existencia de pequeños *Länder* como Anhalt-Dessau, Lippe-Detmold, Braunschweig (cuyo territorio es discontinuo, como el de Hesse y Oldenburgo); aunque el mapa del Reich presenta una complejidad casi medieval, simplificarlo «no reviste carácter de urgencia», porque cualquier simplificación territorial daría lugar a «nuevas fuerzas particularistas y centrífugas» de las que tan rica es la historia alemana: «Por eso nos sentimos comprometidos con el carácter federal del Reich y con el respeto a su configuración territorial»[227]. Semejante precisión, viniendo de un ministro que refrendó las resoluciones de emergencia contra Prusia, es digna de mención, aunque cuestionable. No por ello el asunto de «las relaciones entre Prusia y el Reich» se deja a un lado. El ministro es muy consciente de la singularidad de ese *land*, que «abarca las tres quintas partes del Reich y se extiende a través de toda Alemania, de este a oeste»: «En su capital, el Reich y el Estado de Prusia gobiernan el uno al lado del otro, y a veces, en asuntos vitales que afectan a toda la nación, el uno contra el otro». El

Gobierno no tiene ninguna duda: «La situación es insostenible», y hay que volver a la solución que había encontrado Bismarck, que, en el antiguo Reich de 1871, había mancomunado y fusionado los Gobiernos del Reich y de Prusia, de tal forma que el canciller de Prusia era también el canciller del Reich en un «vínculo orgánico» que la Constitución de Weimar desgraciadamente disolvió. Por lo tanto, es «necesario repensar la relación Reich-Prusia en el sentido de un vínculo orgánico entre ambos»[228], algo que sin duda es aún más urgente desde la sentencia salomónica dictada por el *Staatsgerichtshof* el 25 de octubre, que logró la proeza de fallar a favor del Gobierno del Reich y, al mismo tiempo, satisfacer al demandante, el Gobierno de Prusia[229].

Gayl expone asimismo la necesidad de proceder a una simplificación administrativa, dado que la Constitución de Weimar había provocado costosas duplicidades entre el Reich y los *Länder,* especialmente en Prusia. Invocando el inevitable sentido común del pueblo, el ministro defiende que «las decisiones deben tomarlas quienes conocen la situación local y a las personas que se verán afectadas por tales decisiones, no deben tomarse para justificar la existencia de instancias centrales» inútiles: «Es necesario llevar a cabo una transferencia de competencias a los *Länder* y a los municipios, así como una transferencia de costes y recursos que les permita ejercer esas competencias con autonomía»[230]. A tal fin, «se han completado los trabajos preparatorios para la supresión de las administraciones centrales que ya no son necesarias». Eso concierne «a las administraciones de Hacienda y de Correos», mientras «se está estudiando la simplificación de las administraciones sociales, así como la reducción del ámbito de los ministerios del Reich y el desmantelamiento de sus competencias»[231]. Se identifican así nichos de ahorro importantes, incluso masivos, que permitirán reducir los impuestos, un estribillo que se entona fácilmente, incluso en un tono indudablemente populista, cuando Papen, por su parte, imagina que la administración rendirá cuentas muy precisas del uso del erario público: el contribuyente debe poder conocer y controlar

«lo que se hace con sus impuestos»[232] y obtener una buena amortización de su dinero.

Su ministro del Interior pide paciencia: «Quien piense que el ritmo de las reformas *(sic)* es demasiado lento debe ser muy consciente de que tenemos que ser razonables y no precipitarnos, y de que estas reformas las lleva a cabo, con un trabajo considerable, un pequeño grupo de hombres que, al mismo tiempo, debe responder a obligaciones cotidianas urgentes, y cuya resistencia física tropieza con límites muy humanos»[233].

Por último, la prueba de mayor virtuosismo concierne a la «reforma de la Constitución», que ha suscitado «no pocas especulaciones y temores, todos carentes de fundamento», que nadie se preocupe: «La sospecha más fuerte contra las intenciones del Gobierno es que a este le gustaría redactar una Constitución de conveniencia, que le garantizara un poder sin fin y, lo que es peor, lo dejara en manos de una élite muy reducida, con menosprecio de los derechos del pueblo alemán y, más exactamente, de los trabajadores alemanes». Tales imputaciones no son más que especulaciones sin fundamento, atribuibles al «nerviosismo general», a los «rumores infundados» y al «muy lamentable nivel de tensión política»: al Gobierno «lo guía el deseo único […] de servir al pueblo en su conjunto […]. Contravendríamos burdamente nuestro deber si lleváramos a cabo esa reforma de la Constitución en beneficio exclusivo de determinados intereses políticos, corporativistas o económicos. La Constitución tiene por principio y por fin al ciudadano alemán, y no a no sé yo qué clase privilegiada»[234] —algo que, evidentemente, merece la pena recordar—.

Dicho lo cual, es hora de precisar en qué va a consistir la reforma del régimen. Como hemos visto, no es cuestión de restituir a un Hohenzollern en el trono, sino de corregir, para mejorarlo, el texto de 1919, haciéndolo más eficiente. Nadie discute que «el primer defecto reside en un parlamentarismo excesivo. Las decisiones importantes no pueden depender de una mayoría aleatoria». Por lo tanto, hay que compensar el poder de «la representación del

pueblo», el Reichstag, mediante el «refuerzo de los derechos del Reichsrat», la segunda cámara, equivalente al Senado y lugar de representación de los *Länder,* o bien mediante la «creación de una cámara corporativa»[235].

Para prevenir «el constante cambio de Gobierno», hay que «reformar el artículo 54 de la Constitución del Reich» y garantizar que «una fuerza gubernamental segura sea independiente de lo que hagan los partidos». En el futuro, prevenir esa inestabilidad gubernamental evitará «disoluciones que han llegado a ser demasiado frecuentes».

Por último, también debe revisarse el derecho de voto. Para favorecer mayorías conservadoras, parece pertinente elevar la edad de voto en cinco años, y volver así a la situación del antiguo régimen (derecho de voto a los 25 años). También es adecuado dar un «voto suplementario a quien alimenta a su familia y a los veteranos de la Gran Guerra, con el fin de subrayar la importancia que tiene el cabeza de familia para nuestro pueblo y de expresar la gratitud de la patria con los que combatieron en la guerra»[236].

El ministro espera que «los *Länder* y la representación nacional» sean capaces de convencerse de «la necesidad de las reformas» que deben llevarse a cabo, y advierte, no sin cierta amenaza latente, que «la forma en que el Gobierno del Reich proceda en estos asuntos va a depender de la evolución de la política interior en las semanas y meses venideros. No debe caber la menor duda, sin embargo, acerca de la resolución del Gobierno, que no traicionará su deber de reformar»[237], aunque llegara a ser derrotado en las elecciones legislativas del 6 de noviembre de 1932, hipótesis más plausible en aquella fecha.

Políticamente, por lo tanto, está claro que, desde el punto de vista del Gobierno, hay que despedirse de la democracia parlamentaria. La Constitución de 1919, como hemos visto, entrañaba ese riesgo, el de la inversión de la jerarquía de poderes entre el Parlamento, que tenía prioridad a ojos de los constituyentes, y el presidente, elegido

también por sufragio universal directo y dotado de prerrogativas considerables. El Gobierno de Papen toma explícitamente nota del cambio de la práctica constitucional del canciller Brüning a lo largo de dos años. El canciller y su entorno declaran abiertamente que el poder ya no reside en el Reichstag, sino en el palacio presidencial de la Wilhelmstrasse. Para esos católicos conservadores, y hasta reaccionarios, no se trata más que de una vuelta legítima al principio del poder personal, como bajo el antiguo régimen, que manifiestamente no han dado por finiquitado. Papen confiesa a Walther Schotte que «somos monárquicos en nuestra convicción más íntima»[238], pero, como también dice Gayl, aún no ha llegado el momento de romper con la forma republicana. Una República autoritaria se adapta muy bien a la situación y, afortunadamente, la encarnación de las instituciones en aquellos comienzos de los años treinta permite combinar el poder legal y el poder carismático en la persona de Hindenburg. Según Schotte, «el Gobierno puede contar con la *auctoritas* del presidente del Reich, a la que el canciller se encomienda explícitamente, y con la *potestas* que le es propia»[239]. La *auctoritas* es propia de la persona y el mito de Hindenburg, estatua del comendador y encarnación de la Prusia eterna. Su mano firma disposiciones que arman la *potestas,* es decir, el poder efectivo y coercitivo del Gobierno que dirige el país en su nombre y sobre la base de su autoridad.

La República autoritaria así trazada era un régimen presidencial, y el presidente, en su persona y en su función, se convierte, bajo la pluma de los «revolucionarios conservadores» que constituyen el entorno del canciller, en la única fuente de poder. «El Gobierno no puede seguir dependiendo del Parlamento y de los partidos; debe asentarse en la autoridad presidencial. Debe tener una base sólida en el poder del presidente, en la confianza depositada por el presidente en el Gobierno que él ha nombrado»[240]. Así se zanja la disputa de las legitimidades. Según la Constitución de Weimar, el Gobierno procede del Parlamento y de su mayoría, ya que debe gozar de su confianza (art. 54 y 56), pero procede asimismo del

presidente, que nombra al canciller y, a propuesta de este, a los ministros (art. 53). Lo que se perfila en el verano de 1932 es un Gobierno basado únicamente en el artículo 53, es decir, en la voluntad del presidente, que lo nombra y lo revoca a su antojo. La *potestas* del ejecutivo, por otra parte, debe basarse en lo sucesivo en el artículo 25 (derecho de disolución del Reichstag por el presidente) y el artículo 48-2 (decretos-leyes ejecutivos de carácter urgente sin otro requisito que la firma presidencial).

Lo que está definiéndose aquí es, sin más, un cambio de régimen y un golpe de Estado interpretativo, porque lo que está planteándose es una lectura y una práctica de la Constitución que no se corresponden en absoluto con la voluntad de la Asamblea Constituyente de Weimar, que había creado un régimen parlamentario (artículos 54 y 56), instituyendo un presidente como árbitro y garante en última instancia en caso de crisis mayor, contra la que podía actuar en virtud del artículo 48. Nunca se pretendió que la excepción se convirtiera en regla, ni que el estado de emergencia se convirtiera en derecho común.

Con la ayuda de la figura histórica de Hindenburg, lo que se formula es una verdadera mística del poder presidencial: «El poder del Estado pertenece al presidente del Reich, que ciertamente es elegido por el pueblo, pero solo es responsable ante Dios»[241]. Jurídicamente es algo disparatado, porque la Constitución no se refiere ni una sola vez a ningún dios, ni en el preámbulo ni en los 181 artículos que la componen. Los artículos 135 a 139, muy por el contrario, hacen de Alemania un Estado y una nación laicos, estipulando incluso que nadie puede imponer en ninguna circunstancia, sea cual sea, un juramento de carácter religioso (art. 136). Como mucho, deja abierta esa opción para el juramento del cargo de presidente del Reich (art. 42), que Hindenburg, protestante muy devoto, no evitó. Establecer el principio de una «responsabilidad ante Dios» es realmente extravagante, contrario tanto al espíritu como a la letra de la Constitución. Schotte retoma un poco más adelante el hilo reiterando que, si todo «descansa en el

poder y la autoridad del presidente del Reich», es, desde luego, porque este «ha sido elegido por el pueblo»[242]. Como república autoritaria, el «nuevo Estado» es un régimen plebiscitario que en otro lugar se calificaría fácilmente de bonapartista; para los pensadores de la «revolución conservadora», sin embargo, se trata de algo muy distinto. ¡Adiós a Francia, su soberanía popular y su contrato social! A semejanza de Spengler, Moeller y Jung, Schotte abomina de Francia, de sus principios y sus categorías, de su razón y su historia. Hay que romper con «la Francia de 1791, la Francia de la Gran Revolución, del liberalismo político y del atomismo, la Francia de Napoleón y de las grandes campañas militares imperialistas que golpearon Europa»[243]. Organicismo contra atomismo, autoritarismo contra liberalismo político, tradición contra revolución. Alemania, volviendo a sí misma, rompe con su antítesis, Francia, cuyo espíritu había permeado esa Constitución democrática y parlamentaria incompatible con su esencia. La presidencia de Hindenburg, roble vivo salido de los mejores bosques germánicos, ofrece el *kairós* de un regreso a sí mismo.

Hemos olido el incienso de una mística política bastante sorprendente en torno al poder presidencial, pero, más que en política interior, es en materia de geopolítica donde la inspiración religiosa está muy presente. Nada sorprendente en esos publicistas y políticos —por lo general, católicos—, que viven en un espacio interior orientado por la verticalidad de la trascendencia. De modo que su universo mental no es unidimensional, limitado a los imperativos de rentabilidad y crecimiento de los que, por otra parte, tanto les gusta hablar.

En varias ocasiones, el canciller evoca, o más bien invoca, «la idea del *sacrum imperium»,* llegando incluso a cerrar uno de sus grandes discursos con una singular perorata cuando, dirigiéndose a una asamblea de empresarios bávaros, espera que «la fuerza invisible del *sacrum imperium,* la idea indestructible del Sacro Imperio Germánico, se extienda por todas partes, desde los Alpes

hasta el Memel»[244]. Para quienes hayan podido sentirse desconcertados por esa referencia religiosa y medieval, Papen ofrece una grata exégesis en un discurso pronunciado pocos días después en Paderborn:

> La idea del *sacrum imperium,* del Sacro Imperio Germánico, de la que hablé en Múnich como aspiración de las generaciones futuras desde los Alpes hasta el Niemen, no nació en la era de las naciones. Tampoco es, contrariamente a lo que han afirmado algunos periodistas extranjeros, una idea «imperialista» en el sentido de que esté cargada de deseos de dominación hegemónica. Es más bien la expresión de una gran solidaridad entre los pueblos de Occidente, una solidaridad que la Iglesia católica ha contribuido a forjar a lo largo de los siglos, la expresión de una misión civilizadora alemana en el corazón de Europa sobre la que llamamos la atención de las jóvenes generaciones, más allá del materialismo de nuestro tiempo[245].

Misión civilizadora: algo que huele con demasiada insistencia a condescendencia colonial y, en contra de los desmentidos retóricos, a tentaciones hegemónicas dirigidas hacia (y contra) la Mitteleuropa —tentaciones que se inscriben bastante bien en la cultura de las élites económicas y militares alemanas—. Walther Schotte es muy consciente de esto y ofrece una glosa apaciguadora, tal vez lenitiva, de los entusiasmos geopolíticos y medievalizantes del canciller. «Papen no tiene ningún objetivo imperialista en Europa o para la raza blanca. Ve la misión de Europa desde su punto de vista cristiano y católico: tal misión es de carácter cultural, espiritual. Consiste en defender y mantener la civilización cristiana como forma de vida deseada por Dios»[246] y trabajar así por «la pacificación de Occidente»[247]. Se trata, por lo tanto, de «defender y mantener»: aquí es menos una cuestión de vector que de apoyo o, en términos de teología cristiana, de *katechon*. Ese detalle de la segunda carta de Pablo a los Tesalonicenses reviste una importancia capital para los cristianos, que se preocupan por pensar una filosofía de la historia en la que importan el libre albedrío y la acción humana, y en la que no todo se deja a la Providencia; también se preocupan por

fundamentar la acción y la institución en un pensamiento teológico-político. El *katechon,* literalmente el que retiene e impide temporalmente la venida del Maligno, lo identifican con el Reich los pensadores de la revolución conservadora, como el Dr. Wilhelm Stapler, antiguo alumno de Husserl, figura del *Hamburger Kreis* y editor de la revista *Deutsches Volkstum,* que escribe que «la esencia del Reich no es otra sino la responsabilidad apocalíptica (Tesalonicenses, II, 2, 6-7). Todo Estado tiene por finalidad garantizar el orden y la paz, pero el Reich persigue esa finalidad en un sentido muy particular»[248]. Carl Schmitt desarrollará esa idea, que convirtió en la piedra angular de toda concepción cristiana de la historia, en sus trabajos sobre derecho internacional, que culminaron en 1951 con *El nomos de la tierra:* «Creo en el *katechon*. Para mí, como cristiano, es la única manera de entender la historia y de encontrarle un sentido»[249].

---

[197] Kurt von Schleicher al latifundista de Pomerania Friedrich-Karl von Zitzewitz-Muttrin, citado en Walter Tormin *et al*., *Die Weimarer Republik*, Hannover, Fackerlträger Verlag, 1973, p. 220. Tibor Kövès, *Satan in Top Hat: The biographie of Franz von Papen,* 1941 [*Satanás con sombrero de copa. Biografía de Von Papen,* trad. del al. de A. Bray, Ateneo, México, 1952].

[198] Walther Schotte, *Das Kabinett Papen, Schleicher, Gayl*, Leipzig, Kittler, 1932, p. 86.

[199] Título citado.

[200] Walther Schotte, *Der neue Staat*, Berlín, Neufeld und Henius, 1932, p. 165, p. 114.

[201] Franz von Papen, en *Der neue Staat*, *op. cit*., p. 5.

[202] Walther Schotte, *Der neue Staat*, *op. cit*., p. 94.

[203] *Ibid*., p. 94.

[204] *Ibid*., p. 96.

[205] *Ibid*.

[206] *Ibid*.

[207] *Ibid*., p. 97.

[208] Walther Schotte, *Das Kabinett Papen-Schleicher-Gayl*, *op. cit.*, p. 64.

[209] *Ibid*., pp. 155-156.

[210] *Ibid.,* p. 153.

[211] *Ibid.,* p. 154.

[212] *Ibid*.

[213] *Ibid*., p. 156.

[214] *Ibid*., p. 149.

[215] *Ibid*.

[216] *Ibid*., p. 150.

[217] *Ibid*., p. 155.

[218] *Ibid*., p. 156.

[219] «Los tres gatitos», buen ejemplo de anadiplosis:

> *Trois p'tits chats (ter), chats, chats*
> *Chapeau d' paille (ter), paille, paille*
> *Paillasson (ter), son, son…*

No encontramos canción-juego en español que sea equivalente, ni por el mecanismo creativo infinito y con tantas variantes como imaginarse pueda, ni por la popularidad y extensión. (*N. de los TT.)*

[220] Franz von Papen, «Rede des Reichskanzlers auf der außerordentlichen Tagung des Bayerischen Industriellenverbandes in München am 12. Oktober 1932», Akten der Reichskanzlei, R 43 I/1903, f ° 73 y ss.

[221] *Ibid*.

[222] Walther Schotte, *Der neue Staat*, *op. cit*., p. 124.

[223] *Ibid*.

[224] Wilhelm Freiherr von Gayl, «Rede des Reichsministers des Innern auf dem Jahresbankett des Vereins Berliner Presse am 28. Oktober 1932», BArch, R 43 I/2480, f ° 272-274.

[225] Gabriel Seiberth, *Anwalt des Reiches. Carl Schmitt und der Prozess «Preussen contra Reich» vor dem Staatsgerichtshof*, Berlín, Duncker & Humblot, 2001.

[226] Wilhelm Freiherr von Gayl, «Rede des Reichsministers des Innern auf dem Jahresbankett des Vereins Berliner Presse am 28. Oktober 1932», discurso citado.

[227] *Ibid*.

[228] *Ibid*.

[229] Gabriel Seiberth, *Anwalt des Reiches*, *op. cit*.

[230] Wilhelm Freiherr von Gayl, «Rede des Reichsministers des Innern auf dem Jahresbankett des Vereins Berliner Presse am 28. Oktober 1932», discurso citado.

[231] *Ibid*.

[232] Walther Schotte, *Der neue Staat*, *op. cit*., p. 120.

[233] Wilhelm Freiherr von Gayl, «Rede des Reichsministers des Innern auf dem Jahresbankett des Vereins Berliner Presse am 28. Oktober 1932», discurso citado.

[234] *Ibid*.

[235] *Ibid*.

[236] *Ibid*.

[237] *Ibid*.

[238] Walther Schotte, *Der neue Staat*, *op. cit*., p. 37.

[239] Walther Schotte, *Das Kabinett Papen, Schleicher, Gayl*, *op. cit*., p. 88.

[240] Walther Schotte, *Der neue Staat*, *op. cit*., pp. 33-34.

[241] *Ibid*., p. 45.

[242] *Ibid*., p. 117.

[243] Walther Schotte, *Das Kabinett Papen, Schleicher, Gayl*, *op. cit*., p. 61.

[244] Franz von Papen, «Rede des Reichskanzlers auf der außerordentlichen Tagung des Bayerischen Industriellenverbandes in München am 12. Oktober 1932», Akten der Reichskanzlei, R 43 I/1903, f ° 73 y ss.

[245] Franz von Papen, «Rede des Reichskanzlers vor Vertretern der westdeutschen Wirtschaft in der Paderborner Schützenhalle am 16. Oktober 1932, 11.30 Uhr», BArch, R 43 I/1144, f ° 318-321.

[246] Walther Schotte, *Das Kabinett Papen, Schleicher, Gayl*, *op. cit*., p. 61.

[247] *Ibid*., p. 62.

[248] Wilhelm Stapel, «Das Reich. Ein Schlusswort», en *Deutsches Volkstum*, 1933, p. 183.

[249] Carl Schmitt, *Glossarium,* 19 de diciembre de 1947.

7
«PERO ¿CÓMO PIENSAN USTEDES GOBERNAR?»

Las elecciones parlamentarias del 31 de julio de 1932 fueron un desastre total para el Gobierno y, sobre el papel, y en la primera página de los periódicos, los nazis fueron los grandes vencedores. En su diario, sin embargo, Goebbels señala con evidente enfado que «ya tenemos los resultados. Hemos avanzado una insignificancia»[250]. Goebbels no menciona, por supuesto, los espectaculares avances logrados desde las anteriores elecciones al Reichstag, menos de dos años antes: diecinueve puntos más y, en cifras absolutas de votos, un aumento del 115 %, lo que no es en modo alguno un *Kleinigkeit.* Compara los resultados de las elecciones legislativas del 31 de julio con los de las elecciones presidenciales del 13 de marzo y el 10 de abril. En la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, con una participación del 83,5 %, el 36,8 % de los votos fueron para Hitler, es decir, 13 418000 papeletas. El 31 de julio, con una participación del 84 %, 13 700000 votantes votaron por el NSDAP, un aumento de 282000 votos y 0,5 puntos. O sea, una bagatela.

El doctor en literatura Joseph Goebbels no se anda con rodeos a la hora de describir el resultado: es, como le gusta decir, «para vomitar» *(zum Kotzen),* porque el «marxismo» sí que «ha ganado mucho», cosa que no es evidente si se tiene en cuenta la caída de 2,9 puntos del SPD y la ganancia de 1,2 puntos del KPD —más del doble que los nazis, cierto es—. Goebbels recuerda también aquí que Thälmann había obtenido un 10,2 % el 10 de abril de 1932, y que el 14,5 % de los votantes habían votado al KPD en las legislativas: un salto sustancial, pero más o menos igual que en la primera vuelta de las presidenciales, en marzo (13,2 %).

Goebbels toma nota de las reacciones en la «Casa Parda», sede del partido nazi en Múnich, y hace una síntesis de los análisis: «Resultado: ahora tenemos que ejercer el poder ¡y erradicar el marxismo, sea como sea! […] No conseguiremos la mayoría absoluta, de modo que tenemos que elegir otra vía». Se habla de una alianza con el Zentrum, «que puede inclinar la balanza en el Parlamento», pero el ambiente es sombrío, incluso depresivo. A pesar del éxito, Goebbels y la jerarquía del NSDAP, que saben leer cuadros y gráficos, son conscientes de que se ha tocado techo y que ahora el partido va a estancarse, si no se hunde en las próximas elecciones. «Pero al fin y al cabo —concluye, para darse ánimos— aquí seguimos, y algo podemos hacer»[251].

Es urgente, porque el fruto de la movilización militante y política, que está maduro, va a hacerse rápidamente papilla este verano de canícula, sobre el que Goebbels comenta que hace «un calor de horno»[252] hasta en Baviera. El riesgo es que negociaciones e intrigas «nos pongan hechos unos basiliscos» y, más aún, que todo el mundo se vuelva «loco» porque el éxito esperado no ha llegado y porque a Hitler no lo han llamado a la Cancillería: «Ahora necesitamos el poder. Tenemos que gobernar y demostrar de lo que somos capaces. No hay que mirar hacia otro lado. O es la oposición a muerte o es el poder. Ni hablar de tolerar el Gobierno, eso nos mataría. Hitler piensa lo mismo. Todo está tranquilo en Berlín y he vuelto a dormir a pierna suelta. Bueno, ahora ya vacaciones», escribe el 2 de agosto.

Las reflexiones estratégicas y los cálculos tácticos van a toda máquina en Tegernsee, donde Hitler «se quedará hasta el miércoles». «Estamos pensando. Decisiones importantes. Por la vía legal, con el Zentrum. Es nauseabundo […]. Le damos vueltas, pero no llegamos a nada […]. Tiene que pasar algo de una vez», porque, de todas formas, «no estamos disfrutando nada estas vacaciones». Dos días después, el 7 de agosto, Hitler se reúne con Schleicher, que sigue siendo el artífice de ardides y combinaciones, para «presentarle nuestras exigencias», porque el NSDAP, que ya es el

primer partido en el Reichstag, debe entrar en el Gobierno según la lógica parlamentaria de la Constitución de 1919 y la práctica institucional hasta marzo/julio de 1930: «Frick en Interior, Göring en la Fuerza Aérea, Strasser en Trabajo, Goebbels en Educación y Hitler como canciller. De modo que: todo el poder o nada, así son las cosas, no vamos a andar escatimando». Cree que los barones cederán. «¿Y el viejo?»[253]. En opinión de Goebbels y de Hitler, los «barones» del Gobierno son unos blandos; pero, desde 1930 y la inauguración de una práctica presidencial del poder, todo depende, en efecto, del «viejo».

Las conversaciones entre Hitler y Schleicher resultan fructíferas y «el jefe» se muestra confiado: «Todo está en orden, dentro de una semana el asunto quedará resuelto. El jefe será canciller y ministro-mariscal de Prusia; Strasser será ministro del Interior para el Reich y para Prusia; Goebbels será ministro de Cultos en Prusia y ministro de Educación para el Reich; y Darré será ministro de Agricultura para ambos. Frick será secretario de Estado de la Cancillería; Goering se encargará de la Aviación; se mantiene Justicia[254]; Warmbold se encargará de la Economía; Krosigk se encargará de las Finanzas y Schacht estará al frente del Reichsbank. Un gabinete de buena gente. Si el Reichstag se niega a aprobar la Ley de Habilitación, habrá que mandarlo a su casa. Hindenburg quiere morir con un gabinete nacional»[255]. Goebbels no oculta su emoción: «Aún no termino de creérmelo. Estamos a las puertas del poder. Hay que mantener la calma, no flaquear. Ser valientes. Ha llegado la hora decisiva. Magda está muy contenta. Y yo también»[256]. Ahora es cuestión de poder y también de felicidad doméstica: Magda Goebbels va a dar a luz a su primer hijo a finales de mes. Una niña, Helga. Guapa, despierta e inteligente, Helga nunca llegaría a cumplir 13 años. Fue asesinada por su madre mediante una inyección de morfina en lo más profundo del búnker el 1 de mayo de 1945, junto con sus hermanos: Hildegard, de once años, Holde, de ocho, Hedwig, de siete, Heidrun, de cuatro, y su hermano Helmut, de nueve.

Piensa uno en esos niños cuando se lee, en palabras de su padre, que adoraba a Helga e hizo de Holde, nacida prematuramente en 1937, de salud frágil y algo apartada siempre de sus hermanos, su hija preferida, esta frase terrible: «Nunca entregaremos el poder. Lo que tendrán que sacar de aquí será nuestros cadáveres»[257]. El Ejército soviético se hizo cargo el 2 de mayo de 1945, después de descubrir los seis cuerpos en camisón, con el pelo de las niñas decorado con lazos de fiesta.

Pocos días después, sin embargo, el ambiente seguía siendo optimista: el 11 de agosto, fiesta de la Constitución de Weimar, Goebbels señala que «es la última, démosles esta pequeña alegría». La velada en las montañas, en Obersalzberg, es «maravillosa». «Hay estrellas fugaces. Nos deseamos felicidad y libertad»[258]. Pero una llamada telefónica de Werner von Alvensleben, hombre de negocios y de confianza de Schleicher, fundador de la Unión Alemana para la Defensa de la Civilización Occidental *(sic)* y primo del futuro general de las SS Ludolf-Hermann von Alvensleben, íntimo amigo de Himmler, viene a enfriar el ambiente de aquella noche de vacaciones: «¡Estos señores quieren negociar como chalanes! [...] Hitler lo pone en su sitio, ¡bravo! No hay que soltar nada, no hay que perder los nervios. También hay que maniobrar con los SA, eso anima», porque todas esas SA «alrededor de Berlín ponen un poco nerviosos a estos señores. Eso es lo que se pretende»[259]. ¿Qué puede esperarse de las negociaciones con Wilhelmstrasse? En cualquier caso, escribe Goebbels, «ahora es todo o nada». Adiós a Baviera, camino de Berlín: «Nos levantamos temprano y volvemos a casa: se acabó lo bueno»[260].

Va a ser imprescindible ser cautos con Schleicher y Papen. La solución amistosa parece desvanecerse, ya no quieren «darle a Hitler la Cancillería, a pesar de que era una condición *sine qua non*». Así es que «siempre podemos asustarlos con el Zentrum», es decir, con una coalición negro-parda entre el NSDAP y el Partido del Centro, hipótesis que se baraja para el Gobierno del Reich, que tendría entonces mayoría, como en Prusia. Esa es la vía prevista en el caso

de que los «barones» no quieran un «gabinete presidencial», respaldado por el artículo 48-2, con los nazis: «Si no se nos otorgan todos los poderes que necesitamos para ajustarle las cuentas al marxismo, nuestra llegada al poder no tiene ningún sentido»[261]. El acceso al poder debe ser legal, pero luego, como dijo Hitler ante los jueces, «rodarán cabezas».

Hacia el 10 de agosto, las especulaciones y las negociaciones van en todas direcciones: el poder parece perdido, «la Wilhelmstrasse está dispuesta, y luego ya no», mientras que Ernst Röhm se afana con Schleicher y Papen, dos militares de carrera, como él, a los que tenía el encargo de «sondear»[262]. Schleicher se divierte con ese capitán del Reichswehr al que Goebbels llama respetuosamente *Stabschef,* jefe del Estado Mayor de las SA, un hombre de guerra cosido a cicatrices, de carácter sanguíneo, brutal, orquestador de las violencias cometidas a diario por las Secciones de Asalto, pero manso como un cordero ante la jerarquía, que reverenciosamente espera en el antedespacho a que lo reciba *der General* y solicita formalmente audiencia con él, en los modos exigidos por la costumbre y los manuales de instrucción.

Röhm es el encargado de negociar los plenos poderes, porque sin ellos Hitler no puede «hacerse dueño de la situación». De manera que, si no los consigue, «debe negarse, pero, si se niega, la consecuencia será una gigantesca depresión en el partido y en nuestro electorado»[263], porque militar y votar son, a todas luces, cosas que no sirven para nada.

En un régimen ultrapresidencialista como el que ha decidido la práctica institucional desde 1930, todo depende de los cálculos y opciones del Gobierno y del presidente que lo mantiene vivo con su firma: la colaboración entre Papen y Hindenburg es, en este sentido, ejemplar en términos de confianza y de fluidez, asegurándole con regularidad al canciller la obtención de disposiciones en blanco, que el presidente del Reich firma en Neudeck durante las visitas del hombre que se ha convertido en su favorito en el espacio de unas pocas semanas.

El Gobierno se reúne en consejo de ministros el 10 de agosto de 1932, para tratar asuntos urgentes: la oleada de terror político, puesto que los actos de violencia y los asesinatos no habían cesado con las elecciones, y el resultado de los nazis había otorgado a las SA y las SS una sensación de poder y de inmunidad sin precedentes, combinada con la exasperación, incluso la rabia, por no ver a Hitler llamado a dirigir el Gobierno. Los nazis están furiosos: se habían aferrado al legalismo desde el fiasco sangriento del *putsch* de 1923, y ahora es el Gobierno el que ya no respeta la legalidad. La lógica institucional de un régimen parlamentario dicta que debe llamarse al jefe del partido mayoritario o de la coalición en el poder, aun a riesgo de que el Parlamento se niegue a otorgarle su confianza. Sin embargo, desde marzo de 1930, la práctica constitucional es presidencialista y Hindenburg, acostumbrado ya a elegir a su canciller a su antojo y sin tener en cuenta la afiliación partidista, se muestra reacio a nombrar a Hitler. El otro asunto urgente incluido en el orden del día del Consejo es precisamente la cuestión política: cómo gobernar y con quién, o más claramente, cómo mantenerse en el poder, porque Papen, Schleicher y sus colegas tienen claro que, habiendo sido nombrados el pasado 4 de junio y teniendo un programa, el del *neuer Staat,* no es cuestión de ceder las carteras y la gestión del Estado.

El acta de la reunión del 10 de agosto es muy esclarecedora en cuanto a los análisis y las motivaciones de los distintos ministros con peso; en el caso que nos ocupa, además de Papen, Schleicher y Gayl, tal vez los ministros de Economía (Warmbold) y Finanzas (Krosigk), que perfilan el horizonte temporal de la acción de Gobierno. Sus intervenciones recuerdan, en efecto, que en noviembre de 1932 van a celebrarse elecciones en Estados Unidos y que los economistas esperan un vuelco de la coyuntura estadounidense y mundial, puesto que, como es razonable imaginar, Herbert Hoover será derrotado y saldrá elegido Franklin Roosevelt, y una política de reactivación masiva va a permitir superar la depresión, dado que los efectos del plan estadounidense se

combinarán con los del plan alemán. En otras palabras, hay que aguantar hasta la primavera de 1933, una opinión compartida anteriormente por Brüning (que veía un horizonte en el verano-otoño de 1932) y ahora también por Schleicher.

Como sucede a menudo, es Kurt von Schleicher, ministro de las Fuerzas Armadas, quien expone con toda claridad la alternativa política: el Gobierno puede «permanecer en funciones con una composición invariable», lo que implica ponerse en formación de «combate» contra las oposiciones en el Reichstag, apostando por un futuro a medio plazo; en este caso, «por realizaciones concretas a la larga», resultados económicos y sociales que no dejarán de granjearle «la mayoría que necesita a largo plazo»[264]. Esa opción es la más costosa en términos de tiempo, aunque también —explica Gayl— en términos de legalidad, ya que ganar tiempo requiere tomarse algunas libertades con la Constitución. El segundo término de la alternativa es una «negociación con los nazis sobre la entrada de algunos de ellos en el Gobierno, en alguna forma aún no definida», la «solución más fácil», pero que solo puede ser verdaderamente decisiva si el propio Hitler acepta entrar en el Gobierno.

El análisis más frío de los resultados electorales queda formulado por el barón Wilhelm von Gayl, ministro del Interior, que identifica tres tercios socioelectorales, tres bloques que dividen la Asamblea: «Puede atribuirse un buen tercio de los votantes a los nazis […]. La izquierda obrera organizada en el SPD, con los comunistas, es ligeramente menos fuerte. Entre esos dos pilares, está el centro como fuerza importante», el Zentrum, un partido católico de centro-derecha que está derivando con toda claridad hacia la derecha, pero que permanece intocable con un 15 % de los votos; y, más allá de este único partido, otras fuerzas constitutivas del «centro» político de la asamblea, los partidos de ese «centro burgués» *(bürgerliche Mitte)* en el que el Gobierno desea apoyarse, pero que se erosiona cada vez más. Problema: el Zentrum, que los partidarios de la caída de Brüning incluían en su aritmética electoral, se tomó muy mal la

caída de su canciller, la destitución de sus ministros y la traición de Von Papen.

Se queda uno estupefacto ante la desfachatez y la inconsecuencia de la camarilla y de Papen: los «gabinetes presidenciales» llevaban dos años trabajando en armonía con el Reichstag, gracias a la «política de tolerancia» del SPD, que bloqueaba sistemáticamente las mociones de censura y el rechazo de las resoluciones, y descartaba cualquier perspectiva de deponer al presidente del Reich. Como Hindenburg y Schleicher no podían seguir tolerando ese apoyo de la izquierda, se hizo urgente una evolución *nach rechts,* hacia la derecha: la disolución del 4 de junio solo puede entenderse sobre un trasfondo de cálculo político: el «gabinete de los barones» contaría con el apoyo de una alianza de la derecha y la extrema derecha, con o sin el DNVP, imprevisible en razón de las ambiciones mal definidas de Hugenberg, pero sí, indudablemente, con el Zentrum y los nazis. Falló.

¿Qué hacer? Aliarse con los nazis y respetar los resultados de las urnas confiándoles el poder entraña un peligro: «Si un Gobierno dirigido por nazis se hiciera con el timón, provocaría una resistencia feroz por parte de la izquierda. Los comunistas pasarían inmediatamente a estructurar un frente antifascista, cuya consecuencia sería una lucha a muerte, con actos terroristas de una intensidad insospechada. Es tranquilizador constatar, con el ministro de las Fuerzas Armadas, que nuestras fuerzas militares no estarán por entero del lado de los nazis. Pero si los nazis tienen el Gobierno en sus manos, dispondrán de todos los medios del Estado, y es probable que los utilicen para vengarse de la forma como ellos han sido reprimidos hasta el momento. El hecho de que un Gobierno deba estar por encima de los partidos es algo que probablemente aún se les escapa a los dirigentes de ese partido»[265]. Habría muchos puntos que comentar en esa intervención del ministro, reveladora de una cultura política que plantea como ideal el aparato gubernamental —el de un gabinete de altos funcionarios, de técnicos, independientes de los partidos—, alimentado de prejuicios

favorables al «bando nacional», injusta y desproporcionadamente «reprimido» por el Estado, pero circunspecto frente al extremismo de los nazis, ninguna de cuyas ideas, por consiguiente, parece encontrar crítica o repudio claro, siendo cuestionable únicamente su forma de expresión, a través de la violencia y la hipertrofia retórica.

Gayl identifica un peligro en la izquierda: el de la «resistencia antifascista» y los actos «terroristas» que la acompañarían; ese riesgo de guerra civil provocada por la izquierda es, en definitiva, el principal argumento que se plantea contra un Gobierno del NSDAP. Por suerte, el Gobierno dispone de la fuerza armada, la del Reichswehr y la policía —recordemos que el reciente «golpe de Prusia» puso a los novecientos mil efectivos de la policía prusiana bajo las órdenes directas del canciller y comisario del Reich Von Papen—. En su discurso, Schleicher tranquilizó a sus colegas sobre el estado de ánimo de las fuerzas del orden y las fuerzas armadas del país: «En el caso» de que el Gobierno se enfrentara a una mayoría hostil en el Reichstag para mantenerse en el poder y, por consiguiente, dependiera de un modo u otro de la fuerza, el ministro «desea subrayar muy especialmente que *ya no* existe ningún riesgo de que la fuerza pública no se ponga del lado del Gobierno. El ejército y la policía trabajarán sin tregua en favor del Gobierno, porque en sus filas no se tiene ya la impresión de que el movimiento nacional haya sido reprimido. Por el contrario, se muestran convencidos de que cada partido político ha tenido una oportunidad honrada *(eine faire Chance)* de ganar. El ejército, en particular, estará dispuesto a marchar contra quienquiera que se oponga a la autoridad del Gobierno». Estos dos pasajes sobre las fuerzas del orden van de la mano con las observaciones del diario de Goebbels, que en varias ocasiones señala la amabilidad, incluso la parcialidad, de la policía en favor de los nazis[266].

Papen, Gayl y Schleicher, como vemos, les dieron garantías a los nazis (derogación de la prohibición de las SA y las SS, disolución, asignación de un espacio de radiodifusión en las ondas estatales que Goebbels y Strasser supieron aprovechar al máximo, moderación por

parte de la policía y la judicatura a la hora de enfrentarse a los matones y asesinos nazis, etc.), les dieron una *faire Chance* de defenderse políticamente, no solo para ganárselos *(zähmen),* sino también para enviar un mensaje a los policías y militares, sensibles al «movimiento nacional» e indignados porque a veces se trate a los patriotas como a los comunistas. El Gobierno se aseguró así la fidelidad de las tropas y, una vez calculadas sus fuerzas, puede trabajar en la hipótesis dictatorial: por la fuerza, contra el Reichstag.

Recurrir a la fuerza y a la violación de la Constitución es algo que plantea abiertamente en el Consejo de Ministros el propio ministro del Interior, que, en su calidad de «ministro de la Constitución», debe pronunciar al día siguiente un discurso con motivo del «Día de la Constitución»: la celebración del 11 de agosto, que conmemora la promulgación en Weimar de la Ley Fundamental y es, desde 1919, día de fiesta nacional… Gayl considera que «la situación económica», así como la inestabilidad de un posible tándem formado por el NSDAP y el Zentrum —tándem que, en su opinión, está condenado al fracaso—, significan que «el Gobierno tiene que mantenerse en su puesto *(ausharren)*», lo que viene a ser «librar una batalla a vida o muerte». «En definitiva, se habla aquí de una revolución desde arriba *(von oben)*», una fórmula clásica en Alemania desde los años 1807-1813 y las décadas de reacción posteriores a 1848, episodios resumidos por una famosa frase de Bismarck que indica que cualquier revolución en Alemania la hacen los príncipes y los Gobiernos, sin el pueblo o incluso contra el pueblo.

Con eso el ministro del Interior defiende abiertamente la opción de un golpe de Estado, un *putsch* consistente en «disolver de nuevo el Reichstag y aplazar *sine die* las elecciones», porque un nuevo escrutinio conduciría, sin duda, al mismo resultado que el deplorado por el Gobierno: «El Gobierno tendrá que actuar según le dicte su conciencia, así como el bien del pueblo. Entraremos sin duda en conflicto con la Constitución, pero eso será asunto del presidente del Reich», a quien habrá que «preguntar si está dispuesto a tomar las riendas de la situación con el actual gabinete». Los diferentes

ministros se muestran de acuerdo con Schleicher y Gayl: una línea de combate, una política de relanzamiento económico y la espera de resultados positivos. Papen resume así las cosas: «Encontrar una vía para mantener el máximo poder posible en manos del Gobierno actual», cuya política es la correcta, como demuestra el apoyo de «amplios círculos» bien informados. En respuesta a una última observación de su ministro del Interior, que desea reiterar que «no debe contemplarse en ningún caso la posibilidad de confiar la dirección del Gobierno a los nazis», Papen replica que «las próximas negociaciones aclararán esa cuestión».

A la luz de tales propósitos, es más fácil comprender el creciente desasosiego de los nazis, del que se hace eco puntualmente el Diario de Goebbels. En Caputh, la residencia de Goebbels en el idílico entorno del lago Wannsee y el río Havel, al oeste de Berlín, Hitler recibe información de las conversaciones entre Röhm, Schleicher y Papen la noche del 12 de agosto. Las noticias no eran buenas, porque no parecía que la concesión de la Cancillería al «Führer» siguiera estando en el orden del día, contrariamente a lo que Schleicher había asegurado hacia el 5 de agosto. Hitler «pasa el final de la tarde dando vueltas por su habitación y por la terraza. Se ve que es algo que lo está preocupando. La decisión que mañana tendrá que tomar es de una importancia terrible». De hecho, el 13 de agosto invitan oficialmente a Hitler a reunirse con Papen y Schleicher, a las doce del mediodía, y luego con el mariscal del Reich. En la serie de consultas políticas, les llega el turno a los nazis, con la esperanza —dictada por la práctica parlamentaria— de que al jefe del primer partido en el Reichstag sea a quien invitan a formar Gobierno.

Ese 13 de agosto entra en la historia del NSDAP como el «drama del 13 de agosto» y quedará erigido en referente cronológico en las reflexiones privadas y las declaraciones públicas de la jerarquía del partido, convirtiéndose el «13 de agosto» (de 1932) más o menos en lo equivalente al «9 de noviembre» (de 1923), sin heroísmo ni muerte. A Hitler le ofrecen «la vicecancillería», un «descaro

imposible» porque se ve perfectamente que detrás hay una clara «intención de desgastarlo, tanto a él como al partido»[267], encadenándolo a responsabilidades de Gobierno y a una política sobre la que no tendrá ningún control. Fracaso: «Tantas negociaciones para nada», señala Goebbels. La reunión con Hindenburg apenas resulta más fructífera: «El Führer se va con el Dr. Frick y el jefe del Estado Mayor Röhm […]. A la media hora escasa ya está de vuelta. Un fracaso. Rechazo total […]. Estamos de nuevo en la oposición […]. Imaginar que el Führer pudiera ser vicecanciller de un gabinete burgués de derechas es demasiado grotesco para tomárselo en serio»[268].

La reunión con Hindenburg estuvo meticulosamente protocolizada por el secretario general de la presidencia del Reich, Dr. Otto Meissner, aunque también por los nazis, que protestaron enérgicamente contra el comunicado oficial enviado a la prensa por los servicios de Meissner. De hecho, el comunicado quedó redactado a la manera del «telegrama de Ems», una manipulación de prensa con la que Bismarck pretendía humillar al embajador de Francia y provocar a Napoleón III, que en aquel entonces (julio de 1870) entró al trapo y le declaró la guerra a Prusia. Hablar de Ems es, sin duda, hablar de guerra: ¿la intención es llevar a los nazis a la ilegalidad?

Goebbels constata lo difícil que resulta mantener bajo control a las SA, que están impacientes y listas para luchar, porque, si la vía legal no lleva a ninguna parte, más vale empezar a soltar golpes, disfrutar cargándose comunistas o incluso tomar el poder por la fuerza. Siente simpatía por Röhm y es consciente de lo compleja que es su tarea y la de sus subordinados. «¿Quién sabe si podrán retener a sus formaciones? No hay nada más difícil que decirle a una tropa segura de la victoria que el éxito acaba de escapársele de las manos. Un deber muy amargo, pero algo por lo que había que pasar»[269], porque la jerarquía nazi no quería correr el riesgo de una violencia masiva, susceptible de alejar a una gran parte de su

electorado, que vota por el orden y asocia comunismo con disturbios civiles.

El comunicado oficial es mordaz: «El mariscal del Reich Von Hindenburg recibió esta tarde, en presencia del canciller del Reich Von Papen, al *Führer* del NSDAP Adolf Hitler para hablar de la situación política y de la remodelación *(Umbildung)* del Gobierno del Reich», estando el término «remodelación» particularmente fuera de lugar después de semejante derrota electoral.

Sin ninguna consideración particular, el comunicado afirma que el mariscal preguntó «a Hitler» *(sic)* si «estaría disponible para incorporarse, junto con otras personalidades cualificadas del NSDAP, a un Gobierno dirigido por el canciller del Reich Von Papen. El señor Hitler respondió negativamente y formuló la exigencia de que el mariscal del Reich le confiara la jefatura del Gobierno del Reich y el poder total del Estado en su conjunto *(sic)*. El presidente del Reich, Von Hindenburg, rechazó resueltamente esa exigencia, señalando que, como responsable ante su conciencia y ante el país, no podía confiar la totalidad del poder gubernamental al movimiento nazi, que lo utilizaría de modo unilateral». El comunicado reprocha a Hitler que no apoye un «Gobierno nacional» y lo insta a liderar una «oposición caballerosa», una «seria advertencia del mariscal del Reich». El secretario de Estado Erwin Planck, secretario general de la Cancillería del Reich e hijo del físico Max Planck, estuvo presente en las reuniones y comunicó a su predecesor Hermann Pünder, «bajo secreto», que sus servicios habían querido efectivamente «enviar un telegrama de Ems» y que, en realidad, «Hitler nunca pidió el poder total […]. El presidente del Reich no tenía ninguna intención de dar la Cancillería a los nazis, no siente ningún respeto por el cabo de Bohemia y le ha parecido repugnante tener que estrechar la mano al fusil que se carga por la culata *(Hinterlader)*»[270], un juego de palabras de una grosería extrema para referirse a Ernst Röhm, militar de carrera y homosexual notorio.

Hitler y los dirigentes del NSDAP estaban fuera de sí y enviaron un requerimiento de corrección a la Cancillería y a la presidencia[271];

el escrito iba dirigido también al hombre de enlace, el bueno del «general Schleicher, que trata de no cortar lazos (algo muy en consonancia con su carácter)»[272]. Con «la expresión de su más alta consideración», Hitler exige la retirada del comunicado y la difusión de un relato más exacto de la verdad de los hechos, so pena de ver publicado el comunicado firmado por Hitler, Frick y Röhm el 15 de agosto —que fue lo que se hizo, ya que la presidencia y la Cancillería no dieron curso al requerimiento—. Los jefes nazis explican en su escrito que pidieron la Cancillería, pero en ningún caso «la totalidad del Gobierno», cuya composición debe aún ser objeto de «negociaciones». Hindenburg lo lamenta, recuerda que «cumplió sus promesas» al NSDAP y «tiende la mano al camarada de guerra»[273] que es el veterano Hitler. La transcripción corresponde con bastante exactitud a la redactada para archivo por el secretario de Estado Meissner, precisando incluso Hindenburg que le tendía la mano como «camarada» porque «nuestros caminos pueden volver a cruzarse en el futuro», palabras amistosas que el viejo mariscal subraya: «Somos viejos camaradas y aspiramos a seguir siéndolo»[274]. Los documentos difieren en la cuestión del Gobierno. Meissner señala que Hitler reclamó la Cancillería y «la dirección del Estado en su conjunto», pero no aparece ninguna indicación sobre la composición del Gobierno, y nada señala que Hitler exigiera que todos los ministros fueran del NSDAP; de hecho, las reflexiones de los dirigentes nazis indican incluso lo contrario. En cualquier caso, como la voluntad de Papen, Schleicher, Gayl y Hindenburg era aceptar únicamente una contribución nazi al Gobierno, las exigencias de Hitler vienen a ser desorbitadas. Meissner recoge asimismo el contenido de un intercambio más acalorado que tuvo lugar después de la audiencia, «en el pasillo», entre los emisarios nazis y el canciller. Hitler anuncia una oposición sin piedad y advierte que la situación solo puede desembocar en su acceso a la Cancillería o en «la caída del presidente del Reich *(zum Sturz des Reichspräsidenten)*»[275]. El acta firmada por Hitler, Frick y Röhm da

cuenta, en efecto, de un tenso cruce de palabras entre Papen y Hitler:

> A. HITLER: Pero ¿cómo piensan ustedes gobernar? ¿Cree el Gobierno que puede gobernar con el Reichstag?
> F. VON PAPEN: ¡El Reichstag! ¡Me asombra que ustedes, precisamente ustedes, sigan concediendo el más mínimo valor al Reichstag! Voy a comprometer todo el poder del Estado contra la extrema izquierda y contra la extrema derecha, ¡sin diferencia de ninguna clase!
> DR. FRICK: Entonces, señor canciller del Reich, ¿quiere establecer una dictadura militar sin apoyo popular?[276]

No habrá un Gobierno de Hitler. Al menos, no todavía, porque Hindenburg no quiso quemar sus naves y porque, si se observa con algo de atención, lo que los dirigentes del partido nazi tienen en mente —un Gobierno de Hitler sobre la base de una coalición de derecha y extrema derecha— es precisamente lo que iba a ocurrir pasados unos meses, y es precisamente lo que la dirección del partido nazi espera arrebatarle a Hindenburg. «Vamos a luchar. La Wilhelmstrasse acabará cediendo. Papen no es Cromwell y, al final, es la fuerza y la determinación lo que vence todos los obstáculos […]. Nuestro partido es tanto más fuerte cuanto que le va mal. La Wilhelmstrasse no dará crédito a sus ojos: saldremos de todo esto victoriosos»[277], señala Goebbels, que, tras horas de dictar órdenes, escribir a máquina y preparar editoriales, se consuela, pasada la medianoche, «leyendo la correspondencia de Federico el Grande».

El siguiente hito político es la reunión del Reichstag elegido el 31 de julio, con una sesión inaugural programada para el 30 de agosto. Mientras tanto, el Gobierno permanece ocupado en afinar sus disposiciones económicas y, al mismo tiempo, en medirse con el partido nazi, cuyo aparato al completo se moviliza por cinco miembros de las SA condenados a muerte tras el asesinato, en condiciones atroces, de un militante comunista al que habían despertado en plena noche y apaleado, pisoteado, con el pulmón perforado por un disparo y la nuez aplastada a taconazos… El

«asesinato de Potempa» horroriza a Alemania, pero también une las filas nazis, poniendo por otra parte de manifiesto que los cuatrocientos mil SA no podrán ser retenidos por mucho tiempo, ahora que tanto dudan de la estrategia electoralista de Hitler[278]. En ese clima execrable, se decide soltar lastre ante la amenaza explícita de una insurrección nazi, puesto que Hitler ha decidido alzar la voz sobre dos asuntos: exige gracia para los asesinos, cuya pena queda conmutada por la de cadena perpetua, y estudia la forma de conservar el poder.

El Gobierno, consciente de que el NSDAP está irremediablemente *auf Oppositionskurs*, considera que la vía ilegal esbozada por el ministro del Interior en la reunión del Consejo de Ministros del 10 de agosto es la única para mantenerse en el poder. Los juristas del Ministerio de las Fuerzas Armadas trabajan en ello en torno a Schleicher; también el profesor Carl Schmitt y su alumno predilecto, el joven profesor ayudante Ernst-Rudolf Huber, que dedica el mes de agosto a preparar la defensa del Reich contra Prusia en Leipzig y a pergeñar un argumento que pueda convencer al «viejo» de que olvide su honor y viole la Constitución. La tarea no es fácil porque, a diferencia de Papen y Schleicher, de los ministros y de su entorno, Hindenburg ha jurado dos veces la Constitución del Reich (en 1925 y 1932), juramento adornado con dos fórmulas religiosas que el muy piadoso protestante se proponía respetar, sobre todo ahora, que sabe que pronto ha de encontrarse con su Creador.

El momento decisivo se produce el 29 de agosto de 1932. Papen, Schleicher y Gayl emprenden el largo viaje de Berlín a Neudeck para reunirse, en la terraza de su *Gut,* con un Hindenburg cada vez más ausente de la capital y con el inevitable Meissner. En una sesión de trabajo en aquel agradable día de verano se establece el *modus operandi:* el Gobierno tratará de obtener la confianza del Reichstag. Si no lo consigue, se disolverá el Reichstag y se pospondrán las elecciones *sine die,* a pesar de que la Constitución fija un plazo máximo de sesenta días para que se celebren. Esa violación explícita del artículo 25 se basa en una interpretación bastante creativa del

artículo 42, que establece la fórmula del juramento presidencial. Al tomar posesión de su cargo, el mariscal del Reich jura, en efecto, «consagrar todas sus fuerzas al bien del pueblo alemán» y «preservarlo de todo daño»; el término *Schaden* procede del vocabulario del riesgo, principalmente natural, y designa el perjuicio, el daño y los estragos, incluso la desgracia. Dicho de otro modo, el juramento de «cumplir escrupulosamente con sus deberes» implica ante todo proteger al pueblo alemán, más aún que «preservar la Constitución y las leyes del Reich». En buena lógica, las dos cosas se confunden, puesto que es de suponer que la Constitución se redactó por el «bien del pueblo alemán». Parece evidente, no obstante, que la Constitución no lo ha previsto todo: en este caso, una ausencia duradera de cooperación entre el poder legislativo y el ejecutivo. La decisión de no confiar la Cancillería a los nazis obedece al deber de proteger al pueblo, dado que los nazis demostraron ser terroristas y asesinos en agosto, más aún que en julio. Sin una mayoría positiva ni una mayoría de tolerancia emergente, se entra en un territorio político no cartografiado y, por lo visto, no regulado. Si la Constitución prevé un estado de emergencia o de excepción en virtud del derecho positivo (artículo 48), la situación presente es un caso suprapositivo[279] que exige interpretar el texto de la Constitución según su espíritu —un espíritu que en este caso viene dictado por el juramento del presidente del Reich—.

Así, la presidencialización del régimen confiere a un artículo menor de la Constitución una importancia inesperada: Gayl, Papen y Schleicher le sugieren al jefe de Estado que invoque el artículo 42 para violar el artículo 25 con absoluta tranquilidad de conciencia. De este modo, argumentan, el presidente, lejos de cometer perjurio, es más fiel a su juramento que si convocara elecciones en el plazo fijado por la Constitución, sumiendo de nuevo a Alemania en una vorágine de inestabilidad. Esa inestabilidad, fuente de parálisis, de bancarrota y hasta de guerra civil, es constitutiva de lo que los juristas gubernamentales denominan entonces el *Staatsnotstand,* más una noción filosófica que un verdadero concepto jurídico, en la

medida en que el derecho, desde 1849, solo contempla el *Notstand* (estado de emergencia o estado de excepción). El *Staatsnotstand* se refiere, en el fondo, a la situación suprapositiva en que la Constitución ya no puede hacer nada por el Estado: la palabra debe entenderse en el sentido literal de situación o estado de desamparo del Estado, una catalepsia provocada por la contradicción insoluble entre los poderes que lo constituyen y que, al no estar prevista por los constituyentes, no puede regularse por la ley fundamental.

Hindenburg, convencido por ese razonamiento y por la superioridad de un acto legítimo sobre el mero respeto positivo de la legalidad —la distinción legal/legítimo es una de las golosinas ofrecidas desde tiempo atrás por Carl Schmitt—, firma en blanco una disposición de disolución del Reichstag, que habrá de justificarse y datarse cuando Papen considere oportuno utilizarla.

Optar por el golpe de Estado —apelativo posible para la violación de la Constitución por parte de un Gobierno deseoso de mantenerse en el poder en contra de los resultados de las elecciones— es un juego peligroso, cuyas consecuencias resume muy bien Goebbels: «Si los de enfrente violan la Constitución, entonces nosotros ya no estamos sometidos a la legalidad, y nos encontramos con huelga de impuestos, sabotaje e insurrección»[280]. Goebbels, que está bien informado, sabe ya desde el día siguiente lo que han decidido Hindenburg y sus principales ministros y asesores: «De Neudeck llega la noticia de que no va a tocarse nada. De suerte que la disolución es inevitable. Pero hablar de estado de emergencia política, no. El Gobierno no se encuentra en apuros»[281]. Los tejemanejes y las argucias jurídicas del Gobierno desembocan en «dictadura»: Goebbels le dedica su editorial en el diario *Der Angriff (El Ataque)* del 1 de septiembre de 1932[282] y se permite el lujo de presentarse como guardián de la Constitución y garante del buen funcionamiento parlamentario de la democracia liberal.

El momento adecuado para la disolución habría sido, sin duda, el día después de Neudeck, para cortar así de raíz el Reichstag. El nuevo Parlamento se reúne, en efecto, el 30 de agosto para celebrar

la primera sesión, dedicada a la elección del presidente de la Cámara. La sesión es un resumen sorprendente del callejón sin salida en el que se encuentra el Gobierno. La preside la diputada de más edad, la comunista Clara Zetkin, de 76 años, quien, según el diputado Goebbels, «masculla un sermón interminable»[283]. Es un discurso minucioso, no hay duda, que describe la situación económica, social y política de Alemania, constatando «el hundimiento del capitalismo» y condenando «una crisis que sume en terribles sufrimientos a amplios sectores del pueblo trabajador». Ese certificado de defunción del liberalismo económico va acompañado de una autopsia del liberalismo político: «La impotencia del Reichstag y la omnipotencia del gabinete presidencial son la expresión de la decadencia del liberalismo burgués, que acompaña necesariamente al hundimiento del modo de producción capitalista [...]». La conclusión de su discurso, lógica porque se deduce de su análisis, no es menos sorprendente en ese momento y en ese lugar: «Declaro abierta la nueva legislatura, de conformidad con mi deber como decana de esta asamblea, y con la esperanza de que, a pesar de mi invalidez, tendré el placer de inaugurar como decana el primer congreso de la Alemania soviética».

La perspectiva del advenimiento del *Sowjetdeutschland* se disipa momentáneamente con la votación para elegir al presidente del Reichstag. Las últimas palabras de Zetkin van dirigidas al «señor diputado Goering, [que] ha sido elegido presidente del Reichstag. Le pregunto si acepta la elección». Tras un sonoro *Jawohl* pronunciado por Hermann Goering, Clara Zetkin puede concluir: «Mi función de decana está, por consiguiente, cumplida, y el presidente electo del Reichstag va a asumir sus funciones»[284]. Una comunista revolucionaria cediendo la presidencia a un nazi. Se queda uno pasmado con la escena y tentado de ver en ella, en un resumen impactante, el desplome de una democracia. La dramaturgia del momento parece resumir lo que hace las veces de etiología, incluso de catecismo. Los extremos —que se unen por lo que tienen en común, la hostilidad a la democracia— resultan ser los enterradores

de Weimar. Salvo que Goering sale elegido presidente del Reichstag con los votos combinados de nazis, Zentrum y algunos diputados de derechas, pero en ningún caso de los comunistas. Y salvo que la situación del 30 de agosto se debe a una disolución absurda y que la imposición del Gobierno coaliga en su contra a los descontentos más dispares: los nazis y los comunistas que no ceden en nada a Zentrum.

La primera sesión del Reichstag queda fijada para el 12 de septiembre por el Consejo de Ancianos, la conferencia de presidentes en el seno del Parlamento. Mientras tanto, el Gobierno actúa en el frente económico. Lo esencial de lo que se conoce ya como el «Plan Papen» de reactivación de la economía se publica el 4 de septiembre en forma de resolución de urgencia, en virtud del artículo 48 —el presidente había estampado su firma durante la visita de sus ministros, el 29 de agosto, y el documento, posdatado, estaba firmado desde Neudeck—. El Plan Papen de «reactivación de la economía» *(Belebung der Wirtschaft)* pone en práctica una «política de oferta» favorable a las empresas, mimadas por los créditos fiscales y las subvenciones directas, y persigue, aunque no sin una vigorosa aceleración, el desmantelamiento del Estado del bienestar alemán mediante «medidas sociopolíticas» orientadas a la «simplificación», el «ahorro presupuestario», el «restablecimiento de las finanzas» y el «aligeramiento de las cargas para la economía»[285]. Para las empresas, y son los primeros capítulos de la disposición presidencial, se crean «bonos fiscales» para «las reducciones de impuestos», concedidos a los empresarios que contraten y «empleen a un número de asalariados superior a la media de los meses de junio, julio y agosto de 1932»[286] —criterio especialmente favorable, dado que se trata de los meses de verano y el recurso al trabajo parcial es masivo—. A esas medidas se suman ayudas a los establecimientos de crédito bancario, para que puedan responder más rápida y favorablemente a las solicitudes de préstamos por parte de las empresas, y recortes unilaterales de los salarios por rama de actividad. Estas medidas «de aumento y de

conservación de la tasa de empleo» son objeto de una segunda disposición, promulgada sobre la base de las de urgencia del 14 de junio de 1932 («para la conservación de las ayudas a los parados y de los seguros sociales y para la reducción de las cargas sociales de los municipios») y del 4 de septiembre[287].

Una política injusta y antisocial contra cuyos efectos devastadores hablan de forma unánime los sindicatos alemanes, en un contexto en el que los asalariados y los parados alemanes se ven sometidos a dificultades constantes. No es de extrañar que la retirada de estas resoluciones (art. 48-3) figure en el orden del día de la primera sesión de trabajo del Reichstag del 12 de septiembre. Es una sesión peligrosa para el Gobierno, que se enfrenta a una mayoría de oposición sin precedentes. En su primera comparecencia parlamentaria como canciller, Papen cuenta con pronunciar por fin un discurso de política general (el anterior Reichstag se había disuelto antes de que hubiera podido hacerlo), pero el KPD propone inmediatamente una moción de rechazo de las resoluciones y una moción de censura. El DNVP y el DVP se oponen, pero el NSDAP, por boca del Dr. Frick, pide que se suspenda la sesión para consultas, que se celebran en la residencia del presidente Goering y donde Hitler, que no es diputado, da la consigna de derrocar al Gobierno.

Al percatarse del peligro, Papen envía a toda prisa un mensajero a buscar la disposición de disolución del Reichstag firmada en blanco por Hindenburg el 29 de agosto, con el encargo para el Gobierno de fecharla, justificarla y entregársela al presidente del Reichstag cuando llegara el momento, ¡y ese momento es la primera hora de la sesión plenaria! Hacia las cuatro de la tarde, el documento queda finalmente fechado y firmado. Metido en un portafolio rojo, Papen lo enarbola ante los diputados que regresan a sus escaños. En contra del reglamento, el presidente Goering omite darle la palabra al canciller, que, sin abrir la boca, deposita la orden sobre su mesa, mientras Goering procede a abrir la votación, ignorando ostensiblemente la carpeta de tafilete rojo. El resultado de la votación es un vapuleo inaudito para Papen, derrotado por

quinientos doce votos a favor y cuarenta y dos en contra. Todo el mundo votó a favor de la censura, excepto los partidos de derechas DNVP y DVP (cuarenta y siete escaños entre los dos). La magnitud del desastre se resume con un porcentaje: el Gobierno queda derrocado por el 92,5 % de los diputados.

El debate sobre la legalidad de la votación y sobre su validez es inmediato: como Goering había infringido el Reglamento y se había negado a dar la palabra al canciller, y como este había presentado la disposición de disolución durante la votación, el Parlamento quedó disuelto *ipso facto* y el Gobierno no pudo ser derrocado legalmente. Quedan el hecho político —la gran debacle— y su percepción mediática, más allá de las argucias jurídicas. Dos cosas son ciertas: el Parlamento está disuelto, con la disposición publicada ese mismo día en el *Reichsgesetzblatt*[288], y el proyecto de aplazar las elecciones *sine die*, en violación del artículo 25 de la Constitución, ya no figura en el orden del día.

Después de un vuelco tan masivo, Papen ya no goza del menor atisbo de legitimidad política para erigirse en padre de la nación y cometer atropellos legales. Schleicher se toma demasiado en serio el riesgo de insurrección. En el propio Consejo de Ministros, solo el ministro del Interior, Von Gayl, persiste en una línea abiertamente golpista, pero se encuentra completamente aislado. La prudencia del gabinete Papen está probada y no iba a ser desmentida en las semanas siguientes, con una fractura creciente entre el canciller y su ministro del Interior, por un lado, tentados por la demostración de fuerza, y el resto de los ministros, altos funcionarios más razonables o más timoratos, según la situación, más conscientes, en cualquier caso, de los riesgos de ruptura entre el Estado y la sociedad alemana. La experiencia de la revolución de 1918 es lo suficientemente reciente como para exigir sensatez por parte de los aristócratas que asistieron, atónitos, a lo imposible al final de la guerra: la constitución de sóviets de soldados y de obreros; la huida desesperada de las familias reinantes de Sajonia, Turingia, Baviera, Hesse, Wurtemberg y Prusia, entre el 9 y el 11 de noviembre de

1918; la llegada de los «rojos» al poder en Berlín y, lo que es peor, una república soviética en Baviera. Una incitación a la prudencia porque, evidentemente, Alemania no es solo el país de las «revoluciones desde arriba» y de los Príncipes, como creía Bismarck: la geología de las profundidades sociales está activa.

---

250 Joseph Goebbels, *Tagebücher*, 31 de julio de 1932, *op. cit.*, p. 681.

251 *Ibid*.

252 *Ibid*., p. 682.

253 *Ibid*., 5 de agosto de 1932, p. 689.

254 El Dr. Gürtner, ministro de Justicia del Reich, era considerado un amigo por los nazis: así lo había demostrado ampliamente en sus idénticas responsabilidades en Baviera. Su mandato fue prorrogado después de 1933, y siguió siendo el jefe inamovible del poder judicial hasta su muerte, en 1942.

255 *Ibid*., 7 de agosto de 1932, p. 680.

256 *Ibid*.

257 *Ibid*.

258 *Ibid*., 11 de agosto de 1932, p. 681.

259 *Ibid*., pp. 681-682.

260 *Ibid*., p. 682.

261 *Ibid*.

262 *Ibid*., 12 de agosto de 1932, p. 683.

263 *Ibid*., p. 683.

264 «Ministerbesprechung 10.8.1932, 17.30 Uhr», Akten der Reichskanzlei, BArch, R 43 I/1457/f ° 271-288, 2. Politische Lage.

[265] «Reichsinnenminister Wilhelm Freiherr von Gayl, Ministerbesprechung 10.8.1932, 17.30 Uhr», Akten der Reichskanzlei, BArch, R 43 I/1457/f ° 271-288, Politische Lage.

[266] Véase en especial *Tagebücher*, 20 de julio de 1932, p. 675. Goebbels cuenta cómo, en la carretera de Weimar a Gotha, su coche se ve atrapado en una manifestación comunista. Los ocupantes del coche piensan que les ha llegado su última hora: «Un hombre se acerca al coche. Vemos uniformes. Un comandante de policía se dirige a nosotros:

—¿Dr. Goebbels?

—*¡Jawohl!*

—*¡Heil Hitler!*

Es un valiente militante nazi de Turingia, que ha venido a nuestro encuentro con su comando de intervención para despejar el camino».

[267] *Ibid*., 13 de agosto de 1932, p. 684.

[268] *Ibid*., p. 685.

[269] *Ibid*.

[270] Hermann Pünder, *Politik in der Reichskanzlei*, Tagebucheintrag 18/08/1932, p. 141.

[271] «Adolf Hitler an den Reichswehrminister, Staatssekretär Dr. Meissner, Staatssekretär Pünder», Akten der Reichskanzlei, BArch R 43 I/1309, f ° 221-229.

[272] Joseph Goebbels, *Tagebücher, op. cit.*, p. 686.

[273] *Ibid*., Anlage, «Besprechung in der Reichskanzlei am 13.08.32. Dauer insgesamt von 16.15 Uhr bis 16.35 Uhr».

[274] «Aufzeichnung Staatssekretär Dr. Meissner — Besprechung des Reichspräsidenten mit Adolf Hitler, 13.08.1932, 16.15 Uhr», Akten der Reichskanzlei, BArch R 43 I/1309, f ° 215-219.

[275] *Ibid*.

[276] Anlage, doc. citado.

[277] Joseph Goebbels, *Tagebücher, op. cit.*, 13 de agosto de 1932, pp. 685-686.

[278] Johann Chapoutot, *Le meurtre de Weimar*, París, PUF, 2010; reed. col. Quadrige, 2015.

[279] Sobre el *überpositives Notstandsrecht*, véase Peter Blomeyer, *Der Notstand in den letzten Jahren von Weimar*, Berlín, Duncker & Humblot, 1999, pp. 298-358.

[280] Joseph Goebbels, *Tagebücher, op. cit*., 28 de agosto de 1932, p. 691.

[281] *Ibid*., 30 de agosto de 1932, p. 693.

[282] Joseph Goebbels, «Goldene Worte für einen Diktator und für solche, die es werden wollten», en *Der Angriff*, 1.09.1932.

[283] Joseph Goebbels, *Tagebücher, op. cit*., 30 de agosto de 1932, p. 692.

[284] Clara Zetkin, «Rede als Alterspräsidentin zur Eröffnung des Reichstags», en *Verhandlungen des Reichstages*, VI. Wahlperiode, 1932, vol. 454, pp. 1-3.

[285] «Verordnung des Reichspräsidenten zur Belebung der Wirtschaft, 4 September 1932», en *Reichsgesetzblatt*, Teil I, 5 de septiembre de 1932, p. 428.

[286] *Ibid*., p. 425.

[287] «Verordnung zur Vermehrung und Erhaltung der Arbeitsgelegenheit, 5. September 1932», en *Reichsgesetzblatt*, Teil I, 5 de septiembre de 1932, p. 433 y ss.

[288] «Verordnung des Reichspräsidenten über die Auflösung des Reichstags, 12. September 1932», en *Reichsgesetzblatt*, Teil I, 12 de septiembre de 1932, p. 441.

8
LOS ENAJENADOS: MANTENERSE EN EL PODER A PESAR DE TODO

La noche del 12 de septiembre, después de una debacle histórica, Papen, cuya lucidez muchos cuestionan, emprende un curioso ejercicio de oratoria. Ofendido por no haber podido pronunciar su discurso ante el Reichstag, lo comparte *urbi et orbi* a través de la radiodifusión del Estado[289]. Como si no acabara de sufrir la mayor derrota política de la historia del país, Papen expone, impávido, su programa, manifestando sin ninguna ambigüedad su intención de permanecer en la brecha.

Como si no hubiera pasado nada, ahora se trata de «reconstruir la economía y nuestra vida política»; es «un punto de inflexión que pone fin a una época, a una cultura, la del liberalismo político», la de las «doctrinas de una democracia puramente formal» que han conducido a un «edificio de emergencia» *(Notbau),* el de Weimar, porque «14 años nos han convencido de todos los defectos de construcción». «El parecer del Gobierno del Reich es que el sistema de la democracia formal ha fracasado ante la historia y el pueblo alemán, y no puede reanimarse». Interesante, pero recordemos que el llamado «Gobierno del Reich» perdió las elecciones legislativas y únicamente cuenta con una «mayoría» del 7,5 % de los diputados… No olvidemos que Papen, que, según Goebbels, «toma prestadas todas nuestras ideas, de la A a la Z»[290], utiliza como propio el término *System*, que los nazis usan de forma desmesurada.

Papen expone su filosofía y su programa: «Desde el primer día, el Gobierno del Reich dijo con toda claridad que su misión histórica era acabar con las deficiencias arquitectónicas de Weimar. Se

equivocaría si aceptara que su sucesor fuera una coalición de partidos improvisada según la ley pendular de las mayorías parlamentarias […]. Cometería asimismo un error si, en lugar de esas coaliciones cambiantes, aceptara la dictadura de un partido […]. ¿Millones de personas lucharon contra el "sistema", es decir, contra el sistema del reino de los partidos […] para dar paso a la dictadura de un partido […]?», la del NSDAP, del que Papen y Hindenburg afirman falsamente que había reclamado todas las carteras ministeriales el 13 de agosto. Se trata, por lo tanto, de defender el Estado contra la depredación nazi, se trata de garantizar la estabilidad del Gobierno rechazando la alternancia parlamentaria y, de ahí, conservar el poder. ¡Ni dictadura, ni democracia electoral, sino una vía intermedia, central, cuando no centrista! En su lugar, Von Papen y los suyos, y el *neuer Staat* autoritario, corporativista (a través de una segunda cámara del parlamento), patriarcal y familiarista (a través de una reforma del voto que pondere los votos de los padres de familia y de los veteranos de guerra), cristiano y presidencialista. El objetivo es inaugurar «una forma de Gobierno *(Staatsführung)* que se erija por encima de los partidos como fortaleza inexpugnable de la justicia y del derecho, y que se base en el poder y la autoridad del mariscal del Reich, elegido por el pueblo».

Papen llama a una coalición de los razonables, de buenas voluntades, a una «síntesis de las fuerzas que persiguen el mismo objetivo, que es reconstruir el Estado sobre bases saneadas». El canciller extiende ese llamamiento a los nazis, a quienes no desiste de encauzar hacia esa «concentración nacional» cuyo advenimiento sigue deseando Hindenburg. «Si hoy un Gobierno anuncia un programa por el que un partido importante ha hecho campaña en sus principales directrices, con millones de personas, entonces se enfrenta a la oposición más enconada, y se lucha contra él a sangre y fuego, ¡simplemente porque ese Gobierno no ha salido de las filas de ese partido!». Así ocurrió —suspira Papen— con «Bismarck, mi inmenso e incomparable predecesor», combatido por los nacional-

liberales, aunque deseaban la unidad nacional tanto como él, pero siguiendo métodos distintos, no a fuego y espada como preconizaba ese terrateniente un tanto tosco. La referencia a Bismarck, que puede parecer burlesca en este caso, dada la desproporción histórica e intelectual (Bismarck, contrariamente a su reputación, era de inteligencia fina y de gran sensibilidad y moderación…), no es retórica. Papen se instala en una filiación y una continuidad, que puede hacer caso omiso de los resultados de las elecciones. Al fin y al cabo, Bismarck, recién nombrado canciller, cuando se enfrentó a una votación parlamentaria contra el presupuesto militar de 1862, decidió simplemente dejar en suspenso la Constitución de 1849, ignorar al Landtag de Prusia y gobernar a base de decretos, anticipándose al artículo 48-2 e inaugurando el poder ejecutivo de excepción.

A Papen, por otra parte, le parece deplorable —reproche sabroso cuando se gobierna en contra de la democracia— el «asalvajamiento *(Verwilderung)* del combate político», al que «habrá que poner fin», y condena «cierta forma de hacer política que amenaza nuestra existencia nacional». «Hay que volver a la ley de la razón política, la del bien común nacional», frente a «los métodos moscovitas, que no tienen cabida alguna en Alemania». El llamamiento a la razón, al respeto a las buenas costumbres (dejar gobernar a los que están designados para ello por nacimiento y por la red), se combina hábilmente con la denuncia contra Moscú… En un momento en que se está saliendo de una secuencia de violencia nazi sin precedentes, en que las SA no cesan de sembrar el caos y de asesinar con un salvajismo inusitado, que desafía su propio nivel de brutalidad (el asesinato de Potempa aún está fresco en la memoria de todos), Papen, imperturbable, culpa a los comunistas, en todos los casos: cuando ellos mismos golpean, pero también los nazis golpean y vociferan, porque, en tales casos, no hacen sino imitar a los comunistas *(die Kommune).*

La realidad es que los nazis decepcionaron al canciller. Aunque lo tenían todo para llevarse bien con los liberales autoritarios de su

Gobierno, creyeron pertinente, por oportunismo electoralista, esbozar una forma de giro social, al menos en el discurso, y tomar prestados los «métodos caducos de la lucha de clases»: «Si estos señores del NSDAP [...] creen que pueden mejorar sus resultados electorales combatiendo a la "gente bien", a los supuestos "barones", a las "élites", como ellos los llaman, si creen que deben volver a los métodos de una lucha de clases de la que, no obstante, abominan, los aguarda una gran decepción, porque los marxistas de todas las tendencias son muy superiores a ellos en ese terreno». Semejante error táctico es una lástima, prosigue Papen, que no duda en rendir homenaje al «gran éxito pasado que tuvieron»: los nazis fueron capaces de «rehabilitar la idea nacional en el pueblo alemán». Su lugar está indudablemente en la «concentración nacional» por la que hacen votos el presidente y el canciller, y no en un solo caballero inepto que les impone «difamar, insultar» a la «clase dominante», que, sin embargo, está deseando colaborar con ellos.

El enemigo común, no nos cansaremos de repetirlo, es el «marxismo» y, peor aún, por ser más difuso e insidioso, el «bolchevismo cultural», espantajo tanto más temible cuanto que está mal definido en los discursos e imprecaciones del poder. Una especie de hombre del saco, en cualquier caso, que está «destruyendo los cimientos de la vida de nuestro Estado y nuestro pueblo», a través de la escuela pública, otro objetivo perfectamente designado para explicar la decadencia alemana y la propagación del *Kulturbolschewismus,* desde la homosexualidad al feminismo, pasando por el arte moderno y la vida nocturna de Berlín. Papen reconoce que la Constitución de 1919 consagra la libertad de enseñanza, pero siempre que se respeten las «tradiciones históricas» del pueblo alemán y las «verdades eternas de la fe cristiana». La educación no debe fomentar el «individualismo» y la «anarquía espiritual», sino formar «cristianos, miembros fieles de nuestro pueblo y ciudadanos trabajadores», y eso vale tanto para las escuelas como para la «enseñanza superior», cuyo objetivo es menos «una intelectualidad ajena a la esencia de nuestro pueblo

(volksfremd)» que la formación de «directivos *(Führer)* íntimamente ligados a nuestra nación». La educación, debe saberse, es una «misión alemana» —ni hablar, por cierto, de la universalidad de esa «razón», de la que el poder se pavonea sin discontinuar—.

¡Qué de ambiciones, por consiguiente, para un Gobierno vencido y derrocado, que ahora ya solo puede aspirar a ir resolviendo los asuntos de trámite! Papen no ceja en su empeño: a pesar de los resultados electorales y de la censura parlamentaria, mantiene el rumbo y pretende actuar. El Gobierno plantea un programa pensado, coherente, que debe aplicarse. Como mucho, admite que la aprobación de ese programa aún no está muy clara en el país o, seamos precisos, en ese espejo deformante del pueblo alemán que es la presunta representación parlamentaria: «El Gobierno del Reich se considera ejecutor de la voluntad nacional que, por el hecho de no haber encontrado aún traducción en determinados partidos, no corresponde menos a la verdadera, a la más auténtica voluntad de nuestro pueblo». Ignoramos qué arte adivinatoria utiliza el arúspice Papen para leer e interpretar así la voluntad popular, pero no piensa que esté desviándose ni desorientándose un ápice. «El Gobierno del Reich creería estar faltando a su deber para con el pueblo alemán si renunciara a su misión y dejara paso a no se sabe qué combinación de partidos cuya perdurabilidad sería tan dudosa como el carácter factible de su proyecto. El Gobierno se propone dar al país la estabilidad política sin la cual la economía no puede funcionar». Es el «sentido común del pueblo alemán» lo que le dará el «apoyo» necesario, porque es de sentido común considerar que el bien del Estado está «por encima de los partidos». Estabilidad, vida de los negocios, rechazo de la alternancia y, con el mismo impulso, de la democracia. La vía de la razón.

Un párrafo final especifica, por último, que ese asombroso discurso estaba inicialmente destinado a los «representantes electos del país», en esa «casa consagrada al pueblo alemán» que es el Reichstag. Con todo descaro, la «representación nacional me lo ha impedido […]» y ha tenido el mal gusto de hacer uso de sus

prerrogativas constitucionales derrocando a su Gobierno. Conque es «por esa razón por lo que digo al país: ¡con Hindenburg, por Alemania!». Parece un eslogan vacío a primera vista, pero para los más ampliamente informados, remite a las reflexiones sobre el *neuer Staat*.

Las elecciones legislativas quedan previstas para el 6 de noviembre de 1932, respetando el plazo constitucional de 60 días como máximo. Contrariamente a los planes de agosto de 1932, el presidente no violó el artículo 25 de la Constitución alegando una excepción, lo que habría sido una osadía, sino que puso de manifiesto la creatividad exegética de los juristas de Schleicher, el artículo 42 y el juramento de toma de posesión. Todo estaba previsto para el golpe de fuerza institucional, pero —como tantas otras veces— Papen fue descuidado y negligente, y acudió al Reichstag sin el texto de la resolución de disolución firmada en blanco trece días antes por Hindenburg, para que pudiera ser desenvainada y fechada en el momento oportuno. Papen se equivocó en sus previsiones y llegó al Reichstag pletórico y «seguro de su victoria»[291]. Atónito ante el giro de los acontecimientos, sufrió un naufragio parlamentario inaudito, ya que los pocos minutos que perdió en ir a buscar el acta presidencial fue el tiempo suficiente para que el Reichstag lo humillara hasta tal punto que, en el entorno del canciller y del mariscal, se consideró que ya era demasiado arriesgado intentar un golpe de fuerza. La opinión pública podría tomárselo a mal, los comunistas tendrían un pretexto ideal para emprender una insurrección y los nazis se considerarían liberados de su «juramento de legalidad».

Las elecciones que vienen, sin embargo, constituyen un horizonte de esperanza para los liberales autoritarios, que —cosa fascinante— creen que tienen posibilidades de ganar o, al menos, de ganar algo. Las expectativas del Gobierno de derechas en el poder, perfectamente estrambóticas *a priori,* no son infundadas del todo, si se mira más de cerca. Por supuesto, una mayoría, aunque sea

relativa, tiene algo de quimera. Pero si, objetivamente, Papen no puede ganar, parece que los demás tampoco y que es plausible una reconducción de los tres bloques identificados en agosto por Von Gayl, con algunas pérdidas para el bloque marxista (SPD-KPD) y el bloque de extrema derecha (NSDAP-DNVP). De hecho, los nazis corren el riesgo de desmoronarse. Su dinámica electoral, antes desenfrenada, ha dejado de ser hiperbólica y todo es cuestión de enfoque. Si ganan 19 puntos entre septiembre de 1930 y julio de 1932, su aumento entre la primavera y el verano de 1932 es mínimo; lo sabían y estaban preocupados. A pesar de una propaganda diabólica, Goebbels no se muestra muy optimista y sus reflexiones, con las que, además, Hitler está de acuerdo, esbozan menos una aventura alegre que una preparación para el impacto. El 2 de noviembre, cuatro días antes de las elecciones, Goebbels indica que «el Führer […] está convencido de que, aunque perdamos votos sin paliativos, la elección habrá sido una gran victoria psicológica para nosotros»[292] —cosa no tan cierta, dado el abatimiento que el resultado siembra *in fine* en el partido—.

Al mismo tiempo, en un nuevo discurso por radio el 4 de noviembre, Papen, decididamente muy locuaz, expone lo que está en juego en esas elecciones legislativas: «Se trata de conseguir instaurar una nueva forma de Gobierno […] que permita la colaboración de un parlamento capaz de cumplir su tarea y un Gobierno dotado de una verdadera autoridad. No es de extrañar, por lo tanto, que los partidos que hasta ahora han dominado el país se sientan consternados y monten una guerra civil […]. La burocracia partidista dividió Alemania en dos campos: por un lado, los marxistas de todas las tendencias y, por otro, la burguesía alemana»[293].

Una vez más, igual que el 12 de septiembre, Papen lamenta la actitud de los nazis: «¡Cómo nos alegramos de que Hitler llamara a luchar contra el marxismo! ¡Cómo celebramos su llamamiento al levantamiento nacional! ¡Cómo esperábamos que fuera capaz de conducir a los obreros seducidos por el bolchevismo hacia el campo

nacional! Pero su penetración en las filas del Frente Rojo fue mínima, y *ciertamente no es por culpa de este Gobierno, que le permitió libertad de acción durante la anterior campaña electoral y durante esta*[294]*.* Pero no sorprende a nadie que el Sr. Hitler no avance nada entre el electorado popular: está utilizando contra el bando nacional los mismos métodos de lucha de clases, difamación y agitación que los comunistas dominan a la perfección»[295].

Viene a continuación la inevitable diatriba sobre el *Kulturbolschewismus:* «El bolchevismo ateo quiere privarnos de la religión, de la familia y de los derechos humanos para imponernos el yugo de los métodos colectivistas y firmar así la muerte de una cultura milenaria. Ningún medio llega a ser lo suficientemente violento como para erradicar del suelo alemán la doctrina de estos falsos profetas»[296]. Aviso a la izquierda, por lo tanto: como enemigos del pueblo y del Estado, no pueden esperar sino violencia por parte de este último. Por lo demás, el programa se mantiene sin cambios: «No es posible reincorporar al trabajo a seis millones de parados en solo seis meses, ni restablecer las finanzas públicas, ni restaurar el Estado, ni poner en pie reformas políticas y económicas que el pueblo alemán lleva años esperando. Pero en todas partes hemos empezado a barrer las consecuencias del reinado de los partidos […]. Todo ese trabajo debe verse coronado por la reforma de la Constitución, que esperamos llevar a buen puerto con los *Länder* y los parlamentos. Esa recuperación es lo que debe ser nuestro objetivo cuando votemos, el 6 de noviembre»[297].

Cuando Papen habla, los nazis recogen los frutos, como si hiciera campaña por ellos adoptando sus temas y sus opiniones, sus razonamientos y sus conclusiones, dando, por otra parte, crédito a la idea de que la democracia, cuyos veredictos electorales se ignoran soberanamente, es desdeñable y el país puede vivir muy bien sin ella. Goebbels, aunque se alegra y saborea esa victoria, que aún no se conocía como grasmciana, no deja de estar preocupado. El 28 de agosto de 1932 afirma: «Papen ha hablado en la radio. Un discurso

que emana de nuestras propias ideas, desde la A hasta la Z»[298]. En la línea del discurso, los liberales autoritarios en el poder imitan a los nazis, del mismo modo que, en la práctica del poder, anticipan y ejecutan su programa, algo que, sin duda alguna, preocupa mucho a la jerarquía nazi. Un mes antes, después del «golpe de Prusia» y de las medidas de excepción que sacudieron a la izquierda en los días siguientes, en aplicación del estado de emergencia para todo el *land* y del estado de sitio para Berlín y Gross-Berlin, Goebbels señalaba significativamente: «Somos muchos los que tememos que este Gobierno haga tanto que no nos quede nada por hacer»[299].

Mientras tanto, es efectivamente Goebbels quien inspira la línea de la campaña del 6 de noviembre, incluso más que la del 31 de julio. El análisis, validado por Hitler, es que, frente a un Gobierno tan improbable de barones que nunca habían sido elegidos, altos funcionarios y millonarios ajenos a cualquier sociología electoral del país, es necesario vituperar la *Reaktion* y golpear duramente el reino de los privilegios, las élites y las redes de dominación.

El punto culminante de la agitación fue la huelga de transportes berlineses, organizada el 2 de noviembre por el sindicato comunista RGO. Los empleados de la BVG —operadora de tranvías, autobuses y trenes de la capital— piden una revisión urgente de las medidas de recorte salarial, supresión de primas y diversos ahorros en las estructuras de transporte, es decir, todo muy razonable para unos trabajadores que han visto caer sus ingresos reales más de un 25 % en los dos últimos años… Inesperadamente, el sindicato nazi, el NSBO, se suma al movimiento y asegura una tasa de participación casi unánime: la ciudad de Berlín se queda literalmente paralizada. Goebbels señala que la «prensa nos ataca como loca, lo llaman bolchevismo»: los nazis no son de fiar, no entran en el juego de las élites, a las que se les atragantan esos malos modos. Para Goebbels, que no niega que tiene una vena social, la huelga «afecta a la supervivencia más elemental de los trabajadores» de la BVG y brinda la oportunidad de demostrar que «nuestra línea antirreaccionaria» es

sincera y que los nazis se proponen, en efecto, «romper con los métodos de la burguesía»[300].

Hitler lo deja que actúe, pero no se manifiesta. El reparto de papeles estaba bien elaborado: para el *Führer,* los encuentros con los patronos, los discursos en el Club de Industria, las cenas discretas y los conciliábulos secretos, para Goebbels, la *agitprop* llamada a arañar votos entre los que no son nada. Después de todo, es la misión histórica del NSDAP, que se fundó con ese fin entre 1919 y 1920: captar a un electorado tentado por el internacionalismo marxista y llevarlo de nuevo al nacionalismo más estricto, por medio de eslóganes y promesas que solo son vinculantes para quienes se los creen; todo ello, financiado por la burguesía, que captó inmediatamente el interés político de ese engañabobos antológico. El señuelo nacionalsocialista se reactiva lo que dura una campaña, mientras los emisarios de la dirección del NSDAP se encargan de tranquilizar a sus contactos en la RDI y en las asociaciones patronales del Ruhr. Circulan en la cúpula nazi notas internas para contrarrestar la línea «social» y volver a lo fundamental cuanto antes.

Rudolf Hess, el poderoso compañero de Hitler y sucesor designado en aquel momento, expresa las mayores reservas sobre el «eslogan "Contra el Gobierno de los barones"», tanto por su contenido programático como por su oportunidad táctica, ya que puede dar pie a las acusaciones de la derecha y del centro contra las «tendencias de "lucha de clases"», que no eran en absoluto el fuerte de los nazis. «El daño, desde el punto de vista electoral, sería más importante que el beneficio. Buena parte de los electores de la derecha» volverían a su partido de origen y «compensar esa pérdida con una ganancia de electores provenientes de la izquierda es impensable: la mayoría de quienes se adhieran a esta consigna irán con los que practican más radicalmente esa clase de combate político, o se quedarán en casa. Y los más radicales son los marxistas, porque la lucha de clases es para ellos un fundamento programático». Se plantea además un problema que Goebbels ya

había señalado: cómo luchar con virulencia contra «un Gobierno que […] está poniendo en práctica, o ya ha puesto en práctica aquí y allá, lo que los nazis quieren hacer y son incapaces de aplicar». De ahí que «las críticas que se formulan contra el Gobierno no deben quedarse en generalidades ("Gobierno de privilegiados", "sociorreaccionarios", "herederos sin méritos", etc.), sino que deben siempre ir unidas a ejemplos concretos»[301].

El hecho de que determinados «círculos de la burguesía» se sintieran «atemorizados por nuestra participación en la huelga» no es «lo más importante», porque, como señala Goebbels con frialdad, «esos círculos podemos atraerlos de nuevo a nosotros con toda facilidad». Se refiere aquí a los electores que, de hecho, van a pasar del NSDAP al DNVP, en un movimiento pendular cuya inversión no es muy complicada: bastará con dejar de hablar de justicia social, de vituperar a los «barones» y de exhibir la esvástica demasiado cerca de la bandera roja en los piquetes de huelga. Es todo táctica. De lo que Goebbels no habla es de los círculos que cuentan —los de los industriales, los banqueros, los grandes agraristas, los altos funcionarios—, a los que se están trabajando a fondo los nazis de alto rango, tanto oficiales (como Goering) como oficiosos (como Ribbentrop, que amablemente pone a disposición su villa berlinesa para veladas selectas). De esto queda excluido Goebbels, que es una figura repulsiva para la gente elegante por ser demasiado sociable y demasiado inteligente. También quedaría excluido —señala Peter Longerich— de las negociaciones secretas que, finalmente, llevarían a Hitler a la Cancillería[302]. Además, Goebbels nunca aparece en la lista de posibles ministros elaborada ya en diciembre y no forma parte del gabinete Hitler-Papen. Hay que decir que «son muchos los miembros antiguos del partido que se están volviendo locos»[303] ante la línea Goebbels, ortogonal al mensaje clásico, a la derecha del NSDAP.

La huelga es un éxito: «No hay nada de tráfico. Berlín es una ciudad muerta», un «ambiente revolucionario»[304] que preocupa al Gobierno y a las élites de derechas en general, que miden, a escala,

lo que puede suponer para el país una coalición social o insurreccional momentánea entre comunistas y nazis. Aprenden la lección: por un lado, es azaroso, como mínimo, arriesgarse a que esa coalescencia por un golpe de Estado gubernamental lleve a actuar al KPD y al NSDAP; por otro, debemos hacer entrar en razón a los nazis a toda costa y evitar que la línea adoptada por ese hereje de Goebbels se imponga por mucho tiempo. La huelga y su éxito constituyen una victoria psicológica y táctica segura para Hitler, que proporciona a sus interlocutores del Kaiserhof, el palacio donde había fijado su residencia, una advertencia sin coste alguno.

Como se temía Rudolf Hess, las elecciones legislativas del 6 de noviembre suponen un duro revés para los nazis, casi una debacle, porque ponen fin a una serie ininterrumpida de éxitos nacionales que, desde 1928, desde las elecciones legislativas hasta las presidenciales, habían hecho creer que su ascenso era irresistible. La ordalía electoral casi permanente de la que, con la ayuda de los *Länder* y los municipios, solían aprovecharse, se vuelve en su contra por primera vez, y de forma masiva. Aunque el NSDAP sigue siendo el primer partido de Alemania, pierde la friolera de dos millones de electores, es decir, cuatro puntos porcentuales (baja a 33 %) y 34 escaños de diputados. Se confirman los peores temores de la jerarquía nazi, al igual que las esperanzas de todos los que se habían dado cuenta de que el NSDAP había tocado techo entre la elección presidencial de la primavera y las legislativas del verano: los nazis habían ganado poco de abril a julio (280000 votos) y ahora perdían siete veces más.

Reunidos en el hotel Kaiserhof, donde Hitler había instalado su cuartel berlinés, a expensas del partido, los jerarcas nazis permanecen pegados al receptor de telegrafía sin hilo durante toda la noche electoral: «Náuseas constantes y asco por culpa de la radio. Cada noticia anuncia una nueva derrota [...]. Nos hemos llevado una buena bofetada»[305], «una derrota electoral *(Wahlniederlage)*» negada públicamente, desde luego, pero reconocida abiertamente

por Goebbels en sus diarios, un revés sin precedentes que amenaza con extender «un ambiente de depresión en el partido»[306]. Lo cierto es que, como Goebbels señala con toda la razón, «el Gobierno apenas cuenta con el 10 % del pueblo. No pueden aguantar así». El propagandista se apresura a editorializar sobre el tema de «un canciller sin pueblo»[307], un *Kanzler ohne Volk,* que se lanza como eslogan en la portada de *Der Angriff,* ya en la edición del 7 de noviembre.

En buena lógica parlamentaria o simplemente democrática, «Papen debe irse»[308], pero ¿cómo desbancarlo? Hitler se consuela pasando el tiempo en casa de los Goebbels. «Filosofa sobre el derecho del más fuerte. Todo es interesante y está muy bien pensado. ¡Qué hombre! Me dejaría descuartizar por él. Lee mucho, es un pozo de sabiduría. Una cabeza eminente»[309]. La cabeza eminente, sin embargo, no da con la martingala: hacía ya más de dos años que el régimen había dejado de ser parlamentario, el presidente y su entorno tienen el control y se niegan a cedérselo a Hitler. La situación del 13 de agosto parece repetirse: Hitler quiere la cancillería, le ofrecen, en el mejor de los casos, la vicecancillería, por debajo de Papen, y algunas carteras. La respuesta es que no, claro, pero ¿hasta cuándo puede seguir así el partido? El punto álgido ha pasado, la deriva se ha vuelto negativa. En su cénit, en agosto, no llamaron a los nazis o, mejor dicho, no de la forma que estos pretendían. Ahora que el partido va cuesta abajo —por decirlo suavemente—, ¿qué cabe hacer? A todas luces, la estrategia electoralista y legalista del *Führer* no lleva a nada. Un grupo de las SA impulsa un golpe de fuerza; otro huye en desbandada, porque Hitler y sus «faisanes dorados» son unos políticos tan ineptos como los demás; otro más se amotina por aquí y por allá, y amenaza con escindirse para poder pensar en soluciones más eficaces.

La escisión es la pesadilla de Hitler y de su círculo más cercano. El NSDAP ya ha tenido su dosis, pero —eso creen— el partido se fortalece purgándose a sí mismo, una máxima cuya pertinencia han

defendido los pardos al hilo de las deserciones, ya numerosas. El peligro empieza a ser existencial, porque empieza a tomar una tangente peligrosa un pez muy gordo, nada menos que el número dos del partido, cuya inteligencia teórica es infinitamente superior a la de Hitler y cuyo carisma es absolutamente comparable.

Gregor Strasser fue un nazi de los primeros momentos, o casi. Secretario general del NSDAP, es también un orador extraordinario y un polemista temible. Afiliado desde 1922, participó como comandante de las SA en Freising, a 40 kilómetros de Múnich, en el *putsch* de 1923. Junto con Joseph Goebbels, era uno de los pocos altos mandos del NSDAP que habían aprobado el *Abitur*, un nivel de estudios que en aquella época solo alcanzaba el 1 % de cada promoción. Farmacéutico-droguista diplomado, sin doctorado, era un burgués hijo de una familia burguesa cuyas convicciones nacionalistas se reforzaron durante la Gran Guerra, de la que regresó como teniente y en la que fue condecorado dos veces: con la Cruz de Hierro y con la Orden del Mérito de Baviera. Aunque afirmaba haber sido miembro de los *Freikorps* y haber participado en la destrucción de la República Soviética de Baviera en el *Freikorps Epp* y en el *putsch* de Kapp, lo más seguro es que fuera un dirigente local de la Unión de Soldados Nacionalistas en Landshut, donde se encontraba su oficina. Fue el organizador de un imponente *Sturmbataillon Niederbayern,* que más tarde se unió a las SA.

En 1924, Strasser resulta elegido diputado por el Bloque racista-popular *(Völkischer Block),* una de las organizaciones que toman el relevo del NSDAP, prohibido tras el *putsch,* mientras Hitler estaba en la cárcel. Se convierte luego en el primer *Gauleiter* de Baviera y, en 1926, es responsable de la propaganda y de la formación del partido, primer *Reichspropagandaleiter,* antes que Goebbels, por lo tanto. En 1928, Hitler lo nombra *Reichsorganisationsleiter* del NSDAP y, como tal, jefe de la administración general del partido. Está bien implantado y es muy popular en el norte de Alemania, donde estructuró el «movimiento» desde 1925 y donde pudo afianzar una línea nacional-social. Línea que tiene poca vigencia en el sur, en

Múnich, donde se encuentra la «casa parda», la dirección del partido, estructurada por la derecha nacionalista bávara, conservadora y antisocial, así como por unas SS elitistas y ultraderechistas que hacen que vayan retirándose poco a poco las SA. Muy versado en cuestiones económicas y muy implicado en el día a día de la dirección del partido, hace las veces de auténtico jefe del movimiento, una competencia que el principio de subordinación paramilitar de los nazis *(Führerprinzip)* permite sofocar, pero que se manifiesta en términos doctrinales. Gregor Strasser, así como su hermano Otto, que había abandonado el partido en 1930[310], reúnen a aquellos a quienes repele la orientación conservadora, incluso reaccionaria, y a la derecha en cualquier caso, de Hitler.

A esa diferente ponderación de los objetivos del partido se suma una divergencia táctica. Al igual que Hitler, Strasser ha aprendido del fracaso de 1923 y se ha pasado a la vía legalista. En 1932, al constatar el fracaso del electoralismo nazi y ver que el partido se estanca o retrocede, aboga por entrar en el Gobierno, es decir, por abandonar la línea maximalista que consiste en reclamar a bombo y platillo la Cancillería. En su opinión, el NSDAP tenía que participar en el poder, como había propuesto Papen, o desaparecer.

El diario de Goebbels abunda en comentarios críticos sobre Strasser, cuyas iniciativas políticas no cesa de criticar, los «sabotajes» a los que se dedica su «pandilla», sus «constantes infidelidades» y las escapadas, que «son más fuertes que él»[311]. El lunes 5 de diciembre de 1932, Goebbels escribe:

> En el Hotel Kaiserhof, gran discusión analítica sobre el Führer. Debatimos sobre nuestra actitud frente al Gobierno de Schleicher. Strasser es de la opinión de que hay que tolerar a Schleicher, lo que provoca un duro enfrentamiento con el Führer. Como de costumbre, Strasser pinta muy negra sobre fondo negro la situación del partido […]. Nos enteramos por casualidad de por qué Strasser lleva a cabo esa política de sabotaje: el domingo por la noche se vio con Schleicher y este le ofreció el puesto de vicecanciller. Strasser no solo no declinó explícitamente el ofrecimiento, sino que dejó entrever la idea de presentar una lista Strasser en unas eventuales nuevas elecciones. Es una grave traición al Führer y al partido[312].

En efecto, Schleicher anda, como siempre, con sus tejemanejes, pero ahora ya más claramente y, sobre todo, para sí mismo y no para un Brüning o un Papen. El intrigante general ha acabado por considerar que Papen, a quien había instalado en la Cancillería como hombre de paja, se ha vuelto peligroso. No es solo que el simple «sombrero» se crea con «cabeza», sino que encima se aferra estúpidamente al poder después de que dos derrotas y una moción de censura lo hayan desacreditado para siempre, un empecinamiento que amenaza con incendiar el país. Lo que sucede, sobre todo, es que Schleicher ha cambiado de opinión sobre los nazis. A diferencia de Papen, le había tomado la medida a lo sucedido en el verano de 1932, a pesar de que había estado trabajando durante dos años para alinear a los nazis con la derecha y el bloque nacional que Hindenburg deseaba que se formara; a pesar de que veía con buenos ojos el desarrollo de las SA y las SS, a las que consideraba casi como un banderín de enganche, como organizaciones para la formación de un «material humano» que, cuando llegara el momento, habría de verter en el Ejército alemán.

Lo primero que comprendió fue que la palabra de Hitler no valía nada: al mismo tiempo que la camarilla accedía a todas sus exigencias, el pequeño cabo austriaco salido de los barrios bajos de Viena y de Múnich lo tomó todo sin devolver nada, y exigió el poder al que querían más bien engancharlo. Schleicher, como hombre de orden y como militar nacionalista a quien no le gusta mucho la guerra civil, se sintió horrorizado por el nivel de violencia que desplegaron los nazis, no solo durante la campaña electoral de julio, sino también en agosto. Comprendió que no era posible tratar con semejantes matones. Lo cierto es que la derecha nacionalista y los liberales autoritarios lo tienen todo para entenderse con los nazis, cuyo mensaje no difiere realmente del suyo. Para estos últimos, sin embargo, las buenas maneras y la templanza burguesa —que siempre permite entenderse para satisfacer intereses bien comprendidos— ceden ante una forma de radicalidad que Papen,

con el porte altivo y embobado de un larguirucho bien nacido, no percibe y que Schleicher, que sí la percibe, no entiende.

No es Schleicher quien, en la estela de Goebbels, escribiría que no lo sacarían de su ministerio si no era con los pies por delante. Hay entre los nazis una inquietante extrañeza que resulta irreductible para las categorías de análisis de esos vástagos de las élites patrimoniales, que, sin embargo, hicieron todo lo posible por complacerlos y obligarlos. Goebbels, hablando de su jefe, señala: «Se hace política con el carácter más que con el entendimiento. ¡Y el mundo pertenece a los valientes! La grandeza del *Führer* reside en perseguir un único objetivo con tenaz obstinación y estar dispuesto a sacrificarlo todo para alcanzarlo. Eso es lo que lo diferencia de esos políticos burgueses que, sin embargo, dicen querer lo mismo que él [...]. De modo que ánimo, aunque la cosa se ponga difícil y se esté abrumado por las preocupaciones. No hay más solución que aguantar»[313].

A Schleicher, las opciones de Papen le parecen desastrosas en todos los sentidos. Para él, por lo tanto, ya no es cuestión de intentar ningún tipo de alianza con Hitler. Además, las negociaciones con los nazis fracasan con la misma rapidez que las de agosto, porque la situación no ha cambiado: el Gobierno está sin mayoría, Hitler reclama la Cancillería y Papen le ofrece ser vicecanciller. El gabinete Papen dimite el 16 de noviembre y el presidente del Reich llama a Hitler a consultas el 18 de noviembre. El 19, Hindenburg recibe el requerimiento de «eminentes personalidades del mundo de la economía» que lo conminan a nombrar al frente del Gobierno al jefe nazi.

Hitler, como ya había hecho en agosto, se niega a ser el puntal de un nuevo Gobierno de Papen y prohíbe a los miembros del NSDAP que acepten la más insignificante cartera. Manteniendo su exigencia de ser canciller y de disponer de ministerios de peso, Hitler promete a Hindenburg reunir una mayoría parlamentaria —NSDAP y Zentrum— y se permite una vez más el lujo de presentarse como garante de la Constitución que Papen pretende violar: «A diferencia

de algunos, siempre he insistido en la necesidad de colaborar con la representación nacional, sobre la base de la Constitución», rechazando toda idea de *Parteidiktatur* así como todo «experimento que solo pueda conducir, *in fine,* a la desnuda violencia, condenada por ello mismo al fracaso»[314].

Ante la intransigencia de Hitler, Hindenburg decide el 26 de noviembre volver a nombrar canciller a Papen, quien, privado de toda posibilidad de alianza y de apoyo, resuelve, como un enajenado, optar por un golpe de Estado, apoyado de nuevo por Gayl, ministro del Interior.

La obstinación de Papen atemoriza, sin embargo, a casi todo su gabinete, cuyos ministros son muy conscientes de que, tras haber resultado derrotados dos veces y haber sido censurados en septiembre por el 92,5 %, no representan nada en el país y no tienen base electoral alguna. Schleicher va a encargarse de asestarle el golpe de gracia a Papen. Solicita, a sus servicios del Ministerio de las Fuerzas Armadas, un informe pericial sobre el caso crítico *(Ernstfall)* de que estallara una guerra civil. Es el teniente coronel Eugen Ott, jefe de la sección política del ministerio, quien, durante el mes de noviembre, dirigió los trabajos del «simulacro Ott» *(Planspiel Ott)*. Se invita a Ott a presentar las conclusiones del grupo de expertos en la reunión del consejo de ministros de Papen que se celebra a las 9 de la mañana del 2 de diciembre. El oficial toma la palabra después de las intervenciones de los diferentes ministros, mayoritariamente opuestos a la prórroga del Gobierno, en contra de la opinión de Papen, apoyado únicamente por Eltz von Rübenach. Johann Ludwig Graf Schwerin von Krosigk, ministro de Finanzas, da cuenta detallada de esa reunión, cuyo protocolo oficial es de una brevedad inusual. Ott explica que el Reichswehr nunca estaría a la altura ante una insurrección general, posiblemente agravada por una agresión polaca en el Este: «La excelente presentación describe gráficamente todas las dificultades que la fuerza de las armas no podría superar […]. Concluye […] que el Reichswehr debía ciertamente obedecer todas las órdenes, y que así lo haría, pero que

los autores del estudio no podían hacer otra cosa sino pedir y desear que se alejara de ellos ese cáliz»[315]. Schwerin destaca «la profunda impresión que las palabras de Ott dejaron en los miembros del gabinete», incluido Papen, de quien señala el «visible estado de irritación y de conmoción», pero que «no parece convencido» de la inanidad del golpe de fuerza. El barón Von Neurath conmina de nuevo a Papen a renunciar a la Cancillería, por lo que Papen va a ver al presidente y regresa con una convocatoria dirigida a Schleicher.

Las maniobras del general para apartar a Papen y asumir él mismo la dirección del Gobierno eran un secreto a voces, como señala Goebbels el 1 de diciembre: «La crisis va en aumento. Schleicher es favorito. Circulan los rumores más descabellados [...]. La prensa clama curiosa»[316]. La noticia salta sin sorpresa: «Schleicher es nombrado canciller. Eso es bueno. Es la última carta del viejo. Nos vamos a poner a gritar como descosidos inmediatamente»[317], pero poco importa, porque «le doy a este gabinete dos meses a lo sumo»[318].

---

[289] «Rundfunkrede des Reichskanzlers, 12. September 1932», Akten der Reichskanzlei, BArch R 43 I/1010, f ° 59-63.

[290] Joseph Goebbels, *Tagebücher*, 28 de agosto de 1932, p. 691.

[291] *Ibid*., 12 de septiembre de 1932, p. 699.

[292] *Ibid*., 2 de novembre de 1932, pp. 708-709.

[293] «Rundfunkansprache Reichskanzler Franz von Papen, 4.11.1932», en Reichs-Rundfunk-Gesellschaft (RRG), Deutsches Rundfunkarchiv — Stiftung von ARD und Deutschlandradio.

[294] El subrayado es del autor.

[295] «Rundfunkansprache Reichskanzler Franz von Papen, 4.11.1932», discurso citado.

[296] *Ibid*.

[297] *Ibid*.

[298] Joseph Goebbels, *Tagebücher*, *op. cit*., 28 de agosto de 1932, p. 691.

[299] *Ibid*., 22 de julio de 1932, p. 676.

[300] *Ibid*., 6 de noviembre de 1932, pp. 714-715.

[301] Rudolf Hess, Memorandum, slnd, 1932, National Archives, Washington DC, American Committee for the Study of War Documents, Microfilm T-81, R-1, f ° 11427-11432.

[302] Peter Longerich, *Joseph Goebbels. Biographie*, Múnich, Siedler Verlag, 2010, p. 990.

[303] Joseph Goebbels, *Tagebücher, op. cit*., p. 710.

[304] *Ibid*., 4 de noviembre de 1932, pp. 711-712.

[305] *Ibid*., 6 de noviembre de 1932, p. 714.

[306] *Ibid*., p. 715.

[307] *Ibid*., p. 715.

[308] *Ibid*., 8 de noviembre de 1932, p. 715 y 9 de noviembre de 1932, p. 716.

[309] *Ibid*., p. 716.

[310] Goebbels deduce de la nocividad de estos hermanos conclusiones biológicamente deterministas, perfectamente congruentes con la concepción nazi de la biología: «Los Strasser han causado un gran daño entre nosotros. En primer lugar Otto, que no es sino un nihilista. Todo eso viene de la sangre», en Joseph Goebbels, *Tagebücher*, *op. cit*., 30 de diciembre de 1932, p. 741.

[311] *Ibid*., 20 de noviembre de 1932, p. 723.

[312] *Ibid*., 5 de diciembre de 1932, p. 731.

[313] *Ibid*., 1 de octubre de 1932, p. 702.

[314] «Adolf Hitler an Staatssekretär Dr. Meissner, 24.11.1932», en *Akten der Reichskanzlei,* BArch R 43 I/1309, f ° 507-521.

[315] «Tagebuchaufzeichnung des Reichsfinanzministers über den Verlauf der Ministerbesprechung vom 2. Dezember 1932, 9 Uhr», en *Tagebuch Schwerin v. Krosigk*, Institut für Zeitgeschichte, ZS/A-20, Bd. 4, f ° 9-11.

[316] Joseph Goebbels, *Tagebücher*, *op. cit*., 1 de diciembre de 1932, p. 729.

[317] *Ibid*., 2 de diciembre de 1932, p. 730.

[318] *Ibid*., 4 de diciembre de 1932, p. 730.

9
LIBERALISMO AUTORITARIO, PATRONAL, NAZISMO

Ganarse a los medios patronales era un objetivo estratégico de la *Führung* del NSDAP. Varias personalidades del entorno de Hitler asumen esa tarea para ir engrosando las filas de los intermediarios entre los nazis y la industria alemana y echar una mano a Hermann Goering y Hans Hanfstaengl, los encargados, desde principios de los años veinte, de la organización de cenas y de la recaudación de fondos para el partido.

Uno de esos intermediarios es el Dr. Otto Dietrich, periodista económico estrechamente vinculado a los medios patronales renanos (está casado con la hija del propietario del *Rheinische Wirtschaftszeitung [RWZ],* considerado el órgano oficial, junto con el *Kölner Zeitung,* de los medios económicos del Ruhr). Dietrich, que alardea de ser filósofo además, se afilia al NSDAP y se convierte en su *Reichspressechef.* Compite durante un tiempo con Goebbels, pero este acaba por aplastarlo y lo convierte en su subordinado. Ayuda a organizar varios encuentros informales, discretos, e incluso secretos, entre empresarios alemanes y Hitler, que recorre Alemania en un Mercedes para visitarlos durante el verano y el otoño de 1931[319]. Otro periodista económico, el Dr. Walther Funk, antiguo jefe de sección del *Berliner Börsen-Zeitung,* pone su agenda de direcciones y su impecable reputación de experto al servicio de Hitler. Miembro del partido nazi desde junio de 1931, también ocupa un puesto en el *Herrenklub,* donde puede tranquilizar a inversores y empresarios sobre las intenciones del partido nazi. El NSDAP, antimarxista,

propugna el respeto a la propiedad privada, la adhesión a la economía de mercado y la desregulación social.

Wilhelm Keppler, por su parte, es un pequeño empresario de Baden que, cansado de producir gelatina fotográfica, se afilia al NSDAP en 1927 y organiza enseguida reuniones entre el *Führer* y los empresarios. En 1932, a petición de Hitler, funda un Círculo de Estudios sobre Cuestiones Económicas *(Studienkreis für Wirtschaftsfragen).* Será conocido como «Círculo Keppler» *(Keppler-Kreis)* y reúne a periodistas, jefes de pequeñas y medianas empresas, a algunos grandes industriales y a banqueros y universitarios, para nutrir el programa del NSDAP y favorecer los contactos. Cuenta con algunos de los nombres más importantes de la economía alemana, como el Dr. Hjalmar Schacht, expresidente del Reichsbank y nazi convencido; Albert Vögler, presidente del consejo de administración de la segunda mayor empresa acerera del mundo, la Vereinigte Stahlwerke; Emil Helfferich, presidente del consejo de administración de la poderosa HAPAG, el primer armador alemán; Gottfried von Bismarck-Schönhausen, uno de los principales dirigentes de la RDI; o el banquero Kurt von Schröder. Una larga lista de títulos y apellidos de postín que demuestra que la elección de las élites adineradas está hecha. Después de enero de 1933, el Círculo Keppler se transforma en el *Freundeskreis Reichsführer SS,* un «círculo de amigos» que da al *Reichsführer SS,* Heinrich Himmler, un donativo anual de un millón de marcos.

En junio de 1932 se crea, alrededor del Dr. Hjalmar Schacht, un departamento del NSDAP que se llama *Arbeitsstelle Dr. Schacht.* Lo financian los grandes nombres de la industria pesada alemana que, junto a los nacionalistas conservadores (DNVP) y los liberales autoritarios (Von Papen), ya apuestan también por los nazis[320]. De ahí surge un breve libro publicado por Schacht en otoño de 1932. Es un ensayo programático sobre los principios de la política económica alemana[321], que formula las propuestas fundamentales de un Gobierno nazi en materia económica, bastante indiscernibles de cualquier programa liberal proempresarial. Schacht abogaba por una

drástica reducción de los impuestos a las empresas y los beneficios, una desregulación masiva, la ausencia de límites a los salarios y la riqueza, y una reducción neta de las prestaciones sociales, que habría que sustituir por caridad privada. El antiguo banquero, que iba a desempeñar un papel decisivo en las finanzas públicas del Reich, la defensa de la moneda y la política de rearme de Alemania bajo Hitler, recomienda asimismo la abolición de los salarios mínimos sectoriales y la ausencia de cualquier límite a la jornada laboral, es decir, todo lo que exigen los liberales, todo lo que aplican los asesores y ministros de Papen y todo lo que intentarán los nazis.

La cristalización de la hipótesis nazi también tiene lugar en círculos de sociabilidad formados por patronos, financieros y aseguradores, así como periodistas, universitarios, militares y políticos de derechas. El papel decisivo recae en el *Herrenklub,* pero hay que mencionar igualmente el *Hamburger Nationalklub*, fundado en 1919 para reunir a la flor y nata del patriciado político y económico del Norte[322]. Es el *Nationalklub* el que, a partir del 28 de febrero de 1926, convierte a Hitler en *salonfähig,* es decir, frecuentable, invitándolo a hablar ante sus miembros. Ahí es donde el *Führer* explica que «tenemos en Alemania 15 millones de personas con una orientación antinacional, y hasta que esos 15 millones […] no vuelvan al regazo del sentimiento nacional común, todo cuanto se hable de recuperación económica y de recuperación nacional no será más que palabrería sin interés […]. Con ese propósito se fundó no hace tanto el movimiento que me esfuerzo por hacer crecer y llevar al poder. Su misión es clara: destruir, exterminar el marxismo»[323]. Volverán a invitarlo en diciembre de 1930, y a Goebbels en 1931.

Entre las demás organizaciones que integran a los nazis en los círculos de poder cabe citar la Sociedad para el Estudio del Fascismo *(Gesellschaft zum Studium des Faschismus)*, una «red antidemocrática que reúne a conservadores de derechas y a nazis»[324] fundada en diciembre de 1931 por militares, nobles y patronos partidarios de la unión de las derechas, y el Frente de

Harzburgo creado recientemente. Más de 300 miembros figuran en las listas de esa sociedad, cuyas conferencias nocturnas permiten a la élite de la derecha empresarial y política conversar con Funk y Goering. El Dr. Schacht se encarga de poner su crédito de (verdadero) genio de las finanzas y del dinero, inmenso desde 1924, al servicio de la hipótesis nazi.

El punto álgido de esa gira por la patronal alemana es, sin duda, el sucedáneo de mitin organizado por el principal círculo de influencia y de reflexión de los industriales alemanes, el prestigioso Club de la Industria de Düsseldorf, «lugar de encuentro de las élites»[325], el 26 de enero de 1932. Los patronos saben a qué atenerse, y ya están plenamente tranquilizados por la larga entrevista que Adolf Hitler había concedido a la prensa británica y estadounidense siete semanas antes, el 4 de diciembre de 1931[326], en la que se presentaba, cuando menos, como enemigo irreconciliable del marxismo, pero sobre todo como garante de las inversiones extranjeras en Alemania.

Los patronos se agolpan en el salón de gala del Grand Hotel du Parc de Düsseldorf, hasta tal punto que el propio Gustav Krupp se ve obligado a dirigirse al presidente del club, Karl Haniel, para conseguir dónde sentarse. Este último constata que «el número de socios del club ha superado nuestras previsiones más audaces» y lamenta que «no podamos empujar las paredes»[327]. Encuentran la solución: altavoces para retransmitir en tiempo real a una sala adyacente —una primicia en ese círculo de gente tan bien educada—. El alcalde de la ciudad, miembro del DNVP, recibe a Hitler, acompañado por Hermann Goering, las seis de la tarde, antes de las palabras de bienvenida de Karl Haniel y Fritz Thyssen, que concluye su amable presentación con un contundente «¡Heil, Herr Hitler!».

Los que habían venido con la idea de asistir a una presentación de la doctrina económica del NSDAP se llevan una sorpresa. Lo que hace esa noche Hitler es pronunciar un enérgico monólogo sobre los fundamentos de la «visión del mundo» nazi. El Führer del NSDAP

comienza admitiendo que el «movimiento» tiene «la reputación de ser hostil a los medios económicos»[328], cosa que lamenta. Eso se debe, en su opinión, al hecho de que los nazis no sitúan la economía ni la crisis mundial en el centro de su análisis: «Nuestro concepto se diferencia mucho del de nuestros adversarios. Creemos que las causas últimas y profundas de nuestra desazón actual no están en procesos mundiales de carácter general [...]. Si fuera cierto que la causa única y necesaria de la miseria alemana es una supuesta crisis mundial [...], nuestro futuro como pueblo alemán sería la desesperación»[329].

Para él, la delectación morosa inducida por la contemplación de la crisis es un fatalismo culpable, ajeno al voluntarismo de cada momento que propugna el NSDAP. La voluntad de los que quieren regenerar y salvar Alemania tiene como corolario, por supuesto, la responsabilidad del jefe y la culpabilidad de los enemigos de la nación: «¿Cómo podemos modificar entonces una situación para la que no hay a quien culpar? Creo que la idea de que una crisis mundial es responsable de todo conduce necesariamente a un pesimismo peligroso [...]. Yo considero que es de primera importancia romper radicalmente con la idea de que nuestra situación está vinculada únicamente a una determinación mundial. No es verdad que nuestra miseria tenga como única causa una crisis mundial, una catástrofe mundial. Es justo decir, no obstante, que hemos entrado en una crisis general porque se han cometido errores en nuestra propia casa»[330]. Hitler señala con el dedo, al respecto, a los «criminales de noviembre», los que supuestamente apuñalaron por la espalda al Ejército alemán antes de firmar Rethondes y Versalles. Pero cuidado con exagerar la importancia de la política exterior, del tratado de paz de Versalles o de las normas de Ginebra y de la Sociedad de Naciones: los nazis rechazan tanto el economicismo como el geopolitismo. Todo eso es secundario. «¿Cuál es entonces el sentido de la política? [...] No es otra cosa que la toma de conciencia de los intereses vitales de un pueblo y la gestión de la lucha por la vida de ese pueblo, empleando todos los medios.

De modo que está claro que ese combate por la vida tiene su origen en el propio pueblo y que el pueblo es el objeto, el valor en sí mismo que hay que preservar. Todas las funciones del cuerpo del pueblo deben, en última instancia, servir a un fin único, que es la preservación de ese cuerpo en el futuro. Por lo tanto, no puedo decir que la política exterior o la política económica tengan prioridad»[331].

De modo que Hitler no se anda con rodeos para hablar a un auditorio de patronos cuyo pasatiempo dominical suele ser leer las «páginas de política exterior» de los periódicos del fin de semana. Al restablecer el orden de las prioridades políticas, está echándoles un sermón, literalmente: «Un pueblo necesita, sin duda alguna, una economía para vivir. Pero la economía no es más que una de las funciones que el pueblo necesita para poder existir. Lo esencial es el punto de partida: el pueblo, la raza»[332].

Adolf Hitler es un hábil orador que, sin ninguna formación particular, demuestra un asombroso dominio de los principios de la retórica. Tras esta *captatio benevolentiae* un tanto paradójica, que consistió en tomar por sorpresa a su auditorio para suscitar mejor su atención, puede desplegar un argumentario sensible para llegar al corazón de los patronos que tiene delante. Hitler explica que el nazismo es una forma de desigualitarismo, una concepción jerárquica de las comunidades humanas y también de los individuos que componen tales comunidades. Tanto en el interior como en el exterior de las naciones, la Revolución Francesa, al difundir la mentira de la igualdad de las razas y de los seres, sembró el caos:

> Existen dos manifestaciones íntimamente ligadas de la degeneración de las naciones. La primera sustituye el valor del individuo por el concepto nivelador y puramente cuantitativo de la democracia. La segunda niega el valor intrínseco de cada pueblo, niega las diferencias en las disposiciones biológicas y en los logros de los diferentes pueblos [...]. Internacionalismo y democracia son conceptos inseparables [...]. Se nos dice que entre los negros, los arios, los mongoles y los pieles rojas no hay ninguna diferencia de valor. Esa concepción, que está en la base de toda la mentalidad internacional y que desemboca en que hoy pueda verse a un negro presidiendo una sesión de la Sociedad de Naciones, conduce

> necesariamente al hecho de que, en el interior mismo de un pueblo, se llega a negar las diferencias de valor entre los miembros de ese pueblo[333].

Así es como deja al auditorio sólidamente enganchado. Ese tipo de discurso racista y social-darwinista llega a unos patronos cuyas ideas conservadoras, desigualitarias y a menudo racistas consisten en naturalizar su dominación a través de la ideología del don (los seres «dotados» dominan) y del mérito (se llega a la cima gracias al trabajo propio). En resumen, atrae la atención a través de un discurso de la desigualdad entre los hombres que pone en jaque mate a Rousseau y a la Revolución Francesa.

A partir de ahí, Hitler juega sobre seguro:

> La grandeza de un pueblo no es la suma de las realizaciones individuales, sino la suma de las actuaciones de los mejores. ¡Que no me digan que la primera imagen que da la cultura humana es la realización de la masa! […]. Es, por el contrario, la obra de unos cuantos genios bendecidos por Dios […]. Así pues, si esos genios se sitúan al mismo nivel que todos los demás, asistimos a una nivelación del genio, de la competencia y del valor del individuo, una nivelación que se denomina erróneamente soberanía popular. En realidad, se trata del poder de la estupidez, de la mediocridad y de la ineptitud, de la cobardía, de la debilidad y de la incompetencia. La soberanía del pueblo consiste más bien en poner al frente de él a los más capaces[334].

La ideología de la igualdad ha conducido a la democracia, sistema inepto que permite gobernar a mediocres, así como a esa abyecta democracia internacional con sede en Ginebra, entre los muros de la Sociedad de Naciones. El antídoto, según el social-darwinista rabioso que es Hitler, es el culto a los gigantes, a los campeones y a los jefes, a los que han triunfado frente a la masa de los que no son nada y que, naturalmente, no pueden tener ni voz ni voto.

Viene a continuación una diatriba sobre la pertinencia de la propiedad privada, basada en los «resultados desiguales» de los individuos, que deciden sobre la apropiación del capital y de los medios de producción y, por lo tanto, sobre la jerarquía en la empresa: son desde luego los mejores, los más «competentes»,

quienes están a la cabeza de la economía privada, y menos mal. Siendo así, ¿por qué iba a ser de otro modo en política? ¿Por qué negarle al país la posibilidad de que se gobierne como cualquier otra empresa? Hitler instaura así la empresa como modelo de lo que aún no se conocía —todo llegaría— como gobernanza política. «Una vez dicho esto, es una locura decir: ¡en economía no todos son iguales, pero en política sí! Es absurdo basar la vida económica en el principio del rendimiento, en el valor del individuo y, por consiguiente, en la autoridad de la persona, ¡y negar, en cambio, la autoridad del individuo en política y sustituirla por la ley del mayor número! Cabe constatar, por lo tanto, una divergencia cada vez mayor entre las concepciones que rigen la economía y las que regulan la política; de modo que hay que intentar reducir esa brecha adecuando las normas políticas a las normas de la economía»[335].

La empresa, añade, es un modelo de «rendimiento», de eficiencia y de éxito, exactamente igual que el ejército. Ahora bien, ambos se basan en «un principio absolutamente antidemocrático», el «principio del rendimiento» *(Leistungsprinzip)*.

Podemos imaginar al público henchido de alegría ante esas palabras de un Hitler que algunos todavía imaginaban a la cabeza de un movimiento parabolchevique o criptosocialista. Resulta que Hitler es de los suyos y dice cosas que son oro puro. Cuando repudia la democracia, apunta también a la democracia de empresa, la de la revolución de 1918 y de los acuerdos Stinnes-Legien, concedidos el 15 de noviembre de 1918 en estado de pánico por una patronal en desbandada, que firmó todo lo que le ponían delante para contener las ocupaciones de fábricas y las expropiaciones por parte de un movimiento consejista que multiplicaba los sóviets de obreros por todas partes… La patronal intentó sistemáticamente anular tales acuerdos, que introdujeron la jornada laboral de ocho horas, la semana de cinco días, el principio de representatividad sindical en la empresa e incluso una forma de cogestión en manos de comités sociales. Semejante aberración había sido recortada durante los años de Gobierno de la derecha, de 1923 a 1928, pero no lo

suficiente, según los patronos. Hitler se presenta como el hombre de la patronal y sabemos que no los decepcionará. Con la ley del 20 de enero de 1934[336], la democracia de empresa no fue más que un mal recuerdo para los que, a partir de entonces, se llamarían *Betriebsführer,* es decir, jefes *(Führer)* de empresa *(Betrieb),* a lo largo de toda la historia del Tercer Reich.

Pero eso no es todo. Hitler sabe cómo hablar a lo más profundo de la psique de los patronos alemanes, que, al igual que sus homólogos franceses, británicos o estadounidenses, tienen una idea absolutamente territorial de la expansión económica. En todo Occidente, el racismo y el darwinismo social se fundieron en una síntesis armoniosa que justificaba la práctica del capitalismo más inhumano, así como del colonialismo más agresivo. El primero, en cualquier caso, iba de la mano del segundo: de Jules Ferry a la Cámara de los Comunes, las justificaciones sublimes del proyecto colonial, presentado como una obra de cristianización o —laicidad francesa obliga— de civilización, siempre han servido de oropeles de un materialismo más brutal. La colonización siempre ha sido conquista y dominio de un *hinterland,* ese traspaís que los geógrafos y geopolíticos alemanes definen y nombran para uso de sus colegas de la Sorbona o de Harvard, y del que se extraen recursos minerales, madera en bruto, materias primas y una fuerza de trabajo cuyo coste tiende a cero mediante la esclavitud.

Sabemos que la colonización alemana fue tardía y que Bismarck solo se decidió a observar el mapa de África bajo la presión amistosa de sus amigos armadores, antes de que Guillermo II y Von Bülow reivindicaran un «lugar al sol» para el Reich. Pero la industria y las finanzas alemanas tenían otras miras: la brújula del capitalismo alemán apuntaba menos al sur de África que al este de Europa. Lo que los alemanes llaman *Kolonien* o *Siedlungen* recuerda menos a Namibia o Tanzania que a Polonia, el Báltico, los Balcanes o Ucrania. Uno de los magnates más poderosos de Alemania lo demuestra con su propia biografía: antes de convertirse en presidente del directorio de Krupp y, posteriormente, en magnate de los medios de

comunicación y jefe del DNVP, Alfred Hugenberg fue el autor de una tesis doctoral sobre la colonización interior del Reich alemán. Más tarde, durante la Gran Guerra, se convirtió en el fundador del Comité *Freie Ukraine* (Ucrania Libre), que hacía campaña por la secesión de Ucrania del Imperio de los zares así como por la hegemonía, ya fuera directa (anexiones) o indirecta (protectorados), del Reich alemán en Europa Oriental, proyecto coronado por la victoria del Ejército alemán y del austriaco sobre el Zar, y por la Paz de Brest-Litovsk el 3 de marzo de 1918. Esa paz, que consagraba los sueños pangermanistas y anexionistas más descabellados, quedó barrida por la derrota en el Oeste y anulada por el Tratado de Versalles un año después, otra razón mayor del resentimiento de una nación privada de su victoria en el Este.

Los nazis nunca dejaron de aprovecharse de ese resentimiento y de prometer reparación a las élites alemanas: tendrían su imperio colonial europeo.

En Düsseldorf, tras volver a echar mano de la historia de «la raza blanca, que se ha alzado a la cima del mundo desde la Antigüedad en unos mil años», Hitler advierte: «Se dice en ocasiones que es posible conquistar el mundo únicamente desde el punto de vista económico. Se trata de uno de los errores más masivos y terribles que pueden darse […]. No es posible comprender la situación actual del mundo y la dominación de la raza blanca si no se comprende que el deseo de dominación política y el deseo de dominación económica son una misma cosa». En otras palabras, las zonas de hegemonía económica se asegurarán por la fuerza, para mayor beneficio de todos: la industria alemana ganará *hinterland* y salidas; la raza germánica, su espacio vital. Pero cuidado: ese despiece regularizado de los espacios europeos conquistados y colonizados obedecerá a principios desigualitarios, que son los únicos pertinentes desde un punto de vista antropológico-racial (un eslavo no es lo mismo que un germano), así como también económico. El trato a los pueblos, los términos del intercambio, los niveles salariales y de vida, todo debe ser estrictamente desigualitario: «La raza blanca no puede mantener

su dominación más que si mantiene la diferencia de niveles de vida en el mundo. Den a nuestras "zonas de salidas", como las denominamos, el mismo nivel de vida que tenemos nosotros, y pronto veremos que nuestra posición dominante económica y políticamente se disuelve»[337].

Después de haber demostrado que la patronal y los nazis habitaban el mismo universo mental (desigualdad, rendimiento, principio de autoridad), tenían los mismos valores (propiedad privada, jerarquía, competencia) y las mismas referencias ideológicas (oposición de principio a la democracia, darwinismo social, racismo), Hitler abre un horizonte potencialmente infinito de prosperidad y de beneficios: con el rearme de Alemania y el proyecto de un imperio colonial en suelo europeo, el NSDAP invita a una orgía de dividendos.

Significativamente, Hitler pronuncia ante los patronos el mismo discurso que pronunciará ante los más altos mandos del Ejército alemán en una reunión secreta un año más tarde, el 3 de febrero de 1933. Cuando ya es canciller del Reich, expone los principios y los medios para una restauración del poder político y militar alemán, y diserta ampliamente, una vez más, sobre el vínculo entre la economía y el imperio. Del mismo modo que había hablado de ejército y de guerra a los patronos, habla de economía internacional a los oficiales que reúne en las dependencias del ministro del Reichswehr, el general Werner von Blomberg. Allí hace un elogio de la colonización: «En la vida de los individuos, es siempre el más fuerte y el mejor el que prevalece. Lo mismo ocurre con los pueblos. Esa pequeña minoría que es la raza europea ha sabido durante siglos esclavizar y utilizar a millones de hombres para construir, con el esfuerzo de todos ellos, su civilización. Se trataba de un intercambio: Europa entregaba sus productos acabados y compartía su cultura, mientras las razas inferiores tenían que dar sus materias primas, su mano de obra, etc.»[338]. Pero ese mundo ideal se ve amenazado por una globalización económica que está reequilibrando las capacidades técnicas y productivas: «En Asia» y «en el sudeste

de Europa» (los Balcanes, Rumanía, Bulgaria, Grecia, Hungría) han «aparecido industrias que producen a menor coste y amenazan con expulsar a la raza de los amos y señores». Hitler culpa a la Gran Guerra y a las Reparaciones, aunque también al «bolchevismo», que mantiene «la pobreza y un nivel de vida muy bajo», porque ve en ello la condición de su éxito. Resultado: las masas europeas empobrecidas tienen un sentimiento de «solidaridad con los proletarios de las demás razas» que supera todo sentimiento de pertenencia a su propio pueblo. Por lo tanto, es imperativo erradicar el desempleo, y Hitler solo ve dos maneras de hacerlo: «1. Exportando a toda costa y por todos los medios; 2. Ampliando el espacio vital alemán y con una política muy ambiciosa de colonización continental. Eso es lo que yo propongo».

El Gobierno Hitler-Papen de «recuperación nacional» se propone crear las condiciones para esa conquista y esa colonización mediante la regeneración del país: fin de la democracia, erradicación del marxismo, prohibición del pacifismo. La democracia queda agraciada con los mismos argumentos que un año atrás ante los patronos. Repitámoslo: Hitler parece dirigirse al mismo auditorio, mantiene los mismos razonamientos, utiliza los mismos conceptos y propone las mismas soluciones. Y continúa: «Todo el mundo sabe que la democracia en el ejército sería una absurdidad. En la empresa también es nociva. Los consejos de empresa, como los consejos de soldados, son una aberración».

Al igual que un año antes, después de haber demostrado de un modo implacable que los principios y los fines de la «visión del mundo» nazi eran idénticos a los de su audiencia, Hitler ofrece a los oficiales perspectivas materiales de ensueño: los empresarios pudieron vislumbrar y comprender rápidamente el maná del rearme. Los oficiales del Reichswehr, por su parte, ven dibujarse la reintroducción del servicio militar, la multiplicación por treinta de los efectivos y una guerra «para conquistar el biotopo en el Este». También entienden al instante lo que ello significa en términos de carrera, de ascenso y de poder. Entre los militares también se sabe

calcular y se conocen los escalafones de ascenso y de poder. Un joven capitán como Erwin Rommel podía aspirar legítimamente a ser coronel, incluso general, antes del final de su carrera. Apenas ocho años después, en 1941, es mariscal del Reich.

Ese discurso de Düsseldorf es todo un éxito, como demuestran los «largos aplausos entusiastas» señalados por un oyente y los «aplausos atronadores»[339] recogidos en un informe del prefecto de policía de la ciudad. Hitler, Goering y Ernst Röhm pasan el día siguiente en el castillo de Landsberg, propiedad de Fritz Thyssen, en compañía de Ernst Vögler y Ernst Poesgen, que invitan a Goering a pronunciar otra conferencia ante el Club de la Industria, en abril de 1932.

La exposición que hace viene a confirmar la estima en que industriales y banqueros tienen al partido nazi y a Hitler. Es evidente que, al igual que en 1919-1920, en el momento en que se decidió adoptar el nombre de «Partido Nacional*socialista* de los *Trabajadores* Alemanes» así como un programa de veinticinco puntos que contiene algunas disposiciones anticapitalistas, el discurso social del partido no es para tomárselo en serio: sigue siendo un señuelo para atraer a un electorado que, de otro modo, se vería tentado por la izquierda. De hecho, el ala anticapitalista del partido lo abandonó cuando Otto Strasser, su jefe, entregó su carné en 1930 y publicó un famoso texto titulado «Los socialistas abandonan el NSDAP»[340]. La línea del partido nazi es de derecha, favorable al capital, hostil al movimiento obrero, a sus reivindicaciones y huelgas, visceralmente opuesta a un marxismo que, según Hitler, debía ser «exterminado», ni más ni menos.

Los mencionados obreros no se equivocan: contrariamente a lo que se afirma en algunos manuales o publicaciones de segunda fila, nunca apoyaron mayoritariamente con sus votos al NSDAP[341]. Lo mismo ocurre con los parados[342]: la superposición de las curvas del paro y del voto nazi es engañosa, porque la carencia de empleo no es en absoluto una «variable independiente»[343] que pueda aislarse

de las demás —en este caso, de la confesión religiosa y de la localización (región, ciudad, tamaño de la ciudad)—. Se observa una fuerte correlación positiva entre el protestantismo y el voto nazi, así como entre el voto al NSDAP y la baja tasa de desempleo: «Donde la tasa de desempleo era más elevada, el NSDAP registraba resultados electorales más bajos»[344].

Además de la *Mittelbau,* franja intermedia de pequeños y medianos empresarios, tan poderosa en Alemania y que mayoritariamente apoyó a los nazis en 1932, es la gran patronal la que apoya al NSDAP. Este partido logró conciliar a posiciones prácticamente opuestas: pequeña y gran patronal, industria y banca, industria pesada y grandes agraristas, todos convencidos de que la hipótesis nazi era la solución más creíble y razonable para garantizar la «estabilidad» del país (es decir, acabar con el parlamentarismo) y prevenir cualquier riesgo de «guerra civil» (es decir, cortar de raíz cualquier insurrección comunista). Dado que ya existen estudios antiguos que han relativizado el papel y la responsabilidad de lo que los marxistas llaman «el capital» o las potencias monetarias en la financiación de los nazis y su llegada al poder, conviene recordar que trabajamos con una documentación con lagunas en más del 90 %, debido a la destrucción causada por la guerra, la política nazi de borrado de toda huella a partir de 1943 y el oportuno lavado de cara de numerosos archivos privados. Todo esto ha provocado que, desgraciadamente, no seamos capaces de rastrear lo que los magnates de las industrias del carbón, el acero y el automóvil, por ejemplo, pudieron haber hecho entre 1930 y 1933 —el historiador del nazismo está familiarizado con esos púdicos silencios y esas lagunas biográficas—. Sin embargo, cruzando correspondencia, diarios íntimos, prensa patronal y gestiones secretas o más explícitas, podemos llegar a la conclusión de que el mundo empresarial estuvo a favor de la solución nazi tras las elecciones del 6 de noviembre de 1932, que confirmaron la fractura del electorado y del Reichstag en tres bloques y privaron al Gobierno de Papen de

todo apoyo popular: un 90 % de oposición es lo mínimo que puede establecerse.

En la reunión decisiva del Consejo de Ministros del 2 de diciembre, que lleva a Papen a renunciar a la idea de formar un nuevo Gobierno, el profesor Warmbold, ministro de Economía y figura clave de la gran patronal, cita a los «eminentes responsables del mundo de la economía» que piden que se reduzcan los gastos y se les abra la puerta a los nazis, porque «la estabilidad política es necesaria para relanzar la economía»[345]. Unos días antes, Papen se había quejado de ese «torrente de consejos contradictorios vertidos sobre el presidente del Reich», que lo «estaba agotando» —queja confirmada por el leal Dr. Meissner, inamovible secretario general de la Presidencia, que advirtió al Consejo de Ministros de que el «estado moral» del mariscal era crítico—. Hindenburg, que le tiene un cariño irracional a Papen, de quien está encaprichado, recibió el 19 de noviembre de 1932 un escrito con un requerimiento *(Eingabe)* de «importantes personalidades del mundo de la economía» que le piden que elija a Adolf Hitler para la Cancillería. Los firmantes celebran «el giro iniciado» por el presidente del Reich «en la dirección de los asuntos de Estado» y, como él, reconocen «la necesidad de un Gobierno más independiente de los partidos», a semejanza de los «gabinetes presidenciales». Sin embargo, los resultados del 6 de noviembre no ofrecen ningún «apoyo» popular al Gobierno de Papen, cuya acción celebran los firmantes: «Solo el DNVP […] y el Partido Nacional Socialista se oponen fundamentalmente al sistema de partidos y aprueban los objetivos de Vuestra Excelencia. Consideramos que ese resultado es motivo de excepcional regocijo, y no podemos imaginar que la consecución del objetivo de V.E. fracase porque se continúe en la vía de un método ineficaz», es decir, un Gobierno ultraminoritario, impopular, que solo se base en el estado de excepción permanente y en la fuerza de las armas. Para poner fin a la democracia y garantizar la estabilidad que la «economía» reclama, se impone otra vía:

> Parece claro que disoluciones repetidas acompañadas de nuevas elecciones permanentes, que podrían agravar los conflictos entre partidos, solo pueden contrariar la paz política y el fortalecimiento de nuestra economía. Parece igual de claro que toda modificación constitucional que no contara con el apoyo de un gran movimiento popular tendría efectos económicos, políticos y psicológicos aún peores. Por ello, consideramos un deber moral solicitar humildemente a Vuestra Excelencia que permita la constitución de un Gobierno capaz de alcanzar los objetivos definidos por Vuestra Excelencia, y que nosotros apoyamos, de modo que ese gabinete goce de la más amplia aprobación popular.
>
> Nosotros estamos libres de toda atadura política. Reconocemos en este movimiento nacional *(nationale Bewegung)* que recorre nuestro pueblo la prometedora aurora de una era que, superando la lucha de clases, creará las condiciones adecuadas para un renovado crecimiento de la economía alemana. Somos conscientes de que tal crecimiento exige otros sacrificios. Creemos que esos sacrificios solo pueden llevarse a cabo voluntariamente si se confía al grupo más numeroso de ese movimiento nacional la dirección del Gobierno[346].

El texto, establecido por los historiadores de la Alemania del Este como prueba última de que el *Monopolkapital* había elegido a Hitler para perpetuar su dominación económica y asegurar sus beneficios financieros, vio su importancia relativizada por una contrahistoriografía con acentos tan exculpatorios, incluso apologéticos, como acusatoria era la primera[347]. El principal argumento reside en la modesta lista de firmantes, inicialmente de dieciséis nombres, luego de diecinueve. Pero tal argumento queda refutado por la calidad de los peticionarios. Redactado por el Dr. Hjalmar Schacht, mago de las finanzas y héroe del renacimiento monetario alemán de 1923-1924, el texto está firmado por los presidentes de las Cámaras de Comercio e Industria de Berlín, Hamburgo y Hannover, el director general del mayor productor de petróleo y gas de Alemania (Wintershall AG), el director general de Pelikan (conocida empresa de papelería), el presidente del consejo de supervisión de Hapag (el armador más poderoso de Alemania) y miembro del consejo de administración de Esso Deutschland, el

presidente del *Reichslandbund,* Ernst von Kalkreuth, sin olvidar a Fritz Thyssen y al banquero Kurt Freiherr von Schröder.

Faltan, como vemos, algunos nombres (Krupp, Springorum, Borsig, Bosch…), más inclinados a apoyar una solución liberal-autoritaria (Papen), tachonada de nacional-conservadurismo (Hugenberg), prudentes, también, ante el potencial desorden que podría provocar un nombramiento de Hitler (levantamiento antifascista), más que realmente opuestos a una solución hitleriana. Estos basculan en diciembre de 1932, en el momento en que Papen, apartado por Schleicher y lleno de resentimiento, inicia sus intrigas a través del barón-banquero Von Schröder, para acercarse a Hitler y sellar con él un pacto fáustico. Schröder testifica que el planteamiento recibe un amplio consenso. En su afidávit en Nuremberg, Kurt von Schröder declara: «Papen me pidió que organizara una reunión con Hitler […]. Antes de proceder a dar ese paso, recabé la opinión de una serie de dirigentes empresariales importantes y quise averiguar todo lo posible sobre cuál era la posición del mundo económico respecto a una colaboración entre ambos. Los esfuerzos concertados de la patronal alemana tenían como objetivo encontrar a un hombre fuerte, capaz de formar un Gobierno duradero»[348].

En lo que a la financiación se refiere, esta será masiva a partir de ese momento, después de la reunión del 20 de febrero de 1933, es decir, muy tarde, mucho después de que todo estuviera decidido, según los apologetas. El 20 de febrero de 1933, no obstante, no había nada decidido, y el NSDAP supo aprovechar al máximo el donativo de tres millones de marcos en propaganda electoral para las elecciones absolutamente decisivas del 5 de marzo. Antes, entre septiembre de 1932 y enero de 1933, el partido nazi había agotado sus reservas y pedía créditos para financiar decenas de campañas electorales, con una profusión de costosos recursos que Goebbels enumeraba con el asombro de un niño ante un juguete nuevo: la utilización del avión, la radio y el cine; o el diseño gráfico de carteles y panfletos, folletos, nuevas cabeceras de prensa y numerosas

ediciones especiales, etc. Es una broma afirmar —como Turner logró hacer sin reírse— que todo ese circo se había financiado con las cuotas de los afiliados al partido y las entradas a los mítines. El coste de las campañas electorales permanentes (Reich, *Länder,* comunas) desde 1929, así como los gastos fijos de la estructura del partido, que no dejaban de aumentar —locales, número de personal permanente, efectivos de las SA, muchos de cuyos miembros no podían financiar su material, ni siquiera su alojamiento y manutención—, tampoco pueden haber quedado completamente cubiertos por el préstamo y la deuda. Pero cualquiera que haya tratado alguna vez con un banco se quedará convencido de que, si los bancos alemanes concedieron importantes créditos a los nazis, fue porque estos disfrutaban de prestigio político ante ellos y porque, para ellos, se trataba de un seguro para el día de mañana.

Pocos días después de esa iniciativa de la patronal, el 23 de noviembre de 1932, y unos meses después de Hitler, el Club de la Industria (RDI) organiza en Dusseldorf una gran conferencia con el prestigioso profesor y orador Carl Schmitt para hablar de los vínculos entre el Estado y la economía privada. El tema es estructuralmente importante, pero no hay necesidad de remontarse al siglo XIX, cuando la universidad alemana, de Friedrich List a los «socialistas de cátedra», multiplicó sus reflexiones sobre la intervención del Estado, las pretensiones de los socialdemócratas de ampliar y profundizar el campo del derecho social —desde el derecho laboral hasta el seguro de desempleo—, cosa que irritaba en grado sumo a la patronal alemana. Creyendo esta que le habían arrancado los acuerdos Stinnes-Legien de noviembre de 1918, en un momento en que, ante las ocupaciones de fábricas y los sóviets obreros, se daba desesperadamente por vencida, cuando llegan los relevos de la derecha al Reichstag no ceja en su empeño de dar marcha atrás en tales concesiones.

El regreso de los socialdemócratas al Gobierno del Reich en gran coalición (1928-1930) y los proyectos de seguro de desempleo

provocaron un violento contraataque de la RDI. Este ataque se materializó en un famoso panfleto de 1929, cuyo título, *¿Recuperarse o colapsar? (Aufstieg oder Niedergang?)*, plantea una alternativa brutal y propone una dirección inequívoca, desarrollada en el texto: bajadas de impuestos para las empresas, «reformas» de los seguros sociales, recortes de los gastos del Estado, reducción del perímetro fiscal y normativo, «simplificación» administrativa y reglamentaria, etc. Esa violenta arremetida pesó mucho en la decisión tomada por los partidos de derechas de romper la gran coalición y confirmó al presidente Hindenburg en sus proyectos de «giro a la derecha». Es más, el programa de Brüning y las disposiciones de urgencia que su Gobierno introduciría a lo largo de los dos años siguientes se corresponden bastante con la hoja de ruta trazada por el RDI. Es cierto que, como hemos visto, la patronal acaba por desprenderse de Brüning, incapaz, a su juicio, de la agilidad necesaria para modificar su programa deflacionista, que acabó privando a la industria alemana de salidas interiores, pero la desconfianza frente al Estado y el anatema contra cualquier deriva «socialista» siguen estando en el orden del día.

Carl Schmitt comparte esos prejuicios, si bien de un modo eminentemente más sutil y basándose en un conocimiento verdaderamente impresionante de la historia de las instituciones y de las teorías del Estado, tanto en el plano jurídico como en el filosófico y teológico. El discurso que pronuncia ante los patronos no se detiene demasiado en esos aspectos. Para decirlo sin rodeos, el trabajo de Schmitt se queda por debajo de lo que él hace y sabe hacer. Hay que explicar que el universitario no se dirige a sus iguales, sino a simples empresarios, y que acaba de pasar varios meses agotadores, realizando un trabajo intenso para defender al Reich ante el *Staatsgerichtshof* de Leipzig, donde representa al Gobierno de Papen en los dos procedimientos principales entablados por el Gobierno socialdemócrata de Prusia. Uno presentado el 20 de julio: el procedimiento de urgencia, que Schmitt ganó el 25 de julio. Y el juicio propiamente dicho, en octubre, que no ganó.

No carece de interés, sin embargo, la argumentación de Schmitt de que el Estado de Weimar había engordado por debilidad, mientras que un Estado fuerte sería capaz de distinguir entre lo que es responsabilidad suya y lo que no. Schmitt presenta una inteligente armazón teórica y retórica para un argumento básicamente banal, un requerimiento contra el Estado del bienestar unido a un alegato a favor del Estado policial ejecutivo que tanto aprecian los liberales —algo que Schmitt ciertamente no es—. Armado de una sutil dialéctica, el jurista de derecho público postula que un «Estado fuerte» (que él espera y por el que reza) es un Estado «capaz de desentenderse de las cuestiones no estatales», y que ese «proceso de despolitización» es eminentemente «un proceso político»[349]. Viene a continuación una apología del artículo 48[350] y una embestida contra los Estados alemanes que, junto con Prusia, atacaron al Reich en Leipzig para defender la causa federalista[351]. La arremetida contra el «Estado federal de partidos», que «se burla del Estado alemán»[352] e incrimina la herencia del Sacro Imperio Romano Germánico, que tanto disgusta al centralista y estatista católico Schmitt, es cualquier cosa menos un manifiesto liberal. Schmitt aborrece el liberalismo político y menosprecia «las fórmulas de moda como liberalismo, Estado de derecho o cualquier otra denominación»[353]. Schmitt no duda en contrariar las expectativas de su auditorio, defendiendo el «Estado total» —una realidad que no queda sino constatar, pues ha sido producida por los medios técnicos contemporáneos, la Gran Guerra y los enemigos bolcheviques del Estado— y el «Estado fuerte» —que ya no es una constatación, sino un deseo—.

En el fondo, el mensaje puede seducir a un público conservador, incluso reaccionario, cuya sociología elitista y cuya socialización tradicionalmente militar (hay pocos directores de empresa que no sean oficiales en la reserva) los hacen sensibles al carácter más bien marcial del discurso *ex cathedra* pronunciado por el gran erudito, tanto más cuanto que, como hemos dicho, el Estado fuerte debe adelgazar para hacer músculo, y a la inversa. Schmitt repudia «esa

suerte de Estado total [...] que se inmiscuye indiscriminadamente en todos los ámbitos, en todas las esferas de la existencia humana, que ya no conoce absolutamente ninguna esfera libre de Estado. Es total en un sentido puramente cuantitativo, en el sentido de simple volumen y no de intensidad y de energía políticas [...]. Su volumen se expansiona de un modo monstruoso. Se ocupa de todos los asuntos posibles [...]. Esa totalidad, entendida en el sentido de volumen, es lo contrario del vigor y de la fuerza. El Estado alemán actual es total por debilidad»[354].

Viene luego un ataque muy violento contra la democracia de Weimar, la democracia parlamentaria y, en realidad, la democracia (representativa) sin más. Schmitt vilipendia los partidos políticos y la forma en que estos designan a los candidatos, puesto que el electorado se limita a sancionar una lista preestablecida, fuera de toda soberanía real: «Afirmo que ese proceso, tal y como está desarrollándose hoy, ya no es siquiera una elección [...] en modo alguno»[355]. Y qué decir de la «elección ilusoria» que se propone, «cinco veces al año» —Schmitt censura aquí, sin duda, el cargado calendario electoral de 1932—, entre «cinco sistemas totalmente irreconciliables entre ellos, absolutamente opuestos, absurdos en su yuxtaposición, pero cerrados en sí mismos y totales en sí», cuya naturaleza monádica y polémica impide que nada «desemboque jamás a una mayoría capaz de actuar»[356].

Es la oración fúnebre por la democracia de Weimar lo que pronuncia aquí un gran teórico del poder autoritario, un turiferario de la preeminencia presidencial y de los poderes de excepción, estigmatizador del imperio de los partidos y de la división nefasta entre las cinco visiones irreconciliables del mundo del nazismo, el Zentrum, el DNVP, los socialdemócratas y los comunistas —cabe suponer, al menos, que piensa en esos partidos, que el discurso no menciona—.

¿Qué puede esperarse de «semejante proceso» sino «una cohabitación desarticulada, incluso hostil, entre cinco sistemas políticos y organizaciones que tratan de derrotarse o engañarse unas

a otras»[357]? Schmitt sigue socavando y golpeando, como excelente retórico y polemista que es desde hace mucho tiempo, y como abogado que es desde hace poco: el diputado ya no es un diputado, porque es «el hombre de un partido» y no el representante del pueblo. En consecuencia, «del mismo modo que el diputado deja de ser diputado, el parlamento deja de ser parlamento»[358] y «la moción de censura no es una moción de censura en el sentido de un sistema parlamentario *razonable*»[359]. De la moción de censura no resulta «ni la capacidad ni la disposición para formar un Gobierno capaz de actuar y consciente de su responsabilidad»[360]: el voto de reprobación es destructor y no constructivo, y Schmitt es de los que piensan en modificar el artículo 54 de la Constitución de 1919, que estipula que el Gobierno «debe dimitir si el Reichstag le retira su confianza con un voto expreso», sin más precisiones. La única fuerza capaz de hacer frente al «caos» y mantener el «orden», una especie de *katechon* constitucional cuya existencia alaba constantemente Schmitt desde su *Teoría de la Constitución* (1928), es «el presidente del Reich». Es «el último pilar de nuestro orden constitucional», preserva a Alemania de las desgracias que, de otro modo, le habría causado el imperio de los partidos, porque solo «un Gobierno del Reich nombrado por él y apoyado por su confianza» garantiza la estabilidad del país. Hay que recordar que en esa fecha el Gobierno de Papen, que había dimitido el 17 de noviembre, acababa de perder dos elecciones legislativas tras dos disoluciones fallidas, que él representa una base electoral del 10 % de los votos y que su única comparecencia ante el Reichstag se saldó con un voto de reprobación con el 92,5 %.

Después de largas discusiones sobre la posibilidad de crear una segunda cámara, corporativa, después de un homenaje al ejército, a su juicio la única institución neutral, en la que debería inspirarse la función pública en lugar de venderse a los partidos (entiéndase el SPD, en Prusia), después de un repudio del principio mayoritario (¿qué vale una decisión del 51 %?) y del elogio del servicio militar (condición y corolario lógico, según Schmitt, del derecho al voto),

Schmitt concluye con algunas observaciones convencionales sobre la vitalidad de las fuerzas económicas del país y la «gran y fuerte productividad del pueblo alemán»[361], que lo llevan a una peroración inequívoca: «Las fuerzas están ahí. Todo lo que esperan es la llamada» de un «Gobierno apto para la decisión, listo para la acción»[362].

¿Un llamamiento al *Führer*? Si se quiere, pero no a cualquiera o, como mínimo, no al que se piensa. Schmitt llevaba trabajando para Schleicher y su entorno desde 1930, y más intensamente a partir de la primavera de 1932. Schmitt, profesor de Derecho Público, paladín del Estado fuerte, comprendió con toda claridad que los nazis no eran amigos del Estado, ni mucho menos. A toro pasado e impulsado por una antigua e irreflexiva ambición, deseoso de ejercer alguna forma de poder, Carl Schmitt se une al nuevo poder, del que se propone ser el *spiritus rector* y se afilia al NSDAP el 1 de mayo de 1933.

Como ya dijimos en otro lugar, a pesar de su rabioso antisemitismo —aunque no necesariamente codificado con la biología— y de los numerosos compromisos que contrajo con los maestros del momento, incluido el imponente coloquio dedicado al «juderío en las ciencias jurídicas» *(sic)* en 1936[363], Schmitt fracasa, puesto que se topa con una serie de obstáculos epistemológicos. Por mucho que se humille defendiendo la Noche de los Cuchillos Largos y, de paso, el asesinato de Kurt y Elisabeth von Schleicher, al clamar en julio de 1934 que «el Führer protege el derecho», Schmitt nunca conseguirá salir de su episteme, que continúa siendo fundamentalmente estatista, romana, católica. Hombre de Iglesia, Schmitt es, al mismo tiempo, hombre de Estado —con la vista puesta en los grandes pensadores franceses sobre la autoridad del Estado: en primer lugar, Hauriou y Duguit, y su contemporáneo, el profesor Raymond Carré de Malberg, en Estrasburgo—. Le gusta poco la subversión de lo jurídico por lo biológico —probablemente no la comprende—, y se mantiene radicalmente ajeno a la promoción de las agencias contra el Estado. Es curioso que será uno de sus

antiguos admiradores, el Dr. Reinhard Höhn, quien consiga que lo excluyan de cualquier círculo de poder. Höhn, dieciséis años más joven que él, había intentado acercarse al maestro para ascender siguiendo su estela, pero eligió el camino más rápido, el de las SS y el SD, para ser catapultado como profesor de la Universidad de Berlín poco después que el propio Schmitt.

En 1932, Carl Schmitt lucha por los liberales autoritarios, asesora y defiende al Gobierno de Papen y, a partir de diciembre de 1932, abraza plenamente la causa del canciller Von Schleicher. Cuando Schleicher se ve obligado a dimitir, el 28 de enero de 1933, Schmitt escribe en su diario: «Situación espantosa. Schleicher se retira. Papen o Hitler van a llegar. El viejo se ha vuelto loco. Es Mac-Mahon»[364].

---

[319] Wolfgang Ruge, *Deutschland von 1917 bis 1933,* Berlín, Deutscher Verlag der Wissenschaften, 1967, p. 407.

[320] Kurt Koszyk, «Paul Reusch und die "Münchner Neuesten Nachrichten" – Zum Problem Industrie und Presse in der Endphase der Weimarer Republik», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, Múnich, IfZ, 1972/1, pp. 74-104, p. 99.

[321] Hjalmar Schacht, *Grundsätze deutscher Wirtschaftspolitik*, Oldenburg, Stalling, 1932.

[322] Manfred Asendorf, «Hamburger Nationalklub, Keppler-Kreis, Arbeitsstelle Schacht und der Aufstieg Hitlers», en *1999. Zeitschrift für Sozialgeschichte des 20. und 21. Jahrhunderts*, 2 de julio de 1987, Heft 3, p. 106 y ss.

[323] Werner Jochmann, *Im Kampf um die Macht. Hitlers Rede vor dem Hamburger Nationalklub von 1919*, Frankfurt, Europäische Verlagsanstalt, 1960, pp. 102-103.

[324] Manfred Wichmann, «Die Gesellschaft zum Studium des Faschismus. Antidemokratisches Netzwerk zwischen Rechtskonservatismus und Nationalsozialismus», en Werner Röhr (dir.), *Bulletin für Faschismus-und Weltkriegsforschung*, H 31/32, Berlín, 2008, pp. 72-104.

[325] Volker Ackermann, *Treffpunkt der Eliten. Die Geschichte des Industrie-Clubs Düsseldorf*, Düsseldorf, Droste, 2006.

[326] Wolfgang Ruge, *Deutschland von 1917 bis 1933*, Berlín, Deutscher Verlag der Wissenschaften, 1974, p. 416.

[327] Thomas Trumpp, «Zur Finanzierung der NSDAP durch die deutsche Grossindustrie. Versuch einer Bilanz», en Karl Dietrich Bracher (dir.), *Nationalsozialistische Diktatur 1933-1945. Eine Bilanz*, Bonn, Bundeszentrale für Polit. Bildung, 1986, p. 144.

[328] Adolf Hitler, «Rede vor dem Industrieclub Düsseldorf, 27. Januar 1932», en Max Domarus, *Hitler — Reden und Proklamationen, 1932-1945*, Wiesbaden, Löwit, 1973, p. 89 y ss.

[329] *Ibid*.

[330] *Ibid*.

[331] *Ibid*.

[332] *Ibid.*

[333] *Ibid.*

[334] *Ibid.*

[335] *Ibid.*

[336] «Gesetz zur Ordnung der nationalen Arbeit (o Arbeitsordnungsgesetz, AOG), 20. Januar 1934», en *Reichsgesetzblatt*, 20 de enero de 1934, p. 45 y ss.

[337] Adolf Hitler, «Rede vor dem Industrieclub Düsseldorf, 27. Januar 1932», discurso citado.

[338] Adolf Hitler, «Rede vor den Spitzen der Reichswehr, 3.02.1933», Abschrift des kommunistischen Nachrichtendienstes, BArch, RY 5/I 6/10/88.

[339] Karsten Schönbach, *Die deutschen Konzerne und der Nationalsozialismus 1926-1943*, Berlín, trafo Verlagsgruppe, 2015, p. 237.

[340] Otto Strasser, «Die Sozialisten verlassen die NSDAP», en *Der nationale Sozialist*, 4 de julio de 1930, citado por Reinhard Kühnl, *Der deutsche Faschismus*

in Quellen und Dokumenten, Colonia, Pahl-Rugenstein, 1977, p. 122 y ss.

341 Jürgen Falter, «Unemployment and the Radicalization of the German Electorate 1928-1933. An Aggregate Analysis with Special Emphasis on the Rise of National-Socialism», en Peter Stachura, *Unemployment and the Great Depression in Weimar Germany*, Nueva York, St Martin's Press, 1986.

342 Como importante resumen de la literatura internacional sobre este tema, véase Emmanuel Pierru, «La tentation nazie des chômeurs dans l'Allemagne de Weimar. Une évidence historique infondée? Un bilan des recherches récentes», en *Politix*, 2002, n.° 60, pp. 193-223.

343 *Ibid*., p. 194.

344 *Ibid*., p. 200.

345 «Tagebuch Reichsfinanzminister Johann Ludwig Schwerin von Krosigk, 4.12.1932, über den Verlauf der Ministerbesprechung am 2.12.1932, 9 Uhr», IFZ, ZS/A-20, Bd. 4, f ° 9-11.

346 Edición del texto, en Albert Schreiner, «Die Eingabe deutscher Finanzmagnaten, Monopolisten und Junker an Hindenburg für die Berufung Hitlers zum Reichskanzler (November 1932)», en *Zeitschrift für Zeitgeschichte*, 1956/4, pp. 366-369.

347 Para una perspectiva historiográfica sobre esta fuente y los debates en torno a ella, véase Kurt Pätzold, «Denkzettel für Hindenburg», en *Junge Welt*, 19/11/2007, p. 10.

348 «Eidestattliche Erklärung des Freiherrn Kurt von Schröder vor der amerikanischen Untersuchungsbehörde des Internationalen Militärgerichtshofes in Nürnberg», en Reinhard Kühnl, *Der deutsche Faschismus in Quellen und Dokumenten*, Düsseldorf, Rugenstein, 1977, pp. 172-175.

349 Grégoire Chamayou, *Du libéralisme autoritaire*, París, Zones, 2020, p. 88.

350 *Ibid*., p. 89.

351 *Ibid*., p. 90 y ss.

352 *Ibid*., p. 92.

353 *Ibid*., p. 97.

[354] *Ibid*., p. 98.

[355] *Ibid*., p. 100.

[356] *Ibid*., p. 101.

[357] *Ibid*.

[358] *Ibid*.

[359] El subrayado es del autor.

[360] *Ibid*., p. 102.

[361] *Ibid*., p. 118.

[362] *Ibid*.

[363] Cf. Johann Chapoutot, *La loi du sang. Penser et agir en nazi*, París, Gallimard, 2014, Gallimard, col. Tel, 2020 [*La ley de la sangre: pensar y actuar como un nazi,* trad. del fr. de E. M. Cano e Í. Sánchez-Paños, Madrid, Alianza, 2021], y Raphael Gross, *Carl Schmitt et les Juifs*, París, PUF, 2005.

[364] Carl Schmitt, Diario, 27 de enero de 1933, citado en Wolfram Pyta, Gabriel Seiberth, «Die Staatskrise der Weimarer Republik im Spiegel des Tagebuchs von Carl Schmitt — 2. Teil», en *Der Staat*, vol. 38, 1999/4, pp. 594-610 (p. 610).

10
EVITAR A HITLER. LA TENTATIVA SCHLEICHER

Schleicher, táctico temible que había hecho y deshecho Gobiernos del Reich desde 1930, aparta a su criatura, Franz von Papen, demasiado emancipado para su gusto. Pero esa auténtica encarnación del *politischer General,* figura recurrente y maldita de la política alemana según el jurista Arnold Brecht, es también un fino estratega. Schleicher, hombre de mundo, de maquinaciones y trucos sucios, temido por su ingenio, admirado por su vivacidad y vilipendiado por sus intrigas, parece haber tomado conciencia de la nocividad nazi en el verano de 1932. Ha empezado a ser previsor y tiene motivos sobrados para creer en sus posibilidades, que —está convencido— son también las últimas de una Alemania civilizada.

La primera apuesta de Schleicher es acabar con Hitler y sus esbirros maximalistas fracturando el movimiento nazi. Tal apuesta, eminentemente racional, se fundamenta en los datos acumulados gracias a las sistemáticas (y, naturalmente, ilegales, peor aún, inconstitucionales) escuchas telefónicas que lleva realizando desde hace años, así como a través de los numerosos informadores, contactos y enlaces que mantiene con todo el que cuenta en el mundo político y económico. También acumula información de primera mano desde hace al menos un año gracias a sus numerosas reuniones con el primer y segundo círculo de los nazis: el partido va mal y va a peor. Esto es una oportunidad y, al mismo tiempo, un peligro, como demuestran la violencia de la que es culpable el organismo moribundo desde el verano y los irresponsables bandazos tácticos del *Gauleiter* de Berlín, el Dr. Goebbels, con el movimiento obrero.

Hitler fracasa en todos los aspectos —en este caso, en su objetivo de obtener la mayoría absoluta o una clara preeminencia que permitiera que su nombre se impusiera para la Cancillería—. Un fracaso doble: los nazis habían alcanzado su cenit cuantitativo el 31 de julio de 1932 y ahora retroceden en todas partes. Mientras, la coyuntura económica da un vuelco, con la creación de empleo alcanzando una velocidad de crucero de más de cincuenta mil al mes, señal inequívoca de que todas las curvas (PIB, paro, creación de empresas, impagos, etc.) se están invirtiendo. La mayoría absoluta es una quimera, algo de lo que la jerarquía nazi es perfectamente consciente. En cuanto a beneficiarse de una dinámica electoral tal que el nombre de Hitler se impusiera naturalmente como jefe del principal partido de Alemania, es una secuencia, iniciada en 1930, que está acabada: los nazis empiezan a perder casi todas las elecciones y, aunque lleguen a ganar, el régimen no obedece las reglas del parlamentarismo desde marzo de 1930 y el presidente del Reich nombra canciller a quien le viene en gana.

Los acontecimientos preocupantes, anunciadores de un colapso de la estructura del NSDAP, se multiplican en la base y están catalizados en la cúpula por las acciones del «gordo Strasser», bestia negra de Goebbels, que se había convertido en la de Hitler desde el 6 de noviembre. Es un traidor que se reúne a hurtadillas con Schleicher, negocia ministerios y planea una escisión. El fin del NSDAP es por entonces una hipótesis plausible. Como siempre, es todo o nada: «Si evitamos la fractura en el partido, podemos ganar, vamos a ganar»[365], señala Goebbels, que desde hace algún tiempo practica cada vez más la autopersuasión para «aguantar y aguantar».

No es tarea fácil, cuando las malas noticias se acumulan, puesto que las elecciones se suceden y se parecen a nivel local, incluso en los bastiones nazis tradicionales: «En Turingia, volvemos a sufrir pérdidas en el proceso electoral [...]. Es una derrota que llega en el peor momento posible. En el futuro, no debe darse ninguna otra elección en la que perdamos ni un solo voto»[366], o incluso ninguna

elección en absoluto, como Hitler propone abiertamente a Hindenburg en conversaciones e intercambio de correspondencia a finales de noviembre de 1932.

Los reveses electorales en las regiones donde los nazis están mejor consolidados son espectaculares: «En Turingia —señala Goebbels— hemos perdido alrededor del 40 % de nuestro electorado desde el 31 de julio»[367], como en las elecciones municipales de Weimar, ciudad simbólica donde las haya y bastión nazi desde los años veinte, en la que los nazis se desploman, perdiendo nada menos que treinta y cinco puntos frente al DNVP. La prensa es unánime en constatar que «el partido está atrapado en una espiral de declive» *(im Abklingen begriffen),* como señala el *Vossische Zeitung* el 5 de diciembre en su análisis de los resultados. El fenómeno temido parece producirse: el electorado nacional-conservador, desconcertado, incluso asustado, por la radicalidad nazi y por el acercamiento de Goebbels al movimiento obrero durante la huelga de la BVG en noviembre de 1932, vuelve al redil.

La cuestión de la supervivencia del partido se plantea abiertamente en todas partes, incluso en los conciliábulos entre jerarcas. «Hitler nos dijo: si el partido se desmorona *(zerfällt),* acabo con todo en tres minutos»[368], primera alusión seria a un posible suicidio. Goebbels no llega a tanto, pero se hunde en la depresión. «Estoy al límite de mis fuerzas»[369], constata, agotado por el trabajo incesante y la tensión nerviosa, combinada con los constantes altibajos emocionales ligados tanto a los cambios de la situación política como a los caprichos de Hindenburg.

Para Goebbels, la Nochebuena de 1932 parece enteramente un sórdido cuento a lo Dickens. El poderoso *Gauleiter* de Berlín, que también es el joven y feliz padre de la pequeña Helga, parece estar en lo más bajo de un cuadro depresivo. Hay que decir que las contrariedades se acumulan, porque a la situación política vienen a añadirse las preocupaciones domésticas. Magda «no se encuentra bien», y el Dr. Stoeckel, médico de cabecera de los Goebbels, «da orden de que sea hospitalizada inmediatamente»[370]. Goebbels, no

es de extrañar, se compadece de su propia suerte: está solo un 24 de diciembre, en una casa «que parece como muerta cuando Magda no está»[371]. Silencio, soledad, cansancio, abatimiento y, una vez más, autopersuasión: «El año 1932 es una serie negra sin fin. Hay que romperlo en mil pedazos. Me quedo despierto hasta altas horas de la noche, rumiando ideas negras. Todo está vacío y carente de sentido […]. Tengo que trabajar y luchar contra lo absurdo […]. Venga, no pasa nada. Son solo cosas de mujeres. ¿Cuánta gente no tiene siquiera una cama o un techo esta noche? Levanta la cabeza y sigue»[372]. En aquel final de 1932, Goebbels esboza el balance de catorce años de lucha que no han servido para nada, y únicamente ve la salvación en el divertimento pascaliano: trabajar hipnóticamente para no hundirse.

Hay que decir que el trabajo de zapa que lleva a cabo el general Schleicher es a un tiempo pertinaz y eficaz. Se basa en un plan brillante que, más allá de la fractura del NSDAP, pretende una ambiciosa recomposición política. Una fuente importante nos muestra el tenor de las consultas realizadas por el general Schleicher y la orientación política que parece querer darle a un posible Gobierno constituido bajo su dirección. El 28 de noviembre de 1932, a las 12:00 horas, tiene lugar en el Ministerio de las Fuerzas Armadas, a petición suya, una reunión entre Schleicher y los dos principales dirigentes de la Confederación General de Sindicatos Alemanes (ADGB)[373]. Theodor Leipart, su presidente, es uno de sus fundadores en 1919, al igual que Wilhelm Eggert, antiguo presidente del sindicato del metal. Leipart, tornero ebanista de profesión y sindicalista desde 1893, fue durante mucho tiempo miembro del SPD y garante de la casi simbiosis entre la ADGB y el Partido Socialdemócrata, hasta un discurso del 14 de octubre de 1932 en el que declara su deseo de que la confederación «deje de estar vinculada a ningún partido». El hecho es que, por sugerencia de Schleicher, traslada el asunto a Otto Wels para elaborar así una

respuesta conjunta a lo que él imagina que es el motivo de la reunión.

Schleicher sorprende, sin embargo, a sus interlocutores al no pedirles que utilicen sus influencias para obtener la «tolerancia» del SPD en el Parlamento. En lugar de reclamar un apoyo pasivo, Schleicher pide una inversión activa en su futuro Gobierno, en el caso de que acepte el «sacrificio» de ser nombrado canciller. Para gran asombro de sus interlocutores, Schleicher les pide un nombre para el Ministerio de Trabajo y se interesa por las aspiraciones de ambos en materia de política económica y social. Para Trabajo, tantea el nombre de Adam Stegerwald; los sindicalistas lo rechazan cortésmente debido a sus responsabilidades en los dos Gobiernos Brüning. Schleicher se muestra aliviado porque, según él, «Stegerwald se había desgastado con Brüning» y porque «es una persona con la que cada reunión del Consejo dura dos horas más, y él no tiene tiempo que perder». Schleicher confirma su reputación viperina. De espíritu vivo y moralista astuto, siente una evidente inclinación a desacreditar a sus colegas. ¿Papen? Un «muchacho fundamentalmente honrado, pero de capacidades limitadas». ¿Gayl? Un «reaccionario testarudo, aunque de corazón muy blando, una contradicción» que lo hace incapaz de seguir una línea política firme, a pesar de que no deje en ningún momento de proclamarla.

Schleicher barre enérgicamente el rumbo político de todos ellos: «Hay que dejar de hablar de reformas constitucionales. Hay cosas mejores que hacer en lugar de soliviantar a la opinión pública con eso […]. No tiene sentido. Hablaremos de todo ello cuando la gente tenga suficiente para comer […]». Toda esa política favorable a las empresas es, en su opinión, «una auténtica gilipollez». Schleicher parece «sinceramente indignado por las insensateces del gabinete Papen» y «sus comentarios críticos y su actitud general dan la impresión de que no está haciendo el paripé para nosotros. Tengo la sensación —observa Leipart— de que habla con el corazón en la mano». Schleicher tampoco es mucho más indulgente con la forma en que Papen ha tratado a Prusia y su Gobierno; en particular, con

los ministros del SPD: «Braun y Severing, hombres de Estado, a los que no se trata así […]. No es posible semejante carnicería, porque tal actitud compromete la confianza y la lealtad en el futuro».

Consigue seducir a los sindicalistas y más aún cuando le preguntan por el Estado del bienestar, si piensa seguir desmantelándolo. Schleicher responde vehementemente: «No crean que soy tan estúpido»; a diferencia de sus colegas del Gobierno, quiere decir. Schleicher accede a las exigencias de los dos sindicalistas, que no terminaban de creérselo: «Gran impulso al empleo, ofertas públicas, fin de los ataques al derecho laboral y a los salarios […]. También está pensando en nombrar a Gereke comisario del Gobierno para el Relanzamiento del Empleo (Gereke ya se encuentra en la antesala, esperando)». Schleicher promete asimismo reconsiderar las medidas antisociales de las últimas disposiciones, «algo evidente, en su opinión». Obvia igualmente la reforma agraria y la política de colonización en el Este, que Schleicher apoya en todos los aspectos —como medida social y como parte integrante de una política demográfica de defensa del territorio—. Está claro que los latifundistas no le dan miedo: «Dice que se impondrá frente a los grandes agraristas. Le importa una higa lo que piensen. Nunca se atreverán a oponerse a él públicamente. Puede que pongan minas en las sombras contra él, pero se siente lo bastante fuerte para taparles la boca. De paso, insiste en que es un craso error creer que Hindenburg está sometido a la influencia de los grandes propietarios del Este. Recibe constantemente cartas conminándolo a desconfiar de Schleicher, pero se las enseña todas».

Así es que no hay nada que temer por ese lado, cree. Otro tanto ocurre con los nazis: «Por el momento —dice Schleicher—, Hitler sigue siendo el jefe. Pero uno de sus colaboradores más cercanos en la dirección del NSDAP le ha dicho: "Estamos haciendo cosas sin sentido; pero, si lo digo, me parten en mil pedazos, estoy jodido". Así es como aún se mantiene el partido. Hay dos sensibilidades en el bando nazi: la línea Goebbels y la línea Strasser. Goebbels cultiva

contactos con los comunistas, y Strasser, por su parte, insta a Hitler a ser razonable y a trabajar con el Gobierno».

Después de que lo nombraran canciller, el 15 de diciembre de 1932, Von Schleicher gratifica al pueblo alemán con un largo discurso radiofónico —largo y complejo, tanto por su construcción sintáctica como por la precisión casi académica de sus palabras y de las medidas previstas—. No es tanto un discurso de movilización como una disertación muy precisa que demuestra, empezando por la gramática, la inteligencia aguda y estructurada del orador así como su deseo —tal vez— de ser reconocido por las élites intelectuales del país como uno de los suyos. El discurso demuestra también las circunvoluciones de una mente que, aunque se supone que debe convencer y simplificar, no puede evitar multiplicar los incisos, los contrapuntos irónicos, las digresiones técnicas e incluso las pullas paradójicas. Escuchándolo o leyéndolo, se encuentra uno a medio camino entre André Tardieu y Gamelin, por citar a coetáneos. Le Mirobolant (El Impresionante), como apodaban a Tardieu, una mente fértil, con un sentido del humor despiadado, y un jefe de Estado Mayor que había sido el primero en todas partes, un oficial de despacho que se había ganado el puesto por concurso general de acceso y no se cansaba de superar prácticamente a todo el mundo con la energía que ponía en ello. Ninguno de los dos vio su tarea coronada por el éxito que esperaban. Schleicher, sin embargo, aún no ha llegado a eso, por lo abiertas que seguían las posibilidades en aquellos días de mediados de diciembre de 1932.

El general-canciller empieza su discurso a la nación con sus habituales coqueterías: «Había cultivado yo las más firmes reservas contra la idea de convertirme en canciller. En parte, porque no quería suceder a mi amigo Papen, caballero sin miedo y sin tacha [...] y, sobre todo, porque un ministro de las Fuerzas Armadas que se convierte en canciller huele demasiado a dictadura militar, y porque el vínculo entre esos dos cargos crea el peligro de que el ejército pueda llegar a implicarse demasiado a fondo en la

política»[374]. Schleicher no se andaba del todo con remilgos porque, como general comprometido con el Reichswehr, al que considera la columna vertebral del país, se siente ansioso por preservarlo de cualquier interferencia política demasiado manifiesta y por mantener su reputación de institución neutral, entregada exclusivamente a la nación y al pueblo. Intenta evitar cualquier temor a una dictadura militar y se presenta como un experto no partidista, un intermediario honrado para todas las clases de la sociedad alemana:

> Quisiera expresar a todos los miembros de la comunidad nacional el deseo de que no vean en mí únicamente al soldado, sino más bien al administrador, por encima de los partidos, de los intereses de todos los estratos de la sociedad, y espero que por el menor tiempo posible, a un hombre que no ha venido a desenvainar la espada, sino a traer la paz […]. Mis ideas sobre la dictadura militar no son de hoy, y a estas alturas deben ser de dominio público. Lo he expresado en numerosas ocasiones y lo repito hoy: se está muy mal sentado en la punta de las bayonetas. Con esto quiero decir que no es posible gobernar mucho tiempo sin un amplio apoyo del pueblo.

Y no son palabras vanas: el *Planspiel Ott* demostró claramente que el Ejército alemán no resistiría el impacto de una insurrección general acompañada de una invasión extranjera. Hay que gobernar de otra manera, y Schleicher, preocupado por preservar al ejército y trabajar por el resurgimiento del poderío alemán, no desespera de hacerlo con el Reichstag. Tal es, por lo demás, el mandato que le ha dado el presidente Hindenburg, que imagina, como desde la primavera de 1932, un Gobierno de «concentración nacional», de los nazis al Zentrum. La idea de Schleicher, más sutil, es diferente y original. Demasiado, sin duda, para el presidente y sus diversas camarillas.

Después de haber recordado con toda naturalidad que se juzgará al Gobierno «por sus actos», Schleicher resume su programa, «que consiste en un único punto: ¡crear empleo!», porque es la madre de todas las batallas (el orador nos ahorra el cliché, pero la idea es esa) y porque es la principal preocupación de los alemanes, que, según

afirma, le han dicho «durante sus viajes por las diferentes regiones de Alemania»: «¡Necesitamos trabajar! […] Lo demás no nos interesa, empezando por las reformas constitucionales y otros asuntos superfluos que ni nos van ni nos vienen». Un «comisario de Empleo», nombrado recientemente, cuya misión será «actuar como un pastor alemán frente a los obstáculos burocráticos u otros», pondrá en marcha un «gran plan de reactivación del empleo, un plan generoso». Huelga decir que «queda descartada toda inflación» gracias a la vigilancia del presidente del Reichsbank, el Dr. Luther, antiguo canciller «al que podemos llamar guardián del grial de la moneda».

Quien dice reactivación del empleo dice «colonización agraria», «lo más rápido y lo más lejos posible, algo en lo que hay consenso» —afirmación ampliamente falsa, como bien sabe el canciller y pronto tendrá ocasión de que se lo recuerden—. La colonización agrícola también interesa al «ministro de Defensa que hay en mí, que concede gran importancia al hecho de que nuestras Marcas Orientales se encuentren correctamente pobladas, ya que, en última instancia, son los cultivadores de sus propias tierras quienes constituyen el mejor baluarte de protección contra la intrusión de una raza extranjera *(fremden Volkstums)*». Schleicher anuncia «para el año 1933» un presupuesto de cien millones de marcos del Reich (unos cuatrocientos millones de euros) y el objetivo de parcelar 325000 hectáreas en Pomerania, Mecklemburgo, Prusia Oriental y Posen: «Nuestro Este, tan superficialmente poblado, debe experimentar una colonización interior en el sentido de Federico el Grande», el «gran rey que, tras la Guerra de los Siete Años, creó provincias florecientes en el Este», a pesar de una situación general del Estado que no invitaba precisamente al optimismo.

En materia económica, el canciller reivindica el pragmatismo —banal en la derecha—, pero, más allá de eso, una forma de amplitud de miras que no imagina uno inmediatamente en un hombre de su entorno, de su casta y de su edad: «¿Dónde residen los obstáculos ante las soluciones razonables? Menos en las

opiniones divergentes sobre los medios que deben emplearse que en las profesiones de fe y los dogmas. Yo soy lo suficientemente hereje para reconocer que no soy más partidario del capitalismo que del socialismo; que, a mi modo de ver, conceptos como "economía privada" o "planificación" han perdido toda capacidad de espanto [...]. He llegado a la conclusión de que, en materia económica, debe hacerse todo cuanto sea razonable y que, con absoluta probabilidad, conduzca a los mejores resultados para el país y nuestro pueblo, sin atormentarse con tal o cual dogma».

El nuevo Gobierno retoma como propio el programa de reactivación del gabinete anterior, «que ha contribuido a mejorar, aunque de forma aún modesta, nuestra situación económica», como demuestran «el descenso relativo del desempleo» y otros indicadores como «la reactivación de la producción industrial y el aumento del tráfico» por carretera, ferrocarril y barco: «Sin embargo, el Gobierno es consciente de que el programa de reactivación requiere más tiempo para dar sus frutos, y eso es válido para medidas emblemáticas como los bonos de crédito fiscal o las primas por contratación, que solo han podido surtir efecto en una mínima parte». Se espera que el mayor impacto provenga del programa de grandes obras, dotado con mil millones de marcos (más de 4000 millones de euros), es decir, ocho veces más que todas las medidas de su predecesor.

Al mismo tiempo, y en clara ruptura tanto con la austeridad de Brüning como con la política de oferta de Von Papen, Schleicher anuncia «cierta distensión en el frente del derecho social». Quedan derogadas las disposiciones de la resolución de urgencia del pasado 5 de septiembre, que revisaban a la baja, una vez más, los «convenios colectivos» *(Tarifvertrag)* sobre los salarios; una espiral deflacionista sin fin que ha arrastrado a la baja los ingresos de los trabajadores desde 1930, ya que, según el canciller, «una nueva bajada generalizada no sería asumible socialmente, ni sería adecuada desde el punto de vista económico». En las antípodas de Papen, Schleicher afirma que «el Gobierno del Reich se declara

partidario de los seguros sociales y hará cuanto esté en su mano por mantener a flote las aseguradoras *(Versicherungsträger)*».

Puede calibrarse la sorpresa, incluso la consternación, de algunos espectadores ante una profesión de fe que se calificaría en Francia de gaullista social. Schleicher habla casi como un sindicalista, y deja estupefactos a quienes esperaban o temían la verborrea autoritaria y reaccionaria de un viejo lelo prusiano, cubierto de galones hasta las orejas y figura arquetípica, incluso caricaturesca, de la alianza entre el sable, el dinero y el hisopo. Schleicher lo sabe. Las directrices del Gobierno siempre deben tener en cuenta «el punto de vista social». «¡Vaya! ¡Un general social! Desde aquí puedo oír las dudas y los sarcasmos, acompañados de encogimientos de hombros, de muchos de los que me están oyendo. Sí, señoras y señores, nunca se ha visto nada más social que el ejército de servicio militar obligatorio, donde se alineaban pobres y ricos, oficiales y soldados rasos que demostraron una solidaridad en los milagros de la guerra mundial, una camaradería única en la historia […]. Hoy, como ayer, tenemos la sensación de que todos podemos hacer los mayores sacrificios por la patria y nuestro pueblo, pero solo si se reparten de manera equitativa *(gleichmässig)* entre todas las categorías de la población. Esa es la fórmula mágica». Hubo considerables sorpresas en los círculos autorizados, sobre todo porque no faltaron actos para respaldar esas intenciones y confirmar esas declaraciones sociales.

La estrategia de Schleicher ha pasado a la posteridad con el nombre de Querfront: literalmente, un «frente diagonal», capaz de transversalizar las organizaciones políticas y sindicales para extraerles su jugo social y, siguiendo una lógica en el fondo bastante corporativista, superar los aparatos para construir una alianza de grupos sociales. Retomando los análisis de su colega del Interior, Von Gayl, sobre la distribución del electorado en tres bloques equivalentes, Schleicher no pretende, desde luego, ponerse a bailar con ellos, sino que aspira a fracturarlos para crear una mayoría nacional-social. Para ello, dialoga con la derecha de la izquierda (los

diputados del SPD y los sindicalistas más conservadores y anticomunistas) y con la izquierda de los nazis (noción que no tiene más sentido que el topográfico, para poder imaginar la compleja dialéctica política en la que se embarca Schleicher).

Ganándose el apoyo de una parte de la ADGB y del SPD, y dividiendo al NSDAP, del que desea desgajar el ala social —la de Strasser—, el canciller espera sustituir la confrontación entre bloques por un frente oblicuo, con un corte en sesgo que atraviese los monolitos a los que se enfrenta. Paradójicamente, es su experiencia como jefe militar lo que lo hace apto para semejantes piruetas, algo que, a priori, no cabe esperar de un terrateniente prusiano. La noche del 10 de noviembre de 1918 fue Schleicher, el colaborador más cercano del general Groener, quien convence al nuevo jefe del Estado Mayor del Ejército alemán para sellar un pacto con el socialdemócrata Ebert, con el fin de evitar el riesgo de una revolución soviética. A un general prusiano le hacía falta una mente muy política y un espíritu analítico particularmente frío para dar ese paso que, para ambas partes, fue un éxito y asentó el poder del Reichswehr en el corazón de la vida política alemana: sin eso, ya no habría República —lo demostraría contra Kapp, contra los comunistas y contra los nazis—.

Hay que recordar asimismo que Alemania, después del Tratado de Versalles, es un paria internacional prácticamente privado de ejército. El otro paria mundial es la Rusia bolchevique, que en 1924 se convierte en la URSS, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Con Rusia es con quien Alemania firma su primer tratado en 1922, en Rapallo. Esto supondrá un acercamiento que inaugura una colaboración militar secreta. Los soviéticos quieren desarrollar su industria bélica y beneficiarse de la pericia estratégica y táctica de los instructores alemanes. Alemania, por su parte, consigue fábricas (para la producción de carros de combate, aviones y gases de guerra, prohibidos por el Tratado de Versalles y los convenios internacionales); campos de entrenamiento, como la *Panzerschule* Kama, cerca de Kazán; la Escuela secreta de pilotos del Reichswehr

(nombre en clave, Wivupal), cerca de Lípetsk; las zonas de pruebas químicas cerca de Wolsk[375].

Algunos sectores de la derecha con los que se relaciona Schleicher proponen, por otra parte, el sorprendente oxímoron del nacionalbolchevismo, en los círculos de la no menos oximorónica revolución conservadora[376]. El término, inicialmente peyorativo, acuñado por Karl Radek para estigmatizar a los sindicalistas y comunistas poco entusiasmados con el acercamiento a Moscú, lo utilizan aquellos que, en la derecha, profesan admiración por el movimiento bolchevique —su organización militar, su disciplina férrea, su falta de escrúpulos morales, sus éxitos—, en el que ven un modelo de regeneración para Occidente, que haría bien en conjurar su decadencia imitando al Ejército Rojo, la Checa y el entusiasmo revolucionario del PCUS. El nacionalbolchevismo, también designa a aquellos que desean triangular, por táctica, por convicción o por ambas cosas; típico en el ala social del NSDAP, la derecha del SPD e incluso el KPD, durante las fases en que el partido opta por una estrategia nacional, incluso nacionalista, especialmente en el momento de la lucha contra la ocupación del Ruhr, a la que se unió el partido en nombre de la lucha contra el Tratado de Versalles, el orden internacional burgués y el imperialismo francés.

Es en las filas de la «revolución conservadora» donde se forjó el concepto de *Querfront,* debido en particular a la pluma del periodista Hans Zehrer, redactor jefe de la influyente revista *Die Tat,* amigo íntimo y asesor de Schleicher. Ambos evolucionan codo con codo desde la *Zähmung* hasta el *Querfront,* desde la esperanza de domesticar al NSDAP hasta el proyecto de fracturarlo. Más allá de los círculos de la derecha intelectual, el *Querfront* encuentra eco en temas y aspiraciones desarrollados en otros ámbitos. Otto Braun, ministro presidente del SPD de Prusia, habla de una «gran coalición de los sensatos» *(Grosse Koalition der Vernünftigen)*, mientras Gregor Strasser lanza la idea de un amplio «frente de los trabajadores» *(Front der schaffenden Menschen).* Además de las personalidades, también hay organizaciones enteras que manifiestan

su disponibilidad: los sindicatos cristianos, de los que procedía Brüning, la poderosa central ADGB, así como la *Reichsbanner Schwartz-Rot-Gold* (organización de veteranos del SPD) que, siguiendo una línea antifascista, se había acercado a las organizaciones del antifascismo comunista, aunque con una dirección que aprecia los esfuerzos de Schleicher por reestructurar el Ejército alemán y rearmar el país.

Los socialistas de la *Reichsbanner* (a menudo, veteranos de guerra) se consideran nacionales, hasta tal punto que se habla con frecuencia del *National-Sozialismus* (en dos palabras, con guion) de la organización, línea defendida por su presidente, Karl Höltermann, uno de sus fundadores y, además, padrino del Frente de Hierro antifascista. Höltermann ve en Schleicher la última oportunidad del país contra el nazismo y considera que la política de tolerancia del general canciller no era más absurda que la actitud del SPD frente a Brüning o el llamamiento a votar a Hindenburg en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de marzo de 1932…

La habilidad de Schleicher y sus medidas le supusieron un auténtico éxito con motivo de la inauguración del nuevo Reichstag, el 6 de diciembre. En tres días de sesión, el Gobierno no resulta derrocado. Logró derogar la disposición del 5 de septiembre y la monstruosidad jurídica, contraria a los principios fundacionales del derecho social desde 1918, que permitía a los empleadores recortar unilateralmente los salarios. También supo negociar con los partidos y ceder en un punto delicado: los nazis, que temen el poder de Schleicher más que a ninguna otra cosa, presentaron un proyecto de ley con la intención de reformar el artículo 51 de la Constitución de 1919, que establecía que, «en caso de impedimento», el presidente del Reich sería «representado por el canciller». La hipótesis de una patología incapacitante (cognitiva u otra) que pudiera impedir a Hindenburg continuar con su tarea estaba presente en la mente de todos, por lo que la perspectiva de una acumulación de cargos sin precedentes en manos de Schleicher —que pasaría entonces a ser ministro de las

Fuerzas Armadas, canciller y presidente en funciones— hacía deseable una reforma, mucho más allá de las filas nazis. Se alcanza la mayoría de dos tercios que requiere el marco de una ley constitucional: a partir de ese momento, es el «presidente del Tribunal del Reich de Leipzig» quien ejercerá la interinidad en caso de impedimento, fallecimiento o dimisión. Es importante señalar que esa ley, aprobada por iniciativa de los nazis, no será respetada por ellos mismos: veinte meses después de la muerte de Hindenburg, el 2 de agosto de 1934, es el canciller del Reich, Adolf Hitler, quien asume sus poderes —además, definitivamente—.

La composición del Gobierno de Schleicher es muy hábil. A primera vista da impresión de estabilidad, puesto que la mayoría de los ministros permanecen en sus puestos, salvo dos carteras: el intransigente Von Gayl, secuaz de Papen y partidario de la fuerza, que cede el puesto al antiguo magistrado y alto funcionario Franz Bracht, alcalde de la ciudad de Essen, nombrado el 20 de julio de 1932 comisario del Reich para el Interior en Prusia. Aunque estuviera asociado al «golpe de Prusia», el antiguo miembro del Zentrum no era un radical y dialoga con Braun y Severing. Otro cambio, y otra señal de apertura hacia el centro y, en todo caso, si no hacia la izquierda, más allá de la derecha: el ministro de Trabajo, el magistrado Hugo Schäffer, de una derecha dura y devoto de Papen, es destituido y sustituido por Friedrich Syrup. Aunque no es precisamente de izquierdas, este jurista, que se especializó muy pronto en derecho laboral, es muy apreciado por los sindicatos, que tuvieron que trabajar estrechamente con él desde 1918. Syrup queda nombrado en noviembre de 1918 miembro de la Oficina del Reich para la Desmovilización, antes de ser designado presidente de la institución que la sustituyó, la Oficina del Reich para el Trabajo, que en 1927 pasó a denominarse Agencia del Reich para el Empleo y el Seguro de Desempleo. La incorporación al Gobierno de ese partidario del diálogo social y de la reactivación del empleo es una señal amistosa hacia la ADGB.

La provocación definitiva para la derecha es el nombramiento del Dr. Günther Gereke: antiguo alto funcionario que abandonó el DNVP para unirse al CNBL disidente. Gereke, favorable a la colaboración con el Zentrum, a diferencia de Hugenberg, había sido nombrado «comisario de Estado» *(Staatskommissar)* para el empleo por Brüning. Es quien, junto con el canciller, había preparado la disposición de la reforma agraria que horrorizó al *lobby* latifundista en mayo de 1932. Schleicher lo nombra comisario del Reich para el Empleo y la Colonización del Este *(Reichskommissar für Arbeitsbeschaffung und Ostsiedlungskommissar)*. Una declaración de guerra contra el poderoso *lobby* agrario, el *Reichslandbund,* dado que se retoman íntegramente los proyectos de reforma agraria de la primavera de 1932.

En general, la historia política no tarda en enterrar la experiencia de Schleicher. Ocurre alrededor del 8 de diciembre de 1932, cuando Gregor Strasser, que reúne sus fuerzas para enfrentarse a Hitler, parece sufrir un derrumbe psíquico y dimite de todos sus cargos dentro del partido. Se despide con una carta dirigida a «Herr Hitler», y no al «Führer», y argumenta con gran precisión sobre la estrategia política general y sobre las opciones tácticas. No se trata realmente de la carta de un melancólico, víctima del agotamiento profesional, ni mucho menos de «una capitulación ante Hitler», sino más bien de «una declaración de guerra»[377], según los historiadores Wolfram Pyta y Reiner Orth. Estos observan que los juicios sobre Strasser siguen reflejando «el estado de las fuentes en los años ochenta», mientras nuevos archivos permiten reevaluar considerablemente el campo de posibilidades en un enfoque de historia «contrafactual» particularmente fructífero, que muestra «cómo podría haberse evitado un canciller Hitler». De hecho, contrariamente a lo que se había dicho hasta entonces, la opción Strasser y el éxito del proyecto Schleicher siguen estando sobre la mesa hasta muy tarde, al menos hasta el 15 de enero de 1933, o incluso más allá.

Las fuentes trabajadas recientemente muestran que Schleicher disponía de información confidencial que lo tenía al corriente, prácticamente a diario, de los debates y las disensiones internas del partido nazi. El intermediario es el *Kronprinz* Guillermo, hijo de Guillermo II, que había tomado partido por el general y cuenta con dos valiosos informadores en el corazón mismo de la *Parteizentrale* de Múnich, la «casa parda»: el *Generalmajor* Franz Ritter von Hörauf, militar de carrera que, una vez retirado, se afilió al NSDAP y se involucró en las SA, de las que es *Oberführer* (mando superior); y el Dr. Heinrich Martin, influyente banquero bávaro y militante nazi. Estos dos partidarios de Gregor Strasser permiten al *Kronprinz* y, a través de él, al canciller conocer el estado de las relaciones de poder dentro del partido. Si bien los partidarios de Strasser son discretos para evitar algaradas o anatemas, al menos una docena de *Gauleiter* habían decidido optar por él, así como cientos de mandos medios, lo cual no es de extrañar si se tiene en cuenta el papel de Gregor Strasser en la estructuración administrativa del partido y en el reclutamiento de directivos y miembros permanentes. Es aún menos sorprendente cuando se conoce la diferencia de carácter de Strasser y Hitler: a la imprevisibilidad fulminante y volcánica de este último, diletante e imperioso, se contrapone la profesionalidad y la calma del otro. En los círculos económicos también se ha observado que, aunque Strasser es un nazi intransigente, aunque quiere acabar con los marxistas y la democracia, aunque es un orador radical, sabe discutir con calma y mostrarse razonable en privado —por consiguiente, es un socio fiable—. Hörauf se lo escribe sin ambages a Guillermo, en una carta el 21 de diciembre de 1932: «El número de aquellos que, dentro del partido, consideran a Strasser, por así decirlo, como el representante de la razón, es muy grande»[378]. De nuevo, la razón…

En lo más alto, el poderoso presidente del grupo NSDAP en el Reichstag, el Dr. Frick, primer nazi en haber sido ministro, ya en 1930 (en Turingia), está dispuesto a hacer pública su adhesión. Frick, al igual que Strasser, constata que la línea maximalista de

Hitler, su permanente *alles oder nichts* («todo o nada»), es un fracaso. Al igual que Strasser, está que bufa de impaciencia, quiere el poder y ni siquiera lo oculta ante Hitler[379]. Ya el 12 de diciembre le confiesa a Hörauf que *«in extremis,* se irá con Strasser»[380], lo que supondría una alianza importante, potencialmente fatal para Hitler y su más próximo entorno.

De hecho, toda la energía del primer círculo nazi se dedica a estabilizar y asegurar el aparato del partido y evitar su dislocación. El 10 de diciembre, aunque el orden del día en el Reichstag es apretado, Goebbels se mantiene alerta: escucha, espía, toma notas, conspira, hostiga a un «derrotista», repesca a otro por los pelos y constata, contrariado, que «Strasser aparece constantemente en primera plana. Tiene buena prensa judía. Se lo merece […]. Entre nosotros, ambiente siniestro, con quejicosos y derrotistas. Koch y Brückner»[381], es decir, los dos *Gauleiter* más poderosos del partido, exceptuando a Goebbels, se sienten tentados por la línea de Strasser.

Goebbels también asiste a la gran actuación de Hitler ante los «inspectores y *Gauleiter*» del NSDAP, y luego ante todos los diputados del grupo, en el hotel Kaiserhof. Hitler despliega todos sus recursos melodramáticos y se lleva el gato al agua: «Está fabulosamente seguro de sí mismo. Destruye a Strasser […]. Hay gritos y llantos. Un gran éxito. En el momento de marcharse, manifestación espontánea de fidelidad: todo el mundo le tiende la mano. Strasser se queda aislado. Es hombre muerto»[382]. Ocurren aquí dos cosas, por un lado, Goebbels se alegra, aliviado, de que los miembros permanentes y los representantes elegidos del partido estrechen la mano de Hitler —en esas estamos—. Por otro, el Dr. Goebbels demuestra que es un forense bastante malo: Strasser, para ser hombre muerto, todavía se mueve.

La hipoteca Strasser sigue siendo una carga con todo su peso en el partido durante los dos meses decisivos de diciembre de 1932 y enero de 1933. El NSDAP está metido de lleno en una campaña electoral decisiva en Lippe-Detmold. Es el *land* más pequeño del

Reich, cuya superficie apenas supera una quinta parte del departamento francés de Corrèze, con una población similar a la de un distrito parisino, y el calendario electoral preveía la renovación del Landtag el 15 de enero de 1933. Los nazis decidieron realizar un esfuerzo considerable, por no decir desmesurado, para obtener el mejor resultado posible, conjurar la racha de derrotas y demostrar que aún hay que contar con ellos. El periódico nazi local pasa de tres mil ejemplares diarios a treinta mil, a los que se suman cincuenta mil folletos, lo que viene a ser aproximadamente uno por elector… Hitler acude a pronunciar diecisiete discursos en diez días, reforzados por los de Goering y Goebbels, así como por los de Frick y el príncipe Augusto-Guillermo, que, para aportar el respaldo de los Hohenzollern, se presenta con un rutilante uniforme de *SA-Gruppenführer*.

Los resultados del 15 de enero constituyen, a primera vista, un rotundo éxito para el NSDAP. El SPD, que gobernaba el *land,* pierde 9 puntos y los nazis se sitúan en cabeza. Tras los reveses y las derrotas del otoño, esa victoria invernal es un alivio para Goebbels, que señala: «Hemos ganado un 20 %. Hugenberg ha perdido la mitad de sus votos, el SPD ha perdido, el KPD ha avanzado. El partido vuelve a pasar a la ofensiva *(auf dem Vormarsch)*»[383]. La comparación con los resultados del mandato anterior es indiscutible: en 1929, el NSDAP había obtenido el 3,35 % de los votos, lo que supone una subida de treinta y seis puntos… Pero, una vez más, hay que compararlo con las elecciones anteriores, las de 1932, tanto presidenciales como legislativas en el ámbito del Reich. Con el 39,48 % de los votos en enero de 1933, los nazis están en retroceso, en claro retroceso, con respecto a su máximo del 31 de julio de 1932 (41,12 %), con una tasa de participación prácticamente constante (86 % en julio, 85 % en enero). El análisis, implacable, se confirma elección tras elección: cuando no retroceden, o incluso pierden terreno y se desmoronan, como en Turingia, los nazis se estancan y tocan techo. Las elecciones regionales de Lippe-Detmold,

demostración indiscutible de fuerza logística y propagandística, no logran en absoluto el avance esperado.

Impresionan a quien quiera dejarse impresionar, pero no engañan a los analistas lúcidos ni a quienes, con razón, consideran que los nazis están acabados. Hay que añadir que, de los veintiún escaños del Landtag, el NSDAP obtiene nueve, lo que resulta insuficiente para gobernar en solitario, que era, sin embargo, el objetivo declarado. En otras palabras, los nazis, que se jactaban de obtener mayoría y de acceder al poder por las urnas tras una lucha *(Kampf)* en la que el desmesurado despliegue de medios técnicos, financieros y humanos debía arrollar al adversario, ni siquiera son capaces de lograr sus fines en un *land* de mil doscientos kilómetros cuadrados con una población de 160000 habitantes.

Durante esas dos semanas de intensa campaña electoral, el diario de Goebbels habla sin cesar del «traidor», que en ese momento aún es miembro del partido y sigue siendo una fuerza política de primer orden. Goebbels señala que «Hamburgo está indecisa, Kauffmann vacila», a pesar de que el *Gauleiter* de Hamburgo, Karl Kauffmann, es fiel desde siempre: «Strasser debe desaparecer, Hitler está decidido», pero el antiguo número dos «quiere hacer campaña con el lema: ni Goering ni Goebbels. Ánimo, amigo»[384]. La amenaza de Strasser va haciéndose más evidente cada día y, a mediados de enero, cada hora. Todo Berlín y los círculos informados están agitados con los acuerdos entre el canciller y el mandamás nazi. Se intuye una fractura y, a continuación, una explosión del partido. Suficiente para arruinar los buenos momentos «junto al fuego» en aquel domingo electoral del 15 de enero de 1933: «Por la tarde, llega Hitler. Es alguien realmente increíble. Entusiasma a todo el mundo. Acaba de llenar dos salas en Detmold. Es genial […]. Por la noche, llega Goering. Muy amable. Hablamos de Strasser. Está preparándose para traicionarnos con Schleicher. Maldito cabrón. Pero tendrá su merecido»[385].

Los contactos internos, a través del Kronprinz, le permiten a Schleicher planificar y reaccionar rápidamente. Durante mucho tiempo se especuló sobre cómo se había enterado el canciller, antes que nadie, de la reunión secreta entre Papen y Hitler, el 4 de enero de 1933. De hecho, es el banquero Heinrich Martin quien, de acuerdo con Strasser, informa al príncipe heredero, quien, a su vez, avisa a Schleicher el 1 de enero[386]. Una información crucial que lleva a Schleicher a precipitar las cosas: se reúne en secreto con Strasser en Berlín, el 3 de enero, y le ofrece las mismas condiciones que a Hitler el 13 de agosto anterior: vicecanciller, Reichskommissar para Prusia, algunos nazis en el Gobierno, la disolución del Reichstag y el aplazamiento (anticonstitucional) de las elecciones, al menos hasta noviembre de 1933. Strasser quiere aprovechar este tiempo para reconstruir un aparato nazi a su medida[387] o, como le dice a Schleicher, que lo explica en estos términos en el Consejo de Ministros, «reconfigurar el partido en un sentido positivo»[388].

El 3 de enero, el canciller y su futuro vicecanciller acuerdan celebrar una entrevista con Hindenburg, que desea poner cara a ese nazi al que aún no conoce y del que todo el mundo le habla muy bien. El informe de la reunión parece haber sido meticulosamente destruido por Otto Meissner, que pasó al servicio de Hitler en 1934 y no deseaba levantar sospechas; pero Paul Schulz, ayudante personal de Strasser, toma nota de que todo había ido bien. Como hombre inteligente que es, Gregor Strasser supo comportarse adecuadamente con el viejo mariscal, que tenía una actitud muy positiva hacia este hombre que había salido de las trincheras con el empleo de teniente y condecorado[389].

Kurt von Schleicher, temible estratega en la sombra, demostró ser un excelente político. Su proyecto es un éxito y los augurios son favorables a una remodelación de su Gobierno para incorporar a Strasser y, evidentemente, a Frick. Todo con el beneplácito discreto de los sindicatos y el apoyo decidido del Zentrum (Schleicher mantiene un diálogo constante con Brüning y Kaas, que siguen enfadados con Papen) y de su escisión bávara, el BVP. El 16 de

enero de 1933, el Consejo de Ministros aprueba la perspectiva de una «amplia base de apoyo, desde Strasser hasta el Zentrum, ambos incluidos»[390], que expone el canciller.

Queda por ultimar el plan, convenciendo a Hindenburg de que remodele el Gobierno y, lo que es más delicado, disuelva el Parlamento y aplace *sine die* las elecciones legislativas, en violación del artículo 25 de la Constitución. Hindenburg se muestra reacio, ya que su honor se vería afectado, pero Papen supo convencerlo, en agosto de 1932, de que esa violación constitucional estaba justificada por el juramento que había pronunciado al asumir el cargo (art. 42 WRV) y la promesa que contiene de preservar al pueblo alemán de cualquier desgracia.

Papen ocupaba un lugar muy especial: el de un hijo, en la psique achacosa de Hindenburg. El anciano cambió de opinión sobre el que provocó la caída de su favorito, Kurt von Schleicher. Los mimos navideños ya no están de moda y el canciller empieza a pasar por la experiencia de los bruscos cambios de opinión del presidente, como Brüning en la primavera anterior. La ecuación personal se nutre del contexto político. Papen entró en guerra contra quien lo había destituido, una guerra secreta, ya que en público ambos solo tenían palabras amables para con el amigo de tantos años. El 16 de diciembre de 1932 Franz von Papen se pone en contacto con su colega del Herrenklub de Berlín, el banquero Kurt Freiherr von Schröder, barón como él y partidario declarado de Hitler. Surge la idea de una reunión secreta entre el antiguo canciller y el que aspira a serlo, una reunión difícil de organizar, porque el *Führer* le guarda un rencor de mil demonios a Papen desde la famosa humillación del 13 de agosto. Hitler responsabiliza a Papen de su fracaso y le reprocha su vertiginosa hipocresía, su diletantismo de gran burgués y sus modales condescendientes. La reunión secreta, el 4 de enero de 1933, en casa del banquero Schröder, es en realidad el primer encuentro entre los dos hombres. Para Hitler es el momento de expresar con vehemencia su cólera y su resentimiento (las puertas de la habitación no acallan los gritos), y de acordar un Gobierno de

coalición entre la derecha liberal-autoritaria y los nazis. Además, será con las condiciones de Hitler esta vez, porque es Papen quien debe quedar como vicecanciller.

Franz von Papen, como de costumbre, dará bandazos, cambiará de rumbo y encenderá una vela a Dios y otra al diablo durante el mes de enero. Intenta sacar partido en todos lados, con la idea de volver a ser canciller —es el mayor deseo de Hindenburg—. Observa muy de cerca la posible, o incluso evidente, delicuescencia del partido nazi antes de resignarse, tras la victoria en Lippe-Detmold, que, a pesar de todo, demuestra la fuerza que tiene el aparato militante y propagandístico nazi. Papen, impulsado por una confianza desconcertante en su propio talento, se muestra optimista. Compra a los nazis a la baja, Hitler es menos brillante que en agosto y, en cualquier caso, él es el profesional de la política. Él es el hombre de las redes de poder, un estatus incomparable con el de un vociferante de taberna, salido de quién sabe qué cloaca austriaca e incapaz de mantener su propio aparato partidista, un cabo de pacotilla, sin comparación posible con el comandante de caballería Von Papen, de quien Aristide Briand decía que admiraba la forma en que su caballo lo llevaba y lo soportaba.

Papen multiplica sus encuentros con Hitler a lo largo del mes de enero de 1933, mucho más allá de la primera entrevista del día 4, en casa del banquero Schröder, en Colonia. Ahora es la villa de Joachim von Ribbentrop, situada en el barrio residencial de Dahlem, al oeste de Berlín, la que ofrece todas las comodidades: mayordomos de librea, licores, vinos y champán de calidad. A Hitler le da igual, solo bebe agua, pero Goering y Papen, hombres de mundo y finos conocedores, saben apreciarlo. Ribbentrop, hijo de un oficial y educado en el más alto confort burgués, entre Alemania y Suiza, con institutrices francesas e inglesas, es el hombre del momento. Conoció a Papen en la embajada alemana de Ankara en 1919, antes de crear una empresa dedicada al comercio de vinos, espumosos y champanes, adquirir la empresa Henkell, casarse con la hija del fundador y conseguir que lo adoptara una prima que había sido

ennoblecida, lo que le permitió, a partir de 1925, añadir un «von» muy oportuno a su ya rico estatus social: estancias en Inglaterra y Francia durante su juventud, dominio de idiomas, práctica del esquí y del tenis… Ribbentrop es del mismo mundo, o poco le falta, que su amigo Papen, y consigue, de una forma agradable, que se olviden las vociferaciones de Goebbels contra la «reacción» y la «burguesía».

Organiza conciliábulos en su casa entre Papen, Hitler y los principales jefes nazis, corriendo él con los gastos. Uno es el 10 de enero a las diez de la noche, otro el 12 de enero a mediodía y el 18 de enero es un almuerzo en compañía de Heinrich Himmler y Ernst Röhm. Ese día Ribbentrop propone invitar a una conversación privada a Oskar, el hijo del presidente, cuya influencia sobre su padre puede ser decisiva. El 20 de enero, Papen habla largo y tendido en la presidencia con Oskar y Otto Meissner; luego le pide a su amigo Ribbentrop que organice una reunión, que tiene lugar el domingo 22 de enero a las diez de la noche, en Dahlem. Esa misma noche, Meissner y el hijo del presidente acuden a la ópera para asistir a la representación de una obra de juventud de Richard Wagner, *La prohibición de amar* o *La novicia de Palermo,* cuyo título incita a la meditación, y se escabullen por una puerta trasera después de haber regresado con grandes aspavientos al palco, al acabar el intermedio. Se dirigen en taxi a Dahlem, donde los esperan Joachim y Annelies von Ribbentrop, Franz von Papen y Hermann Goering. Hitler y Oskar von Hindenburg se retiran para hablar a solas durante dos horas. Nunca trascendió nada de lo que se dijeron, pero a todas luces, Hitler fue convincente: Oskar había sido tan contrario como su padre a que Hitler fuera nombrado canciller. A partir de ese momento, pasó a ser partidario de un Gobierno de dirección nazi[391]. ¿El «hijo Hindenburg»? Un «ejemplo excepcional de memo puro y perfecto», le confiesa Hitler a Goebbels unos días más tarde[392]. Hitler no escatimó golpes de efecto con ese *hijo de* al que desprecia. El *Führer* tuvo que poner en juego todos sus recursos, desde la astuta seducción hasta la violencia más brutal, para acosar al

mediocre oficial, que fue ascendiendo por la gracia del padre. El líder del NSDAP amenazó seguramente a Oskar von Hindenburg con continuar la campaña contra el escándalo de las «ayudas para el Este», de las que se beneficia la familia del presidente.

Que la increíble maraña de sesenta y un textos que componen la *Osthilfe* diera lugar a malversaciones es bien sabido por todo el Berlín político, pero la calidad de los implicados (los grandes nombres de la nobleza *Junker*, es decir, del ejército, así como de la industria y de las finanzas) había amortiguado los golpes. Se necesitaba el rencor de un hombre que consideraba que nunca se le habían reconocido sus méritos y que se mantenía al margen del poder, pero cercano a los nazis, para airear el *Osthilfeskandal.*

El general Ludendorff redacta y edita, desde 1929, el semanario *Ludendorffs Volkswarte,* dedicado, como anuncia su subtítulo, a «la victoria de la verdad» y a «la destrucción de la mentira». En esas páginas, Ludendorff —estratega de la Gran Guerra y, desde principios de la década de 1920, ideólogo furibundo de la extrema derecha— empieza a publicar el 27 de noviembre de 1932 una serie de revelaciones que apuntan en particular a la familia de Paul von Hindenburg y a su hijo Oskar, designado fiscalmente como propietario del *Gut Neudeck* para evitarle al clan el pago de derechos de sucesión. En cuatro entregas sucesivas del semanario[393], que tiene una tirada de más de cien mil ejemplares, se trata el tema, recogido por muchos otros periódicos, entre ellos la prensa nazi, así como el *Vorwärts* socialdemócrata y el *Vossische Zeitung,* órgano burgués-liberal. El 13 de enero de 1933, tales revelaciones llevan a la comisión de presupuesto del Reichstag a votar una resolución del Zentrum —partido católico, siempre dispuesto a señalar las fechorías de la élite protestante— que exige una investigación general sobre el asunto[394]. El 18 de enero de 1933, la comisión discute en detalle el escándalo de la *Osthilfe*, y el nombre de Hindenburg no sale bien parado[395].

No cabe duda de que, en aquel momento, las revelaciones procedían de la nebulosa nazi. Los primeros ataques no se producen

en la prensa del NSDAP, sino en un medio cercano, el de Ludendorff. Este, aunque se enemistó con los nazis como se enemistó con todo el mundo, se siente encantado de perjudicar a Hindenburg. También es cierto que, durante su larga entrevista del 22 de enero de 1933, Hitler y Oskar von Hindenburg abordaron el tema, y que Hitler probablemente amenazó con continuar la campaña mediática y política contra los beneficiarios de las ayudas, mancillando así el nombre del presidente, una baza innegable en el marco de un procedimiento de destitución que se venía orquestando desde el verano de 1932. Es de señalar que la comisión parlamentaria de investigación interrumpirá sus trabajos el 3 de mayo de 1933 sin llegar a ninguna conclusión y que, con motivo del 19.º aniversario de la batalla de Tannenberg en agosto de 1933, el Reich y Prusia ofrecerán tierras y bosques a Hindenburg padre e hijo, propiedades que, por cierto, estarán convenientemente exentas de impuestos[396]...

Según el excanciller Brüning, esas sórdidas cuestiones patrimoniales tuvieron una importancia decisiva en los cálculos de Oskar, que se ocupó de manipular a su padre, bastante maleable, para complacer a los nazis[397]. Después de la muerte del viejo mariscal, el 2 de agosto de 1934, su hijo Oskar pronunció un discurso radiofónico en vísperas del plebiscito, en el que proponía a los alemanes reunir las funciones de canciller y de presidente en la persona de Adolf Hitler, «a quien mi padre, ahora ya inmortal, eligió y designó como sucesor al frente del Estado»[398]. La evocación del «ataque lanzado por el mariscal en Tannenberg», el llamamiento desde ultratumba a «cerrar filas detrás de los jefes de Alemania» y a «reforzar el vínculo indestructible de la voluntad y de la unidad alemanas» retumban de un modo singular a la luz de las indelicadezas notariales y fiscales que unieron a la familia del presidente y a los nazis en un auténtico pacto de corrupción. Como nada se deja al azar y hay que rellenar una jubilación a la edad aún muy temprana de 51 años, Hindenburg hijo asciende a general en ese mismo año de 1934, para retirarse, bien dotado, a Neudeck. En

1939 lo llamaron de nuevo al servicio activo, para distinguirse como comandante de los campos de prisioneros soviéticos del Wehrkreis I, no muy lejos de su finca. Una carrera brillante, sin duda, entre el nepotismo y la concusión, hasta su jubilación definitiva en 1945 y su muerte, durante una cura en Bad Harzburg, en 1960.

Mientras tanto, continúan las consultas discretas, incluso secretas. El 24 de enero, los Ribbentrop reciben, esta vez a la hora del té, a Franz von Papen, que el día anterior le había sugerido a Hindenburg el nombramiento de Hitler. A él se les unen dos figuras destacadas del nazismo: Hermann Goering, presidente del Reichstag, y el Dr. Wilhelm Frick, jefe del grupo parlamentario NSDAP, ambos futuros ministros del Gobierno de Hitler-Papen. Al día siguiente, miércoles 25, es «el memo» Oskar von Hindenburg quien viene a tomar el té, para hablar con Ribbentrop sobre un futuro Gobierno de Hitler.

La solución sigue tropezando con las reticencias del «viejo», que se mantiene firme en su proyecto de volver a nombrar a Papen, verdadero hijo adoptivo al que trata con el afecto de un anciano… igual que existen confesiones de borracho. Sin embargo, esta hipótesis molesta a Schleicher, en su calidad de ministro de Defensa, y molesta al Estado Mayor, dirigido por el *General der Infanterie* Kurt von Hammerstein-Equord. Schleicher y Hammerstein se quedan impactados al ver que Papen, diletante consumado, se plantea un uso político del Reichswehr en el otoño de 1932. Se había puesto en marcha el *Planspiel Ott* para descartar esa hipótesis que, a ojos de los generales, degradaba el Reichswehr, lo rebajaba al rango de simple herramienta de oportunidad y podía provocar una guerra civil. El viernes 27 de enero, Hammerstein toma incluso la iniciativa de acudir a la presidencia para advertir al Dr. Meissner: el Reichswehr no tolerará un nuevo Gobierno de Papen. La medida, inédita desde la Gran Guerra, se reitera ante el propio presidente una hora después: Hammerstein no quiere a Papen… ni a Hitler, a decir verdad.

Hindenburg se encuentra asediado y sometido al fuego de consejos contradictorios, sobre un trasfondo de amenazas múltiples:

«violación de la Constitución», «escándalo de las ayudas al Este», «guerra civil», y también *«putsch* del Reichswehr»*.* El rumor se extiende por Berlín, especialmente después de una reunión celebrada el domingo 29 de enero entre Schleicher y varios generales del ministerio, algunos de los cuales, con Ferdinand von Bredow a la cabeza, evocan el estado de sitio en la capital, el estado de excepción y la ley marcial en todo el territorio del Reich[399], la detención del presidente y su traslado en un vagón blindado a Neudeck, es decir, una dictadura del canciller dimisionario en nombre del ejército[400]. Schleicher rechaza esa solución, que Oskar von Hindenburg teme desde el 27 de enero[401].

En semejante situación, que pone a dura prueba la resistencia del anciano, cuyo estado de fatiga es evidente, la solución nazi parece la más sencilla y la más reducida en riesgos y en tiempo. El propio Papen lleva varios días defendiendo sin ambages a Hitler, igual que el mencionado hijo, que amablemente había cambiado de parecer el 22 de enero. Los nazis parecen mucho más cercanos de lo que él pensaba: el horrible Dr. Goebbels, agitador histérico, siempre dispuesto a convocar una huelga, desapareció del panorama en otoño, y ahora las conversaciones se llevan a cabo gracias a la intermediación del elegante Herr von Ribbentrop, un hombre rico y sensato, del que Oskar habla muy bien. Hermann Goering, también un hombre de mundo, se lanzó el sábado 28 de enero a dirigir una nota al presidente, que valoró el gesto del militar, as de la aviación, sucesor del Barón Rojo, condecorado con la Cruz de Hierro al Mérito de Guerra*,* la orden militar prusiana más prestigiosa. En su escrito, el presidente del Reichstag expresa su respeto por el mariscal y promete que un Gobierno de Hitler velará por su dignidad y sus prerrogativas, por la Constitución y por la integridad del ejército[402]. Un mensaje que tiene su importancia, como lo tiene el certificado de respetabilidad conferido por el llamamiento de los industriales del 19 de noviembre de 1932.

Hindenburg se siente tentado a ceder ante Papen, Oskar y ahora ya también ante Meissner, porque se encuentra agotado por las crisis

políticas incesantes. Desde la destitución de Brüning, todo se ha descontrolado y el presidente, que solo aspira a la calma y a la unión nacional, ve cómo el país se desgarra en una campaña electoral permanente. En noviembre, según el fiel Otto Meissner, ya estaba al límite de sus fuerzas. El nombramiento y los éxitos de Schleicher le proporcionaron un respiro muy de agradecer, pero la tensión política vuelve a aumentar, puesto que el anciano no solo se ve acosado a diario por Papen, sino que observa con perspicacia que el viento político sopla en contra de su canciller.

El *Querfront* entre Strasser y los nazis, a punto de estallar, parece prometedor, aunque cada vez menos seguro en la izquierda. El SPD se niega a seguirle el juego al canciller: el golpe de Prusia había traumatizado el aparato, que responsabiliza a Schleicher —lo cual es justo, puesto que, si bien fue Papen quien tomó el micrófono, fueron Schleicher y sus servicios quienes llevaron a cabo el golpe de Estado—. Por otra parte, la dirección del SPD se alarma por la hemorragia de militantes y votantes que se van al KPD. Así pues, en el momento más inoportuno, los socialdemócratas, que aceptaban todo lo que Brüning les proponía, deciden redimirse y volver a la izquierda. En opinión de Otto Wels, que impone una línea de «oposición radical» a Schleicher, los nazis están acabados —el análisis no es erróneo— desde los resultados del 6 de noviembre y la ristra de derrotas en las elecciones locales. Para Wels y Breitscheid, el «fascismo explícito» *(offener Faschismus)* del NSDAP está derrotado. Lo que hay que combatir ahora es el fascismo latente y taimado de Schleicher, general nacionalista y encarnación de una figura prusiana que los socialdemócratas identifican claramente desde hace mucho tiempo: el *Militärpolitiker.*

Una vez a raya las *Reichsbanner,* a las que se les pidió que cesaran su incipiente colaboración con el Gobierno en el marco de una organización juvenil paramilitar mimada por Schleicher y destinada a ser uno de los viveros del futuro Reichswehr (el *Reichskuratorium für die Ertüchtigung der Jugend),* les llegó el turno a los sindicalistas, oportunamente sermoneados y encauzados de

nuevo por el buen camino. El 6 de enero de 1933, justo cuando Hindenburg aupaba a Strasser, el comité directivo del SPD convoca a Theodor Leipart, que recibe una dura reprimenda de Otto Wels y Rudolf Breitscheid, presidente del grupo parlamentario socialista en el Reichstag. Leipart se defiende durante horas, pero acaba por tirar la toalla: no volverá a prestar su apoyo a ese «fascista rojo» de general social…

Peor aún que las reticencias del SPD, al que Hindenburg condena de todos modos al ostracismo, son las reticencias de la derecha patrimonial, ya sea financiera, industrial o agraria. Las declaraciones sociales del general Schleicher le parecen extravagantes al RDI, pero hay algo más grave desde el punto de vista de Hindenburg, porque afecta a sus intereses personales y familiares: al retomar abiertamente los proyectos de reforma agraria elaborados por Brüning, Schleicher provocó una violenta cólera por parte del *Reichslandbund,* cuya intervención había sido decisiva para derrocar a su penúltimo predecesor. La línea del *Bund* se nazificó claramente a partir de 1930 y del acceso del conde Ernst von Kalkreuth a su presidencia, hasta tal punto que el *lobby* de los latifundistas se tomó muy mal los desaires de los que Hitler había sido objeto el 13 de agosto y luego en noviembre de 1932. Schleicher, ya mal visto por su supuesta ilegitimidad, siembra el pánico en la federación con sus opiniones sobre las grandes propiedades sin herederos en el Este, «intenciones malévolas y bolcheviques» sobre las que el Gobierno no tiene, sin embargo, el propósito de echarse atrás, especialmente después de una reunión entre los dirigentes del *Bund* y Schleicher —hemos visto más arriba lo que el canciller piensa de los agraristas y qué relación de fuerzas pretende imponerles—.

El 11 de enero de 1933 se reúne en Berlín el consejo de administración del *Reichslandbund*. En esa reunión se lamenta que «la agricultura se haya visto arrastrada a la miseria […] por el actual Gobierno, en unas proporciones que parecerían imposibles incluso bajo un Gobierno marxista»[403]. Para poner fin a «ese saqueo de la agricultura», el consejo decide solicitar audiencia con el presidente

del Reich, audiencia que se concede inmediatamente, lo cual es verdaderamente extraordinario y muy revelador. Hindenburg muestra «personalmente una gran comprensión»[404] y propone una nueva reunión, más tarde, ese mismo día, en la que estén presentes el canciller, el ministro de Agricultura y el ministro de Economía. El acta de ese consejo de administración, en varias sesiones y con prolongación, señala que el presidente «tomó muy calurosamente posición»[405] a favor del *Landbund* durante esa reunión imprevista, que está muy cerca de ser una algarada contra su Gobierno. Hindenburg, con su intervención directa y repetida, cree haber resuelto el problema, pero los agraristas sacaron pérfidamente un comunicado de prensa en la tarde del día 11, que reprodujeron más de un centenar de periódicos esa misma noche. Schleicher se ofende por esas malas formas, y Hindenburg se preocupa al ver que se perfila contra su Gobierno, incluso contra él mismo, una campaña de los *Grossgrundbesitzer* (los «grandes terratenientes»). Un año antes, se habían posicionado en contra de él y a favor de Hitler en las elecciones presidenciales y, en octubre de 1932, la prensa nazi se sumó a la campaña contra los especuladores de la *Osthilfe,* unos «grandes propietarios nacionales alemanes» que acumulan cientos de miles de hectáreas y de marcos, «mientras los campesinos se mueren de hambre»[406]. Como las agresiones a su reputación le resultaban insoportables, el presidente observó con satisfacción que toda veleidad de atacarlo había cesado desde que Papen se reunió con Hitler el 4 de enero.

El presidente del Reich, consciente de ese contexto político, revisa su postura con respecto a Schleicher. Comisionado para unir, Schleicher está a punto de fracasar. El canciller lo sabe y más cuando la mesa de la Asamblea decidió que el Reichstag volvería a reunirse el 31 de enero. En semejante estado, el canciller se espera un voto de censura, según manifiesta a su Gobierno durante el consejo del 28 de enero de 1933. Presentarse ante el Reichstag «es un sinsentido *(zwecklos)* […] sin una orden de disolución»: «Un enfrentamiento

con el Reichstag, para el que el canciller del Reich está personalmente preparado, es imposible en este caso», puesto que el Gobierno no tiene nada más que «ofrecer salvo el absurdo espectáculo de una derrota cierta». Schleicher expresa su preocupación ante el proyecto presidencial de volver a nombrar a Papen para la Cancillería, a la cabeza de un «gabinete presidencial» que se enfrenta a un rechazo masivo de la población, del orden del 90 %. Más vale, según él, nombrar a Hitler para evitar una «crisis política y presidencial» mayor. La ronda de intervenciones confirma que todos y cada uno de los miembros del Gobierno se suman a ese análisis, y se decide que el Gobierno dimita.

Schleicher ya le había propuesto a Hindenburg, durante una entrevista el 23 de enero, disolver sin convocar elecciones. El presidente rechaza «lo que en todas partes se entiende como una violación de la Constitución»[407]. El 28 de enero, entre dos sesiones del Consejo de Ministros, Schleicher solicita una nueva entrevista, con el fin de proponerle al presidente que elija entre tres opciones: «1) Un gabinete Hitler mayoritario, una solución en sí misma, pero no se ve cómo un Gobierno así podría obtener mayoría; 2) Un gabinete Hitler minoritario, que, de momento, no se ajustaría a la voluntad del presidente del Reich; 3) El mantenimiento del actual Gobierno presidencial, que solo podrá trabajar si cuenta con la confianza y los plenos poderes del presidente». Schleicher, como vemos, vuelve a solicitar la disolución del Reichstag, pero Hindenburg se niega: «Le agradezco que haya intentado atraer a los nazis a su Gobierno, con la idea de conseguirle mayoría en el Reichstag. Lamentablemente, ha sido un fracaso y ahora debemos explorar otras posibilidades»[408].

Schleicher, el Mefistófeles que ha hecho y deshecho Gobiernos desde 1930, queda políticamente liquidado entre el 28 y el 29 de enero. Su amigo desde hacía treinta años, el hijo de Hindenburg, lo ve ahora como un traidor dispuesto a encerrar a su padre, como una especie de alienado casi bolchevique, dispuesto a expropiar a los *Junker* para alimentar a los parados —la reanudación del Plan

Brüning de reforma agraria es, más que una provocación, una amenaza vital para los grandes agraristas—.

Schleicher, estratega político sin igual, también quería ser estratega militar, y por eso pretendía uncir al poder a los nazis y su «material humano» de las SA y las SS, con la intención de integrarlos, a largo plazo, en las filas de un Reichswehr reforzado. Sin embargo, en el verano de 1932 se dio cuenta de que el NSDAP no era fiable y, lo que es peor, era peligroso. Su plan de *Querfront* era inteligente, basado en informaciones de primera mano y respaldado por un análisis sólido de la situación política. El Plan Schleicher habría podido ahorrarle a Alemania un canciller Hitler y un Gobierno dominado por los nazis: si Schleicher no se hubiera topado con la oposición del SPD y, en el rebufo, de la confederación sindical ADGB, y si los agraristas no hubieran tenido tanta influencia en la presidencia, es probable que el partido nazi, en vías de explosión tanto en la cúpula (Strasser, los poderosos *Gauleiter* y Frick) como en la base, habría dejado de existir en cuestión de semanas, una hipótesis contrafactual muy seriamente estudiada por los mejores historiadores del período[409].

Schleicher, violentamente opuesto al regreso de Papen a la Cancillería, tanto por resentimiento personal como por análisis político, cambia una vez más de posición con respecto a los nazis a finales de enero, y él mismo recomienda a Hindenburg el nombramiento de Hitler. Lo que anhela, no obstante, es velar por los intereses del ejército y seguir siendo un actor de primer orden, por no decir el principal, de la política alemana, conservando su cartera ministerial. Pero no tiene en cuenta la desconfianza de los Hindenburg, padre e hijo, que quieren a un hombre de fiar en la *Bendlerstrasse*, sede del ministerio. El domingo 29 de enero recibe un telegrama el *Generalmajor* Werner von Blomberg, que se encuentra en la conferencia de desarme de Ginebra. Blomberg está al mando de la zona de defensa de Prusia Oriental (*Wehrkreis* I Ostpreussen) y, como tal, se había reunido varias veces con

Hindenburg, que le ordena regresar a Berlín. El general, que renuncia al avión debido al mal tiempo, llega a la estación de Anhalt el 30 de enero a las 8:30. Schleicher, como era previsible, había interceptado el telegrama y manda a un comandante a recibirlo a la bajada del tren, con un coche que debe llevarlo al estado mayor. Hindenburg había enviado a su hijo coronel, por quien opta Blomberg: el rango más alto y la autoridad superior, la del presidente, jefe de las fuerzas armadas, prevalecen[410]. Nada más llegar a la Cancillería —donde reside Hindenburg debido a las obras que están realizando en el palacio presidencial— Blomberg debe prestar juramento como nuevo ministro de Defensa.

Hindenburg padre lo precipita todo, para disgusto del Dr. Meissner, porque Oskar informa de que Schleicher quería que llevaran al general al ministerio: Hindenburg hijo, presa del pánico, ya está firmemente convencido de que el golpe de Estado es inminente[411]. El nombramiento del nuevo ministro, que priva a Schleicher del control del ejército, se produce en clara violación de la Constitución, que establece que los ministros son nombrados por el presidente a «propuesta del canciller del Reich» (art. 53 WRV). Ahora bien, en ese momento Alemania sigue sin tener canciller, puesto que las más recientes negociaciones se topan con las últimas exigencias y reticencias de Alfred Hugenberg, que teme cometer *in extremis* «la mayor estupidez de su vida»[412] y está preocupado ante la posibilidad de que Hitler solicite una tercera disolución del Reichstag. Hugenberg se encuentra asociado al Gobierno de coalición entre liberales autoritarios, conservadores-nacionalistas y nazis que Hermann Goering, Von Papen y Hitler constituyen, en los apartamentos del presidente del Reichstag, el domingo 29 de enero. La lista está decidida: Hitler será canciller, Papen vicecanciller, flanqueado por dos nazis: Goering, ministro sin cartera, y el Dr. Wilhelm Frick, de Interior. Hindenburg exigió que el barón Konstantin von Neurath continuara en el Ministerio de Asuntos Exteriores y, como acabamos de ver, nombró sin contemplaciones al general Von Blomberg para el Ministerio del Ejército. Por lo demás, se mantiene

la continuidad: Johann Ludwig Graf Schwerin von Krosigk, que desde otoño aboga por los nazis, permanece en Hacienda, y se mantiene Paul Freiherr von Eltz-Rübenach en Transportes y Correos. Junto con Neurath, son tres barones del Gobierno de Papen de junio de 1932 los que continúan la aventura. La unión de las derechas se completa con el nombramiento de Alfred Hugenberg como ministro de Economía y Agricultura, un ámbito inmenso que lo convierte en un *Superminister,* y el de Franz Seldte, jefe del *Stahlhelm,* como ministro de Trabajo.

El Dr. Goebbels, que incomoda a los conservadores, queda excluido de la lista. Es un elemento suplementario que hace pensar que, al fin y al cabo, los nazis no salen tan bien parados: el jefe de Gobierno, sí, pero solo un ministro en pleno ejercicio… Ahora bien, no se trata de un ministro cualquiera: al igual que en los cinco *Länder* en los que ya gobiernan, los nazis han reclamado el Ministerio del Interior, es decir, la tutela sobre todos los órganos de inteligencia y de represión del Reich, y sobre los programas escolares —y el Dr. Frick es un profesional serio, que cuenta con una larga experiencia ministerial en Turingia y que se dispone a trasladar sus métodos al ámbito del Reich—. Por otra parte, hay un elemento que no pasa inadvertido para los observadores más perspicaces: dado que Prusia sigue bajo la tutela del Estado central desde la resolución del 20 de julio de 1932, Hermann Goering es nombrado ministro del Interior del mayor *Land* de Alemania. El ministro «sin cartera» se encuentra, a partir de ese momento, al frente de una impresionante policía de noventa mil hombres. Muy pronto sabrá cómo utilizarla de la mejor manera posible.

Una vez disipadas las últimas inquietudes de Hugenberg gracias a algunas protestas de buena fe de Hitler (no modificará la composición del Gobierno, sea cual sea el resultado de las elecciones legislativas), el Gobierno, reunido ya por Meissner en la Cancillería, se presenta al *Reichspräsident* a las 11:15, con quince minutos de retraso, lo que irrita al alto funcionario, que, como de costumbre, lo

había organizado todo cuidadosamente, convocando por teléfono a los ministros reelegidos (Neurath, Schwerin, Eltz-Rübenach) con suficiente antelación, sin decirles, sin embargo, quién era el nuevo jefe de Gobierno… A las 11:30 horas, un nuevo canciller, de 43 años, ciudadano alemán desde hace menos de uno, presta juramento. Adolf Hitler jura «dedicar todas sus fuerzas al bien del pueblo alemán, respetar sus leyes, cumplir con su deber a conciencia y dirigir los asuntos del Estado sin prejuicio partidista y con el objetivo de garantizar la justicia para todos». El anciano presidente asiste, como ausente, a esa ceremonia un tanto siniestra y tediosa, la tercera de este tipo desde el 4 de junio de 1932 y el nombramiento de Von Papen. El acta de Meissner solo menciona una frase, mascullada con voz ronca, una frase de soldado agotado: «Y ahora, caballeros, ¡adelante, con Dios!»[413].

---

[365] Joseph Goebbels, *Tagebücher*, *op. cit*., 27 de noviembre de 1932, p. 727.

[366] *Ibid*., 4 de diciembre de 1932, p. 730.

[367] *Ibid*., 6 de diciembre de 1932, p. 733.

[368] *Ibid*., 9 de diciembre de 1932, p. 734.

[369] *Ibid.*

[370] *Ibid*., 24 de diciembre de 1932, p. 739.

[371] *Ibid*., p. 740.

[372] *Ibid*.

[373] «Protokoll der Sitzung der Führer der ADGB über Unterredung mit Reichswehrminister Generalleutnant Kurt von Schleicher, 28. November 1932», en Internationale wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung, Band 12, Berlín, Historische Kommission zu Berlin, 1976.

[374] «Rundfunkrede der Reichskanzlers vom 15. Dezember 1932», Akten der Reichskanzlei, BArch R 43 I/1504, f ° 96-101.

[375] Manfred Zeidler, *Reichswehr und Rote Armee, 1920-1933. Wege und Stationen einer ungewöhnlichen Zusammenarbeit*, Múnich, Oldenbourg, 1994.

[376] Louis Dupeux, «Nationalbolschewismus*»,* en *Deutschland 1919-1933. Kommunistische Strategie und konservative Dynamik,* Múnich, Beck, 1985. Versión alemana de una HDR («habilitación para dirigir investigaciones»), inédita en francés, presentada en la Sorbona en 1974.

[377] Wolfram Pyta, Rainer Orth, «Nicht alternativlos. Wie ein Reichskanzler Hitler hätte verhindert werden können», en *Historische Zeitschrift*, 2021/2, vol. 312, pp. 400-444 (p. 414).

[378] *Ibid*., p. 429.

[379] *Ibid*., p. 417.

[380] *Ibid*., p. 429.

[381] Joseph Goebbels, *Tagebücher*, 10 de diciembre de 1932, p. 734.

[382] *Ibid*., 10 de diciembre de 1932, p. 735.

[383] *Ibid*., 16 de enero de 1933, p. 747.

[384] *Ibid*., 14 de enero de 1933, p. 745.

[385] *Ibid*., 15 de enero de 1933, p. 746.

[386] *Ibid*., p. 433.

[387] *Ibid*., p. 435.

[388] «Ministerbesprechung des 16. Januar 1933, 11.15 Uhr», Akten der Reichskanzlei, BArch R 43 I/1459, f ° 1-9.

[389] Wolfram Pyta, Rainer Orth, «Nicht alternativlos. Wie ein Reichskanzler Hitler hätte verhindert werden können», artículo citado, p. 437.

[390] «Ministerbesprechung des 16. Januar 1933, 11.15 Uhr», Akten der Reichskanzlei, BArch R 43 I/1459, f ° 1-9.

[391] Rüdiger Barth, Hauke Friederichs, *Die Totengräber. Der letzte Winter der Weimarer Republik*, Frankfurt, Fischer, 2018, p. 321.

[392] Josef Goebbels, *Tagebücher, op. cit.*, 25.01.1933, p. 761: «ein seltenes Abbild von Doofheit».

[393] *Ludendorffs Volkswarte*, Folgen 47, 48, 49, 50, finales de noviembre-finales de diciembre de 1932.

[394] Wolfgang Weßling, «Hindenburg, Neudeck und die deutsche Wirtschaft. Tatsachen und Zusammenhänge einer "Affäre"», en *Vierteljahrschrift für Sozialund Wirtschaftsgeschichte*, 1977, 64, Heft 1, pp. 41-73.

[395] Rüdiger Barth, Hauke Friederichs, *Die Totengräber. Der letzte Winter der Weimarer Republik*, Frankfurt, Fischer, 2018, pp. 303-304.

[396] Wolfgang Weßling, «Hindenburg, Neudeck und die deutsche Wirtschaft», artículo citado, pp. 64-67.

[397] Heinrich Brüning, *Memoiren*, p. 662.

[398] «Rundfunkrede Oberst Oskar von Hindenburg am 18.08.1934», en Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen. 1932-1945. Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen*, Band 1, Múnich, Süddeutscher Verlag, p. 444.

[399] Véase sobre estos aspectos Hans-Magnus Enzensberger, *Hammerstein ou l'intransigeance. Une histoire allemande*, París, Gallimard, 2010, reed. Gallimard, col. «Folio», 2011, pp. 112-118.

[400] Rüdiger Barth, Hauke Friederichs, *Die Totengräber*, *op. cit.*, p. 357.

[401] *Ibid.*, pp. 343-344.

[402] *Ibid.*, p. 350.

[403] «Bericht über die gemeinschaftliche Sitzung des Bundesvorstands, 11.01.1933», citado en Bert Hoppe, «Von Schleicher zu Hitler», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 1997/4, pp. 629-657, p. 646.

[404] *Ibid.*, p. 650.

[405] *Ibid.*

[406] *Ibid*., p. 633.

[407] «Niederschrift Dr. Meissner über den Empfang auf Wunsch des Reichskanzlers durch den Reichspräsidenten am 23. Januar 1933», Bayer. Hauptstaatsarchiv, Manuskriptensammlung 629, f ° 572-573 (copia).

[408] «Niederschrift Büro des Reichspräsidenten über den Empfang auf erneuten Wunsch des Reichskanzlers durch den Reichspräsidenten am 28. Januar 1933», Bayer. Hauptstaatsarchiv, Manuskriptensammlung 629, f ° 573-574 (copia).

[409] Wolfram Pyta, Rainer Orth, «Nicht alternativlos. Wie ein Reichskanzler Hitler hätte verhindert werden können», artículo citado.

[410] *Ibid*., p. 366.

[411] *Ibid*., p. 368.

[412] Larry Eugene Jones, «The Greatest Stupidity of My Life. Alfred Hugenberg and the Formation of the Hitler Cabinet, January 1933», en *Journal of Contemporary History*, 1992, vol. 27, pp. 63-87.

[413] «Und nun, Meine Herren, vorwärts! mit Gott!», en Rüdiger Barth, Hauke Friederichs, *Die Totengräber*, *op. cit*., p. 371.

EPÍLOGO

> Creer que podía debilitarse a los nazis haciendo un giro hacia la derecha no era, en sí mismo, una estupidez ni una inconsciencia. En cierto modo, era lo que había querido Brüning. Por el contrario, […] tolerar a los nazis a cambio del compromiso de que tolerarían el gabinete Papen, cesar todo ataque contra ellos y, al mismo tiempo, multiplicar los ataques frontales contra la izquierda, no solo contra los comunistas, sino también contra los socialdemócratas, barrer con temeridad todos los escrúpulos constitucionales cuando obstaculizaban sus planes, eso era lo que a Papen y a Schleicher les parecía el método adecuado contra Hitler […]. Aunque no se rechace por principio la política de Papen y Schleicher, aunque no se la descalifique por descabellada o inconsecuente […], deja de formularse un juicio tan benévolo cuando se examina la forma en que se aplicó y se comprueba que tuvo como consecuencia precisamente lo que pretendía evitar: el poder total de los nazis[414].
>
> Ministerialdirektor Dr. Arnold Brecht,
> *Mit der Kraft des Geistes*, 1967

El lector contemporáneo habrá detectado sin duda algunas reminiscencias entre lo que se denomina con el interesante término de *actualidad*[415] y la Alemania de 1932. Son tantos que enumerarlos resultaría casi tedioso: una política de austeridad dogmática que agrava la crisis y la miseria; un poder ejecutivo que impone la adopción de medidas que destruyen el modelo social alemán a golpe de 48-2; una izquierda socialdemócrata que apoya esa política con el fin —dice— de evitar lo peor; un régimen político que, a partir de 1930, se presidencializa y concentra poderes exorbitantes en las manos falibles de un hombre no demasiado inteligente, pero sí orgulloso y terco.

El reino de los entornos que, por una lógica de darwinismo inverso, la lógica de la adulación, promueve a los más

incompetentes y a los menos dignos, aquellos que están dispuestos a rebajarse para convertirse en «asesores» y, en consecuencia, dar casi cualquier cosa menos verdaderos consejos. Una disolución fallida; una segunda disolución, peligrosa, inepta, dado el contexto de crecimiento de la extrema derecha, pero solicitada por esa misma extrema derecha y concedida como muestra de buena voluntad.

Una derrota abrumadora en las elecciones legislativas; la negativa a tener en cuenta los resultados de las elecciones; la condena de los «extremos» y la precisión inmediata de que algunos son más extremos que otros, que aquellos que defienden la nación, los valores y la propiedad siempre serán preferibles a la izquierda.

Un multimillonario, magnate de los medios de comunicación y obsesionado con una misión de resurrección nacional, que levantó un imperio mediático y cinematográfico para imponer sus puntos de vista, sus temas y su línea a un país que abogaba por la paz y la justicia social, pero que resulta poco a poco nazificado. Pánicos morales terminados en «-ismo», como el «bolchevismo cultural», que termina siendo bastante difícil de definir, pero que resume todos los miedos ligados a la evolución de las costumbres (feminismo, homosexualidad, estilo de vida urbano…) y a la elevación general del nivel de educación.

Un Gobierno derrocado en condiciones humillantes; otra disolución, otra derrota y, de nuevo, el rechazo a tener en cuenta el resultado; un Gobierno encargado de los asuntos corrientes, que se eterniza; un canciller que no piensa abandonar el poder; la incapacidad del presidente para nombrar un nuevo jefe de Gobierno; meses de reflexión, en lo más alto del Estado, para montar el mejor guion posible que permita mantenerse en el poder, por encima de las elecciones y de la falta de mayoría.

Una política de la oferta, abiertamente favorable a los negocios, a base de subvenciones a las empresas y de créditos fiscales; discursos autojustificadores que defienden esa línea clamando «no somos el Gobierno de los ricos» y «la mejor política social es la política del empleo»; una patronal que aplaude y siempre pide más.

Proyectos de reforma de la Constitución con el fin de reforzar el poder ejecutivo; permanentes intrigas de pasillo; un conjunto de comentaristas dedicado al parloteo sobre el estado de ánimo del presidente, su último resfriado o su último refunfuño (¿estornudo?, ¿destello político?, ¿decisión importante?) en busca de oráculo y de interpretación. Liberales autoritarios que, una vez en el poder, contemplan el uso de la fuerza, porque saben muy bien que su política es impopular; esos mismos liberales autoritarios que desean aliarse con la extrema derecha, que retroceden porque esta pide demasiado y finalmente apuestan por confiarle el poder, etc.

Podríamos continuar este inventario unas cuantas páginas más, algo que ha sorprendido incluso al propio autor de estas líneas, que, a lo largo de la investigación historiográfica y archivística, no terminaba de creérselo. Ya tenía, cierto es, algunos conocimientos sobre la época y, en el momento de iniciar este trabajo, algunas comparaciones en la cabeza. Pero ¿hasta este punto?

Algunos lectores pensarán que esto es demasiado concluyente para ser realmente íntegro, demasiado explícito para ser honrado. ¿No se supone que un historiador, como cualquier científico, debe ser «objetivo»? Ante semejante nivel de paralelismo, que transforma la narración histórica en una especie de novela en clave, debe de haber en alguna parte una infracción del código deontológico que dicta neutralidad e imparcialidad. No es difícil imaginar las acusaciones principales: además de la abrumadora «ley de Godwin», puente de asnos para perezosos, surgen aquí y allá imputaciones de amalgama, de confusionismo, y también la asimilación apresurada, la *comparación que no es razón,* la violación de la «neutralidad axiológica»[416], o peor aún: oscuras intenciones que pertenecerían al *Kulturbolschewismus* o a sus avatares contemporáneos.

Antes de responder a esas legítimas interpelaciones —el historiador se las plantea a sí mismo constantemente, ya que si la crítica es su segunda naturaleza, esta se dirige en primer lugar a su propio trabajo—, cabe señalar que, por una notable casualidad, no se encuentran fiscales más exigentes que aquellos que,

reivindicando pertenecer al «círculo de la razón», defenderán, por otra parte, las violaciones diarias de la Constitución, el desprecio a los hábitos republicanos, el desacato a las decisiones de la justicia, la mentira casi permanente, la injusticia fiscal y social, la inacción climática y, de nuevo, ignorar las decisiones judiciales que la condenan —por no mencionar otras muchas cosas—. En resumen, todo aquello cuya racionalidad o incluso cuyo carácter razonable cuesta discernir: el caos político, la devastación de lo vivo, la explosión de las desigualdades, la secesión de los ricos o la destrucción de las normas y del Estado, desde la disolución del discurso público hasta la liquidación de los hospitales… Nada se percibe espontáneamente como moderado, templado, equidistante de los «extremos», etc. A veces son periodistas, otras veces son universitarios quienes citan a Weber sin haberlo comprendido necesariamente y confunden el bando en el que se encuentran con el de una razón adaptada a todos los gustos, invocada de manera mágica y vacía, igual que los «valores», la «República», el «orden», la «estabilidad», la «benevolencia» — *ad infinitum*—. Hay que señalar, además, que se acusa de parciales, sesgados e incluso, *horresco referens*, comprometidos, a quienes manifiestan la escandalosa descortesía de hacer su trabajo (no dejarse engañar por los discursos del poder, por ejemplo, viviendo plenamente un *ethos* crítico), mientras que a los que forman parte de no se sabe qué *think tank* (¿cómo traducirlo?, ¿depósito de ideas?, ¿bidón de ideas?), o consejo del príncipe, puede atribuírseles, sin duda, una virginidad política, una impavidez ideológica digna de un cuadro costumbrista de David.

Se cansa uno de tener que recordar que la objetividad, más que un malentendido, es un contrasentido bastante lamentable. Nadie que haya leído un ápice de epistemología de las ciencias defenderá la idea. En las ciencias de la materia y de lo vivo (por no hablar de las matemáticas), el nexo entre el investigador y su investigación, entre el sujeto que conoce y el objeto que hay que conocer, la manera en que este objeto se construye a partir de las preguntas del

investigador, incluso la interacción entre su persona y la toma de las medidas más «objetivas» posibles, son bien conocidos desde hace al menos un siglo. No hay objetividad entre temas: no es ni una realidad ni un ideal regulador, sino una auténtica inepcia para cualquiera que se haya molestado en ir un poco más allá del positivismo en su reflexión epistemológica y haya intentado superar el nivel de bachillerato, el de la *Introducción al estudio de la medicina experimental* de Claude Bernard[417]. Se preferirá la honradez, que exige al historiador instruir a favor y en contra y, cuando compara, distinguir entre las similitudes y la «diferencia de las épocas», por decirlo en palabras de Marc Bloch, quien, por otra parte, no ignoraba que toda historia es contemporánea, ya que él, como medievalista, también se sacrificó por lo que más tarde se denominaría «la historia inmediata» en *La extraña derrota*[418].

Es precisamente en el contexto de la derrota de 1940, del asesinato de la República y de la instauración del régimen conocido como de Vichy cuando Jules Isaac redacta *Les oligarques*[419]. Se trata de un texto sorprendente, terminado en 1942, cuando el famoso autor de los manuales Malet-Isaac, a partir de la muerte de Albert Malet, a quien nunca conoció, se refugió cerca de Chambon-sur-Lignon[420]. El amable profesor, que renunció a defender una tesis en la Sorbona sobre la responsabilidad francesa en el inicio de la Gran Guerra —un tema demasiado contemporáneo según la Facultad, plagado de hipótesis poco amables con el presidente Poincaré—, se entrega a su otra pasión: la historia antigua. Así, dedica un estudio a los Treinta Tiranos, al final de la democracia griega, bajo las violentas arremetidas del enemigo (Esparta), la derrota y una conspiración de las élites patrimoniales de la ciudad, demasiado felices por liquidar un régimen que detestaban[421]. Evidentemente, al hablar de la Atenas de finales del siglo v, Isaac habla de la Francia contemporánea, y la analogía es tan constante en su texto que lo califica, en el subtítulo, de «ensayo de historia parcial».

Pascal Ory le dedica, en su reedición de 1994, un prefacio muy esclarecedor, en el que cuestiona esa parcialidad y, por lo tanto, más que implícitamente, la imparcialidad que también figuraría en la lista de virtudes de quienes se dedican profesionalmente a la historia. Además de la trama general, explícita, como hemos visto, Jules Isaac no deja de prestarse a un juicio sobre metodología, ética científica y múltiples *sesgos* (como buenos anglicistas, ahora a todos nos encantan los sesgos): «¡Cuántas inquietantes similitudes entre Pericles, el "eupátrida convertido en guía de la democracia", y Léon Blum; entre Antifón, el "doctrinario rancio", y Charles Maurras; entre el demócrata renegado Pisandro y Jacques Doriot; entre la focalización en las Murallas Largas y la confianza en la línea Maginot; entre el proceso de los estrategas y el de Riom; entre "la colaboración complaciente de algún jurista experto" y la de un Joseph-Barthélemy… Más en el fondo, encontramos la "Revolución nacional" por detrás de "la constitución de los antepasados", la xenofobia y el racismo comunes detrás de la persecución de los "metecos" —palabra familiar para Maurras, gran conocedor de la historia griega— o incluso lo esencial de las eternas nuevas derechas detrás de la famosa profesión de fe de Calicles, en el *Gorgias*»[422].

Señalemos de paso que, con los contemporáneos acarreando los siglos y la leyenda de los siglos, la severa frontera que algunos trazan entre el pasado y el presente, entre el supuesto lugar de la investigación científica objetiva, imparcial, etc., y el presente, lugar de todas las pasiones y todos los compromisos (subjetivos, parciales, no científicos), se disipa y se dispersa como la paja al viento. La separación entre pasado y presente es sin duda una etapa necesaria en la construcción de una epistemología personal, una forma de «moral provisional», diría Descartes, para ponerse en marcha y avanzar un poco, pero no sería mala inspiración superar rápidamente ese estadio infantil de la deontología, a riesgo de aporrear puertas abiertas ya de par en par y de repetir un catecismo trillado.

Aventuremos igualmente, sin excesivo riesgo a equivocarnos, que la cesura pasado/presente, aún tan viva a pesar de ciento veinte

años de psicoanálisis y unos tres mil de literatura, a pesar de todos los trabajos de historia, de ciencias sociales y de filosofía sobre la remanencia y la presencia del pasado en el presente[423] (en forma de memoria, por ejemplo, aunque existen otras modalidades), a pesar, por último, de casi doscientos años de materialismo histórico, aventuraremos que esa cesura —decíamos— es un pretexto útil y cómodo para incomodar a los historiadores e historiadoras que, muy banalmente, se verían tentados a inferir de sus trabajos algunas enseñanzas para leer, por ejemplo, la actualidad política y económica o calificar la historia tal como se hace y la sociedad tal como adviene.

El estribillo de las «lecciones de la historia» era ciertamente un privilegio del clasicismo más rancio, de la *historia magistra vitae* y luego de la historia *ad usum delphini,* literalmente «para uso de los delfines», para la educación y la formación de los príncipes. Se abandonaron las «lecciones», sumamente normativas, que presuponían o bien una concepción cíclica de la historia, o bien una Providencia divina que, por definición, preveía y decidía todo y que, por lo tanto, siempre que se abordara con fe y estudio *(ora, ora, et labora),* permitía leer e interpretar ese verosímil *maelstrom* de hechos y movimientos humanos y detectar en él algún sentido.

En los albores del siglo XIX, Hegel se encargó de explicar claramente que esa época había pasado y que la concepción moderna de la historia, vectorial y sin una trascendencia bien identificada, ponía fin a la *historia magistra* de los antiguos. Hegel, igual que Herder antes que él, privilegia la singularidad frente a la regularidad, la identidad propia de una época y de su espíritu (el *Zeitgeist)* frente a la comparación o, peor aún, frente a la asimilación:

> Se dice a los gobernantes, a los hombres de Estado, a los pueblos, que se instruyan principalmente a través de la experiencia de la historia. Pero lo que enseñan la experiencia y la historia es que los pueblos y los Gobiernos nunca han aprendido nada de la historia y nunca han actuado siguiendo las máximas que habrían podido extraer de ella. Cada época se encuentra en

> condiciones tan particulares, constituye una situación tan individual, que en esa situación solo se puede y se debe decidir en función de ella.
>
> En medio del tumulto de los acontecimientos mundiales, una máxima general no sirve más de lo que sirve el recuerdo de situaciones análogas, ya que algo tan débil como un pálido recuerdo carece de fuerza frente a la vida y a la libertad del presente. Desde ese punto de vista, nada es más insípido que referirse con frecuencia a los ejemplos griegos y romanos, como tan habitualmente sucedió entre los franceses en la época de la Revolución. Nada más diferente que la naturaleza de aquellos pueblos y el carácter de nuestra época […]. Solo la intuición profunda, libre, comprensiva de las situaciones y el sentido profundo de la idea (como, por ejemplo, en *El espíritu de las leyes* de Montesquieu) pueden dotar las reflexiones de verdad y de interés[424].

Se empezó a preferir el término, menos imperativo, de enseñanzas, pasando, en líneas generales, de la derecha (Agustín, Bossuet…) a la izquierda (Marx, Engels…). El materialismo histórico, al identificar a los actores sociales, las dinámicas y las prácticas relacionadas con intereses concretos (poder y dinero, por decirlo rápidamente) y la defensa obstinada de situaciones y de jerarquías sociales mediante políticas de clase y luchas entre grupos sociales, ha legitimado la analogía en historia. En lo que nos ocupa, a pesar de las sorprendentes similitudes, Hugenberg no es Bolloré y Papen no es Macron, pero sus posiciones en las configuraciones políticas, económicas y sociales de la Francia de 2025 y la Alemania de 1932 son análogas. No hay igualdad ni identidad término a término (A no es C), sino una identidad de relación (A/B = C/D). Dicho de otro modo, en la configuración B, el término A es el equivalente funcional del término C en la configuración D[425]. Pascal Ory no dice otra cosa cuando, a propósito de *Oligarques,* escribe:

> La verdad no consiste en negarse a ver la evidencia que salta a la vista: que hay constancias y recurrencias en la historia de nuestra especie. Hablemos claro: quien escribe estas líneas siempre ha puesto por encima de su propia obra como historiador la famosa frase de Heráclito: «Nadie puede bañarse dos veces en el mismo río». Pero, al mismo tiempo, convirtió la función del historiador en la lucha contra la amnesia. La resolución de esa aparente contradicción es simple: no es porque la historia no se repita

> por lo que los seres que hacen la historia —que son la historia— no están movidos por fuerzas sorprendentemente semejantes. Los triángulos similares no se superponen, pero sus ángulos son iguales y sus lados son homólogos, proporcionales.
>
> Basta con que los hombres se muevan ante la mirada del hombre para parecerse extrañamente. Entonces, ¿la historia es un eterno volver a empezar? Esperemos que haya siempre dos o tres Isaac para preferir pensar que parecería más bien una eterna inconclusión[426].

En términos menos elegantes, el dicho popular reza que la historia no se repite, pero que tartamudea mucho, lo que no deja de cansar, incluso de desesperar, a aquellos de nosotros que confiábamos en los medievales para considerar que estábamos encaramados a hombros de gigantes. Evidentemente, no: nada de sobresalir, nada de elevarse, repetimos con aplicación los errores más garrafales de nuestros predecesores. Por ignorancia, por desenvoltura, y también por cinismo y por un egoísmo que conduce a destruir la democracia (ignorando el resultado de las elecciones, por ejemplo), el Estado (mediante una política escandalosamente prorricos, financiada con la destrucción de los servicios públicos y de todos los bienes comunes), incluso el propio lenguaje (mediante la mentira permanente) y hasta la idea misma de una sociedad y de un espacio común…

En 1932, la actitud irresponsable de los liberales autoritarios, deseosos de mantenerse en el poder a pesar de las reprobaciones electorales, condujo, después de sucesivos cálculos tácticos, después de la eliminación de hipótesis intermedias (legislación de carácter urgente que pasa de ser excepcional a convertirse en derecho común, violación «asumida» de la Constitución, golpe de fuerza y dictadura militar…), a llamar a los nazis al poder el 30 de enero de 1933 —una decisión egoísta en la que no fueron ajenos los sórdidos cálculos fiscales y reputacionales del viejo presidente Hindenburg—. Por otra parte, y como hemos visto, los nazis se encontraban en declive político y en clara recesión electoral: en muy graves dificultades, por lo tanto —siendo la hipótesis más probable que el NSDAP se fracturara por una escisión mayor en unas pocas semanas

y, simple y llanamente, desapareciera—. El momento es propicio para los especuladores políticos de poca monta que pueblan los pasillos del «centro burgués», el de la *bürgerliche Mitte* que gravita en torno al excanciller Von Papen. Se compra a los nazis a la baja, un excelente negocio, sobre todo al ser minoría en el Gobierno, donde estarán rodeados de políticos razonables que van a domesticarlos y a amaestrarlos, van a quedar atados a un equipo que continuará la política antidemocrática y *probusiness* del extremo centro que llegó a la Cancillería en junio de 1932. De hecho, es lo que harán los nazis a partir de 1933, no sin desencadenar una espiral de radicalización que, para atemorizar a los burgueses liberales autoritarios, entre ellos el propio Franz von Papen[427], colmará de satisfacción, sin interrupción, a los círculos empresariales y a lo esencial de las élites patrimoniales.

En realidad, la secuencia de junio de 1932 a marzo de 1933 o, con un enfoque más amplio, de marzo de 1930 a agosto de 1934, no tiene nada de exorbitante o de mitológico. Es perfectamente comprensible a la luz de la historia de las sociedades contemporáneas (desde 1789, digamos) y de la historia de las luchas y lógicas de poder. Quienes dudan y repudian cualquier comparación señalarán, con un consumado sentido de la tautología, que, al fin y al cabo, se trata de nazis. Cierto.

Pero esos nazis no son, en 1933, ni más ni menos que la extrema derecha alemana, muy bien interconectada socialmente, en las élites militares, económicas, universitarias, y en la burguesía alemana en general, a la que algunos acusan de «traición»[428]. Las tropas del NSDAP chocan a veces con las buenas costumbres por su excesiva violencia y sus modales un tanto arrogantes, pero las élites patrimoniales no encuentran nada que objetar al corpus de ideas del partido, una vez purgado de los elementos vinculados a la justicia social, o incluso a la igualdad social —hay tan poco que objetar que la patronal financia a fondo perdido el DNVP de Alfred Hugenberg, cuyo mensaje es simple y llanamente idéntico al del NSDAP—.

Los que menosprecian las comparaciones históricas, siempre dispuestos a censurar el «cruce» *(sic)* de la «ley de Godwin» (una proeza matemática, hay que reconocerlo) y a vociferar al unísono que «se trata de algo más complejo», que los tiempos han cambiado o que los nazis de hoy no son los de ayer, demuestran ser muy malos historiadores, por las razones metodológicas mencionadas anteriormente, y también porque los nazis de ayer no son quienes ellos creen. Ver en el NSDAP de 1932 a los verdugos de Treblinka es un error clásico, aunque no por clásico menos grave, y la tontería más común cuando se trata de la historia alemana en general y del período nazi en particular. La teleología es una lacra que impide toda comprensión real de los tiempos, las secuencias y los momentos.

En 1932, el partido nazi era la extrema derecha alemana más eficaz y más popular, en comparación con el DNVP, más torpe, menos ajustado y más caricaturescamente burgués. El mensaje nazi queda adecuadamente resumido en los lemas del partido, desde *Freiheit und Brot* hasta *Juden raus:* la libertad y el pan, porque se trata de salir de la depresión económica y volver a convertir a Alemania en una potencia europea de primer orden, liberada de las cadenas del Tratado de Versalles. Todo en un contexto de regeneración sociobiológica, higienista y médica del «cuerpo del pueblo», que debe ser purgado de sus elementos alógenos, esos judíos que solo tienen una existencia legal como foráneos o peregrinos, en tanto que extranjeros y huéspedes del pueblo alemán, y que no tienen vocación de permanecer en el biotopo germánico —conque fuera los judíos—.

Ese programa mínimo está constituido por los denominadores comunes que permiten sintetizar y mantener una línea compartida en un «movimiento» marcado por acalorados debates, oposiciones internas enérgicas y tanto más duras cuanto que, en otoño de 1932, el partido nazi se estrella contra el muro del fracaso —casi catorce años de «lucha» en vano, para no acceder a la Cancillería y para, por primera vez desde 1928, empezar a perder elecciones nacionales, regionales y municipales—. Denominadores comunes

también con el exterior del partido, en particular con las élites patrimoniales (el «capital») y una «derecha burguesa» a la que llamamos así porque son los términos alemanes de la época, desde la *bürgerliche Mitte* (centro burgués) hasta el *Bürgerblock* (bloque burgués). Poder autoritario, destrucción de la izquierda (partidista y sindical), reducción drástica de las libertades individuales, legislación de excepción, preeminencia de la policía y de la administración sobre la justicia, purga de sectores enteros de la vida social (magistratura, función pública, universidad, policía, profesiones liberales —abogados, notarios, médicos…—, medios de comunicación, industria cultural…) de todos sus elementos judíos o de izquierda, política social, fiscal y presupuestaria favorable a los intereses privados… ¿Quién puede criticar tales cosas? Desde luego, no la patronal, que, después de haber apoyado la hipótesis de Hitler y de haber financiado generosamente al NSDAP y al DNVP, ofrece a los nazis el dinero que les permite llevar a cabo su campaña electoral para las elecciones legislativas del 5 de marzo de 1933, una campaña decisiva, en un momento en el que Hitler, Goering y Goebbels, febriles, saben muy bien que aún no hay nada decidido.

El astigmatismo histórico tiene buena prensa, porque evita que se planteen demasiadas preguntas. El nazismo, como ya hemos tenido ocasión de demostrar, solo puede considerarse seriamente como objeto de conocimiento si se integra en su época y en su lugar. Es decir, el siglo XX en Europa y, más ampliamente, Occidente, forjado desde mediados del siglo XIX por el fuego de los altos hornos, las locomotoras, los transatlánticos y los cañones, por el capitalismo y la colonización, por el darwinismo social, el racismo, el imperialismo y la eugenesia; en resumen, por esa alianza inédita entre el dinero, la ciencia (más bien, la pretensión de cientificidad) y la guerra, los Estados-nación y el capital, para someter, explotar, extraer y dominar a las masas blancas del proletariado y la «fuerza negra» de los imperios. El nazismo, producto de su tiempo y expresión de su lugar, pudo seducir y convencer —para sorpresa de nadie— a los líderes políticos y económicos occidentales, que reconocieron en su

proyecto autoritario y mercantil una vía privilegiada para restablecer altos índices de beneficio, rearmar cultural y materialmente a Occidente y permitir a la «raza blanca» enfrentarse a las monstruosas masas humanas que surgían en los confines del mundo, en unos imperios coloniales que, si no se hacía nada para remediarlo, pronto vencerían a sus vencedores, como antaño la Grecia conquistada había conquistado a su feroz vencedor y el Orontes desembocó en el Tíber.

Antes incluso de que los industriales y banqueros, diplomáticos y militares, inspectores generales y antiguos ministros apreciaran, como buenos conocedores, el orden reinante en Berlín[429], antes incluso de que se disfrutara del advenimiento de una zona óptima para la inversión en la Alemania nazi, fueron los liberales autoritarios alemanes quienes, ya en 1932, supieron reconocer los méritos de los nazis para asentar y reforzar el tambaleante dominio de unas élites patrimoniales desacreditadas por la crisis del liberalismo (1929), por su falta de imaginación (la austeridad) y por su egoísmo obtuso. Ahí es donde, entre otras cosas, la historia del período que va de 1929 a 1933 incomoda, porque perturba las categorías y oposiciones canonizadas por el discurso (se dice «el relato» o, si se está realmente al día, y a costa de un nuevo anglicismo descarado, «la narrativa») fabulado desde 1945. Las democracias liberales vencieron a los totalitarismos estatistas, los autoritarismos intervencionistas, etc. Nada de eso es relevante para analizar el nazismo, que no es ni estatista (todo lo contrario) ni especialmente intervencionista (ni mucho menos), pero eso aquí no importa. Hablar de «liberales autoritarios» para calificar a esa derecha que se presenta ya como *el bando de la razón,* en lucha contra los «extremos», una derecha imbuida de su autoproclamada competencia, de una política *que acabará dando sus frutos,* y convencida de haber sido designada, casi por derecho divino, para ocupar el poder a pesar de todo, puede sorprender, dado que se suele oponer el liberalismo al autoritarismo.

Sin embargo, su coalescencia es antigua, como muestra Pierre Serna en su estudio sobre las élites políticas del Directorio que, en 1795, pretenden poner fin a la Revolución Francesa instaurando un régimen censitario (vota el que es rico), dedicado por completo a la acumulación de las riquezas ofrecidas por la especulación (sobre los asignados y los bienes del clero) y la guerra (los suministros a los ejércitos durante los veintitrés años de guerra que vivió Francia entre 1792 y 1815, lo que garantizó rentas jugosas a muchos estafadores empedernidos[430]). Pierre Serna señala que es precisamente en los años seminales del Directorio cuando se cristaliza y se enquista la retórica del centro *(sic)* benévolo, por templado y totalmente imbuido de moderación, contra los extremos *(sic, bis)*, para no abandonar ya el poder a lo largo de los siglos XIX y XX, y hasta nuestro naciente siglo XXI. Para designar a estas élites —tan agresivas en el fondo—, el historiador acuña el aparente oxímoron de «extremo centro». Ahora se utiliza frecuentemente para referirse a aquellos que erigen en máxima universal los intereses particulares, que fingen defender el interés general, que sacrifican las finanzas públicas en aras de los beneficios privados, que cuestionan que las normas constitucionales se les apliquen de verdad a ellos y que profesan un amor desmedido por la empresa privada, junto con un desprecio explícito por el concepto mismo de servicio público. Esos mismos desmienten, como es lógico, prácticamente todo lo anterior, y se ofenden cuando los califican de partido de los ricos o de Gobierno de derechas. Por todas esas razones, la categoría acuñada por Pierre Serna designa con pertinencia a Von Papen y los suyos.

Otra forma de calificarlos es el sintagma «liberales autoritarios», surgido de la filosofía política y que se aplica bastante adecuadamente al caso Papen (y su entorno). Es significativo que uno de los mejores especialistas del liberalismo autoritario, que inicialmente había trabajado el concepto a partir de un corpus norteamericano de las décadas 1970-1980, haya continuado su arqueología con fuentes alemanas de los años treinta. Grégoire

Chamayou, que había estudiado los medios y métodos imaginados por universitarios y ensayistas estadounidenses para hacer menos «ingobernable» la sociedad posterior a 1968 y había esbozado así una «genealogía del liberalismo autoritario»[431], continuó con ese proyecto. Se remontó al discurso pronunciado por el profesor Carl Schmitt en el Club de la Industria de Düsseldorf el 23 de noviembre de 1932, donde expuso ante mil quinientos asistentes cuidadosamente seleccionados esa aparente «paradoja», típica del neoliberalismo que algunos pensadores alemanes —a menudo católicos— elaboraron sobre todo en la Universidad de Friburgo[432]: «Que, para tener menos Estado, necesitarán en cierto modo más Estado»[433]. Un Estado mínimo, *neo*liberal, capaz de crear las condiciones de posibilidad para un beneficio máximo, debe quedar limitado en sus atribuciones y, por lo tanto, ser muy fuerte en lo que le incumbe (el orden interno y la protección externa, la garantía de la aplicación de las leyes, el ejercicio de la soberanía; en resumen, *lo soberano,* como se dice hoy). Frente al discurso de Schmitt, que es una oda a Von Papen y a los proyectos del *neuer Staat,* Grégoire Chamayou presenta la respuesta de Hermann Heller, jurista judío y socialista[434], figura de la izquierda intelectual que, al parecer, fue el primero en acuñar el sintagma «liberalismo autoritario» para designar lo que estaba pasando en ese momento; los planes del *neuer Staat* de ese liberalismo autoritario, detallados en el capítulo sexto de la presente obra, son su expresión químicamente pura.

En paralelo a Chamayou, otra filósofa, Barbara Stiegler, contribuyó decisivamente a la definición del liberalismo autoritario en su memoria de habilitación, convertida en un libro cuyo éxito editorial pone claramente de manifiesto la necesidad de reflexionar sobre el momento neoliberal cuyo paroxismo vivimos en Francia desde 2016-2017[435]. Hay que señalar, por otra parte, que ese sintagma, *a priori* paradójico, pero perfectamente comprensible cuando se lee bien a Hayek, por ejemplo, ya lo había utilizado en 1987 un jurista, el magistrado Jean-Paul Jean, para referirse a la práctica y a los proyectos gubernamentales de la derecha en el poder entre 1986 y

1988, en el momento de la primera cohabitación entre el RPR y la UDF, por un lado, y el presidente socialista François Mitterrand, por otro. Para calificar la alianza, bajo la batuta de Jacques Chirac (primer ministro), entre Pasqua (Interior) y Balladur (Economía y Finanzas)[436], entre los agentes motorizados de policía que asesinaron a Malik Oussekine y las privatizaciones masivas, el mencionado jurista había firmado un extenso artículo titulado sobriamente «El liberalismo autoritario», con el objetivo de «descifrar ese liberalismo selectivo al que quiere acostumbrarse poco a poco a los ciudadanos»[437]. Liberalismo selectivo y bien medido, en efecto, porque, como suele ocurrir, los liberales piensan más en la libertad del zorro libre en el gallinero libre —según la ocurrencia con la que Jean Jaurès define el liberalismo económico— que en las libertades públicas, que pueden reducirse a voluntad si se trata de satisfacer intereses privados.

El paso por 1932 me lo sugirió otro filósofo, Michaël Fœssel —al que los historiadores, desde luego, harían bien en leer más—, que en 2018 se impuso el ejercicio espiritual de darse cada día una vuelta por 1938 y por los periódicos de 1938, prensa que el servicio público ha digitalizado y puesto generosamente a disposición de los lectores en Gallica, el servidor de la Biblioteca Nacional de Francia. Más allá de la simple «asonancia»[438] entre los discursos, lo que «se corresponde plenamente»[439] con el año 1938 es, según Michaël Fœssel, una «analogía histórica». La exploración y la meditación sobre ese año, sobre su actualidad, su lenguaje y sus palabras permiten «arriesgar un diagnóstico del presente instruido por la historia»[440] y leer con agudeza lo que (nos) está sucediendo. Entendemos consiguientemente el anatema que se dirige a la analogía, puesto que es crítica, incluso subversiva. Michaël Fœssel sale de su exploración de 1938 sorprendido de no sentirse «desubicado». Es evidente que la identidad de la época prevalece sobre la diferencia de los tiempos: no, «no se ha producido desubicación», puesto que «los vínculos, los ecos y las afinidades

entre los períodos pesan más»[441]. «En 1938 vi consignas, reflejos mentales y elementos del lenguaje que estructuran lo cotidiano de la política francesa desde hace mucho tiempo. La ventaja de 1938 es que condensa en unos pocos meses evoluciones que llevan en marcha más de una década en el presente: radicalización del discurso camuflada por una ideología pospartidista, triunfo de las soluciones liberales en plena crisis del liberalismo económico, percepción de los procedimientos democráticos como un obstáculo a la aplicación de una política eficaz, fortalecimiento inexorable del poder ejecutivo, multiplicación de leyes en materia de seguridad [...]»; una lista que, aunque no sea exhaustiva, también se aplica a la Alemania de 1932 y el lector podrá completar fácilmente. La mirada al pasado «instruye primero sobre lo que vivimos hoy»[442]: eso es verdad tanto para el período comprendido entre 1938 y 1940 en el caso de Francia, que revela los «orígenes republicanos de Vichy»[443], como para ese momento de 1932, en el que, en Alemania, el extremo centro llevó al poder a la extrema derecha.

Más allá de esa analogía socioeconómica, que permite identificar actores sociales comparables e intereses de clase bastante claros, incluso caricaturescos por lo violentamente que se expresan, una perspectiva más metafísica lleva a detectar, por encima de la «diferencia de los tiempos», algo así como «la identidad de la época»[444]. Así retomamos la distinción que propone Michaël Fœssel cuando reflexiona sobre lo que nos dicen los años treinta y que no podría quedar oculto por el crepitar de una radio antigua que produce voces afectadas y de pito, que señalan inequívocamente que estamos ante algo pasado, de anticuario: «Todos esos elementos anacrónicos sugieren erróneamente que la diferencia de los tiempos implica un cambio de época»[445], y es fácil recordar que las SA no pasan a diario desfilando por nuestras calles. Abandonando, con razón, el tópico del «retorno de los años treinta», el filósofo observa que acaso no hayan terminado, o incluso, según su predecesor Gérard Granel, que podrían estar por llegar.

En primer lugar, la repetición es imposible, como bien saben los historiadores, que desde finales del siglo XIX reflexionan —en ocasiones con un ápice de melancolía— sobre la irreproducibilidad de las configuraciones sociales, culturales, económicas y políticas que rigen la llegada de tal o cual acontecimiento. Pero, al igual que Granel, Fœssel plantea que «la perspectiva se invierte» y la reflexión cambia de naturaleza «si pasamos de las causas históricas a las condiciones esenciales»[446]. El advenimiento de regímenes como el fascismo y el nazismo, por ejemplo, es una reacción contra las promesas de la modernidad, en particular contra las de libertad, igualdad y fraternidad, pero «esa reacción antimoderna se produce según las condiciones de la modernidad»[447]. Y los historiadores del período saben desde hace tiempo, con Jeffrey Herf, que el siglo XX dio a luz un «modernismo reaccionario»[448] que sembró el horror y la muerte con la guerra y el genocidio, pero que la violencia y la devastación constitutivas y esenciales de ese modernismo pueden tomar vías aparentemente más suaves o, por decirlo con palabras de la neolengua contemporánea, benévolas.

Más allá de la calificación metafísica del período, de la determinación, de la denominación de la esencia de esa época, Gérard Granel, como Michaël Fœssel, constata lo rápido que se cae por la pendiente. Desde que Mussolini encarceló a Gramsci, en 1926, hasta que se terminó de «meter en cintura» a Alemania, en agosto de 1934, el intervalo cronológico es breve: «Apenas ocho años, y ya está […]. El derrocamiento del sistema democrático y liberal, aunque viene preparándose desde mucho antes y por múltiples vías, se produce con una rapidez que pilla por sorpresa al viejo mundo»[449]. Como hemos visto, el tiempo se redujo aún más en Alemania, donde todo se precipita entre junio de 1932 y enero de 1933, bien es verdad que después de una imponente preparación de artillería entre la primavera de 1930 y la primavera de 1932.

Un último vínculo entre ellos y nosotros, entre 1932 y 2025, un vínculo directo, de derivación sorprendente —algo menos, una vez leídos los capítulos anteriores—, aunque ahora ya muy respaldada

por numerosos trabajos. La Alemania de 1932, no contenta con ser la matriz conceptual y política del «liberalismo autoritario», su lugar de «nacimiento», según ha señalado Grégoire Chamayou, nos legó nada menos que nuestra Constitución[450]. Como todos los estudiantes de secundaria de Francia, yo aprendí con devoción lo que nos contaban los libros de texto: que la Constitución de 1958 había surgido perfectamente armada del discurso de Bayeux, vaticinado por la cabeza genial, profética y siempre fiel a la cita de la historia del general De Gaulle. Hace quince años, la lectura de la tesis del profesor Stéphane Pinon me hizo volver a la realidad. Su imponente trabajo —publicado en 2003— versaba sobre los «reformistas constitucionales de los años treinta», aquellos jóvenes juristas que, entre la Universidad (René Capitant) y el Consejo de Estado (Michel Debré), reflexionaban sobre el giro autoritario de las instituciones marcadamente parlamentarias de la III República. Se inscribían en un movimiento más amplio, el de los «no conformistas de los años treinta»[451], esos técnicos y tecnócratas tentados por el pragmatismo político, la superación de las divisiones y la eficacia económica. Estaban deseosos de encarnar el «relevo»[452] de un politiqueo radical-socialista y de una sociabilidad de taberna (tanto la del pueblo de Clochemerle como la del Palacio Bourbon) para, por fin, llevar a aquel viejo país de lentitud rural que era Francia hacia una modernidad industrial y financiera que, de todos modos, no esperaría, como no dejaba de recordar, en editoriales y discursos, el «brillante» André Tardieu, heraldo de la revolución liberal y arquetipo de una «deriva reaccionaria»[453].

En términos constitucionales, se trataba de registrar normativamente un cambio en la práctica del poder y en las relaciones entre el poder ejecutivo (el Gobierno en aquel momento, dado que el presidente, desde los graves errores de Mac-Mahon en 1877 y los de Millerand en 1924, era una simple figura condecorada con la Gran Cruz de la Legión de Honor) y el Parlamento —en el caso que nos ocupa, la multiplicación de las leyes de habilitación y de los decretos-leyes autorizados por las habilitaciones legislativas,

desde la presidencia del Consejo de Ministros de Raymond Poincaré (1926-1929)—. La justificación que se esgrimía era que los asuntos contemporáneos, especialmente en materia financiera, exigían una reacción rápida por parte del ejecutivo y no podían tolerar una deliberación parlamentaria excesivamente larga —por no hablar de las situaciones de guerra—. Numerosos juristas, en particular profesores de Derecho Público herederos del pensamiento francés del *jus publicum,* fácilmente instituido en *jus politicum,* continuaban, bajo los venerables y prestigiosos auspicios de los profesores Maurice Hauriou (Toulouse) y Léon Duguit (Burdeos), sus reflexiones sobre la soberanía, el Estado y el poder ejecutivo en Estrasburgo. Bajo el magisterio de Raymond Carré de Malberg y de su joven colega, René Capitant, catedrático y profesor en 1930 —cuando desaparece la generación de los anteriormente mencionados (nacidos entre 1856 y 1861, fallecidos entre 1928 y 1935)—, ese pensamiento se va precisando.

Efectivamente, es René Capitant, miembro de la Resistencia y compañero del general De Gaulle, de quien fue ministro en el Gobierno Provisional de la República Francesa entre 1944 y 1945, quien ejerce de *spiritus rector* jurídico de los gaullistas, desde el RPF hasta la UNR, y quien inspira toda la reflexión constitucional gaullista, desde el discurso de Bayeux (1946) hasta la redacción de la Constitución de la V República en el verano de 1958. Es fácil comprender que era oportuno «silenciar el precedente reformista de los años treinta»[454] y mantener la fábula de una generación espontánea o del genio de De Gaulle. Como se observa a diario, en Francia existe una mitología de la Constitución que convierte ese texto eminentemente relativo —es decir, referido, como cualquier otro texto, a las condiciones de su elaboración— en una especie de libro sagrado, una palabra absoluta, fulminada por Marte y Minerva, vaticinada por la propia Francia en la persona del General *(sic)*, que no perdía ocasión de poner en escena su excepcionalidad intemporal. Repetía por todas partes que, tal día de 1940, 1946 o 1958 decidió «asumir Francia»[455], y otras solemnes proclamaciones

que debían pesar mucho, demasiado, en el cerebro de los epígonos que habían sido educados desde la escuela para creerse también Juana de Arco o Napoleón. Julian Jackson observa en alguna parte que creerse *Mongénéral,* como lo llamaba la revista satírica *Le Canard Enchaîné,* es la única forma legítima y socialmente tolerada de estar loco de atar en Francia, la única forma, también, de responder al llamamiento de la Constitución de 1958[456].

Resulta mucho menos halagador hacer historia y darse cuenta de todo lo que la Constitución de 1958 les debe a los reformistas del período de entreguerras, muy interesados —e incluso fascinados— por la torsión infligida a la Constitución liberal, democrática y parlamentaria de Weimar en la primavera de 1930, y por la transformación de un parlamentarismo triunfante en un presidencialismo casi absoluto. René Capitant, catedrático en Estrasburgo, fino observador de la actualidad alemana y lo suficientemente germanista para leer la prensa y a su colega Carl Schmitt, publica en diciembre de 1932 un artículo sobre «el papel político del presidente del Reich», en el que identifica en la República de Weimar presidencialista un tipo de modelo trasladable a la República Francesa, que carecía de una «reforma del Estado», como se decía en los años treinta para hablar de reforma constitucional. Esa idea perduró posteriormente en los proyectos de De Gaulle de cara a la Constitución de 1946, sin éxito, y luego en 1958, con la Constitución de la V República. Sorprendente, no obstante, cuando se sabe cómo terminó la historia, la de la secuencia de 1930-1933.

Existen, pues, las estructuras: esas normas constitucionales que son tan determinantes porque, igual que la función crea el órgano, las leyes fundamentales dan nacimiento a una cultura política. Una cultura del debate racional, el coloquio de las razones y, según el momento, de la cacofonía parlamentaria o la búsqueda del *optimum* deliberativo, asíntota siempre anhelada del interés general. O bien una cultura del envilecimiento cortesano, de una maceración de las mediocridades que, en un circuito cerrado, se alimentan y se animan

mutuamente en la decadencia intelectual y moral. Es precisamente en esas condiciones de descomposición cuando las estructuras dejan que actúe la coyuntura, la de los individuos. Fue así como en enero de 1933 un imbécil —cuya carrera fallida y la dependencia servil de los traslados y nombramientos de su padre delataban su arraigada insuficiencia, un oficial de pacotilla, elevado a los círculos del poder por elección paterna, que se jactaba de hacer alta política pero velaba sobre todo por las hectáreas y la renovación de la propiedad familiar— acabó por convencer al presidente para que firmase el decreto que nombraba a Hitler canciller. Al igual que la Constitución de Weimar, orientada hacia el presidencialismo a partir de 1930, la de 1958 es, por retomar la acertada expresión de un estimado colega, una puerta abierta al delirio autoritario al mismo tiempo que un ecosistema soñado para todo tipo de bichos rastreros —la expresión es de un ministro que sabe de lo que habla— en busca de emociones fuertes, de *arcana imperii* y de conspiracionismo de pasillo. ¿Cómo no pensar hoy en aquellas palabras del alto funcionario republicano, el Dr. Arnold Brecht, el mismo que abría este epílogo y que, en sus *Memorias*, también anotaba lo siguiente?

> No puede criticarse a Hindenburg, Papen y Schleicher por haber otorgado voluntariamente el poder a Hitler —no fue así—, pero sí por haber sellado el éxito de los nazis —precisamente el mismo que querían evitar— con su actitud de diletantes. Más que intenciones maliciosas, lo que se les puede reprochar es una profunda estupidez política: la ligereza de unos aficionados que actúan a costa de Alemania y dejan la factura para el que venga detrás, combinada con la violación de la Constitución y, por desgracia, también con una falta de carácter en las situaciones decisivas, aunque compensada por una confianza en sí mismos superior a la media[457].

---

[414] Dr. Arnold Brecht, *Mit der Kraft des Geistes. Lebenserinnerungen, zweite Hälfte, 1927-1967*, Stuttgart, DVA, 1967, p. 168.

[415] La *actualidad* es lo que alimenta las *noticias*, es decir, lo más descriptivo y banalmente factual. Lo actual es también la *actualización* de un *potencial*. Donde

pasamos, por lo tanto, de una visión totalmente positiva de la historia a consideraciones más metafísicas…

[416] Alain Caillé y Philippe Chanial, «Comment peut-on (ne pas) être wébérien?», prólogo a Stephen Kalberg, *Les idées, les valeurs et les intérêts. Introduction à la sociologie de Max Weber*, París, La Découverte, 2010, pp. 5-39.

[417] Claude Bernard, *Introducción al estudio de la medicina experimental*, edición de Pedro García Barreno, trad. de A. Espina y Capo, Crítica, 2005. *(N. de los TT.)*

[418] Marc Bloch, *La extraña derrota*, trad. de M. Covián, Planeta DeAgostini, 2007. *(N. de los TT.)*

[419] Jules Isaac, *Les oligarques. Essai d'histoire partiale, op. cit.*

[420] Cf. André Kaspi, *Jules Isaac ou La passion de la vérité.* Título de cubierta: *Jules Isaac, historien, acteur du rapprochement judéo-chrétien*, París, Plon, 2002.

[421] Véase Vincent Azoulay, Paulin Ismard, *Athènes 403. Une histoire chorale*, París, Flammarion, 2020.

[422] Pascal Ory, «Préface» de Jules Isaac, *Les oligarques*, p. X.

[423] Véase, en particular, la notable obra de Christophe Bouton y Barbara Stiegler, *L'expérience du passé. Histoire, philosophie, politique*, París, Éditions de l'Éclat, 2018.

[424] Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Introduction à la philosophie de l'histoire; La raison dans l'histoire*, París, Plon, coll. «10/18», 1965, p. 12. [*Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, trad. del alemán de J. Gaos y González Pola, Alianza, 2013].

[425] Para un desarrollo inteligente del concepto de analogía en la historia, véase Michaël Fœssel, *Récidive*. 1938, *op. cit.*, p. 169 y ss. Véase también Luciano Canfora, «Analogie et histoire», en *History and Theory*, 1983/1, vol. 22, pp. 22-42, en particular pp. 27 y ss.; y Roselyne Koren, «L'analogie jugée par les historiens: les limites de l'acceptable», en Béatrice Fleury, Arnaud Mercier, Angeliki Monnier (dir.), *Témoignage, mémoire et histoire. Mélanges offerts à Jacques Walter*, Nancy, Éditions de l'Université de Lorraine, 2023, pp. 413-424.

[426] Pascal Ory, «Préface», *op. cit.*, p. XI.

[427] André Postert, Rainer Orth, «Franz von Papen an Adolf Hitler. Briefe im Sommer 1934», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 63, 2015/2, pp. 259-287.

[428] Christian Baechler, *La trahison des élites allemandes. Essai sur le rôle de la bourgeoisie culturelle, 1770-1945*, París, Passés Composés, 2021.

[429] Johann Chapoutot, «L'intelligence française contre la force massive: les universitaires français face à l'Allemagne (1910-1939)», en *Francia* 28/3, 2001, pp. 15-34, y «L'ONUEF face à l'Allemagne: du rejet à la séduction (1910-1939)», en *Échanges culturels et relations diplomatiques. Présences françaises à Berlin au temps de la République de Weimar*, París, Presses Universitaires de la Sorbonne Nouvelle, Institut d'Allemand d'Asnières, 2004, pp. 135-143.

[430] Pierre Serna, *La République des girouettes, 1789-1815, et au-delà: une anomalie politique, la France de l'extrême centre*, Seyssel, Champ Vallon, 2005.

[431] Grégoire Chamayou, *La société ingouvernable. Une généalogie du libéralisme autoritaire*, París, La Fabrique, 2018 **[***La sociedad ingobernable: una genealogía del liberalismo autoritario*, trad. del fr. de A. N. Bixio, Akal, 2022].

[432] Jean Solchany, *Wilhelm Röpke, l'autre Hayek. Aux origines du néolibéralisme*, París, Publications de la Sorbonne, 2015.

[433] Grégoire Chamayou, «Naissance du libéralisme autoritaire», prefacio, en *Du libéralisme autoritaire*, París, Zones, 2020, pp. 7-82 (p. 19). Esta traducción, edición crítica y comentario sobre Schmitt y Heller es ante todo un manuscrito inédito de la memoria para la habilitación a la investigación defendido el 15 de octubre de 2020 en la Universidad de Toulouse II, ante un jurado compuesto por los profesores Johann Chapoutot y Pierre-François Moreau (Sorbona y ENS, preponentes), Elsa Dorlin y Judith Revel (París VIII y Toulouse II), y Jean-Christophe Goddard (Toulouse II, garante).

[434] Carlos-Miguel Herrera (dir.), *Les juristes de gauche sous la République de Weimar*, París, Kimé, 2002, y Nathalie Le Bouëdec, *Gustav Radbruch, juriste de gauche sous la République de Weimar*, Québec, Presses de l'Université Laval.

[435] Barbara Stiegler, *«Il faut s'adapter». Sur un nouvel impératif politique*, París, Gallimard, col. NRF Essais, 2019 [*Hay que adaptarse: tras un nuevo imperativo político*, trad. del fr. de J. I. Gorrais y N. H. del Frari, Kaxilda, 2023].

[436] El traslado del Ministerio de Economía y Finanzas del Louvre a Bercy tuvo lugar siendo ministro Édouard Balladur (1986-1988).

[437] Jean-Paul Jean, «Le libéralisme autoritaire», en *Le Monde Diplomatique*, octubre de 1987, pp. 16-17 (p. 16).

[438] Michaël Fœssel, *Récidive*. *1938*, *op. cit*., p. 166.

[439] *Ibid*., p. 169.

[440] *Ibid*., p. 167.

[441] *Ibid*., p. 164.

[442] *Ibid*., p. 24.

[443] Gérard Noiriel, *Les origines républicaines de Vichy*, París, Hachette Littératures, 1999, p. 335.

[444] Michaël Fœssel, *Récidive. 1938*, *op. cit*., p. 13.

[445] *Ibid*., p. 26.

[446] *Ibid*., p. 13.

[447] *Ibid*., p. 14.

[448] Jeffrey Herf, *Le modernisme réactionnaire. Haine de la raison et culture de la technologie aux sources du nazisme*, París, L'Échappée, 2018.

[449] Gérard Granel, «Les années 1930 sont devant nous (analyse logique de la situation concrète)», en *Études*, París, Galilée, 1995, pp. 17-45, p. 21.

[450] Carlos Miguel Herrera (dir.), *La Constitution de Weimar et la pensée juridique française*, París, Kimé, 2011.

[451] Jean-Louis Loubet del Bayle, *Les non-conformistes des années 1930. Une tentative de renouvellement de la pensée politique française*, París, Seuil, 1969; reed. Points, 2001.

[452] Olivier Dard, *Le rendez-vous manqué des relèves des années 1930*, París, PUF, col. Le Nœud Gordien, 2002.

[453] François Monnet, *Refaire la République. André Tardieu, Une dérive réactionnaire, 1876-1945*, París, Fayard, 1993.

[454] Stéphane Pinon, *Les réformistes constitutionnels des années trente: aux origines de la Ve République*, París, LGDJ, 2003, p. 8.

[455] «En ese momento, el peor de su historia, me correspondía a mí asumir Francia», en Charles de Gaulle, *Mémoires de guerre*, tomo 1: *L'Appel (1940-1942)*, París, Plon, 1954, p. 73.

[456] Véase también Laure Murat, *L'homme qui se prendait pour Napoléon. Pour une histoire politique de la folie*, París, Gallimard, 2011. Otra forma de tratar una patología francesa, considerablemente agravada por la Constitución de 1958.

[457] Dr. Arnold Brecht, *Mit der Kraft des Geistes. Lebenserinnerungen, zweite Hälfte, 1927-1967, op. cit.*, p. 167.

Edición en formato digital: marzo de 2026

© Éditions Gallimard, Paris, 2025
© de la traducción: Elena-Michelle Cano e Íñigo Sánchez-Paños, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-7009-209-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.